

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 23
Octubre-Diciembre 2011

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

- La fábula del buen escritor y del escritor bueno. Monterroso por sí mismo*, por Julieta Yelin
El género gótico en Gustavo Adolfo Bécquer, por Enrique García Díaz
La bibliografía en la investigación literaria, por Chus Sanesteban Iglesias
Jorge Luis Borges o la consolación por su partida, por Jonatan Frías
Las series de televisión y la literatura: modelos narrativos, por Pablo Lorente Muñoz
Representaciones crítico-literarias de la memoria cinematográfica mexicana, por Demetrio Anzaldo

• Relato

- Tristán*, por Eva Monzón
Jugando a cocinitas, por José Vaccaro Ruiz
Hermandad, por Gilda Manso
Microrrelatos, por Rosana Alonso
Heraldos que la muerte manda, por Jorge Castelli
Soles rotos, por Ana Busquets
Suicidio social, por David Bombai
El baile de los facones, por Daniel Antokoletz
Prosas breves, por Sergio Borao Llop
Ambulancias, por Francisco Díaz
Una pausa en la estación, por Alejandra Darriulat
¿Tiene tarjeta de socio?, por Jorge Decarlini
Cuatro relatos, por Patricia Ramírez
Pensar con la panza llena de gatos, por Jesús Baldovinos Romero
Relatos, por Jesús Esnaola
- Un hombre con un ojo entrecerrado y un brazo en cabestrillo*, por Roberto Gutiérrez Alcalá
Cien doncellas, por Federico Rodríguez Sluismans
Ronaldo, por Salvador Alario Bataller
Mañana, por Lucía Lorenzo
Historias de otros (testamento literario), por Olivia Vicente Sánchez
Ciencia ficción, por Àlex José
El escritor, por Miguel Sanfeliu
La cita estaba agendada, por Pablo A. Roset
Switch, por Luis Topogenario
Relatos, por Carlos Burgos
Correspondencia nicaragüense (X), por B. Noir
Dos relatos, por Julio César Toledo
¡Sacalo!, por Pablo Giordano
Microrrelatos, por Marina Montero
En 99 palabras, por Miguel Ángel Molina

• Novela

- Concesiones al demonio (capítulo)*, por Óscar Sipán

• Reseñas

- "Padres, hijos y primates"* de Jon Bilbao, por Patricia Esteban Erlés
"Llueve sobre La Habana" de José Luis Muñoz, por José Vaccaro Ruíz
"Frío de muerte" de Manuel Nonidez, por José Luis Muñoz
"Erich El Zurdo" de Domingo-Luis Hernández, por José Luis Muñoz
"John Fante. Entre la niebla y el polvo" de Juan Arabia, por Luis Benítez
"La chica con pies de cristal" de Ali Shaw, por Mari Carmen Moreno Mozo
"Los enamoramientos" de Javier Marías, por Pablo Lorente Muñoz
"La luz sepultada" de Irene Vallejo, por Luis Borrás
"Al otro lado del espejo. Narrando contracorriente" de VV.AA, por Pablo Lorente Muñoz
"Concesiones al demonio" de Óscar Sipán, por Luis Borrás

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 23

<i>La fábula del buen escritor y del escritor bueno. Monterroso por sí mismo</i> , por Julieta Yelín	3
<i>El género gótico en Gustavo Adolfo Bécquer</i> , por Enrique García Díaz	9
<i>La bibliografía en la investigación literaria</i> , por Chus Saneesteban Iglesias	12
<i>Jorge Luis Borges o la consolación por su partida</i> , por Jonathan Frías	17
<i>Las series de televisión y la literatura: modelos narrativos</i> , por Pablo Lorente Muñoz	21
<i>Representaciones crítico-literarias de la memoria cinematográfica mexicana</i> , por Demetrio Anzaldo	32
<i>Tristán</i> , por Eva Monzón	41
<i>Jugando a cocinitas</i> , por José Vaccaro Ruíz	43
<i>Hermanidad</i> , por Gilda Manso	50
<i>Microrrelatos</i> , por Rosana Alonso	51
<i>Heraldos que la muerte manda</i> , por Jorge Castelli	53
<i>Soles rotos</i> , por Ana Busquets	55
<i>Suicidio social</i> , por David Bombai	56
<i>El baile de los facones</i> , por Daniel Antokoletz	64
<i>Prosas breves</i> , por Sergio Borao Llop	69
<i>Ambulancias</i> , por Francisco Díaz	71
<i>Una pausa en la estación</i> , por Alejandra Darriulat	73
<i>¿Tiene tarjeta de socio?</i> , por Jorge Decarlini	75
<i>Cuatro relatos</i> , por Patricia Ramírez	80
<i>Pensar con la panza llena de gatos</i> , por Jesús Baldovinos Romero	84
<i>Relatos</i> , por Jesús Esnaola	88
<i>Un hombre con un ojo entrecerrado y un brazo en cabestrillo</i> , por Roberto Gutiérrez Alcalá	91
<i>Cien doncellas</i> , por Federico Rodríguez Sluismans	93
<i>Ronaldo</i> , por Salvador Alario Bataller	95
<i>Mañana</i> , por Lucía Lorenzo	103
<i>Historias de otros (testamento literario)</i> , por Olivia Vicente Sánchez	104
<i>Ciencia ficción</i> , por Àlex José	105
<i>El escritor</i> , por Miguel Sanfeliu	107
<i>La cita estaba agendada</i> , por Pablo A. Roset	108
<i>Switch</i> , por Luis Topogenario	112
<i>Relatos</i> , por Carlos Burgos	114
<i>Correspondencia nicaragüense (X)</i> , por Berenice Noir	117
<i>Dos relatos</i> , por Julio César Toledo	118
<i>¡Sacalo!</i> , por Pablo Giordano	120
<i>Microrrelatos</i> , por Marina Montero	122
<i>En 99 palabras</i> , por Miguel Ángel Molina	123
<i>Concesiones al demonio (capítulo)</i> , por Óscar Sipán	124
<i>“Padres, hijos y primates” de Jon Bilbao</i> , por Patricia Esteban Erlés	128
<i>“Llueve sobre La Habana” de José Luis Muñoz</i> , por José Vaccaro Ruíz	129
<i>“Frio de muerte” de Manuel Nonidez</i> , por José Luis Muñoz	130
<i>“Erich El Zurdo” de Domingo-Luis Hernández</i> , por José Luis Muñoz	131
<i>“John Fante. Entre la niebla y el polvo” de Juan Arabia</i> , por Luis Benitez	132
<i>“La chica con pies de cristal” de Ali Shaw</i> , por Mari Carmen Moreno Mozo	134
<i>“Los enamoramientos” de Javier Marías</i> , por Pablo Lorente Muñoz	135
<i>“La luz sepultada” de Irene Vallejo</i> , por Luis Borrás	136
<i>“Al otro lado del espejo. Narrando contracorriente” de VV.AA.</i> , por Pablo Lorente Muñoz	137
<i>“Concesiones al demonio” de Óscar Sipán</i> , por Luis Borrás	138
Novedades editoriales	139

LA FÁBULA DEL BUEN ESCRITOR Y DEL ESCRITOR BUENO. MONTERROSO POR SÍ MISMO

por Julieta Yelin

1. EL FABULISTA ES UN HOMBRE

Pocos escritores latinoamericanos han gozado en vida de una valoración tan positiva de la crítica como Augusto Monterroso, materializada no sólo en los premios y reconocimientos públicos obtenidos en América Latina y España¹ sino, y fundamentalmente, en la sorprendente cantidad de ensayos, compilaciones y artículos de revistas dedicados al estudio de su obra y a la apología de su vida.² En efecto, aunque en gran parte de las lecturas esté presente, por un lado, el tópico de que se trata de un escritor que da una enorme importancia a los aspectos formales de su prosa, al punto de haber creado un estilo depurado y minimalista –en palabras del mismo Monterroso: «yo no escribo; yo sólo corrijo» (Monterroso 1987: 29)–, y por otro, el de que esta exigencia estilística justifica los largos períodos en blanco entre la publicación de un libro y otro; aún así impera en la crítica la necesidad de describir los rasgos centrales de su personalidad: su simpatía, su generosidad, su sentido del humor, su coraje, su tímido encanto. Así, gran parte de los trabajos que integran el número de la revista española *Quimera* en que se dedica un *dossier* al autor (Nº 230, mayo de 2003) comienzan o culminan –o comienzan y culminan– con una semblanza de Monterroso. Es cierto que en el caso de *Quimera* se trata de un homenaje *post mortem*, por lo que resulta hasta cierto punto comprensible la presencia de evocaciones anecdóticas y de un tono más bien encomiástico y emotivo; de todos modos, llama la atención la voluntad de convertir estos recuerdos o juicios sobre la figura del autor en verdaderas claves interpretativas de su literatura.

La crítica apologética de Monterroso se asienta, pues, sobre una contradicción bastante ostensible: por un lado, sostiene el carácter subversivo de la obra monterrosiana respecto de la tradición fabulística con la que trabaja, y, al mismo tiempo, afirma una vinculación entre obra y figura de autor que se corresponde plenamente con la vertiente más axiológica de dicha tradición.

En efecto, es bastante común que las compilaciones clásicas de fábulas se inicien con una nota del autor en la que refiere sintéticamente su biografía o la de otros fabulistas; lo que ha llevado a que, en algunos casos, se construya en torno de los autores un mito más poderoso que sus propios relatos. El caso de Esopo es ejemplar porque su relato de origen constituye, al mismo tiempo, el mito de origen del género fabulístico. En su versión de las fábulas, Máximo Planudio incluye una biografía que fue retomada a su vez por La Fontaine en la introducción de sus propias fábulas: Esopo es un esclavo feo, tan feo que casi no parece un hombre, y que apenas sabe hablar. Pero, aguzado por la necesidad de sobreponerse a esa fealdad física, logra, poco a poco, convertir su balbuceo en un discurso brillante y triunfar: consigue que su amo filósofo lo aprecie e incluso, después de un tiempo, le conceda la libertad. Muy pronto sus fábulas son apreciadas en Babilonia y Egipto, donde es agasajado

¹ En 1970 ganó el premio Magda Donato; en 1975 le fue concedido el premio Xavier Villaurrutia; en le fue entregada la condecoración del Águila Azteca por su aporte a la cultura de México; en 1996 el premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo; en 1997 el Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala le otorgó el Premio Nacional de Literatura "Miguel Ángel Asturias"; en 2000 le fue concedido el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en reconocimiento a toda su carrera

² Mencionamos aquí sólo algunos de los trabajos críticos o compilaciones más importantes de los últimos años: *Refacción. Augusto Monterroso ante la crítica* (1995); *La trampa en la sonrisa. Sátira en la narrativa de Augusto Monterroso* (1995); *Augusto Monterroso. Semana del autor del ICI* (1997); *Celebración de Augusto Monterroso* (1999); *Con Augusto Monterroso. En la selva literaria* (2000); *Augusto Monterroso*, Revista de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán Nº 2 (2001); Dossier dedicado a Augusto Monterroso de la revista *La palabra y el hombre* Nº 120 (2001); "Augusto Monterroso: la dimensión de lo breve", dossier de la Revista *Quimera* Nº 230 (2003); *El dinosaurio sigue allí. Arte y política en Monterroso de Gloria González Zenteno* (2004).

por reyes. El final de la historia es, no obstante, trágico: Esopo se expresa de modo ofensivo en Delfos y es arrojado a un precipicio.

En un interesante trabajo en que contrapone el pensamiento de Rene Descartes a la literatura de Jean de La Fontaine, Marcelo Abadi (1999) analiza el modo en que el fabulista francés resignifica la vida de Esopo incluyéndola en la introducción de sus propias fábulas. Abadi observa que, convirtiendo la vida de su maestro en una fábula, La Fontaine desliza un doble mensaje: una moraleja superficial que se podría sintetizar como «es mejor callarse», y una moral no explícita que sostiene que «de algún modo, la verdad debe ser dicha» (Abadi 1999: 170). En efecto, la biografía de Esopo, verdadera fábula de origen, da algunas claves para pensar el desarrollo posterior del género, pues al exponer dos morales contrapuestas sienta un principio esencial: el fabulista dice la verdad aún cuando lo más aconsejable sea callar; es cierto que miente, crea e inventa, pero lo hace para, mediante un rodeo, hallar el modo de revelar una verdad. Por ello, y en tanto la ficción está subordinada al cumplimiento de este fin último, importa más aquello que sostiene esa verdad (el hombre) que aquello que sostiene la mentira (el escritor). En otras palabras: el fabulista debe defender con el cuero lo que dice con el pico; este parece ser el principio que impulsó a la crítica a levantar un monumento al hombre para así ponderar mejor la obra.

Monterroso fue consciente del tratamiento dado corrientemente a sus textos, y en muchas ocasiones intentó, no sin cierta irritación, combatirlo aludiendo, por un lado, a su constante preocupación estilística y, por otro, a su escepticismo respecto a toda función moralizante de la literatura. En una entrevista realizada por Josefina e Ignacio Solares (Monterroso 1990: 32), sus interlocutores le preguntan si está de acuerdo con aquellos que reconocen en sus cuentos una tendencia moralizante. Él responde:

¿Se ha hablado de eso? Desde luego que no; si alguien quiere extraer de ellos alguna moraleja, está en su derecho y puede hacerlo. Corregir las malas costumbres de la gente es una tarea demasiado fácil que hay que dejar a las autoridades. El escritor debe ocuparse de lo verdaderamente arduo: el buen uso del gerundio, por ejemplo, o de la preposición *a*, que se acostumbra emplear mal. Yo me gano la vida corrigiendo esta mala costumbre.

La preceptiva gramatical es un elemento fundamental de la moral literaria monterrosiana: escribir bien es, ante todo, respetar a rajatabla las normas, no permitirse ningún exceso. Hay en Monterroso un terror al error, a la inexactitud, que justifica el carácter lacónico de su obra y su veneración de los autores clásicos.³ Y ese clasicismo es precisamente el que, como señala lúcidamente Margo Glantz (1988), «fuerza al escritor a ceñir la escritura, a darle apariencia de algo nuevo, totalmente marcado por la época de producción». Pero esa reacción no impide que su obra se inscriba en una genealogía literaria; aunque «se niegue cualquier relación con una moral implícita en la moraleja y se evite caer en la actitud didáctica de los escritores que escribían fábulas, su inclusión dentro de la alegoría hace que sus textos sean de alguna manera moralistas» (91). Esa tensión entre la necesidad de afirmarse en una tradición –presente tanto en sus textos de ficción como en los numerosos ensayos, cuentos, fragmentos de memorias o pequeñas notas que conforman los tres libros de ese género misceláneo que creó para la literatura latinoamericana: *Movimiento perpetuo*, *La palabra mágica* y *La letra E*– y el deseo de mostrar una distancia irónica o paródica respecto de la misma da como resultado esa suerte de humor ingenioso y erudito que puebla la escritura de Monterroso, y que ha hecho que su obra sea con frecuencia leída como una verdadera renovación de géneros clásicos, especialmente de la fábula esópica y del ensayo montaigneano. Sin embargo, como apunta Glantz, se trata fundamentalmente de una renovación que atañe a cuestiones formales, pero que no logra trascender la impronta moralizante de sus antecedentes.

Esa moral literaria tan pegada a la preceptiva rige los gustos de Monterroso y sus juicios de valor sobre su propia obra. *Viaje al centro de la fábula* es un libro en el cual recogí fragmentos de algu-

³ “A veces pienso que ese respeto, y otro tanto de temor, debo imputarlos al hecho de que soy autodidacto y, por consiguiente, a una formación demasiado severa y exigente en cuanto a mis lecturas, formación que nunca recibió otro estímulo que la curiosidad ni tuvo otra guía que mi instinto, pero que hizo desarrollarse en mí una desmedida veneración por los autores clásicos que leía, a los que consideraba inigualables y en buena medida vigilantes.”, en *Literatura y vida* (2003), pp. 28-29.

nas entrevistas en las que, entre otras cosas, proporciona una serie de claves para leer sus textos. Como todo moralista, Monterroso intenta con sus metatextos crear un buen lector, inteligente y dócil al mismo tiempo, capaz de descifrar los mecanismos de su ironía y de gozar de la súbita alegría del descubrimiento. Un pasaje muy citado es aquel de *La palabra mágica* en el que Monterroso explica de qué modo debe acercarse el lector a sus fábulas. En él el registro es claramente irónico, pero se descubre rápidamente que tras a ironía el mensaje no deja de tener una clara afirmación moral. Dice:

Con precaución, como a cualquier cosa pequeña. Pero sin miedo.

Finalmente se descubrirá que ninguna fábula es dañina, excepto cuando alcanza a verse en ella alguna enseñanza. Esto es malo.

Si no fuera malo, el mundo se regiría por las fábulas de Esopo; pero en tal caso desaparecería todo lo que hace interesante el mundo, como los ricos, los prejuicios raciales, el color de la ropa interior y la guerra; y el mundo sería entonces muy aburrido, porque no habría heridos para las sillas de ruedas, ni pobres a quienes ayudar, ni negros para trabajar en los muelles, ni gente bonita para la revista *Vogue*.

Así, lo mejor es acercarse a las fábulas buscando de qué reír.

—Eso es. He ahí un libro de fábulas. Corre a comprarlo. No; mejor te lo regalo: verás, yo nunca me había reído tanto. (Monterroso 1996: 73)

La afirmación de que la transmisión moral es mala es refutada mediante la ironía, afirmando que, de regirse el mundo por las enseñanzas de Esopo, no habría ni pobres ni ricos, no existirían las guerras, la explotación, etc. Contra lo que se repite una y otra vez, la ironía de Monterroso no muestra el doblez de toda moral, sino que realiza el movimiento inverso: afirma en un primer nivel su inutilidad al tiempo que, mediante la ironía, muestra su necesidad. Finalmente, la invocación a la risa forma parte de ese doble juego: podemos reír en un primer momento, pero si pensamos en el contenido de la fábula más bien deberíamos llorar. La literatura de Monterroso es profundamente pesimista, el sentido del humor es sólo un medio de acercamiento al lector, como lo es la negación de toda intención moralizante.

Monterroso tiene además una reseña bibliográfica de *La oveja negra y demás fábulas* («De animales y hombres») atribuida a Eduardo Torres, escritor provinciano y erudito creado por él, cuyos textos se hallan reunidos en el libro *Lo demás es silencio*. Torres reitera una vez más en su crítica los tópicos que ya hemos enumerado: la minuciosidad del trabajo de escritura, el distanciamiento respecto de la función moralizante de la fábula, justificado en la inutilidad de todo intento, teniendo en cuenta que (cito a Torres) «los seres humanos no valen nada, y [...] que tampoco, por tanto, vale la pena ocuparse de ellos ni de sus problemas al parecer insolubles» (Monterroso 1986: 151-152). Esa es, en efecto, la base del humanismo pesimista monterrosiano; pero éste no impide, como veremos más adelante, que en su literatura opere una fuerte voluntad de vigilancia de los contenidos y de su recepción.

2. EL ALMA DE LA FÁBULA

En el prefacio a la primera recopilación de sus fábulas, Jean de La Fontaine (1992) propuso una muy ilustrativa definición del género: «El apólogo se compone de dos partes, a una podríamos denominarla el Cuerpo, a la otra, el Alma. El Cuerpo es la Fábula; el Alma, la Moraleja.»⁴ Con el transcurso de los siglos se produjo un desplazamiento sinecdótico, y la parte «física» de la narración (la fábula) reemplazó nominalmente al todo (el apólogo). Paralelamente, se fue produciendo un debilitamiento del «alma» del relato; digamos que la moraleja y, de modo más general, toda enseñanza moral, fue deviniendo obsoleta en favor del placer de lo narrativo. Fue precisamente La Fontaine quien más hizo por esta transformación del género; en primer lugar, llamando a su libro «Fábulas» y no «Apólogos», y en segundo, incorporando el sentido del humor como un elemento

⁴ La traducción es nuestra.

que a un tiempo ambigua y relativiza el contenido de verdad de la interpretación hermenéutica. Otro factor fundamental de su renovación de la fábula es la inclusión de elementos descriptivos y narrativos que no aportan nada a la lectura alegórica de los textos. Así, La Fontaine introdujo en la fábula la gratuidad y, con ella, desvió al género de su función hasta entonces «natural», esto es, la transmisión de una enseñanza moralmente valiosa.

Pero, tal como señala Michel Lafon (1999), sería un error suponer que este proceso implicó la desaparición de la moral de la fábula. Habría que pensar, en todo caso, que ésta se ha desplazado o que ha asumido nuevas formas. «Explícita o implícita, dentro o fuera del texto, evidente o clandestina, simple o retorcida, la moral (si no la moraleja) está siempre ahí, como el segundo tiempo obligado del primer tiempo del relato.» (Lafon 1999: 4).⁵ Por otro lado, y contra lo que podría creerse, su nuevo estatuto no disminuyó sus poderes, sino que, al contrario, los hizo aún más potentes; en efecto, despierta más inquietudes la fábula sin moraleja que aquella que la tiene, es decir, aquella que explícita de algún modo su voluntad didáctica. Pero, ¿qué pensar de aquella que, mediante la ironía o cualquier otro procedimiento de distanciamiento, pone en tela de juicio sus poderes, aquella que dice estar de vuelta de toda voluntad moralizante?

En el caso de Monterroso, hemos visto sus esfuerzos, a los que se suman los de la crítica, por demostrar que sus fábulas no persiguen ningún objetivo pedagógico, sino que, por el contrario, se proponen poner en crisis esa larga tradición. En dos ensayos dedicados a *La oveja negra y demás fábulas*, Lia Ogno y Diony Durán (AAVV 1995) refuerzan la visión promovida por el mismo Monterroso que sostiene más o menos lo siguiente: la de Monterroso es una apropiación de la fábula clásica que, mediante la ironía, consigue subvertir el sentido moral, abriendo el sentido a múltiples interpretaciones. Esta apertura sería el fundamento de su ética literaria. Dice Lia Ogno: «Monterroso aboga por un pensamiento de la diferencia, un pensamiento liberado de sus prejuicios; pretende un nuevo espacio, un nuevo orden, no para colocar en él nuevos valores, sino para que permita la coexistencia pacífica y respetuosa de las diferencias.» (153) Y Diony Durán:

Externamente Monterroso sigue la pauta de la fábula, las analogías entre animales y hombres, la alegorización de abstracciones como el Bien, el Mal o la Fe, pero no le interesa la moralización y prescinde en la mayoría de los casos de la moraleja, que es el punto clave de la fabulación, o la hace implícita. (AAVV 1995: 213)

Más adelante sigue: «[Monterroso] aplica razonamientos sofisticados que relativizan el acercamiento a la verdad. La verdad es inasible, parece decir por un lado; por otro, la gente, el sentido común, la opinión general son simplistas, incapaces de entrar en los centros problemáticos del conocimiento.» (217). Todas estas perspectivas críticas constituyen la línea que define a Monterroso como un escritor «posmoderno», que entrama en sus textos discursos provenientes de diversas áreas del pensamiento, fuertemente ligado a la literatura –en especial al ensayo– de Borges.

Ahora bien, una lectura detenida de *La oveja negra y demás fábulas* pone bajo sospecha de inmediato todos esos argumentos. ¿Dónde está el pensamiento de la diferencia, la mostración de lo inasible, la relativización de la verdad? En sus fábulas y ensayos no se encuentran más que afirmaciones acerca de lo que los hombres y la literatura deben ser; el tono es –aunque jocosamente– denunciante y nostálgico respecto de aquellas verdades contenidas en la tradición y traicionadas por el olvido o la ignorancia del vulgo. Hay, sí, sin lugar a dudas, un trabajo riguroso con las posibilidades figurativas y compositivas del lenguaje (intertextualidad, trabajo con los paratextos, juegos de palabras, etc.) que hasta cierto punto desestabiliza las formas convencionales de la narración, y en las que reside el valor de la literatura monterrosiana y su verdadero aporte al género fabulístico. Pero cualquier intento de leer en su obra una subversión de la fábula moral, cae abatido por la propia palabra de Monterroso. ¿Por qué, si es un defensor del pensamiento de la diferencia, se dedica con tanto esmero a descubrir los errores o «traiciones al original» en las traducciones y las inexactitudes en los textos clásicos?⁶ ¿Por qué, si es un detractor de las verdades absolutas, trata con tanta frecuencia el tema de la inautenticidad? «La Mosca que soñaba que era un Águila», «La Rana que

⁵ La traducción es nuestra.

⁶ Véanse: “Sobre la traducción de algunos títulos” (*La palabra mágica*) y “Yo sé quién soy” (*La vaca*).

quería ser una Rana auténtica» y «El Perro que deseaba ser un ser humano» son fábulas en las que las vidas inauténticas son puestas en tela de juicio.

A estos rasgos fuertemente axiológicos de su literatura se suma un elemento al que ya nos hemos referido a propósito de *La Fontaine*: se trata del enorme valor atribuido por el mismo Monterroso y por sus críticos a la concisión, es decir, a la eliminación de todo elemento gratuito; esa especie de purga textual apoyada, probablemente, en la idea de que el lenguaje es depositario de una transparencia que hay que rescatar y redimir de las garras de la inflación verbal. Monterroso es un moralista no tanto por lo que dice –que no es poco– sino más bien por lo que no dice, por lo que renuncia a decir.

3. MONTERROSO POR SÍ MISMO

Si la obra de Monterroso se caracteriza por la brevedad, está, en cambio, rodeada de una extensa serie de auto figuraciones que él mismo ha construido a través del diálogo con la crítica, y en sus propios ensayos o notas autobiográficas. *Viaje al centro de la fábula*, lo hemos dicho, es un libro en el que seleccionó y redactó fragmentos de entrevistas que le habían realizado en diversas oportunidades. *Con Augusto Monterroso. En la selva literaria* es un volumen donde se reúnen veintidós textos sobre él y su obra, cinco entrevistas y una conversación, además de tres textos del propio escritor. Cierra el volumen una cronología y todo el libro está debidamente sembrado de fotografías suyas y de algunos de sus dibujos. No aparece ningún coordinador del libro porque su autor fue también de alguna manera el mismo Monterroso.⁷

La estrategia monterrosiana de autofiguración se sirve del mismo método que sus fábulas: intenta mostrar cuestionamiento e incertidumbre allí donde solo hay afirmación. Monterroso elabora un personaje tímido, que se burla insistentemente de la ambición de celebridad de los escritores, que profesa la humildad y confiesa, uno a uno, todos sus fantasmas a la hora de la escritura –su autodidactismo, su escasa fertilidad literaria, su profunda inseguridad–; al tiempo que prepara y promueve, con admirable sigilo, una serie de volúmenes laudatorios de su propia obra, a los que se suman las incontables y extensas autocitas y autoreferencias que pueblan algunos de sus ensayos –utilizando a veces incluso la voz de otros escritores–,⁸ en las que aprovecha para enumerar las traducciones de sus textos a otros idiomas, su inclusión en antologías diversas, los comentarios críticos, etc.⁹

Este doble juego se vincula de modo directo a la voluntad moralizante que hemos intentado describir, y que es fundamentalmente, en el caso de Monterroso, una voluntad de control: control absoluto de su propio discurso mediante la ultra corrección y la ultra concisión, control de los meta discursos mediante la organización y publicación de textos sobre su obra, y, finalmente, control de la lectura mediante el «manual» de instrucciones para acercarse a su obra contenido en *Viaje al centro de la fábula*. El centro de la fábula es el propio Monterroso, encarnación de la moraleja ausente y la moral negada.

© Julieta Yelin

* * *

⁷ Véase el artículo de José Luis Martínez Morales en el dossier de la revista *Quimera* (2003), p. 50.

⁸ En “Primeros encuentros” (Monterroso 1987), por ejemplo, Monterroso cita a Bryce Echenique narrando cómo lo conoció: “Monterroso llegó primero. Un hombre bajo, silencioso y que para mí tuvo inmediatamente dos defectos imperdonables. El primero, que no se le había perdido la maleta ni nada; el segundo, que llegó con un enorme diccionario filosófico, uno de esos mamotretos imperdonablemente pesados. Este señor leía cosas así hasta en los aviones. ‘En la que me he metido’, pensé... Al final sólo quedábamos Monterroso y yo. El tomaba el avión hacia México, en donde vive exiliado desde la caída de Jacobo Arbenz. Como con los Azuela, como con Primorac, Durand o tantos otros, sentí que me despedía de un amigo. Pero al ver que, para emprender el retorno, se había equipado nuevamente con aquel increíble diccionario filosófico con que llegó a Windsor, no pude contenerme. Le dije lo que había pensado de él cuando lo vi por primera vez: ‘Me caíste muy pesado con ese libro tan gordo como pedante’. ‘–Es la mejor receta para los viajes’ –me respondió–. ‘Mejor que los somníferos. No bien lo abres te quedas dormido.’” (94).

⁹ Véase “Breve, brevísimo”, en *Literatura y vida* (2003).

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV (1988): *La literatura de Augusto Monterroso*, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- (1995): *Refracción. Augusto Monterroso ante la crítica* (Wilfredo H. Corral compilador). UNAM - Ediciones Era, México.
- (1997): *Augusto Monterroso. Semana del autor* (Wilfredo H. Corral coordinador). ICI, Madrid.
- (1999): *Celebración de Augusto Monterroso*. Alfaguara, México.
- (2000): *Con Augusto Monterroso. En la selva literaria*. Ediciones del Ermitaño, México.
- *Augusto Monterroso, Revista de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán* N° 2, Honduras, 2001a, pp. 3-48.
- *Dossier dedicado a Augusto Monterroso, La palabra y el hombre* N° 120, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2001b, pp. 75-117.
- “Augusto Monterroso: la dimensión de lo breve” (dossier), *Quimera* N° 230, Barcelona, 2003, 10-66.
- Abadi, Marcelo: “*Mundus est fabula*”, *Tigre* N° 10 “La Fable I”, Université Stendhal, Grenoble, 1999, pp. 163-174.
- Almeida, Iván: “La morale des fables”, *Tigre* N° 11 “La Fable II”, Université Stendhal, Grenoble, 2000-2001, pp. 13-23.
- Glantz, Margo (1995): “Monterroso y el pacto autobiográfico”, *Refracción. Augusto Monterroso ante la crítica* (Wilfredo H. Corral compilador). UNAM - Ediciones Era, México.
- La Fontaine, Jean (1992): *Fables*. Flammarion. Paris.
- Lafon, Michel: “Les Pouvoirs de la fable”, *Tigre* N° 10 “La Fable I”, Université Stendhal, Grenoble, 1999, 3-13.
- Monterroso, Augusto (1986) [1978]: “De animales y hombres”, *Lo demás es silencio*, Cátedra, Madrid.
- (1990) [1981]: *Viaje al centro de la fábula*. Muchnik, Barcelona.
- (1991) [1972]: *Movimiento perpetuo*. Ediciones Era, México.
- (1996) [1983]: *La palabra mágica*. Anagrama, Barcelona.
- (1987) [1987]: *La letra E*. Ediciones Era, México.
- (1996) [1969]: *La oveja negra y demás fábulas*. Ediciones Era, México.
- *La vaca* (1997) [1996]. Alfaguara, Madrid.
- (2003) [2001]: *Literatura y vida*. Alfaguara, Madrid.
- Noguerol Jiménez, Francisca (1995): *La trampa en la sonrisa. Sátira en la narrativa de Augusto Monterroso*. Universidad de Sevilla

La autora:

Julieta Yelin es Dra. en Humanidades con mención en Literatura por la Universidad Nacional de Rosario y ha obtenido el Diploma de Estudios Avanzados (DEA) del Departamento de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Barcelona. Actualmente realiza una investigación posdoctoral sobre la primera recepción de la obra de Franz Kafka en Hispanoamérica, financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina). Ha sido becaria del Instituto Iberoamericano de Berlín y de un programa de intercambio entre la Universidad Nacional de Rosario y la Universidad Católica de Río de Janeiro. Ha publicado trabajos en revistas especializadas argentinas y extranjeras.

EL GÉNERO GÓTICO EN GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

por Enrique García Díaz

INTRODUCCIÓN

La ficción gótica no surge de una manera preconcebida, sino que es más bien producto de un momento y una época determinada en la que se buscan tendencias innovadoras. El desarrollo de la ficción gótica va desde la melancolía de la literatura sentimental hasta lo sublime en la poesía de «los poetas de la muerte», apelativo con el que se conoció a escritores como Parnell y su poema titulado '*A Night-Piece on Death*', (poema de creación nocturna sobre la muerte). El término «gótico» comenzó a asignarse a un determinado tipo de narración, y no se considera un término exclusivamente inglés, sino que también aparece en la novela francesa, y como demostraremos a continuación en la literatura española del siglo XIX. El desarrollo de los acontecimientos se enmarca en lugares sombríos, oscuros, tétricos. Las narraciones están llenas de castillos o abadías en ruinas, pasadizos subterráneos, oscuras galerías o puertas batientes; todo ello destinado a crear una atmósfera de terror y sobrecogimiento en el lector. La propia naturaleza desempeña un papel destacado cuando encontramos bosques espesos, hiedra cubriendo las paredes de los castillos, tormentas o noches de luna llena entre otros ejemplos. Hay elementos propios de la literatura germánica: gnomos malvados, seres sobrenaturales, como espíritus que persiguen y atormentan a los personajes, y cuya misión es crear terror en el lector. Son una justificación fácil de lo espiritual. Los sorprendentes elementos junto con la utilización de lo sublime y lo sobrenatural sirvieron de gran influencia en el estilo, y el material de los escritores románticos.

Este género literario aparece en el Romanticismo español a mediados del siglo XIX, y en un principio se trata de traducciones de novelas góticas inglesas y francesas. En España cultivaron el género entre otros, **José de Urcullu**, traductor de *Cuentos de duendes y aparecidos*, Londres, 1825. **Agustín Pérez Zaragoza**, traductor, refundidor y autor de los doce volúmenes de *Galería fúnebre de espectros, aparecidos y sombras ensangrentadas*, 1831. **Antonio Ros de Olano**, **Gustavo Adolfo Bécquer**, con sus *Leyendas* en prosa y **José Zorrilla**, con sus *leyendas* en verso, **Miguel de los Santos Álvarez** y **Pedro Antonio de Alarcón** con algunos de sus *Cuentos*. Hasta que un grupo de escritores decidieron aventurarse en la tarea de escribir sus propias novelas góticas. Podemos destacar a entre los escritores que cultivaron el género gótico a Pascual Pérez Rodríguez y sus novelas *La Torre gótica o el espectro de Limberg* (1831); *El hombre invisible o las ruinas de Munsterhall* (1833); *La urna sangrienta o el panteón de Scianella* (1834);

Pero sin duda quien más cultivó este género fue Gustavo Adolfo Bécquer por medio de sus leyendas. Composiciones basadas en el folclore y cuyo fin era crear una atmósfera de terror y sobresalto en el lector. Para ejemplificar este género y cómo lo cultivó Bécquer, analizaremos su relato «El monte de las ánimas». Sin duda uno de los más conocidos, y que mejor se ajusta al género gótico.

EL MONTE DE LAS ÁNIMAS

La **leyenda** cuenta lo que le ocurrió a un joven llamado Alonso al intentar complacer a su prima. Se publicó el 7 de noviembre de **1861** con dieciséis leyendas más, en el diario *El Contemporáneo*.

La obra se divide en tres partes: El prólogo, la historia de Alonso y Beatriz, y el Epílogo. En el primero, el narrador / autor cuenta unos hechos que él ya conoce con anterioridad porque alguien se los relató. En un principio estaríamos ante la trasmisión oral de la historia, y que él decide poner por escrito. Este hecho pone en duda la originalidad y autenticidad de lo narrado. Ya que somos conscientes que en la tradición oral se suelen modificar o perder diversos elementos. Así es como lo narra el autor:

«Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.» (Bécquer, 2009, p.49)¹

La propia historia de Alonso y Beatriz se distribuye en tres episodios: el monte de las ánimas; el castillo de los condes de Alcuévil, y el abandono de Beatriz por parte de Alonso.

Desde el principio encontramos a los personajes en el Monte de las Ánimas, donde Alonso relata la leyenda a Beatriz. Se remonta a unos hechos pasados que él ya conocía. Y que cuenta con todo detalle, lo cual los hace más verosímiles para el lector. Pero lo que llama la atención es el comienzo del relato. Una clara advertencia hacia el lugar y la noche en la que están los protagonistas: una capilla en ruinas en la Noche de difuntos, ingredientes básicos en todo relato gótico y cuyo fin es sembrar el temor en el lector. El misterio se acrecienta cuando Alonso narra el relato plagado de símbolos de la novela gótica tradicional: la noche, el doblar de las campanas, las descripciones detalladas acerca de almas y esqueletos andantes. Todo ello persiguiendo el mismo fin: sobrecoger al lector. Pero este sentimiento de terror o creencia en espíritus y almas perdidas se extiende a todos los habitantes de Soria, localidad de la que es originaria la leyenda. Así, se nos dice como las dueñas contaban historias de difuntos y aparecidos en esa noche. Esos comentarios se entremezclan con la charla que sostienen Alonso y Beatriz justo en el momento en que ambos se callan. Es entonces cuando los murmullos y comentarios en torno a fantasmas y brujas, o el tañido de las campanas afloran de nuevo como queriendo recordar al lector cual es el verdadero motivo del relato.

Llegados a este punto se produce el punto culmen del relato cuando Alonso y Beatriz deciden intercambiar sendas prendas de acuerdo con la tradición del día de difuntos. Beatriz ha perdido su banda en el Monte de las Ánimas con lo que ello implica. La sola mención del sitio hace palidecer a Alonso pues sabe lo que significa ir a ese lugar ese día y a esas horas. Pero aquí el comportamiento de Beatriz cambia; se vuelve cual Salomé y consigue embaucar a Alonso para que vaya a recuperar la banda. Para hacer más creíble su manipulación muestra preocupación por Alonso y por lo que pueda pasarle.

«—¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!». (Ibid, p.56)

Aún así Alonso no hace caso de las advertencias de Beatriz, y dejando a un lado su temor decide marcharse en busca de la banda. Llama poderosamente la atención la reacción de Beatriz al ver que Alonso sale por la puerta:

«A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último». (Ibid, p.57)

De nuevo los comentarios de las viejas, el zumbido del viento en los cristales, y las campana sonando nos vuelven a recordar el sentido del relato. En ese punto del relato la trama se centra úni-

¹ Gustavo Adolfo Bécquer, *El monte de las ánimas y otros relatos*, Colección Maestros del Terror, Ediciones El País, Madrid, 2009, pp. 49-62)

camente en Beatriz y en su comportamiento durante las siguientes horas. Bécquer pretende provocar el miedo en el lector, a través de lo que Beatriz experimenta. Se nos describe el tañido de las campanas como lentas, tristes, sordas; cree escuchar su nombre a lo lejos, el sonido del viento gimiendo en los cristales. Sigue describiendo una escena gótica con el sonido de pasos, el crujir de la madera, como si alguien estuviera en la habitación. Un intento inequívoco de provocar pánico en el lector, a través de sobresaltos. Beatriz se siente sugestionada por todas las historias escuchadas en ese día acerca del Día de Difuntos. Y en un intento de desechar todo pensamiento de pánico intenta convencerse de que sólo son historias y cuentos de las gentes del lugar. Pero al momento tiene tanto miedo que se arrebujaba bajo las mantas cuando escucha pasos, y susurros cerca de ella. La noche se hace larga para Beatriz quien pese a su intento de mostrarse valiente, sucumbe al miedo, al terror provocado por la situación.

Es significativo el desenlace del relato: pese a su valentía anteriormente comentada, cuando sus sirvientes pasan a comunicarle la muerte de Alonso; la encuentran muerta de horror. La sugestión creada por todos los acontecimientos vividos por Beatriz, han acabado con su vida. Muerta de miedo podría decirse en este caso. Se explica que cuando amaneció y vio la banda azul sobre el reclinatorio; desgarrada y sangrienta sus mejillas palidieron y como el miedo se apoderó de ella hasta acabar con su vida. En este momento podemos preguntarnos, ¿quién ha colocado la banda en la habitación de Beatriz? Sabemos por los sirvientes que Alonso había sido hallado muerto, devorado por los lobos. Es aquí donde el plano real y el de los sueños se entremezclan. Pues Beatriz pudo haber muerto de un ataque propiciado por la noche que había pasado, y porque al estar en ese estado de sugestión, bien pudo creer ver la banda. No se nos dice nada más acerca de ésta, sino sólo que los sirvientes la encontraron a ella muerta.

El epílogo del que hablábamos en la introducción, narra el siguiente misterio. Y que es la historia que narró un hombre antes de morir, y que pasó la noche en el Monte de las Ánimas. Sin duda podemos pensar que lo que vio vino sugestionado por el lugar en el que se encontraba; influenciado sin duda por las leyendas populares. La otra posibilidad es que en verdad Beatriz abandonara la casa en busca de Alonso. Pero en el relato no hay ninguna mención a este hecho, sino a que pasó la noche en su habitación presa del pánico. Sin duda lo que Bécquer buscaba provocar era el miedo en el lector pero también hacerlo pensar en cómo es posible mezclar ambas realidades. Ésta es una de las características primordiales de la ficción gótica es el hecho de incluir en el plano de la realidad el sueño; o viceversa. Bécquer empleó la tradición folclórica como haría Bram Stoker para crear a su personaje más importante de la literatura gótica. Se inspiró en leyendas y en historias tradicionales de la Europa del Este, y las adaptó con su estilo literario para crear terror en lector.

© Enrique García Díaz

* * *

Fuentes primarias:

BÉCQUER, GUSTAVO ADOLFO. *El monte de las Ánimas y otros relatos*, Colección Maestros del Terror, Ediciones El País, Madrid, 2009, pp. 49-61

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca (Especialidad: Origen y evolución de la novela histórica inglesa: Las obras de Walter Scott).

LA BIBLIOGRAFÍA EN LA INVESTIGACIÓN LITERARIA

por Chus Sanesteban Iglesias

Jaime Moll¹ ofrece varias definiciones para el concepto de «bibliografía», pero la define como «búsqueda, identificación y descripción de manuscritos, impresos y otras publicaciones útiles al conocimiento intelectual». Además, puntualiza que los materiales bibliográficos deben reconocerse como «documentos», entendiendo este término como «todo objeto poseedor de información que sirve para comunicarla». Dicho esto, la bibliografía sería parte de la documentación.

El método de la bibliografía consiste en la búsqueda de los materiales mediante la consulta de las fuentes de información, la identificación de las fuentes y su descripción.

Antes de comentar el estudio en alguna materia, incluida la bibliografía, se debe conocer el estudio de la investigación sobre el mismo. Además, previamente debemos estar en disposición de los materiales bibliográficos con los que trabajaremos. Tras esto, con la ayuda de las fuentes de información bibliográfica, obtendremos diversos materiales bibliográficos y su localización. Dichos materiales se deben analizar para conocer autor, título, lugar de edición e impresión, fecha de publicación, si se trata de un ejemplar concreto o mutilado, su procedencia... El análisis del contenido se puede efectuar con una indicación adecuada para la ordenación del repertorio, para resumir el contenido de los materiales reseñados o incluso para añadir juicios de valor.

Jaime Moll distingue varias fuentes portadoras de información:

- Repertorios bibliográficos o listas de materiales bibliográficos.
- Colecciones de materiales bibliográficos: bibliotecas públicas o privadas.
- Obras de referencia como enciclopedias, diccionarios y manuales especializados.
- Monografías referentes al objeto de estudio.
- Revistas especializadas en la materia.
- Documentos históricos de diversa índole.
- Contacto con especialistas en la materia.

Existen dos tipos de fuentes según se haga distinción de materia o no. Las fuentes de información generales, que nos facilitan noticia de materiales bibliográficos sin distinción de materiales y las fuentes de información especializadas, que nos ofrecen noticia de materiales bibliográficos pertenecientes a una determinada materia.

Para la enumeración de las fuentes de información existen diversos instrumentos instrumentos como la bibliografía de bibliografías y guías de obras de referencia. En cuanto a los repertorios bibliográficos, Moll señala su gran importancia debido a su carácter, número y variedad, pues nos ofrece múltiples posibilidades. Ésta es la causa de que se haya considerado casi de forma exclusiva, incluso sobreponiéndose sobre los demás.

¹ MOLL, Jaime; "La bibliografía en la investigación literaria" en J.M^a Díez Borque, coord.; *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid, Taurus, 1985, pp. 145-182.

A medida que el conocimiento intelectual del hombre se ha ido desarrollando, ha ido creciendo la producción de materiales bibliográficos. Para controlar la producción de repertorios basta con que cada país elabore los registros de su producción nacional y de los correspondientes a las materias antiguas conservados en sus bibliotecas, todo este proceso se conoce con el nombre de «control bibliográfico universal».

El autor establecerá una serie de criterios para la clasificación de los repertorios. Comienza distinguiendo entre «bibliografía general» y «bibliografía especializada». La diferencia reside en si se hace distinción de la materia o no. Una parte de los repertorios bibliográficos generales son interesantes para el estudio de la literatura española, pues reseñan publicaciones españolas o relacionadas con la cultura española. En cuanto a las bibliografías especializadas en literatura española, alguna de ellas abarcan su conjunto, pero otras tan solo tratan de un periodo cronológico, de un género literario, de una modalidad...

Otro tipo de repertorios son los catálogos que tratan de reseñar materiales existentes en determinadas colecciones o depósitos bibliográficos. Los catálogos facilitan la localización de los materiales descritos que permiten su identificación por diversos medios (por guías de bibliotecas que reseñan las procedencias de sus fondos, catálogos de subastas de libros...); por otro lado, la descripción de los materiales reseñados en los catálogos se hace siempre a la vista del ejemplar, de este modo se demuestra que los datos son auténticos, o que por los menos son los que aparecen en el ejemplar descritos. Los «catálogos colectivos» son útiles porque facilitan con rapidez una información cuya localización resultaría dificultosa en otros muchos catálogos.

El concepto de criterio espacial hace referencia al origen de las publicaciones. Si no se tiene en cuenta se tratará de un repertorio internacional. La reseña de la producción bibliográfica de un determinado país constituye su bibliografía nacional, que comprende las obras de autores originarios de ese país e incluso las que se refieren a su historia y cultura. Algunas de estas bibliografías pueden presentarse como bio-bibliografías, es decir, presentando los epígrafes ordenados alfabéticamente por autores y con una breve noticia biográfica de cada uno precediendo a las reseñas de sus obras, o bien como tipo-bibliografías, repertorios de obras impresas en un determinado lugar.

Otro criterio utilizado es el cronológico. Los repertorios bibliográficos suelen limitar el periodo de tiempo de aparición de los materiales bibliográficos reseñados.

Manejando el criterio lingüístico lo que hacen los repertorios bibliográficos es reseñar el material escrito en determinadas lenguas. Generalmente suele ser de materiales en lenguas habladas en varios países o bien en lenguas minoritarias de un determinado país.

Con el criterio personal se reseñan los escritos de o sobre determinados autores. Las bibliografías pueden ser individuales o colectivas, estas últimas referidas a varios autores unidos por un mismo origen, profesión, ideología, pertenecer a una determinada institución... Las bibliografías de autores originarios de un país o lugar se denominan bibliografías personales y pueden ser individuales o colectivas y sobre fuentes primarias o secundarias.

El criterio formal (características externas o de contenido) determina la elaboración de repertorios generales o especializados, conocidos como bibliografías o catálogos especiales. Entre los repertorios bibliográficos clasificados siguiendo este periodo tienen gran interés para el estudio literario las bibliografías y catálogos de manuscritos y los de publicaciones periódicas, que cumplen la función de bibliografía y facilitan la localización de los números que se encuentran en una o varias colecciones. La localización de revistas literarias es difícil, lo mismo que la de prensa de información general o cultural que incluye trabajos o estudios de carácter literario, ya que no se puede establecer una lista de títulos. Estamos ante el problema de la dispersión de las publicaciones en el área de las Humanidades.

Para conocer las fuentes secundarias contenidas en publicaciones periódicas tenemos bibliografías especializadas, publicadas periódicamente, que examinan con regularidad un amplio número de revistas, y los índices de publicaciones periódicas, de gran utilidad para la búsqueda de fuentes en cualquier materia.

La presentación de la información ofrecida por los repertorios bibliográficos puede ser variada. Se puede solicitar la de un determinado momento, en cuyo caso es retrospectiva y facilita la información cerrada con su publicación, su continua puesta al día, que sería de carácter periódico y facilita una información abierta mientras permanece publicándose, o bien ambas.

La demanda informativa determina el criterio para clasificar la información contenida en un repertorio. Se puede clasificar por temas o materias, alfabética o cronológicamente. Los índices complementan el sistema de clasificación del repertorio.

El tipo de descripción adoptado por un contenido bibliográfico puede variar en extensión. A la finalidad del repertorio y a la clase de materiales descritos responderá la elección del tipo más adecuado de descripción bibliográfica.

Los depósitos en los que se localizan los materiales bibliográficos y documentales que se precisan para la investigación son las bibliotecas, hemerotecas y archivos. Las bibliotecas pueden ser generales o especializadas, según el contenido de sus fondos, y pueden poseer únicamente ediciones contemporáneas o también impresos antiguos y manuscritos. La mayoría posee fondos hemerográficos, pero también diarios y revistas de información general. Los archivos recogen la publicación procedente de instituciones públicas o privadas y de particulares. Se puede conservar reunida en la propia institución, en poder de particulares o en grandes archivos.

El tratamiento de los materiales bibliográficos varía según el tipo de fuentes y la finalidad del estudio. En el tratamiento bibliográfico las fuentes primarias se distinguen tres aspectos: **análisis, valoración y descripción bibliográficas.**

En el **análisis bibliográfico** destacamos tres fines:

1. Conocer las interferencias del proceso de manufacturación en el texto del autor.
2. Detectar la existencia de variaciones producidas en el proceso de manufacturación o posteriormente al mismo, en los ejemplares que forman una edición.
3. Verificar la autenticidad de los datos consignados referentes a su propia producción.

Para realizar el análisis bibliográfico es importante conocer el proceso de manufacturación del libro, para el cual era necesario tener un soporte, papel, moldes formados a base de tipos que ordenados correctamente reproducían el texto y una prensa para realizar las copias.

El papel es de origen oriental. Se fabricaba hoja por hoja. Ésta condicionaba el formato del libro según el número de veces y la forma en que se doblaba. El tamaño normal del pliego era el doble del folio actual y el formato podía ser en folio (se doblaba una vez), en cuatro (dos veces), en octavo (tres veces)... El formato del libro se manifiesta por la disposición de los corondeles y los puntzones, líneas gruesas y espaciadas y otras finas y juntas perpendiculares a las anteriores. En el papel también se podía ver la marca del molino donde se fabricó.

La imprenta se caracteriza por los tipos móviles, prismas que tienen en relieve el diseño de una letra. El compositor va formando líneas, colocando los tipos hasta completar una página que es colocada dentro del chasis, asegurando su inmovilidad y formando un cuerpo para llevar a la prensa: la forma. Para cada pliego impreso son necesarias dos formas, una para cada cara. Al imprimir el pliego, antes de doblarlo y para que la sucesión de páginas sea la debida, hay que tener en cuenta el número de moldes que depende del formato elegido y su disposición para imprimir ambas caras. El

compositor tiene dos opciones: o bien componen todas las páginas del pliego o componer primero las de una forma y mientras ésta se imprime, componer la otra.

Preparada la forma, era colocada en la prensa. La impresión en la prensa manual abarca medio pliego. Aunque se corregía la composición, antes de ir a la prensa, iniciada la tirada, se advertían erratas y errores. Se sacaba la forma, se corregía y se volvía a tirar de nuevo.

El compositor lee un fragmento del texto, lo retiene en su memoria y lo escribe en su componedo sacando del cajetán los tipos con la letra ya trazada. Puede equivocarse de letra por varias causas, serán las erratas, propias del medio impreso. También el compositor puede tener otras equivocaciones: falsa lectura, suposición, errores de retención...son los errores. La corrección de las pruebas condiciona la existencia de erratas y errores, según el cuidado con que se produce el impreso o si interviene el autor.

Es pertinente establecer la distinción entre edición, emisión y estado.

La edición es un conjunto de ejemplares de una obra, impresos de una composición tipográfica única o que ofrece variaciones. En la época de la imprenta manual, a medida que se iba componiendo, se deshacían los moldes. Si la obra tenía que ser impresa de nuevo, era preciso componer todas sus páginas y el resultado era distinto. Una edición puede presentar variaciones que determinarán la existencia de emisiones y estados distintos.

La emisión es un conjunto de ejemplares, forma una unidad intencionalmente planeada. La emisión puede presentar variación formal o variación formal y temporal. Las primeras son planeadas con anterioridad a la puesta en venta de la edición y las segundas con posterioridad.

El estado son variaciones no planeadas que presentan los ejemplares de una edición, producidas durante la impresión o posteriormente a la misma o a su puesta en venta. Pueden ser de dos tipos:

1. Alteraciones que no afectan a la escritura de la obra.
2. Alteraciones que afectan a la escritura de la obra.

La mayoría de los libros consignan los datos de su producción: ciudad, impresor, editor, año. El problema que puede presentarse es la falsedad de éstos. En otros casos, estos datos no aparecen.

En una edición falsificada aparecen datos falsos no formados de anterior edición. Generalmente se ha realizado al margen del autor. Normalmente es conocida por las incongruencias de sus preliminares.

La edición contrahecha se caracteriza porque aparecen datos falsos copiados de anterior edición. Suele hacerse también al margen del autor.

Cuando se trata de dos o más ediciones con los mismos datos tipográficos podemos distinguir tres casos:

1. Dos ediciones auténticas.
2. Una auténtica y otra contrahecha, impresa ésta en la fecha indicada en la misma.
3. Una auténtica y otra contrahecha, impresa ésta bastante después de la primera.

Existen además ejemplares manipulados, aquellos ejemplares incompletos que se han completado con hojas o pliegos de otra edición. Además, existe la posibilidad de que un libro sea impreso por varias imprentas.

El segundo aspecto pertinente en el tratamiento bibliográfico de las fuentes primarias es el de **la valoración**.

No todas las ediciones tienen desde el punto de vista textual la misma calidad. Si queremos acercarnos en lo posible al texto original es preciso proceder a su valoración, atendiendo a determinados criterios. El resultado será establecer una bibliografía de la obra estudiada.

Para su difusión pública, tenemos que tener en cuenta algunos factores. Los poderes públicos europeos vieron pronto la necesidad de controlar la producción del libro impreso. Impresores, editores y autores buscan el medio de asegurarse la exclusiva de edición. El resultado fue que no podía imprimirse ningún libro sin autorización administrativa, y se va generalizando y reglamentando la concesión de los llamados privilegios. Cada reino tiene su propia estructura administrativa y su propia legislación, afectando esta diversidad al libro en la licencia y el privilegio. La licencia es una exigencia previa a la publicación de un libro; la autoridad civil es la encargada de concederla. Es frecuente la obtención de una licencia eclesiástica, previa a la civil, aunque ésta no se exija. El privilegio es voluntario. Es una concesión real de exclusiva de edición a favor del autor o sus herederos, durante el tiempo que en el mismo se señale y que puede ser prorrogado.

Si un editor edita su obra en un reino, con licencia y privilegio, otro editor en otro reino de España puede legalmente reeditar la misma obra, siempre que haya obtenido la licencia en su Administración. Es frecuente que en el Siglo de Oro que una edición que ha tenido mucho éxito en un reino se reedite en otros reinos. Si las ediciones no son autorizadas por el autor, tampoco lo son las primeras ediciones, aunque sean legales, de obras editadas al margen del mismo.

La valoración bibliográfica intentará establecer la relación autor/ editor. También tratará de fijar la intervención de posibles preparadores de ediciones o reediciones aparecidas después de su muerte y los casos en que las reediciones no son más que meras repeticiones mecánicas de textos anteriores. El análisis bibliográfico nos permitirá determinar la edición la edición o ediciones que expresan con mayor exactitud el texto original del autor y en su caso, variedades aportadas por él mismo.

Con respecto a la **descripción bibliográfica** su finalidad es la identificación de la edición descrita y de sus variantes generalizadas y la exposición de los resultados del análisis y valoración bibliográficas. En unos casos, los datos los datos para la identificación son pocos y claros. En otros casos, sólo la confrontación de los ejemplares permitirá afirmar la pertenencia a una misma edición. Lo importante es que la misma descripción responda a la finalidad propuesta y exponga los resultados de la investigación realizada. Entre los elementos de la descripción bibliográfica está el editor, cuyo nombre debe figurar. Otros elementos son: el formato, la foliación o paginación, acompañada esta de la disposición de los cuadernos que forman el libro.

Para finalizar, la relación del contenido de los preliminares y del cuerpo del libro puede ser útil componente de la descripción bibliográfica. Al reseñar las licencias o privilegios nunca debe omitirse el nombre de la persona que realizó la concesión. La transcripción fiel de la portada nos permite conocer otros aspectos administrativos y literarios.

© Chus Sanesteban Iglesias

La autora:

Chus Sanesteban Iglesias nace en Cedeira, A Coruña. Estudia Filología Hispánica en Santiago de Compostela y es docente en varios institutos de la Comunidad de Madrid. En otoño de 2010, regresa a su pueblo y se dedica a su verdadera pasión: la Literatura. Actualmente escribe y hace colaboraciones en diferentes revistas como Narrativas, Culturamas, Galicia Única y Mecenaz XXI. Poemas y trabajos suyos han sido publicados en: **Insólitos**, **Apología de la Luz**, **HANK OVER**, **Los valientes andan solos**, **Tu cita de los martes** y **Calle Ficción**. Forma parte del grupo de Poesía Sexta Vocal Bandadapoetas. Entre sus proyectos están seguir leyendo, escribiendo, estudiar portugués y psicopedagogía.

JORGE LUIS BORGES O LA CONSOLACIÓN POR SU PARTIDA

por Jonatan Frías

Un lugar aparte merece en *la Historia de la Literatura Universal* Jorge Luis Borges. Aquel hombre bucólico, frágil, de carácter retraído que al paso del tiempo –su ausencia no atenúa la distancia– cobra más y mayor fuerza en su andar difuso y accidentado sobre el nebuloso camino de los días. Su proceder –casi artesanal– sobre las páginas del lenguaje, sigue siendo para muchos un misterio que resulta más atractivo que la resolución del misterio en sí. Todo lo que había en Borges era literario y por ende, estético; el vivir literariamente lo transfiguró en un hombrecillo ciego y tímido hasta el anonadamiento, capaz de convertir en realidad todas sus experiencias literarias, como cualquier otro de sus personajes. Es muy probable que Borges sea precisamente uno de esos personajes que construyó el autor único de toda obra. Si una gota de agua contiene todo el mar, si una oración posee todo lenguaje, un autor puede ser a su vez todos los autores. Este juicio puede ser testigo de la universalidad de su obra, de su capacidad de asombrar a todo el mundo.

Se llamaba Jorge Luis Borges y vivió en Argentina incluso cuando vivió en Europa. Su primer libro de poesía titulado *Fervor de Buenos Aires* es la gran muestra de la intimidad y el apego que tenía por su tierra, por sus calles, incluso las que desconocía, las que apenas presentía desde la fría ciudad de Ginebra: *Las calles de Buenos Aires/ya son mi entraña./No las ávidas calles,/incómodas de turba y de ajetreo,/sino las calles desganadas del barrio,/casi invisibles de habituales,/enternecidas de penumbra y de ocaso/y aquellas de más afuera/ajenas de árboles piadosos/donde austeras casitas apenas se aventuran,/ abrumadas por inmortales distancias,/a perderse en la honda visión/del cielo y la llanura.*

Pero hay también otro Borges, uno que vive en un mundo único y que es inmortal, que sueña y crea mientras es creado en un sueño soñado. Un Borges que se deleita en la tranquilidad del estudio y la contemplación; que orbita la estrella de algún planeta errante que ilumina, con luz propia, los pergaminos de la historia universal de la infamia. Un Borges nostálgico que acepta valerosamente su *sino* de ser consumido lentamente por el recuerdo de otro Borges que se ha convertido en una figura casi legendaria, consumada en las paredes de la monumental memoria de la Literatura Universal.

De Borges se puede decir lo mismo que él dijo sobre Valery, que «en un siglo que adora los caóticos ídolos de la sangre, de la tierra y de la pasión, prefirió siempre los lucidos placeres del pensamiento y las secretas aventuras del orden». Pero la ignorancia y la malicia se han encargado de deformarlo al punto de la burla. Su delicado sentido del humor y sus travesuras intelectuales a más de dos a dado escozor y por ello la resultante relación de respeto/insolencia que han trazado con su obra. Mas a él poco le importaba eso, Borges se siente cómodo con su transitar ingenuo, contradictorio, para con el mundo.

Dedicado lector y amante devoto de los misterios del mundo, vistos todos ellos mediante los ojos de la filosofía alemana y convertidos en figuras literarias por sus bondadosas formas de construir realidades menos atafagas, valoró siempre por sobre el contenido sustancial de las corrientes filosóficas, religiosas y políticas, todas sus capacidades estéticas, todo su potencial culturalista y sensible.

Son ya 25 años de su adiós definitivo y si bien su muerte todavía nos llena de nostalgia, la vida rozagante de su obra nos conmueve aún más que el peso inexpugnable de su ausencia. Borges vive en la totalidad de su obra, desde su retórica primigenia y no menos nostálgica, hasta la exuberante elegancia de su estilo. Su imaginario a la vez complejo e íntimo nos envuelve y acerca a él igual que su voz pausada, baja y distraída. El onirismo de sus fábulas sobrecoge.

Borges nació con su siglo, con las inquietudes que despertaba, con la lucidez propia de su generación. De una familia acomodada, descubrió el mundo entre las innumerables páginas de la biblioteca de su abuela. Aprendió a leer antes en inglés que en español y creció en un jardín perfectamente delimitado por una cerca, alejado del mundo, de las esquinas y los gauchos, de las navajas y las milongas: «pocas cosas me han ocurrido y muchas he leído, [...] estoy podrido de literatura», le confesó a Luis Harris. La totalidad de su educación primera fue en casa, probable procedencia de su abatido carácter, de sus formas introvertidas. Temeroso de las máscaras y los espejos, abominables inventos que proyectaban gigantes prehistóricos que poblaban sus tormentos juveniles, a los seis años escribió su primer cuento formal y a los nueve tradujo a Wilde. Con esa temprana edad ya había consumido a Dickens, Kipling, Twain, Poe, Wells, Johnson, Conrad, James, Stevenson, Chesterton, etc. Su bachillerato lo cursó en Ginebra, donde aprendió por cuenta propia el alemán y se sumergió a ojos cerrados en Schopenhauer y su famosa *Die Welt Als Wille Und Vorstellung*. Escribía en francés con la suficiencia para publicar en ese idioma, se rodeó de los ultraístas en Madrid; todo eso sin nunca apartar una mirada de Buenos Aires: «Los años que viví en Europa son ilusorios, yo he estado siempre (y estaré) en Buenos Aires».

Para el 23, Borges emprende un segundo viaje a Europa, dejando atrás un pequeño poemario, íntimo al tiempo que revelador: «*Fervor de Buenos Aires*». A su regreso, por el año 25 retoma el camino poético con «*Luna de Enfrente*», contraparte del primero. Si *Fervor de Buenos Aires* es testimonio fiel de intimidad, *Luna de Enfrente* rompe el silencio y hace de la distancia algo público, ostentoso. Posteriormente vienen los ensayos «Cuaderno San Martín» (1929) y «Evaristo Carriego» (1930), trabajos donde apenas asoma el estilista posterior y que versan, principalmente, sobre problemas de tipo lingüístico y literario. Es en este periodo donde abiertamente declara su total desacuerdo con las normas académicas: el lenguaje –decía– es acción viva; tiempo presente.

Se aleja plenamente de la literatura española por considerarla obsoleta y decadente: pobre. En el 31 se asocia con Victoria Ocampo en la creación de la revista *Sur*, en donde hizo múltiples labores, desde redacción hasta la crítica cinematográfica mientras continuaba con su labor ensayística con *Discusión* (1932). En 1935 publicó su *Historia universal de la infamia* y un año después *Historia de la eternidad*. Ambos libros resultan hoy parte fundamental, o por decirlo con un adjetivo que él concedería más: *fundacional*, de su obra. El primero es una suerte de catálogo de maleantes de poca monta, una miscelánea anecdótica de canalladas rescatadas de las páginas de la historia. Borges cataloga locuras y absurdos, reduciendo así a dos o tres escenas la vida de estos personajes. Este libro es ante todo un ensayo de la vida cotidiana, de la *microhistoria* de los personajes que se encuentran aquí retratados. El estilo que se encuentra en este libro tan aparentemente informal y contradictorio, es parte de la naturaleza misma de su obra. Barroco en sus bordes y con un humor muy fino. Años después él mismo lo llamaría «El irresponsable juego de un niño». El segundo es un trabajo sobre las distintas voces que han pensado sobre la idea de «eternidad» desde la época clásica hasta los tiempos modernos, desde los arquetipos platónicos hasta el nominalismo. Estos dos libros, pese a su premura de juicios, adelantan la forma de entender el ensayo. Ya no solamente podrían tocarse estos temas a la manera académica, estructurada, elocuente y enciclopédica de un Alfonso Reyes. Esta forma tan aparentemente divagante que adopta Borges en este par de libros, serán un paso adelante en las formas y los fondos. El lenguaje empleado también es una forma de ruptura. Mediante la enumeración de características, Borges logra reducir a dos o tres momentos la síntesis del tema, logrando así una representación mental clara y precisa de la forma total.

Distanciémonos un poco de su alquimia literaria. En 1938 muere su padre y esto resulta un golpe brutal para el joven escritor. Toma por primera vez un empleo como asistente en una pequeña biblioteca municipal que, sumado a su vista cada vez más pobre y que con frecuencia le jugaba extrañas jugarretas, promovieron en él un sentido de aislamiento y soledad, en donde quizás adivinaba casi proféticamente, el mundo de sombras que le esperaba. En alguna ocasión subiendo –o bajando– una escalera, tropezó y se golpeó contra un cristal quedando inconsciente varios días. El resultado de aquél evento: *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, el primer relato completamente original y sin fallos de

Borges. Poco después, al firmar un documento contra Perón, es destituido de la biblioteca y nombrado Inspector de Aves en los mercados, puesto que abandona para dedicarse a la enseñanza en un colegio inglés. Los años de guerra lo alejaron un poco de la escritura, guardó distancia, se enraizó en una postura contemplativa y permitió que las ideas estiraran las piernas. Su prosa es prueba de aquellas reflexiones. Los libros que escribió durante esos años no fueron fruto de un continuo escribir sino de una constante mirada interna. Se pronunció contra el fascismo de su generación, un fascismo (como todos) forjado en la soberbia y la ignorancia.

Retomo el listado bibliográfico; en 1941 se publica su primer obra maestra *El jardín de los senderos que se bifurcan*, libro poseedor de un imaginario único, de estilo vanguardista y una visión crítica inigualable; antecedente pleno de *Ficciones*, compendio que representaba la suma de *El jardín...* y *Artificios*, su más reciente creación (1944). Este pequeño libro, contiene en sus páginas varios de los cuentos más perfectos no sólo de la obra del argentino sino del género mismo. Resignifica y proyecta con fuerza hacia delante a la totalidad de la literatura fantástica. De carácter reflexivo y profundo sus narraciones navegan por los mares de la incertidumbre, mostrando así, visiones claras sobre la vida, la muerte, el tiempo, la memoria. Abraza las posturas filosóficas de Schopenhauer y Nietzsche. Su erudición está presente en este trabajo más que en otros. Estos 16 cuentos hoy son un testimonio de la capacidad creativa de este viejo anticuario de las letras. Breve, conciso, categórico. De la literatura fantástica al cuento detectivesco, simbolista, irreal, único. Poseedor de un imaginario inalcanzable, este libro marca el comienzo de la verdadera revolución literaria, original e inagotable, que provocaría este escritor. La influencia que ha tenido en las posteriores generaciones de escritores de todo el mundo merecería un estudio que no bastaría con la suma de unos cuantos tomos.

Lector incansable, no cesó en su proceder crítico y regresó a los ensayos en el 47 con un breve texto (hoy sólo recordado por las élites académicas) titulado *Nueva refutación del tiempo*. Todo su proceder laberíntico tan aparentemente errabundo, cimentaba una fama creciente que terminó por consolidarse en el año de 1949 con la aparición de *El Aleph*, libro maravilloso que continua por el camino que trazó *Ficciones*, brindando nueva luz a reflexiones más profundas. Aquí me detengo; no es de mi interés (d)escribir un *corpus bibliográfico* aunque tampoco lo evito. El resto de su obra, vasta por lo demás, resulta en un constante volver sobre los tópicos hasta aquí construidos, omitiré entonces toda enumeración posterior para contar esta historia. Borges entendía plenamente que toda obra de un escritor era también una biografía fragmentada. Sirva pues la ubicación de sus textos como coordenadas en la geografía del mundo mágico borgiano o por decirlo con sus propias palabras: «Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja, es la inocente voluntad de toda biografía». En mi voluntad egoísta no hay otra cosa que la hedónica necesidad de compartir mis lecturas sin la necesidad de justificar mis reflexiones.

Borges era un gran humorista y entendía a Dios de la misma forma. En 1960, cuando le otorgan la dirección de la Biblioteca Nacional, pierde por completo la vista. Lejos de abrazar el drama compuso unos versos vestidos de una sabiduría impoluta: *Nadie rebaje a lágrima o reproche/esta declaración de la maestría/de Dios, que con magnífica ironía/me dio a la vez los libros y la noche*. Su ceguera definitiva lo sumió en un mundo de sombras del que su carácter, por demás abatido, jamás se pudo recuperar: La ceguera es otra forma de soledad –decía. Debido a su memoria envidiable, pudo realizar su trabajo de manera impecable, conocía esa biblioteca en todos sus bordes, sus estanterías. Los lomos de los libros que poblaban sus paredes no guardaban secretos para su custodio.

Ese era Borges o al menos uno de los tantos Borges que habitaban esa inasible y metafísica ladera de los sueños. Un Borges metafórico que era parte y no reflejo del otro Borges. Un Borges prometéico que oblitera el tiempo con un devenir simbólico que dibuja un caligrama de su rostro, mapa de toda obra, cara de todos los hombres; efigie inexpugnable del tiempo mismo.

Como todo creador tiene obsesiones, figuras –signos acaso– que se repiten cíclicamente negando así, en una sola de sus vueltas toda posibilidad de *tiempo*. Carece de fórmulas, no se cierra sobre una sola idea. Sus cuentos son obras únicas y fascinantes, de estructuras complejas y fondos insoslayables. Comparte arquetipos que le sirven para transfigurar los límites de la lógica tiempo-espacial. Participa de la idea de un único creador como lo muestra en *El acercamiento de Almostásim*, donde el protagonista busca incasablemente los secretos del ascenso a la Divinidad en un libro imaginario. Texto temprano en su producción que vierte luz sobre la materia modeladora de *Tlön Uqbar*, *Orbis Tertius* y *El Inmortal*.

Uqbar, patria idílica donde tal vez radicaba aquel Borges que escribe que sueña que escribe, resulta en la prefiguración misma de la utopía filosófica de este viejo bibliotecario ciego. Lugar sin bordes físicos donde la verdad es mera especulación y la metafísica una rama de la literatura fantástica. En *El Inmortal*, Borges es a su vez Flaminio Rufo, ex tribuno militar en las legiones de la Roma Imperial, guerrero en Stamford en el 1066 con los ejércitos de Harold, un escriba en Bulak en el sigloVII de la hégira o un ajedrecista en Samarcanda y así continuamente por el resto de los siglos. Borges es y no es, está y no está; y esto tal vez se deba, cómo él mismo lo confesó en *La Esfera de Pascal*, a que la historia universal no es más que la historia de unas cuantas metáforas y con ellas el hombre inmortal a podido crear al hombre mortal que sueña con una biblioteca hexagonal que contenga todas las obras del mundo.

Los dobles resultan pues piezas fundacionales del imaginario borgiano. En *Las Ruinas circulares* un hombre crea en sueños a otro, sólo para descubrir que es soñado por un tercero, separa y unifica al lector/autor/personaje surgiendo de esta dicotomía un eterno regresar a ese laberinto polisémico en donde el personaje se convierte en lector y el lector en figura ficticia de la trama. *El enigma de Edward Fitzgerald* es otro ejemplo de esto, en esta historia Omar Khayyám es el doble de su traductor inglés y ambos son a la vez el rostro de Dios.

¿Cuál de todos los Borges posibles es el que se fue? ¿El que hace 25 años se esfumó como un sol terrible y sin ocaso? ¿Cuál Borges es el que entró –para nunca salir– de aquel laberinto –sinuoso laberinto– que lleva por nombre *El jardín de los senderos que se bifurcan*, *La muerte y la Brújula* y *La casa de Asterión*? ¿Qué hermético lenguaje lo menciona en los anales de la Historia? Alimentar y perpetrar estas dubitativas reflexiones son acaso el sentido de toda la obra borgiana. Construir una mano –intemporal y anónima– que erija una obra esférica incapaz de perecer si no es en sus propios bordes, en donde el personaje se pueda sentar a la orilla de la cara de Dios a salmodiar la totalidad de los axiomas del tiempo, leyendo a unos personajes que leen a un Borges, guardián de todos los puntos del Aleph, mientras la efímera certidumbre de aquel ciego que nació con el siglo se ilumina en cada palabra que lo nombra.

Habría que terminar ésta página cediéndole la palabra, permitiendo que su voz delicada inundara la habitación donde se leen estas páginas, donde la polivocidad de estos bordes sintácticos comulgan y disputan, donde el nombrado es más que el que nombra: *Leí los libros esenciales/y otros compuse que el oscuro olvido/no ha de borrar. Un Dios me ha concedido/lo que es dado saber a los mortales./Por todo el continente anda mi nombre;/no he vivido. Quisiera ser otro hombre.*

© Jonatan Frías

El autor:

Jonatan Frías (1980). Nací en algún lugar de México y he vivido en muchos otros, de ahí que no tenga una sola raíz. Soy un lector tan comprometido como indisciplinado, sin sistema. Escribo por una necesidad irreflexiva, como cualquier otra. La Literatura, la Filosofía y recientemente la Historia conforman un grupo de hábitos igualmente irreflexivos. El rock y el jazz brindan estructura a mi sistema al igual que el café y los cigarros. Esto es lo que hay, sin arrogancias ni pretensiones literarias: sin curriculum panfleteros ni poses de aparador. Blog: www.parentessis.blogspot.com.

LAS SERIES DE TELEVISIÓN Y LA LITERATURA: MODELOS NARRATIVOS

por Pablo Lorente Muñoz

0. INTRODUCCIÓN

En los últimos años, se viene produciendo un fenómeno novedoso que tiene que ver, sobre todo, con la industria del entretenimiento de masas y, más en concreto, con la televisión, y es la aparición de producciones televisivas que nada tienen que envidiar a las producciones cinematográficas en cuanto a medios y calidad. Nos estamos refiriendo a las series, o teleseries para otros autores, cuya popularidad aumenta con el tiempo, hasta el punto de que algunas de ellas se convierten en fenómeno fan incluso, como podría ser el caso de *Lost*.

Lo que más nos interesa en estas páginas es observar cómo estas producciones destinadas a la televisión se construyen usando muchos de los mecanismos que podemos encontrar en la novela y otros géneros narrativos o literarios, como sería el caso del dramático. Para ello, intentaremos observar las relaciones entre el discurso literario y el de algunas series, utilizando estrategias propias de los estudios literarios, como puede ser la narratología, la teoría de la literatura o la sociología. La variedad de perspectivas se justifica, entendemos, por lo novedoso de la aproximación.

Para poder comprobar las indicaciones que se ofrecen en la comparación, se procurará dar la mayor cantidad de ejemplos, tanto de series relativamente recientes en el tiempo como de algunas otras más antiguas pero cuyo recuerdo no será ajeno a la mayor parte de los lectores de estas líneas. Para la elección de los títulos de las series, se ha escogido el título original en inglés, aunque muchas veces se acompaña de la traducción en español cuando es posible.

1. ¿LAS SERIES DE TELEVISIÓN COMO ALTA CULTURA?

Los investigadores han demostrado con claridad (Gimferrer, 1985; Peña, 1992 etc.) que pocos años después de la aparición del cine, su influencia era ya notable en la literatura. De igual manera, estas relaciones se producen a la inversa, puesto que desde la noche de los tiempos, la ficción ha venido de la narración, independientemente de si su discurso era en prosa o en verso (*Gilgamesh*, *Ramánaya*, las obras de Homero...) o si se trata de la tradición oral –la primigenia– o escrita. De igual modo, son abundantes las páginas donde se abordan, por ejemplo, las dificultades y variantes que surgen en uno de los aspectos más nimios de las relaciones entre el cine y la imagen: las adaptaciones, tema que no es nuestra prioridad en este momento.

Nos interesa mucho más comprender hasta qué punto el cine –y en este caso las series– influye en nuestro modo de actuar, de comprender el mundo o, en el caso que nos atañe, de narrar, ya que partimos del convencimiento de la importancia de ambos fenómenos en nuestra cultura.

«Durante buena parte de los siglos XIX y XX la novela fue el modelo de relato; durante los dos últimos tercios del siglo pasado ese lugar probablemente lo ocupó el cine, cuya retórica incorporó y amplió los mecanismos narrativos que la novela, sobre todo, pero temen la pintura o la fotografía o la radio habían elaborado anteriormente; en este cambio de siglo la televisión se ha situado en el centro simbólico desde donde los relatos que la circundan son contemplados, nunca neutralizados quiero decir que la centralidad de los modelos de narración televisivos (el noticiero, concurso, el documental, el *reality show*, la teleserie, etc.) amplifica la percepción o el sentido de otras modalidades discursivas.» (Carrión, 2011: 46-47)

Lo que es innegable, es que estas series ayudan a los televidentes, a compartir la creación de un imaginario colectivo que, sin darnos cuenta, se está forjando poco a poco gracias también a las teleseries.

El imaginario colectivo son los rasgos culturales que se muestran en las teleseries como modelo vital y también como conformación de modos de actuación. Dependiendo de los diversos géneros fílmicos y situaciones, estamos recibiendo modelos de forma constante. Modelos compartidos, por otra parte, con muy diferentes sociedades y países, no sólo porque las series se puedan vender a otros países, sino porque Internet ha borrado estas fronteras culturales en la mayoría de zonas del mundo.

Las situaciones de todo tipo planteadas en la literatura universal, por la ficción en definitiva son, de un modo u otro aplicables a múltiples contextos, existentes o no, de ahí títulos tan sugerentes como la *Teoría de los mundos posibles* de Albadalejo o *Realidad mental y mundos posibles: los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, de Bruner.

En palabras de Luis Mateo Díez:

«Quiero decir que los contadores de historias, los creadores de ficciones literarias, ambicionamos como poco que nuestros textos reflejen la vida a base de recrearla, construyan esa otra realidad que viene del feliz encuentro de la imaginación, la memoria y las palabras. Y con bastante frecuencia, cuando la ambición se desata, el intento ya no queda en reflejar o recrear la vida, sino en suplantarla, no depender exclusivamente de ella como ineludible punto de referencia, sino sustituirla desde esa otra realidad imaginaria en que la propia novela se construye.» (VV.AA., 1999: 14)

Así pues, la lectura conforma un mundo particular y propio, ya que cada lector, a través de su itinerario lector, a través de sus experiencias ficcionales, crea su propio mundo. De esta manera, nuestro universo personal es más bello, más rico y más inteligente gracias a la literatura, ya que todo tiene cabida, desde lo más sórdido hasta lo más cruel, de modo que al leerlo, somos conscientes, una vez más de toda la profundidad de lo que ha acontecido, y de lo que es más importante: lo que puede acontecer.

«He tratado es mostrar que la función de la literatura¹ como arte es exponernos a dilemas, lo hipotético, a la serie de mundos posibles a los que puede referir un texto. Empleado el término "subjuntivizar" para hacer al mundo más flexible, menos trivial, más susceptible de recreación. La literatura subjuntiviza, otorga extrañeza, hace que reviente lo sea menos, que lo incognoscible lo sea menos también, que las cuestiones de valor estén más expuestas a la razón y a la intuición. La literatura, en este sentido, es un instrumento de libertad, luminosidad, imaginación y, sí, razón. Es nuestra única esperanza contra la larga noche gris.» (Bruner, 1998: 38)

Mencionamos sociedades porque en nuestro mundo globalizado, son muchos países y, por tanto, sociedades, las que están compartiendo unas mismas ficciones, ya que las series más relevantes –sobre todo las producidas en EE.UU– se venden a numerosos países e incluso, se estrenan a la vez, como fue el caso de la difusión mundial simultánea del último capítulo de *Lost*.

Las teleseries representan un modo de observar el mundo, por muy ficcional que sea, que se rige, fundamentalmente, por las normas del discurso literario. «Aquí tenemos un debate de fondo: la del realismo (aunque sea y bórico) y la tercera ciencia-ficción (dos apocalíptica) para analizar críticamente la deriva del presente». (Carrión, 2011: 21)

Nos referimos, por supuesto, a series que desarrollan una narración basada en un detonante único o cuando menos, no dispersos en la narración. Obviamos por tanto, series de situación o *sit coms*² de temática deslavazada como por ejemplo, *Friends*, *Big Bang Theorie*, *El equipo A*, *El coche fantástico*, *Los vigilantes de la playa* o *Los Serrano* o *Aída*, por citar también alguna producción española, ya que estas series funcionan de forma independiente, es decir, apenas hay relación entre un episodio y otro. Este tipo de producciones son muy interesantes desde el punto de vista comercial, ya que una persona que no haya podido ver el capítulo anterior –algo muy frecuente en la difusión de la mayor parte de cadenas de televisión españolas–, normalmente, proyectado la semana anterior, podrá seguir la serie

¹ Léase de igual modo ficción, es decir, en lo que nos ocupa, series.

² *Sit com* (*de Situation Comedy*): protagonismo estelar de un personaje y uso del gag como recurso cómico. (Herrero y Diego, 2009)

perfectamente. Por realizar una comparación rápida, aquel espectador que no haya podido ver el episodio piloto de *Rubicon*³, difícilmente podrá entender lo que se va a desarrollar en otros capítulos.

Las series anteriormente citadas, en principio, pertenecen a lo que podemos denominar cultura popular siguiendo los términos de Bajtin (1974). Es decir, la mayoría de ellas, son series de entretenimiento puro, lo que implica que no haya en ellas un componente de alto nivel estético, ni siquiera una intención del mismo, lo que imposibilita una alta calidad. Por calidad entendemos un concepto algo vago pero que se pone de relieve con frecuencia cuando una cadena comienza a variar los horarios de emisión de una serie o, simplemente, la elimina:

«Conviene tener siempre presente, además, la satisfacción del espectador. No obstante, y ante el riesgo de que la televisión se convierta en una maquinaria al servicio de la tiranía de la audiencia, entendemos aquí al televidente como un ciudadano con capacidad crítica desarrollada y criterio maduro en la elección. La “televisión de calidad” presupone, por lo tanto, “audiencias de calidad” y no simples cifras millonarias que justifican la supervivencia o muerte de los programas en plazos demasiado breves.» (Huerta, 2005: 4)

Veamos algún ejemplo de lo que hemos llamado entretenimiento puro, *El equipo A*, *El coche fantástico* y *Los vigilantes de la playa*, son series de aventuras; si nos detenemos un poco a contemplar sus características, veremos que tienen en común muchos rasgos con lo que Bajtin llama el cronotopo de la novela de caballerías (1989), por ejemplo: vemos un héroe o varios y su función principal es la de «desfacer entuertos», es decir, ayudar a los necesitados. *El caso del equipo A* es más claro todavía, pues los «caballeros» –prófugos aunque inocentes– recorren EE.UU. a lomos de una furgoneta para ayudar a los más necesitados, siempre salen victoriosos, no necesitan dinero, puesto que no comen ni beben ni se cansan y, aunque les hieran o detengan, siempre saldrán victoriosos.

Otro caso es el de series como *Friends*, *Cougar Town* o *Big Bang Theory*. Todas ellas tratan la temática amorosa, o más bien, el empeño constante en la conquista del amor, temática unida con la pretensión humorística, lo que las asocia con la baja cultura, ya que el humor, es por definición disgregador y rompedor de las normas sociales. Este elemento es fundamental en este tipo de producciones de ficción. Si pensamos en la misma temática de conquista del amor pero eliminando el humor, tenemos series como *Sexo en Nueva York*, que adquiere tintes prácticamente didácticos, o lo que es sinónimo, podrían ser tomadas como modelos a seguir, de ahí gran parte de su encanto.

En ambos casos, asistimos a las vivencias de un grupo de amigos en un no-espacio, es decir, un espacio cerrado donde apenas hay cambios y donde los personajes se enfrentan una y otra vez a la misma prueba, sobre todo, la amorosa. En términos bajtinianos, podríamos pensar en que esta temática se acerca al patetismo sentimental, aunque sea de muy bajo impacto.

En el caso de las series españolas, estos rasgos se elevan a su máxima potencia, sobre todo en el caso de *Aída*, donde el personaje de Mauricio Colmenero encarna todos los vicios y defectos que podamos pensar en pro del humorismo, pues las bajas pasiones son una de las características esenciales: putero, homófobo, xenófobo, explotador, interesado, ávaro, egoísta... Por otra parte, el personaje de Luisa encarna el espíritu de la risa puro, representado por un tonto que ha tenido un largo recorrido a lo largo de la historia de la estética: el bufón del rey, el tonto del pueblo, el gracioso del teatro del Siglo de Oro...

La excelencia en la elaboración del discurso televisivo⁴ –que por definición es siempre narrativo– depende de muchos factores: el presupuesto que cuente la producción de la misma, el trabajo en el guión, el trabajo de los actores y, en gran medida, de un componente subjetivo e identificativo.

En primer lugar, el puesto en la alta cultura en un mundo posmoderno y escéptico por definición es algo difícil de cuantificar. Sin embargo, algo está pasando, el final de *Lost* fue comentado por los me-

³ Más información en: <http://librorelatospablolorente.blogspot.com/2011/05/alberto-rey-que-lleva-un-blog-sobre.html>

⁴ En el capítulo seis de la obra de Carrión (2008), titulado "La Biblioteca de Babel", se hace una interesante en análisis sobre las relaciones entre la literatura y las series, donde se insiste en que hay una buena cantidad de títulos y momentos televisivos que aluden directamente a la literatura.

dios de comunicación a nivel mundial⁵, por ejemplo. Pero es que desde mundos ajenos a la producción audiovisual como es el caso de escritores o filólogos se están interesando por las series desde el punto de vista sociológico, cultural o literario, como es el caso de estas páginas o de libros como *Teleshakespeare*⁶ (Carrión, 2011), *Los Soprano for ever* (VV.AA., 2010) o el número 332 de la revista *Qui-mera*, donde diversos autores analizan 34 series. Por tanto, cuando el canon o, al menos los representantes del canon –en términos de Harold Bloom (1997)– intenta convertir las teleseries en un producto a comentar y a analizar, es que algo está importante está sucediendo, y es, ni más ni menos, que la gran acogida de estos productos y algo que va más allá, y es la importancia que adquieren a nivel cultural. Y es que si el cine es cultura, y eso es innegable, parece que las teleseries también lo son, no sólo por intereses económicos, o en términos de gustos del gran público –fenómeno fan–, no, es que sin duda tienen algo que aportar en la comprensión de nuestro mundo, de la misma manera que el cine desde hace varias décadas:

«El esplendor del cine y de la televisión norteamericanos empezó a declinar justamente en los años 80, cuando comenzó a hacerlo el fordismo. Es decir, cuando Occidente fue dejando de producir masivamente y en cadena, cuando la producción industrial fue siendo delegada hacia el Este y hacia Oriente.

»Las teleseries norteamericanas han ocupado, durante la primera década del siglo XXI, el espacio de representación que durante la segunda mitad del siglo XX fue monopolizada por el cine de Hollywood. Tal vez ninguna de las grandes teleseries haya pagado esa deuda con la tradición cinematográfica con la misma contundencia que *Los Soprano*.» (Carrión, 2011: 14).

Por otra parte, las características intrínsecas de las teleseries invitan a la reflexión, anotamos algunos puntos que incluirían ciertas producciones dentro de lo que podemos denominar «alta cultura» o cultura canónica:

- Es un producto ideal para la formación del imaginario colectivo puesto que se puede mostrar con mayor profusión los modos de vida y pensamiento de una sociedad.
- La extensión de las mismas favorece una profundidad narrativa que el cine no puede alcanzar.
- La duración de los capítulos favorece un dinamismo narrativo que, en ocasiones, el cine o la literatura no pueden mantener, ya que es muy normal que la intensidad narrativa decaiga a lo largo de una película.
- La diversidad de voces narrativas, fenómeno ligado a la duración global de los capítulos y de la serie por tanto (pensemos que una temporada puede tener 12 capítulos, unas 10 horas de serie) favorece la experimentación, tanto en el montaje como en los lenguajes narrativos.
- Por la razón antes señalada, se pueden expresar muy bien las características psicológicas de un buen número de personajes.
- Gran parte de las series insertas en lo que hemos denominado «alta cultura» tienen una clara intención estética que las diferencia notablemente de series de mero entretenimiento.

2. CARACTERÍSTICAS LITERARIAS EN LAS SERIES. LAS SERIES DE ALTA CULTURA.

El montaje y su dominio enseñó a los primeros cineastas que a través de la imagen, una historia se podía narrar de modo diferente y, definitivamente, más rico. Como ejemplo paradigmático, se suele citar el fragmento de la película *Vida de un bombero* de Porter (1903). En el primer montaje, la cámara permanece en la secuencia estática, dentro de una habitación con fuego. En este primer montaje, el bombero sube, rompe la ventana y salva a la mujer. Pocos años después, el mismo autor descubre la capacidad del montaje y rehace la escena con un mecanismo muy sencillo a la par que eficaz, los distintos puntos de vista.

⁵ <http://www.20minutos.es/noticia/715767/0/perdidos/serie/final/>

⁶ En esta obra se incluye una extensa bibliografía específica sobre las teleseries.

El avance de los medios técnicos permitió el desarrollo de estos elementos que, sin embargo, en la novela se habían adoptado desde hacía varios siglos. Este montaje al que nos referimos permite pues, que se desarrollen perspectivas que, si bien la literatura había descubierto, ahora se pueden desarrollar de un modo mucho más rico y dinámico.

Como una breve aproximación a los modos narrativos en las series, podemos decir que en su gran mayoría son narraciones fallidas por distintos motivos, sobre todo los económicos, y es que no debemos olvidar que estamos hablando de un negocio. Esta afirmación, que no deja de ser una opinión, se justifica porque la narración de gran parte de las series, a través de los guiones, sufre enormes cambios motivados por el éxito televisivo o fracaso de las series. Es decir, que si una idea estaba pensada para ser desarrollada en una temporada, si ha tenido el suficiente éxito, continuará, con lo que el desarrollo inicial de la idea narrativa también puede ser modificado. Además, es una narración que requiere, antes que un cierre coherente, un desarrollo con una máxima tensión narrativa, que en ocasiones, es muy difícil de mantener. Por último, la anterior afirmación se justifica porque es una narración viva, es decir, que la decisión de cuándo debe finalizar es, por decirlo de alguna manera, antinatural, puesto que son los datos de audiencia o los presupuestos de una cadena lo que la motivan. Ahí tenemos como prueba la desilusión generalizada sobre el final de *Lost*, y es que muy difícil cerrar una narración que ha seguido un curso libre durante varias temporadas.

También, y en los últimos tiempos podemos destacar varios casos, por motivos económicos, ya que si una serie se considera demasiado costosa, lo normal es que no continúe, es el caso de *Carnivale*.

Con respecto a la narración, sería muy difícil sistematizar todos los modelos que podemos señalar. En principio, la narración de las series es mimética, es decir, no existe tal narrador porque estamos asistiendo a la representación de la obra, que conserva muchas similitudes con el teatro, por ejemplo. Sin embargo, el complejo mundo de la imagen sí permite un narrador omnisciente, como es el caso de Carrie en *Sexo en Nueva York*, que se expresa a través de una «voz en off» o un narrador externo, como es el caso de la reina cotilla («gossip girl» en la serie homónima) y que más adelante veremos.

Otro elemento a tener en cuenta es que podemos destacar, en líneas generales, tres tipos de continuidad narrativa. En primer lugar, destacamos las series que más nos interesan, que se centran en un solo conflicto (en una unidad de acción podríamos decir destacando la regla de las tres unidades del teatro clásico). Estas series se centran en la resolución de una trama, como puede ser el caso de *24* (aniquilar la amenaza terrorista), *Lost* (descubrir el misterio de la isla), *Game of Thrones* (mantener unidos los siete reinos contra las diferentes amenazas) etc.

Otro modelo sería el que hemos mencionado de *sit com*, donde los capítulos funcionan de modo independiente y en cada uno de ellos se aborda un problema diferente, ya hemos señalado algún ejemplo, pero podemos mencionar también series de acción donde ocurre esto mismo, como *The Unit* o *Flashpoint*.

Habría también un modelo de narración intermedio, donde los capítulos funcionan de modo independiente –lo cual permite que el espectador pueda seguir la serie sin problemas si no es un espectador asiduo– pero donde además hay una trama de trasfondo que unifica toda la serie. Es el caso de *The Mentalist*, donde el protagonista va resolviendo casos pero donde además tenemos de vez en cuando, la mención o aparición del asesino de su familia, Jack «el rojo». Esto mismo ocurre en *Blue Bloods*, donde los casos funcionan de forma independiente pero donde además, de vez en cuando, el hermano pequeño, un policía en prácticas, es tentado a investigar el extraño asesinato de su hermano mayor, también policía.

A continuación, observaremos algunos de los modos de contar en imágenes en diversas series a través de terminología propia de la literatura.

2.1. Para comenzar, señalaremos dos elementos básicos de la construcción narrativa: **la verosimilitud y el decoro**.

«Las reglas de la verosimilitud y del decoro varían según las distintas épocas y sociedades pues el concepto de verdad no es estático y la apariencia evoluciona. La verosimilitud absoluta

se produce cuando las ideas y los acontecimientos no contrarían las condiciones de nuestra naturaleza, y la relativa se da con relación a la época y lugar en que se desarrolla la obra; el olvido de ésta trae consigo anacronismos de tiempo o de lugar.» (Ayuso, García y Solano, 1997: 397)

En efecto, la verdad depende de la época, pero por fortuna no todo en la vida es verdad, «todo el mundo miente» dice el doctor House, y es que parece que lo más importante a tener en cuenta, si la verdad es modificable, es que el concepto de verosimilitud no tiene por qué implicar verdad, basta con que lo que se cuenta sea creíble. Por ejemplo, Hank Moody (*Californication*) es un don Juan moderno, contaminado por el ambiente de California y encerrado entre el querer ser y el ser, con un cierto resabio del mal de Madame Bovary, es decir, el conflicto entre lo que se tiene, lo que se es en definitiva, y lo que se anhela. Es por tanto, verosímil, que sea un cínico, un ligón empedernido y que a la par ame con locura a su ex mujer.

Este mecanismo es esencial para lo que podemos denominar el pacto de la ficción, una de las mayores invenciones de la humanidad, esto es, la capacidad infinita del ser humano para creer ciertas cosas. Por citar a varios autores:

- Conocía bien en qué consistía el pacto de ficción y aceptaba las reglas. Suspensión deliberada de la incredulidad, decisión para aceptar la audacia. (Montes, 1999: 24)
- La realidad nos pone en nuestro sitio; luego, nosotros, por medio de la narración ponemos a la realidad en el suyo. El mendigo deviene príncipe, la realidad se rinde ante el deseo, la vida se confunde por un instante con el sueño. Somos narradores por instinto de libertad porque nos repugna la servidumbre de la propia condición humana en un mundo donde no suele haber sitio para nuestros afanes de verdad, de salvación y plenitud. (Landeró, 2001: 83)

Por ejemplo, uno de los géneros más queridos en los últimos tiempos ha sido el género de superhéroes, en sus distintos formatos. Por supuesto, sabemos que un hombre no puede volar, pero creemos que un ser llegado de otro planeta lo puede hacer, es Superman, un hombre con atributos especiales, y eso es verosímil, ya que su procedencia da sentido a la ficción. De esta misma manera se construye la ficción sobre los personajes de la serie *Héroes* o *Eureka*. De igual manera, aceptamos –porque es verosímil– que el doctor House resuelva sus casos botando una pelota contra una pared, que Peter Bishop de *Fringe*⁷ tenga un doble en un universo paralelo, que Ben Hawkins en *Carnivale* tenga el don de resucitar a los muertos o Jimmyk McNulty se lleve bien con sus compañeros a pesar de ser un dolor de cabeza para todo el cuerpo de policía de Baltimore en *The Wire*. Hemos hecho ese pacto con la ficción, y lo podemos ver sin tener la sensación de que nos tomen el pelo.

En palabras de Carrión, y refiriéndose a la serie de *The Good Wife*:

«En momentos de *The Good Wife*, Will es el encargado de recordar los abogados y asistentes de su bufete que lo que realmente importa en un juicio es que la argumentación sea verosímil y no verdadera. Una mentira verosímil es superior a una verdad inverosímil. O, si quitamos los adjetivos, una mentira es superior a una verdad. La proscripción de la verdad –de la importancia la verdad– es definitiva de las nuevas ficciones judiciales televisivas.» (Carrión, 2011:183)

2.2. Otro término íntimamente relacionado con el anterior es el **decoro**, que podemos definir como:

«Asociado al concepto de belleza y hace referencia a la adecuación que debe tener toda obra entre la forma de expresión y la materia tratada. Si se habla de la vida cotidiana y vulgar habrá de utilizarse el bajo estilo y nunca un estilo sublime; si es el rey o un noble el que interviene se empleará un estilo grave como corresponde a su condición.» (Ayuso, García y Solano, 1997: 100)

⁷ Más información en: <http://librorelatospablolorente.blogspot.com/2011/02/fringe-ciencia-ficcion-en-estado-puro.html>

Esta definición es un tanto incompleta para el tema que nos atañe. En su sentido más estricto, es cierto que si los personajes de *Game of Thrones* usarán palabras como «tronco, macho...» se rompería completamente el decoro. Sin embargo, este concepto va mucho más allá, y es mucho más relevante señalar que el decoro también explica el modo de actuación de los personajes, que se deben regir por su condición. Por ejemplo, a los personajes de *Generation Kill*⁸, marines estadounidenses en la invasión de Irak, se les supone valor, a un médico, se le supone cierta bondad para con sus pacientes (el ejemplo claro sería el doctor Wilson de *House*) o a un policía se le exige que trabaje duro para proteger y servir, el ejemplo claro son los personajes de *Blue Bloods*.

Si los personajes fueran siempre decorosos, es decir, cumplieran con lo que se exige según su condición, muchas de las series funcionarían igual de bien, pero el mundo representado sería simplemente maniqueo e ideal. Si acudimos a la teoría del guión, veremos que uno de los puntos fundamentales del mismo es que aparezca un conflicto, que es, en esencia, la representación de lo intrínseco al ser humano:

«Las leyes del conflicto también son de interés, ya que afectan a la intensidad dramática y a la incertidumbre, por un lado, y a la sorpresa y a la aportación de información, por otro. Es el caso de la permanencia de tensión. Pero también es atractiva y funcional la unidad de los opuestos: ley que hace referencia a la necesidad de la destrucción de una de las fuerzas que configuran el conflicto para poder llegar a una resolución del mismo; por ej.: religión frente a ateísmo, riqueza frente a pobreza, amor frente a odio... (Gómez, 2002: 114)

Por explicarlo con más claridad, todos esperamos que un lobo ataque una manada, que los príncipes sean buenos y guapos, y las brujas, malas y feas, así ha funcionado el imaginario colectivo de muchas generaciones. Sin embargo, la sorpresa, el «no sé qué», proviene justamente de lo contrario. José Agustín Goytisolo lo dejó claro en este conocido poemita:

*Érase una vez
un lobito bueno
al que maltrataban
todos los corderos.
Y había también
un príncipe malo,
una bruja hermosa
y un pirata honrado.
Todas estas cosas
había una vez.
Cuando yo soñaba
un mundo al revés.*

Así pues, en la mayoría de las teleseries más complejas –repito que no se da en las *sit com* ni en las series más antiguas citadas al principio de estas páginas– se rompe por completo el decoro exigido a los personajes; en ocasiones, se llega a eliminar, puesto que así obtenemos un conflicto que va a sobrevolar toda la producción ya que no es un mero conflicto que se pueda resolver en un breve espacio narrativo. De este modo, es decoroso que una madre se ocupe de su hijo, pero no lo es la apología del alcohol que hace Jules en *Cougar Town*, delante de su hijo en muchas ocasiones; House es un médico que mantiene el decoro, sin embargo, es drogadicto, aunque se justifique en ocasiones por el dolor de su pierna, algo muy parecido sucede en *Nurse Jackie*, aunque en esta ocasión no parece haber justificación; Vic Mackey en *The Shield* es un policía corrupto y, en ocasiones, extremadamente violento, no mantiene el decoro, sin embargo, encontramos justificación en la enfermedad de su hijo.

En cualquier caso, parece que las teleseries más exitosas funcionan a partir de una norma básica, que es la eliminación del decoro. Casos más claros que los anteriores serían el del mafioso Tony Soprano acudiendo al psicólogo, el del forense asesinando en *Dexter* o el del policía torturando en *24*.

⁸ Más información en: <http://librorelatospablolorente.blogspot.com/2011/06/generation-kill-la-serie.html>

2.3. Una vez vistos estos conceptos, nos ocuparemos del **perspectivismo y la linealidad**. Ambos están en sintonía y, por supuesto, no son novedosos ni invención del cine, aunque es cierto que el cine, las teleseries también por tanto, han acondicionado estos términos a su discurso.

Es inevitable citar la obra de Cervantes *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*⁹ en este momento. Como es bien sabido, en esta obra se produce un juego de planos entre los diferentes partícipes de la historia, también entre los diversos narradores en realidad, desde el propio Cervantes a Cide Hamete Benengeli pasando por un traductor. Es lo que se conoce como «myse en abyme» o la generación de diversos planos de narración y expresión. Por acudir a otro ejemplo cultural, algo similar a lo que se da en el cuadro «Las Meninas» de Velázquez, maravillosamente analizado por Foucault en *Las palabras y las cosas*.

Cuando hablamos de perspectivismo, nos referimos a dos cosas, la primera es el punto de vista en el que el destinatario percibe lo narrado. Cuando observamos «Las Meninas» tenemos muy diferentes planos de observación, estamos en un torbellino de puntos de vista, cuando vemos la serie *Rubicón*, es inevitable quedarnos con el misterio del trébol de cuatro hojas, pero también con las escuchas o con las fotos del encuentro en Sofía. Al final, si no construimos a partir de los puntos de vista que se nos han dado, no entendemos. Cuando vemos *Carnivale* es imposible no sorprendernos a cada paso, a cada capítulo, la muerte de la madre de Ben, la resurrección de un gato, el viaje, el circo, la curación de un brazo roto, un sueño, luego otro. Es decir, un plano narrativo, y luego otro superpuesto, y luego otro, y así sucesivamente para construir un todo, o lo que es lo mismo, una narración compleja.

El otro punto de vista sobre el perspectivismo, es cómo los propios personajes, y por tanto el espectador o el lector..., perciben lo que se está narrando. El caso de los molinos de viento puede ser el más representativo, lo que para uno son molinos, para otro son gigantes ¿quién tiene razón? Lo mejor del asunto es que ambos la tienen, lo mejor para el destinatario, es que podemos percibir ambos pensamientos, ambas reacciones, y así enriquecer nuestras propias percepciones.

La máquina donde deben introducir los números cada 108 minutos en *Lost* no es percibida por todos de la misma manera, ni aun cuando relacionan que los números fueron los premiados en la lotería de Hugo Reyes, cada personaje apunta una posibilidad diferente, y así, el espectador puede participar de todas esas opiniones aportando quizá la suya propia. La experiencia del desvanecimiento global en *Flashforward* no es percibida de la misma forma por todos los personajes, por todo el mundo en realidad, ya que cada uno vio una cosa distinta –algunos nada, lo que es también un punto de vista, mucho más trágico, desde luego–. Las escenas policíacas en las que observamos el dolor o el sufrimiento de víctimas por las injusticias sufridas contrastan con la de aquellos que deben velar por nosotros, es el contraste entre víctimas y policías, como en *Blue Bloods* o *The Shield*. Además, este contraste se enriquece con el de los culpables, por supuesto. Algunos de ellos aceptan su responsabilidad, aunque el decoro exige que no lo hagan, como el cruel T-Bag en *Prison Break* o la mayor parte de los villanos de *The Wire*. Como ejemplo paradigmático de este ejemplo de perspectivismo podemos citar el personaje de Jack Bauer, que en distintas ocasiones de las distintas temporadas de 24, tortura a detenidos –lo hace también en menor medida Danny Reagan en *Blue Bloods*. En un contexto de guerra total contra el terrorismo, los puntos de vista despertaron incluso polémicas internacionales sobre la justificación de las torturas¹⁰.

2.4. La ruptura de la linealidad narrativa es uno de los elementos más modernos y más interesantes que podemos señalar entre las influencias entre cine y literatura. Ya hemos comentado que tiene mucho que ver con el montaje, y sobre todo, con las diferentes formas culturales o, más bien, con las diferencias entre la lectura y el visionado de imágenes. El modelo literario más consistente y clásico es la novela realista, donde la narración es esencialmente lineal. Se sigue en este modelo narrativo el esquema básico de introducción, nudo y desenlace. Sin embargo, la ruptura del orden lineal no es algo del todo novedoso, y se puede producir de muy diferentes formas. Por ejemplo, a un nivel muy básico

⁹ Fernando Iwasaki reescribe una y otra vez la misma historia para dar perspectivas diferentes en *España, aparte de mí estos premios*, Páginas de Espuma, Madrid, 2010.

¹⁰ <http://www.vayatele.com/ficcion-internacional/la-polemica-sexta-temporada-de-24>

podemos señalar los sueños como adelanto de los hechos venideros. Se produce ya en *El Cantar de Mio Cid*, cuando el héroe nacional tiene un sueño sobre el futuro de la próxima batalla. El papel de los sueños y su interés no ha decaído un ápice, se usan con profusión, por ejemplo, en *Carnivale*, donde el protagonista Ben Hawkings, sufre estos sueños de forma repetitiva. Sus sueños son un enlace con el pasado –la figura de su padre– pero también con el futuro, ya que de su interpretación depende gran parte de la trama.

Grosso modo, en la mayor parte de las series de mayor envergadura y complejidad, podemos hablar de una constante anacronía, es decir, una «alteración del orden de los eventos de la historia cuando son presentados por el discurso» (Sánchez, 2006: 45). O lo que es lo mismo, hay una ruptura constante de la linealidad narrativa. Esta ruptura, se suele dar a través de la eliminación del esquema tradicional de introducción-nudo-desenlace. Esta dislocación temporal surge a través de diversos fenómenos a los que ahora nos referiremos, pero que podemos resumir en saltos en el tiempo hacia el pasado (analepsis) o hacia el futuro (prolepsis).

La prolepsis o anticipación «es una figura de pensamiento que adelanta en el propio discurso la respuesta de una posible objeción o una pregunta» (Ayuso, García y Asensio, 1997: 25). Otra definición es que «el concepto de prolepsis corresponde a todo movimiento de anticipación por el discurso de eventos cuya ocurrencia en la historia es posterior al presente de la acción». (Sánchez, 2006: 47).

Quizá el ejemplo más claro de este fenómeno es el acontecido en la serie *Flashforward*. Durante dos minutos diecisiete segundos, la práctica totalidad de la humanidad se desmaya. En ese período de tiempo, «sueñan» o ven lo que estarán haciendo seis meses después, así pues, toda la trama girará en torno de esa visión y, por supuesto, la resolución de por qué ha ocurrido ese hecho y lo que es más llamativo, por qué ciertas personas no sufrieron ese desvanecimiento.

«El título de la teleserie FlashForward alude simultáneamente a dos niveles de significado: por un lado, al propio tema de la ficción, esto es, a la visión del futuro cercano (del 29 de abril de 2010) que tiene toda la humanidad, el mismo día a la misma hora, durante dos minutos y diecisiete segundos; por el otro lado, a la propia técnica narrativa. El futuro aparece como un fongazo.» (Carrión, 2011: 107)

Otro claro ejemplo es el de la serie de policías *Flashpoint* (observemos en prefijo *flash* en ambos títulos). Al inicio de cada capítulo se nos inserta en lo más importante de la acción, estamos viendo un secuestro, un asalto o un atraco. Lo vemos durante un minuto aproximadamente, estamos viendo en realidad el futuro como presentación, casi como el titular de una noticia. Tras este corto periodo de tiempo, se nos indica en la pantalla que vamos a ver algo que está ocurriendo seis horas antes. En ese punto, comienza un relato lineal, lo que pasa es que el espectador sabe que ese personaje que está desayunando, horas después, va a ser secuestrado, por poner un caso.

Para el juego de la anticipación, las nuevas tecnologías tienen un papel predominante, sobre todo el teléfono móvil. Lo vimos en *24*, donde Jack Bauer está constantemente usándolo, pero este uso es mucho más claro en *Gossip Girl*. Lo que es en apariencia una serie banal sobre unos niños pijos del Upper East Side de Nueva York, se convierte, con el avance de las temporadas, en un apasionante análisis de los juegos de poder, de seducción y de vida de las clases altas de Manhattan. En este juego de poder, de ambición, de destrucción también, la vida de los personajes está constantemente narrada en un doble plano. Por un lado, el juego mimético interpretado por los propios personajes; en otro plano, los comentarios de una página internet (la chica cotilla o «gossip girl») donde todo el mundo puede participar enviando fotos o vídeos o información y donde se cuenta todo lo que va ocurriendo a modo de un gran hermano. De este modo, se van entrelazando las tramas de los personajes y haciendo públicos –narrando– los principales acontecimientos, pero también, y esto es lo que más nos interesa, anticipando la trama, ya que si alguien ha visto a Chuck Bass saliendo de tal sitio acompañado de una mujer con la que no debería estar, la página internet lo publicará. Su pareja estable, en ese momento, hará un movimiento de reacción que sin duda tendrá consecuencias. Y en ese momento, una voz en off nos avisará de que algo ocurrirá muy pronto.

Otro fenómeno muy interesante de dislocación temporal es la analepsis, que es la dislocación temporal para mirar hacia el pasado. Lo podemos definir como:

«Además de corresponder genéricamente al concepto designado también por el término *flash-back*, la analepsis es todo movimiento temporal destinado a relacionar eventos anteriores al presente de la acción e incluso, en algunos casos, a su inicio.» (Sánchez, 2006: 46).

El ser humano está cargado de recuerdos, el cine nos ha acostumbrado a que los personajes recuerden, una «voz *en off*» nos avisa, o vemos la imagen distorsionada, o mucho más claro, la vemos en blanco y negro. También las series utilizan a menudo este recurso que tiene como misión principal, aclarar la historia profundizando en la psicología de los personajes, y por tanto haciéndolos más reales y cercanos al espectador para que de este modo se pueda identificar mejor con ellos. También, y en gran medida, confundir todavía más la trama.

«En ellos, como en *Perdidos* la mayoría de las series, la imagen del pasado es idéntica la imagen del presente. Los mismos colores vivos. Pero con la obra de Abrams, aunque su representación fuera tradicional, viró la función narrativa del flash-back: si al final de los episodios de *House* y *Urgencias* entendemos perfectamente que ocurrió, porque la analepsis tenía una intención explicativa, con los fragmentos del pasado que se intercalan en perdidos de complejidad a la narración, se explica minucias al tiempo que ser nuevos interrogantes, nos queda la sensación de que los por temporales un modo de oscurecer lugar de aclarar.» (Carrión, 2011: 106)

El ejemplo más claro de este proceso es el que se da en *Lost* para presentar a los personajes en su totalidad. El problema de trasfondo es el de la identidad, y es que no podemos llegar a saber quién es quién realmente sin conocer su biografía. Así que vemos a nuestros personajes en la isla, John Locke está hablando con Jack Shephard, por poner un caso, y de repente observamos la vida de Locke antes de coger el vuelo de Oceanic. Esto ocurre con la totalidad de los personajes en muy diversos momentos de la serie, es además, un proceso doble, puesto que en algunos casos, algunos de los personajes del pasado, formarán parte de las vivencias de la isla en algunos momentos.

Por último, con respecto al tiempo, podríamos destacar otro hecho habitual en las series, es la inexistencia de tiempo, que no tiene tanto que ver con la narración, puesto que sí existe y puede tener además de linealidad, cualquier otro de los ingredientes antes señalados, como con la evolución de los personajes. En muchos casos, los personajes no presentan evolución temporal alguna, es muy similar al tiempo rural señalado por Bajtin en el cronotopo del idilio (1989), donde se puede detectar una no evolución temporal en los personajes, que no evolucionan, no envejecen, no crecen, es decir, el tiempo no pasa por ellos. Es el caso, por ejemplo, de *Los Simpson*, donde los padres no envejecen, los hijos no crecen... o el de muchas series que se mantienen en el tiempo, como fue el caso de *Friends*, donde los personajes no evolucionan personal y psicológicamente.

3. CONCLUSIONES

Como hemos señalado en estas páginas, las series son fundamentalmente un discurso narrativo, puesto que se nos cuentan historias de muy diversos modos. Este discurso narrativo puede ser interpretado de muy diversas formas, e incluso no ser interpretado de ninguna, pero como cualquier realidad social, como cualquier evento cultural relativamente reciente y con un gran impacto social, requiere últimamente la atención de críticos y especialistas de diversas artes, también las literarias, por lo que podemos decir, que algunas de estas producciones, están pasando a formar parte de la alta cultura, o cultura canónica para una gran parte de la sociedad occidental. Asociado a ello, vemos que muchas series se convierten rápidamente, además de en productos de consumo, en un fenómeno que arrastra a una gran cantidad de seguidores.

Como discurso narrativo, podemos acercarnos a él usando los mismos mecanismos que para comprender la novela, el cuento e incluso el teatro. De ahí el análisis que se ha realizado de algunos conceptos esenciales para comprender la ficción, como es la verosimilitud o el decoro.

Es además, un género audiovisual que mantiene algunas de las claves del teatro, puesto que el espectador asiste a una representación, pero que ha asumido, como no podía ser de otra forma, el lenguaje

fílmico del cine, con lo que eso supone en términos de montaje y de dislocación temporal, entre otras cosas.

Estamos hablando por tanto, de un espectáculo total que va mucho más allá del mero entretenimiento, puesto que las series conforman nuestro imaginario colectivo, y también, nuestro modo de ver el mundo, pensarlo e interpretarlo.

© Pablo Lorente Muñoz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

AYUSO, M^a V., GARCÍA, C y SOLANO, S. (1997): *Diccionario de Términos Literarios*, Madrid, Akal.

BAJTIN, M. (1989): *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid.

BAJTIN, M. (2005): *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Alianza, Madrid.

BLOOM, H. (1997): *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona.

BORT, I. (2010): “De los 24 fotogramas por segundo a los 24 episodios por temporada. Las series de televisión como evolución de la narrativa cinematográfica contemporánea”. En formato digital: <http://www.uji.es/bin/publ/edicions/jfi13/39.pdf>

BRUNER, J. (ed.) (2004): *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, Gedisa, Barcelona.

CARRIÓN, J. (2011): *Teleshakespeare*, Errata Naturae, Barcelona.

GÓMEZ, J. P. (2002): *El cine. Una guía de iniciación*, Universidad de Murcia, Murcia.

HERRERO SUBÍAS, M. y DIEGO GONZÁLEZ, P. (2009): “Series familiares de televisión: concepto, producción y exportación. El caso de Médico de familia”. En *Revista Latina de Comunicación Social*, 64. En formato digital: http://www.revistalatinacs.org/09/art/21_820_19_UNAV/Herrero_y_Diego.html

HUERTA FLORIANO, M. A. (2005): “A dos metros bajo tierra, una serie de calidad: análisis narrativo del capítulo piloto. En *Comunicar*, núm. 025, Grupo Comunicar, Huelva. En formato digital:

LANDERO, L. (2001): *Entre líneas: el cuento o la vida*, Tusquets, Barcelona.

MONTES, G. (1999): *La frontera indómita : en torno a la construcción y defensa del espacio poético*, F.C.E., México.

SÁNCHEZ, J. (2006): *Narrativa audiovisual*, UOC, Barcelona.

VV.AA. (1999): *Literatura para cambiar el siglo. Una revisión crítica de la literatura infantil y juvenil. 7^a Jornadas de Bibliotecas Infantiles y Escolares*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Salamanca.

El autor:

Pablo Lorente Muñoz Muñoz (Zaragoza, 1979). Profesor de Lengua Castellana y Literatura en Secundaria. Profesor asociado de la Universidad de Zaragoza, Facultad de Educación. DEA en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Doctorando en Didáctica de la Lengua y la Literatura. Escritor (*Relatos desde ninguna parte*. Eclipsados, 2010) y crítico literario. Blog: <http://librorelatospablolorente.blogspot.com/>

REPRESENTACIONES CRÍTICO-LITERARIAS DE LA MEMORIA CINEMATOGRAFICA MEXICANA

Las proyecciones multiculturales y artísticas de los nostálgicos espacios utópico-caóticos del acontecer nacional mexicano y de la ciudad de México recreados en *Por la libre*, *El violín* y *La zona*.

por Demetrio Anzaldo

History comes to us not as raw, bleeding facts but in textual production, in narratives woven by desire (for truth) and a will (for power). Such knowledge amounts to the violence, the force, that activates thought. For it deals with a memory that knows the impossibility of ever fully knowing either itself or the past. What are transcribed and translated are traces, residues, shadows and echoes. Here there is no obvious clarity to be narrated but rather a continual sorting through the debris of time.

Iain Chambers. *The Wound and the Shadow*

EL MUNDO Y LOS PAÍSES GLOBALIZADOS

I

En la primera década del siglo XXI las propuestas hegemónicas por consolidar un mundo globalizado en el que los ciudadanos y países del mundo entero se unieran para vivir en armonía han fallado. Al contrario de lo esperado, por los gobiernos europeos y americano líderes en el acontecer mundial, no sólo ha aumentado la brecha separatista entre los países como consecuencia de un sistema económico-político sustentando movimientos monopólicos nacionalistas, racistas y belicistas, sino que también, se han acrecentado la apatía, el desencanto y la renunciación entre la población misma. Ante esta situación mundial hecha ya parte del conocimiento ciudadano, las guerras y la violencia se han incrementado y también lo han hecho los sentimientos de miedo, terror, xenofobia, desamparo y desilusión ante el presente caos social. Porque,

Si la esclavitud moderna, el racismo, imperialismo, guerra total, El Holocausto, Hiroshima y el deterioro ecológico representan los límites del intento europeo de devorar al mundo; entonces, ¿cómo podemos aprender a permitirle al otro seguir siendo el otro? ¿Cómo podemos vivir en diferencia y respetando la alteridad? (Chambers, 127-128)

De tal manera que ese acercamiento globalizador propuesto se ha convertido en un problema constante, tanto para los gobernantes como para los gobernados; es un dilema existencial que va en aumento y éste, es mejor visto en los grandes centros urbanos o megalópolis debido a una alta concentración poblacional, cultural, comercial. Sin pasar por alto la abismal distribución de los poderes, riquezas, oportunidades y satisfactores que dicha acumulación prometía en los citados lugares. La realidad de lo que se vive en las ciudades y espacios poblacionales muestra ya claras señales de la descomposición social ante la falta de oportunidades y de educación para las actuales y futuras generaciones. La violencia, pobreza, corrupción, desesperación y muerte son alarmantes y nos hablan de un peligro mucho mayor que podría suscitarse si estas problemáticas humanas, que desafortunadamente siguen sin resolverse, llegaran a estar fuera de cualquier control.

II

Ante ese inminente cataclismo mundial que se avecina y se percibe en la escena del mundo, el cine no podría dejar de hacerse presente. El auge de lo visual por sobre lo escrito, del movimiento por sobre la inmovilidad y del poder de masas del lenguaje cinematográfico sobre cualquier otro medio comunicativo lo han puesto a la cabeza y al servicio de las ciencias y de las bellas artes. La avalancha de éxitos de todo tipo que las imágenes cinematográficas han generado desde su nacimiento a finales del siglo XIX hasta el momento presente sigue siendo inobjetable. Hoy en día la comunicación que se logra con el cinematógrafo ofrece múltiples oportunidades para dialogar entre mundos culturales y humanas geografías desconocidas y equidistantes puestos en contacto mediante luces, sombras, sonidos, silencios, tiempos, temporalidades, lugares, lenguajes, mitos, memorias e imágenes dentro de la gran pantalla. Esta ventana comunicativa, interactuando con la humana realidad del espectador, pone enfrente del público el acontecer local y global de forma tal que recupera memorias e imágenes de lo que sucede y de lo sucedido. No hay mejor memoria humana que la que el cine –en conjunción y las demás ciencias y artes– registra/proyecta. La información y comunicación dada desde la pantalla conlleva a razonamientos e interpretaciones, aproximaciones y perspectivas creando un impacto personal y social tanto entre los realizadores como entre los espectadores de las otras realidades convertidas por los extraordinarios juegos de luces y sombras en conocimiento.

El conocimiento, que al igual que nosotros, es primordialmente equívoco, compuesto de luces y sombras, de claridad impuesta y resistencias recalcitrantes. No se encuentra en el otro lado del lenguaje, esperando a ser anunciado; sino que sólo puede existir en el lenguaje. El conocimiento no es un almacén al que se tenga que descubrir y acceder, sino es más bien un acto performativo que habla; y al hablar con nosotros y a través de nosotros, transporta nuestras historias, marcas, firmas y responsabilidades siempre en fuga. (Chambers, 133)

Siendo un arte colectivo en el que cabe todo, la intensa y rápida difusión de los alcances informativo-comunicacionales –que el cine mantiene en los distintos círculos poblacionales y socioculturales de nuestra realidad presente– son de primerísima importancia; puesto que todo la información que vemos en la pantalla nos llega directa y voluntariamente del exterior a nuestro fuero interno para después ser asimilada/procesada por nuestro cerebro (Pasantes, 178) mediante sentidos e impulsos eléctricos del infinito procesamiento de todo nuestro sistema nervioso. Los mundos reales e irreales encuentran en el cine un punto mediático altamente aleccionador. La particularidad tan extraordinaria que tiene el cine para presentar/ proyectar ese otro acontecer local y global de diferentes maneras, recupera memorias e imágenes del pasado y del presente obligándonos a repensar lo visto a la vez que potencializa un proceso mental creativo/concientizado que nos acerca más al conocimiento y comprensión de las realidades de lo que sucede en nuestros días, en nuestro mundo, en nuestras vidas. Con lo anterior se constata aquello de que en «el cine visualmente también se representan (o se hacen visibles) «los mundos imaginarios», mundos que han ayudado a construir un imaginario visual común en todo el mundo». (Bittarello, 6)

La nueva información y visión dada/proporcionada por el cine conlleva a formular interpretaciones y aproximaciones cuyos objetivos son los de lograr un impacto social tanto en los realizadores como entre los espectadores de estas otras realidades convertidas en luces y sombras *capturadas por la imaginación, la memoria y la creatividad*. (Del Toro) Es decir, todo lo que se hace o se deshace mediante el hábil movimiento de las imágenes suscitadas y creadas por y para la realidad e imaginación humanas en el espacio virtual e ideado del mundo del cine. El arte del cine continúa siendo una de las actividades humanas que logra acceder y comunicar a las múltiples subjetividades que coronan y forman nuestro entorno, nuestra vida, nuestros esfuerzos libertarios y nuestras vidas.

De este modo la historia del cine hace historia por el esfuerzo de sus críticos y de las propuestas-desafíos que presentan los directores al llevar a la pantalla los hechos históricos del diario acontecer que van confrontando, edificando y destruyendo las sociedades humanas a lo largo de su existencia. Dentro de la memoria cinematográfica, conviene recordar las palabras y pensamientos de Walter Benjamin, quien afirmaba:

El cine es una forma artística que va a la par de la creciente amenaza contra la vida que acecha al hombre moderno. La necesidad humana por enfrentarse directamente a los efectos traumatizantes de la existencia es una manera de ajustarse a los amenazantes peligros que acechan.

En el pensamiento de Walter Benjamin bulle de manera incesante esa relevancia que la construcción y desarrollo cultural de la ciudad y del cine mantiene con el devenir de la historia misma. Hay en su accionar filosófico una visión portentosa de lo que el cine alcanzaría *a posteriori* y asimismo, hay un esclarecimiento de la estrecha relación que el cine mantiene para con la ciudad en sus variadas reapropiaciones y representaciones espaciales/especiales del cambiante mundo urbano/ciudadino. En sus abundantes notas y escritos sobre la ciudad se revelarán también algunas otras de sus apreciaciones acerca del arte y, en especial, del arte cinematográfico.

Al enfocarse en esta relación cine y ciudad, Benjamin lleva a cabo una interesante comparación y recuento histórico donde las diferentes formas con las que la Arquitectura ha dotado a la ciudad de los hombres para garantizarles refugio, son vistas/analizadas críticamente. Al repasar los distintos alojamientos manufacturados y creados por este arte tan antiguo que acompaña a los seres humanos, él enfatiza ese aspecto social y colectivo inherente al arte arquitectónico. Lo que lo conlleva a establecer que,

La historia de la Arquitectura es más antigua que cualquier otro arte y (convalida) su reclamo a ser una fuerza viviente que tiene significancia en todo intento por comprender las relaciones de las masas para con el arte. – el mismo Walter Benjamin agrega que– Las edificaciones son consignadas de una doble manera: por el uso y por la percepción –mejor dicho– por el contacto y por la vista. (Benjamin, 240)

El arte cinematográfico, arte de masas al igual que la Arquitectura, a lo largo de su ulterior desarrollo tecnológico, social y multicultural nos llevará no sólo a visualizar lo asentado por el avezado crítico alemán, sino a confirmar la validez de sus ideas al estudiar al cine mexicano actual en donde los planos materiales se funden y confunden con los sensoriales y con aquellos otros emanados del subconsciente del espectador. Los mundos exteriores e interiores proyectados, procesados en la pantalla logran provocar la exaltación de mitos, memorias y pensamientos humanos. De hecho es mediante las imágenes logradas por intermedio de la lente de una cámara cinematográfica como los sentidos y pensamientos humanos son accionados y confrontados por esa *experiencia colectiva y simultánea* que se vive por medio del cine. Son la creaciones artísticas con las que se describen, dinámica y proteicamente, las formas geométricas, espaciales, temporales y tangenciales vistas de manera especular/espectacular por un mundo confeccionado/imaginado en dos dimensiones. El arte cinematográfico acerca más todavía al hacer, al sentir, al pensar y repensar el quehacer/ deshacer cotidianos que se gestan dentro de todas y cada una de las realidades humanas hacinadas en los múltiples espacios que toda ciudad crea, modifica o destruye. De cierta manera nos enfrentamos al proceso cuestionador a nuestra subjetividad en consonancia y bajo el influjo de las pasadas memorias y mitos de la realidad tridimensional que ha dado vida a las películas observadas.

EL CINE MEXICANO ACTUAL

III

Dentro de este planteamiento, el auge demostrado por el cine mexicano, retomando a las distintas realidades, mitificaciones, memorias e imágenes generadas por la violencia urbana y rural como temas centrales, ofrece puntos de reflexión e inflexión a lo que se viene viviendo en la realidad nacional mexicana. Las películas *Por la libre* (2000), *El violín* (2005) y *La zona* (2007) son un fiel testimonio del doliente acontecer nacional en las que pueden apreciarse los efectos devastadores de las políticas globalizadoras sobre los habitantes de las ciudades y campos mexicanos. Por eso cada una de las películas ya referidas es un desafío para los espectadores que se reconoce como parte de ese mundo, de esa realidad que se le está representando.

Los trabajos hechos por los directores mexicanos Juan Carlos de Llaca, Francisco Vargas Quevedo y Rodrigo Plá, son documentos fílmicos artístico-históricos que describen y hablan de las diferencias

sociales y sufrimientos existenciales revividos por los habitantes de las ciudades urbanas y las comunidades rurales proyectadas. El espectador sabe lo que pasó y conoce lo que se le está proyectando: las visiones del colapso de las comunidades urbanas y rurales mexicanas en el naciente siglo XXI.

La ciudad de México es el resultado de una compleja forma de vida que ha evolucionado de la condición rural a la urbana, resultado de la historia de una sociedad que ha buscado el desarrollo a través de la industrialización, a partir de los años 1970, en el medio natural del Valle de México. De hecho, el proceso de industrialización y su interacción con el medio natural ha transformado sensiblemente los elementos ecológicos, en el conjunto de la ciudad. A través de sus actividades productivas, hoy por hoy, la metrópoli de la Ciudad de México hace sentir sobre sus habitantes el deterioro y disfuncionamiento de su medio ambiente, social y ecológicamente; manifestándose, particularmente en la contaminación del aire, el agua, lo suelos; y a estos se agrega la contaminación del miedo. Este último es el sensible cotidiano colectivo que se manifiesta, por los accidentes, la violencia y la inseguridad: aspectos antípodos del desarrollo humano y medio ambiente. (Lina, 3-4)

Es por eso que esta crítica sobre el cine mexicano se enfoca en la violencia de la vida y muerte que recorreremos junto a los actores de cada uno de estos filmes. Las calles y avenidas, al igual que los caminos y los senderos, barrios y comunidades privadas están llenas de peligros. Es evidente que en la geografía física, humana, actual y virtual de las ciudades mexicanas, son y, al mismo tiempo, ya no son tan sólo aquellas entidades tradicionalmente trazadas con las figuras circulares u ortogonales, sino espacios amorfos, fragmentados y cambiantes afectados por una globalización incierta. En el mundo las ciudades siguen transformándose y reconfigurando los espacios del planeta. En el caso de México, las mismas ciudades del pasado y del presente se han alterado, extendido o desaparecido. Ante la avalancha de los cambios y vaivenes suscitados por los acontecimientos, alteraciones y calamidades que se sufren en la vida diaria, este arte cinematográfico, lleva a la pantalla dichos enigmas y amenazas para explorar y presentar imágenes e imaginarios que posibiliten una reapropiación, un reconocimiento y, tal vez, una politización/concientización por parte de los espectadores ante los peligros de lo que está pasando en esa realidad circundante que se percibe, que se siente y que se ve. El cine mexicano se sigue configurando, desfigurando y reconfigurando ante el peligro que se vive en el país y en el mundo.

CALLES Y AVENIDAS

IV

En *Por la libre* (México, 2000) película del director Juan Carlos de Llaca se presenta a una ciudad de México que se reconoce por su forma tradicional y brillante, con amplios y luminosos espacios que muestran calles, avenidas y casas elegantes, modernas, amplias y bellas. Este ambiente colorido y luminoso de la ciudad proyectada/ percibida enmarca a esa *historia juvenil* que la origina y dentro de la cual se genera una alteración familiar que precipita un viaje y, por lo consiguiente una aventura inesperada para la familia Carnicero. Dentro de este marco ciudadano de los barrios de Coyoacán y de su vecino El pedregal de San Ángel se destacan las imágenes del jardín público con el que se inicia la película. El jardín como construcción idílica por antonomasia ha trascendido desde siempre; porque, en palabras de Michel Foucault, «el jardín es la parcela más pequeña del mundo y es por otro lado la totalidad del mundo. El jardín es, desde el fondo de la antigüedad, una especie de heterotopía feliz».

Esta atmósfera de frescura y vitalidad dentro de los diferentes espacios ciudadanos se mantendrá a lo largo de toda la película. Puesto que aunque se problematizan los temas de la muerte, la crisis de la familia y la sexualidad de los jóvenes por el viaje al interior de México, todo esto se integra y se agrega a esta visión llena de vida, ilusiones, convicciones y diversión que postulan ambos primos. Las contrastantes realidades en las que se sumergen durante su recorrido tangencial hacia el puerto, tanto las del campo como las de la ciudad, deja espacio al espectador para mirar al interior de sus vidas y saber de las otras vidas pasadas. Como integrantes de la gran sociedad mexicana, al igual que la familia Carnicero, tratarán de superar los problemas del origen mestizo de la nación, los problemas familiares y por ende la problemática generacional/sexual que viven sus jóvenes en el momento actual. Puesto que un país de jóvenes es por medio de ellos y de sus andanzas y paseos vistos en *Por la libre*,

la mejor manera como podemos reconocer un espacio físico y temporal que nos muestra cómo la mezcla entre lo español y lo indígena, las diferencias entre el centro y la periferia, los cambios en la familia y por ende en la sociedad persisten y han seguido siendo parte de una problemática a la que se quiere superar.

Este mar de imágenes va intensificándose pero, a la misma vez, va preparando y retroalimentando la transformación de los jóvenes Carnicero, hermanas y primos por igual. La reunión que llevan a cabo en Acapulco Pura, María y los dos Rodrigos aunque rompe con la luminosidad familiar, recupera sus ilusiones y el gusto por la vida. Las imágenes de los peces devorando parte de las cenizas de Rodrigo Carnicero en el mar no sólo sirven para concluir el filme y cumplir con los deseos del viejo patriarca español, de la familia Carnicero, sino que posibilita la liberación y transformación de los miembros de su propia familia; puesto que lo que queda en la pantalla es la idea de la libertad lograda por las mujeres y hombres de la familia Carnicero. Vidas de jóvenes mexicanos lanzados al mañana incierto lleno de esa intensidad azulada de un mar y cielo que se anuncian infinitos. La vuelta al origen es el principio del fin de una visión y del comienzo de otra que se corresponda mejor con la vida real. Ahora en la ciudad enunciada *Por la libre* ahora son los jóvenes los que «cambian de vida y preguntan lo mismo de siempre».

SENDEROS Y CAMINOS

V

Una de las primeras emociones que se experimentan al mirar las imágenes que nos presenta, como punto de partida, la película *El violín* (México, 2005), es la de tener un hálito de sorpresa ante lo que está comenzando a proyectarse ante nuestra mirada y pensamiento. Entre los espectadores mismos hay de inmediato un poco de extrañeza porque se nos ha abierto/alumbrado la pantalla con escenas difusas escasamente iluminadas que prefiguran ese pasado fílmico de los orígenes y que señalan hacia una realidad estética diferente poco conocida o poco apreciada/utilizada en los últimos años. Se está presenciando una película en blanco y negro que ha logrado llamar la atención en la historia y que intenta crear conciencia recordando y contando historias humanas de una manera sencilla. La lograda claridad de la palabra y la imagen en la cinta, revela/apoya la búsqueda de la verdad humana en su dirección escénica.

La natural reacción cinematográfica buscando verismo/realidad y el accionar del pensamiento del espectador se unen a ese inicial desconcierto sensorial intensificado, un poco más, por los sucesivos cortes a las violentas escenas anudadas por las sombras de la fotografía. La debacle humana está siendo fuertemente enunciada por el choque de las voces dolientes y el golpeteo de los cuerpos desgarrados que inundan el espacio fílmico fragmentado/entrecortado. Es este mismo movimiento constante de luces, sombras, sonidos, silencios y vacíos clarososcuros creado por el manejo de la cámara, el que matiza a un medio ambiente sórdido, una especie de epitafio para el hombre que se pensaba inexistente, olvidado o superado para la época: la crueldad humana. Sin embargo, ésta, es parte de nuestro mundo real, de nuestra historia.

La violenta realidad creada/retratada por medio de estas imágenes identificadas con las comunidades rurales, logra conmover al espectador al que se le ha quedado grabada en la retina y en el pensamiento. Porque, si bien, este preámbulo, es breve, sus contundentes e imperecederos mensajes/imágenes lo sacuden intensa y dolorosamente, puesto que la rápida sucesión de cuadros de horror y bestialidad lo llevan inexorablemente al nódulo del conflicto humano de todas las épocas y todos los tiempos: la violencia de la expoliación/explotación y brutal deshumanización entre los seres humanos. La película recreará esas memorias y vivencias en las familias mexicanas desarraigadas de sus tierras, en los seres humanos destruidos por la violencia institucional disfrazada. Ese es el dilema al que se ven orillados, defenderse o sucumbir ante la violencia política. Las familias pobres como la de don Plutarco Hidalgo luchan contra los desmanes y secuelas del horror que han sufrido de modo inclemente por generaciones en sus lugares de origen, en sus tierras.

Comunicados visual y emotivamente con esta trágica realidad campirana, nos vamos informando y haciendo partícipes de una comunidad rural que se comunica y que tiene en su relación ancestral con

la tierra una forma de vida diferente que se resiste al invasor, aquél que le quita sus derechos comunales. Sus vidas diarias se entremezclan con sus actividades de lucha, subversión y resistencia. Vamos siendo testigos de la soledad, las penurias, los sufrimientos, las injusticias, persecuciones y desconsuelos que sufren hasta llegar a la implacable celada militar que se materializa en la frase final dignamente proferida por el anciano violinista de una sola mano que sabe que tanto él como sus seres queridos van a ser brutalmente asesinados. Al rescatar del olvido las vidas fragmentadas de los familiares, amigos y conocidos de Don Plutarco y su vida, este universo fílmico crece abordando a los espectadores que llegan a apreciar esa vida comunal destruida y a hacer causa solidaria con su infortunio, a tomar conciencia de la situación. Lo mismo hace Don Plutarco en pie de lucha con su violín a cuestas. Los trazos sencillos con los que se recrea su incesante y tortuoso caminar sobre esta tierra, las enseñanzas que pródiga a sus seres queridos en su contacto diario y el recuento ante la fogata de sus memorias y mitos hasta llegar a su último sacrificio por medio de la música, muestran a un anciano violinista que es digno de tomar en cuenta a pesar de sus desventajas. A pesar de los estragos que el tiempo ha dejado en su cuerpo, don Plutarco se las ingenia para aportar su conocimiento de vida. El anciano muere por querer liberar y ayudar a su gente. Por medio de su proceder rescata la memoria mítica y las formas de vida que permean en el seno de las comunidades ancestrales del campo. Su pasado y lo pasado toman/resumen tintes míticos que ya es otro lenguaje.

La identidad cultural de Don Plutarco Hidalgo se agiganta por ser el medio por la cual se nos vincula a su utopía y a su nostalgia; a esa tendencia a luchar por los tiempos pasados y a estar listos para «cuando vengan tiempos buenos...» En *El violín* la significación de su proceder combativo, al igual que la violencia a combatir no se queda en el encuadre logrado o en lo que no se ha visto; así como tampoco se queda en lo que se ha dejado de escuchar, sino en las propuestas políticas de cambio y en las premisas estéticas renovadoras.

Es así como compartiendo/departiendo el espacio fílmico con los protagonistas, antagonistas mediante cámara fija o en movimiento y desde tomas elevadas, al nivel humano o desde un punto a ras de tierra tal y como si estuviésemos viviendo, agazapados, escondidos o atrapados dentro del mismo escenario, se va anidando entre nosotros ese sufrimiento, ese dolor, esa angustia e impotencia sufrida/vista en los seres humanos atormentados por los soldados que sin ningún miramiento golpean, insultan, violan y matan a sus maniatados congéneres, a nuestros semejantes en un mundo que ya debiera dejar de ser así. Ante este planteamiento por documentar y mostrar de manera sencilla la violencia perenne que se sufre en el mundo campesino, las vernáculos figuras de los personajes atormentados y, esas otras, las de sus uniformados atormentadores nos llevan al mundo recreado a *El violín*, a la memoria histórica. Los valles y montañas, los senderos y caminos, las ciudades y los pueblos, las chozas y cabañas, los campesinos y los militares, los hombres, las mujeres, los niños y los ancianos comparten un mismo territorio, pertenecen a una misma cultura y viven una misma compleja y contradictoria realidad, compartiendo un caos trágico; es decir, que las imágenes nos devuelven un mundo re-articulando, memorias pasadas y presentes para re-dignificar las luchas libertarias de los pueblos campesinos oprimidos, los olvidados por la historia oficial que desafortunadamente, se pierden en la distancia de los caminos ignorados y dejados a su suerte.

Siendo así que las disyuntivas, las encrucijadas que surgen de esta tragedia humana en su forzado regreso a la tierra contada/recreada por *El violín*, nos lleva a la historia, a la literatura y por ende a la vida real. El arte de *El violín*, vuelve a mostrar los nuevos caminos de su historia y de la Historia. Las vidas de estos seres, sus muertes, son parte también de los relatos que delatan y con los que se va reconstruyendo la realidad. Porque, la masacre emplazada en *El violín* no se queda en el recuento local y pasajero sino que nos trae a la memoria historias pasadas y presentes acontecidas a lo largo de la historia de la humanidad. Son los impunes crímenes de lesa humanidad que ponen en entredicho el desarrollo que se ha alcanzado en las sociedades humanas a nivel mundial. Como lo han corroborado críticos y directores de cine, *El violín* también,

Es una protesta por el México escondido, el de unas voces ahogadas que acaban por tomar las armas para hacerse oír. Es una película que plantea preguntas que se ha quedado sin respuestas. Es increíble que la violación de los derechos humanos, la marginalidad, la miseria de millones de personas, la represión armada, la carencia de democracia o de justicia social sean los grandes temas ausentes de los discursos políticos. (Golem, 1)

Las vidas y muertes de los seres humanos de los tiempos pasados y presentes, llegan como torrentes generados por lo que se ha visto en la vida de Don Plutarco Hidalgo. *El violín*, habla, enmarca, mediante un lenguaje sencillo y directo, de la gesta individual de Don Plutarco Hidalgo y de la memoria de su gente. El sentimiento de agravio que deja el final de la película, agudiza la necesidad de reivindicación del género humano mediante una *declaración disculpa o arrepentimiento* que no llega

BARRIOS Y COMUNIDADES PRIVADAS

VI

Muy diferente es la película *La zona* (México/España 2007) dirigida por el director Rodrigo Pla, que recupera uno de los problemas que más inquietan a la ciudadanía mexicana, el de la criminalidad rampante que sigue en aumento en el territorio nacional. Pero este cine tan duro, tan intrigante sirve para ilustrar y enfrentar a los espectadores con una realidad oscura, un mundo segregado en el que se ven atrapados los habitantes de un barrio pseudo-toscano, pseudo-californiano, al interior de la misma ciudad de México. Sí, al parecer uno de los objetivos era el de crear un espacio universal. Hay aquí un retrato/retrato de una ciudad mexicana sectaria/segregadora llena de horror y del miedo de sus moradores que al parecer pierden todo sesgo/rasgo humano ante el cerval miedo ante los otros. La única luz armoniosa y brillante del espacio donde se ubica esta comunidad se ve cortada de tajo por la barrera electrificada y amurallada de esta zona residencial que divide a la comunidad pudiente y opulenta de sus vecinos que pululan por entre los barrios pobres y miserables que la rodean. Estos lugares o espacios vistos en la pantalla son parte de la inatrapable, intratable y difusa realidad urbana, de esa mancha urbana amorfa conocida como la zona metropolitana del Valle de México.

La zona es sin lugar a dudas una visión paradigmática de lo que les acontece a esos pobladores que viven en los espacios de las ciudades que, como las del México proyectado, han perdido el derecho a vivir libremente a usar su propia ciudad. Esta película es una más de las más recientes y trágicas historias llevadas al cine que sirve o intenta popularizar/politizar, por medio del arte, aquello que realmente está afectando y confrontando la vida de los ciudadanos. De este modo, el espectador se ve enfrentado a una realidad que lo sacude que lo perturba, que, parafraseando a Walter Benjamin, le ofrece *una manera de ajustarse a los amenazantes peligros que lo acechan*, de enfrentarlos. Son peligros cuyas causas de origen están en las perennes injusticias y males sociales que no se han resuelto y que por lo mismo ponen en riesgo la existencia de sus habitantes y de la propia ciudad.

La historia central que confecciona la trama vista en *La zona*, en palabras de propio director Rodrigo Plá, es «la historia de un asalto a mano armada y de la cacería de un hombre, pero sobre todo es la historia de una sociedad rota, dividida, la historia de dos mundos que se temen y se odian entre sí». Toda violencia viola los derechos a la vida, a la libertad y al bienestar del grupo humano y de los grupos agresores. Lo imprevisto o visualizado para la ciudad de México del porvenir es ya parte de la realidad histórica; porque «esta experiencia generalizada se asocia con efectos materiales y simbólicos importantes como el predominio de lo privado sobre lo público, la prevalencia del imaginario del riesgo y el refugio en barrios cerrados o en la propia casa, sobre los imaginarios de la ciudad compartida». (12) De hecho ante ésta, su inconmensurable problemática social y espacial desatendida,

Los habitantes de La zona se sumergen en un México de seguridad y orden que las luminosas imágenes que abren la película –y, casi, cierran– nos revelan un paisaje fabricado de casas iguales, calles de trazado rectilíneo y jardines geométricos, vigilado constantemente por el ojo de las cámaras. Luz y colores, tranquilidad y control, todo se rompe por un accidente no previsto por quien vigila: la tormenta, que, recordándonos la incertidumbre que impregna el orden natural de las cosas, abre un paso en el muro, en la frontera y une los dos Méxicos, falsamente diferentes y artificialmente separados. (Gonzalvo et al, 8)

Las dos zonas o los dos mundos tan diferentes en los que viven existen y actúan Alejandro y Miguel, comparten el mismo mundo cultural y ellos como jóvenes experimentan curiosidad y rebeldía. Sí, la curiosidad y rebeldía por conocer y vivir de la mejor manera; ambos sufren la misma experiencia de estos mundos hostiles que los separan y, por eso hacia el final, unen esfuerzos por salir/sobrevivir/dejar una existencia llenas de cicatrices y espacios oscuros en donde todo les puede su-

ceder, donde por cualquier accidente, alteración o catástrofe tendrán el riesgo de ser mal entendidos o eliminados como le acontece a Miguel y a sus cómplices. El horror, lo inesperado de lo que sucede en *La zona* intensifica ese miedo a los demás y exacerba la falta de libertad en este espacio privado, inserto al interior de la urbe, cercado/plagado por los males de la época; con ello se proyecta desde la pantalla el ambiente espantoso y sombrío que puebla a la zonas urbanas enfrentadas por la violencia y por el miedo. La barbarie cometida por la gente de *La zona* va a parar no sólo al cementerio, sino también a «la otra ciudad» donde cada uno de sus habitantes detenta una *negra morada*, (Foucault) el *crepúsculo / roto ahora en la boca de la ciudad que existe /en una caricia vieja* (Gelman). La decisión de Alejandro de abandonar a su familia, lo lleva al mundo negado por sus padres. El joven se lanza resuelto a confrontar las sombras y peligros de la noche. Pero pese a lo incierto de su accionar, se le ve seguro como si fuera ese intento por conseguir liberarse y abrirle paso a la esperanza, a la vida, a la existencia humana.

Por la libre, *El violín* y *La zona* portan imágenes e imaginarios que van explorando, reacomodando y reapropiándose de las inasibles realidades del México de los últimos tiempos; la primera, rememora y muestra a una pujante juventud y a una ciudad ídem que vive y que conlleva una visión prístina e infinitamente localista y lúdica que acaba con las cenizas arrojadas a la mar. La segunda, es una historia humana verdadera insertada en la realidad violenta que viven muchas comunidades rurales del mundo en la que se re-articulan y dignifican memorias pasadas y presentes por las tierras, con el fin de luchar por sus libertades y derechos. La tercera y última, elabora y muestra una zona desastrosa en un estadio salvaje que, aunque centrada en un espacio cerrado, proyecta una violencia oscurecida con la que se señala una intensa problemática que, aparte de local, es internacional. Las ciudades, los seres, los mensajes que se perciben/desprenden de este triple escenario, de este incesante juego de luces y sombras se comunican con nosotros porque son espacios especiales imaginarios, memorias/olvidos, destrucciones/adiciones hechas realidad por la magia del cine. No se trata tan sólo de expresiones y registros cinematográficos que nos hablan de problemas familiares, injusticias sociales o violencias endémicas, sino que también se intenta proponerle al espectador a que reconozca la gravedad de lo vivido/ocurrido y pueda revalorar la importancia del pasado de la memoria, del mito de las imágenes. Las escenas finales en cada película muestran diferentes entornos como el mar de Acapulco, los caminos del Estado de México y Guerrero y las calles y avenidas de las grandes ciudades, pero todas nos llevan a la encrucijada existencial de vida y muerte en la que nos encontramos. Esta es la manera en la que el cine se perfila ante el peligro existencial; y esta es la otra manera en la que el arte, el cine de México continúa recalando en el ánimo y pensamiento de sus espectadores, recuperando gestas individuales y logrando un registro más exacto de estas realidades en las que nos sumergimos.

© Demetrio Anzaldo

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Albizu, Edgardo. "El eterno retorno del mito. Prolegómenos de una filosofía transespeculativa del mito." Argentina: *Areté. Revista de Filosofía*. V. XXI 2. 2009: 329-362
- Bittarello, Maria Beatrice. "Another time, Another Space: Virtual Worlds, Myths and Imagination." *Journal of Virtual Worlds Research*. Vol 1 N° 1 July 2008
- Benjamin, Walter. "The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction." *Illuminations*. New York: Schocken, 1969 217-251.
- Castellanos, Laura. "Entrevista a la periodista Laura Castellanos" por Mario Casasús. 01-1-2008. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=61012>
- Chambers, Iain. *Migrancy, Culture, Identity*. London and New York: Routledge, 1994
- De Llaca, Juan Carlos de. *Por la libre* 35mm, duración 96 min. México: Altavista Films, 2000.
- Fernández Pineda, Rafael. "Cine político: *El violín* en México". *Revista Esperanza*. <http://revistaesperanza.com/violin.htm>
- Foucault, Michel. "De los espacios otros :Des espaces autres" Conferencia dictada en el Cercle des etudes architecturales 14 de marzo de 1967. Publicada en *Architecture Mouve-*

- ment Continuïte* N. 5 (octubre 1984). Traducida por Pablo Blitstein y Tadeo Lima. <http://www.scribd.com/doc/4650039/Foucault-M-De-los-espacios-otros>
- García Canclini, Néstor. *La globalización imaginada*. México: Paidós, 1999.
- . “México 2010: una ciudad que improvisa su globalización” *Alteridades*, 2003 13 (26) 7-14.
- Gelman, Juan. *Mundar*. México: Era, 2008.
- . *Gotán*. Buenos Aires: Booket, 2008
- Goldberg, Pablo. “Resistiré: Entrevista con Francisco Vargas Quevedo”. Dec 8, 2007.
- Golem. “El violín. Entrevista con Francisco Vargas” <http://www.golem.es/elviolin/director.php>
- Gonzalvo, Angel et al. Guía didáctica, “Un día de cine les Pirámide Huesca” España. www.undiadecineiespiramidehuesca.com
- Insausti, Mikel. “El violín aborda la unión entre la guerrilla y la música popular mexicana. 11/05/2007
- Krieger, Peter. “Citambulante”. Percibir, comprender y aprovechar los imaginarios de la Megaciudad de México. México: Conaculta, 2007 *Citámbulos: el transcurrir de lo insólito: guía de asombros de la ciudad de México*.
- León-Portilla, Miguel. “La construcción de significado en la historia”. *El concepto de realidad. Verdad y mitos en la ciencia, la filosofía, el arte y la historia*. México: El Colegio Nacional, 2004. 181-192.
- Lina Manjarez, Pedro. “Las puertas de la “microciudad” de México y la ecología del miedo”. *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias sociales*. IX. 194 (55) 2005 <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-194-55.htm>
- Lindón Alicia. “La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos”. *EURE* 99 V. XXXIII 7- 16 Santiago de Chile.
- . “Diálogo con Néstor García Canclini. ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad?”. *Revista Eure*, Vol. XXXIII, N° 99, Santiago de Chile, agosto de 2007
- Pasantes, Herminia. “El amor está en el cerebro y no en el corazón”. *Testigos de nuestro tiempo*. Ana Cruz. Diálogos con personajes de hoy. México: FCE, 1999. 173-184
- Plá, Rodrigo. *La zona*. Duración, 93 minutos. México: Morena Films y Buenaventura Producciones, 2007.
- Vargas Quevedo, Francisco. *El violín* Duración 98 minutos. México: Cámara Carnal Films, 2005.

El autor:

Demetrio Anzaldo González. Ph. D. University of California-Irvine, 2001. Ha publicado el libro *Género y ciudad en la novela mexicana*. Ciudad Juárez, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez UACJ, 2003. Ha publicado diversos estudios y ensayos, entre ellos: “*Las púberes canéforas*, la sensibilidad social y sexual en la nocturna ciudad de México”. CIBERLETRAS #11, <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v11/anzaldo.html>; “*De piel de víbora* de Patricia Rodríguez Saravia o transfiguración de la violencia urbana”. *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 23. El Paso, Texas. 2004; “Por qué no estudié para millonario o cincuenta y tres años delante del pizarrón”. *Alba de América Revista Literaria* 20. N. 37 y 38 (Julio 2001): 653-666. Interview to Seymour Menton; “Cielos de la tierra, un reencuentro con Carmen Boullosa” *Entorno* 54/55 (Invierno-primavera 2000): 58-62. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México; “Entre la palabra y el movimiento vislumbres de un disenso en *La sombra del caudillo*”. *Entorno* 53 (otoño, 1999) 28-36; “Recordar a pesar del olvido, la alienación en *Cielos de la Tierra*”. *Acercaamientos a Carmen Boullosa: Actas del simposio Conjugarse en infinitivo –la escritora Carmen Boullosa–* B. Dröscher and C. Rincón (Eds.) Berlín: Editorial tranvía, 1999. 210-220. “Recorriendo los hilos en el enlace con el otro a través del cuento hispanoamericano”. *La seducción de la escritura. Los discursos de la cultura hoy*, 1996. Ed. Rosaura Hernández y Manuel F. Medina, México: Ed. Anaqueles, 1997. 278-286.

TRISTÁN

por Eva Monzón

No es que fuera un niño apagado, es que no hablaba. No podía. Había aprendido a leer los labios, su mundo de silencio no le era desagradable; no se echa de menos lo que no se ha conocido. Tristán había crecido entre sombras de susurros, bocas abiertas que se movían sin sentido, envuelto en caricias y gestos. Pronto descubrió que las manos hablaban, que los dedos bailaban un lenguaje suyo que también describía el mundo. Su madre le contaba cuentos con esa danza, a veces, usaba la luz, tapándola con las manos, para proyectar figuras negras contra la blanca pared que le representaban las historias que todo niño ha de conocer para soñar.

Tristán, siempre inquieto y curioso, creció en silencio, pero no sin ruido propio. El mundo le atraía y le absorbía mucho más que a sus compañeros, a los que quizá el sonido de las cosas les distraía más. Cierto que no escuchaba cómo el viento jugaba con las hojas, pero sí era testigo del movimiento de las ramas agitadas; más de una vez vio su rostro invisible que lo miraba atento, acercándose a acariciarlo tras despedirse de los árboles unos segundos.

Puede que fuera él, el viento, quien desprendió un día un trocito de corteza de un álamo. Le cayó en la mano. Se lo quedó. Lo guardó en su bolsillo y al llegar a casa, lo puso en su mesa, cerca de la ventana, y se dedicó tiempo a observar su extraña forma; parecía una mandrágora, de apariencia humana. Le gustaba mirarla, fijamente, sabía que tenía algo que decirle, solo que aún no lo entendía bien.

El niño movía las manos cada vez con más soltura, aprendió de la madre, que a su vez lo hizo por su cuenta para poder comunicarse con su hijo, y pronto la superó. Sus dedos aprehendían de lo que le rodeaba y no daban abasto para contar a la madre cada aventura que le sucedía, ya fuese en el río de abajo del barranco, ese tan frío, que los pies, insensibles, pisaban las piedras redondeadas por la eterna caricia del agua y no las notaban mientras alguna que otra culebra blanca se le quedaba mirando antes de alejarse en zigzag; o en el camino, en el que tenía prohibido ir más allá de la ermita, por donde se paraba a observar cada ramita y piedra; o la huerta del tío Tomás en la que había, a un lado, un estanque lleno de renacuajos con los que jugaba para sentir las cosquillas de sus cuerpos redondos sobre sus palmas, y con los que sus dedos hablaban mientras entraban y salían de entre ellos, contándole cómo era vivir esperando ser ranas para recorrer mundo.

«Tristán, siempre inquieto y curioso, creció en silencio, pero no sin ruido propio. El mundo le atraía y le absorbía mucho más que a sus compañeros, a los que quizá el sonido de las cosas les distraía más.»

Las manos iban más lentas que sus pensamientos, y eso le enfadaba, tenía la madre que calmarle, abrazándole y meciéndole como la brisa.

Una tarde, recogió del suelo un pasquín que decía en letras de molde y brillantes que el domingo por la tarde habría una representación, que nadie faltara, que se trajeran, eso sí, las sillas de casa, y que en el parque de enfrente de la plaza del Ayuntamiento, a las seis en punto, les esperaban a todos. Tristán, que ya casi leía sin necesidad de que su índice sujetara las palabras, se alegró anticipadamente de lo contenta que se pondría su madre cuando le dijera que había acontecimientos: Les encantaba que algo fuera de lo normal sucediese, incluido el mercadillo de los jueves, que aunque llegara cada semana puntual, no dejaba por ello de ser una novedad que partía los siete días en antes y después; se levantaban ya de otro humor, más nerviosos, porque en una hora estarían los puestos en la calle de atrás de la Iglesia y cada uno mostraría sus novedades: frutas sabrosas, cacharros de plástico, herramientas útiles o no, telas y ropa ya hecha, calcetines abrigados, juguetes imposibles de encontrar en otro sitio, y sobre todo, para Tristán, colores y olores nuevos. El bullicio de las gentes, que no paraban de abrir y cerrar los labios, de mirar atentos el género, de regatear entre ellos, le encantaba; se quedaba un tanto apartado y miraba, observaba sin voz, los movimientos de las caras, manos, y el brillo de los ojos: alegre cuando encontraban algo deseado, opaco cuando las expectativas no se cumplían, goloso ante

los dulces, insistente ante un capricho. Le apasionaba. Su madre, bulliciosa, sabía dónde acudir y qué comprar, siempre regresaban a casa contentos y satisfechos por lo que se llevaban con ellos.

Así que ese papel impreso encontrado en el suelo le alegró la mañana, aún así, esperó al pregonero como cada día, porque le gustaba soplar el cuerno que anunciaba que iba a leer las nuevas del día, ese sonido largo, tenía la virtud de que las gentes callaran para escuchar mejor el parte diario. Tristán, que se acercaba desde que supo leer los labios para enterarse, se hizo amigo de él enseguida. Soplar el cuerno no se lo dejaba ni a sus hijos; solo a él. Y el niño, consciente del honor, lo hacía sonar con todas sus fuerzas, sintiendo cómo la vibración le hacía cosquillas en los labios mudos.

«Hola, chaval», le dijo cuando se situó en su lugar en la plaza, tras haber ido a recoger el acta de las actividades del día en el ayuntamiento, y el niño le enseñó sonriente el folleto. «Sí, ya veo que te has enterado antes que nadie» y le despeinó con la manaza mientras le ofrecía el cuerno. «Anda, sopla bien fuerte, que se callen todos». Y así lo hizo, las gentes se acercaron al pregonero a enterarse de las novedades del día, que sin ellas, sería igual que el de ayer y que el de mañana. Tristán leyó en los movimientos de la boca lo que Antonio recitaba con ese tono monocorde y bien en alto, y dos veces cada vez, para que nadie preguntara. «Se hace saber, por orden del señor alcalde, que el lavadero estará disponible también por las tardes en estos meses, y que el día de riego será mañana desde la linde del arrabal». Antonio voceó las órdenes y el niño, se fue para casa a compartirlas con la madre, junto con su flamante hoja.

Solo faltaban dos días para que llegara el domingo y el niño no paraba quieto, se lo contaba una y otra vez a su trocito de corteza a la que cada vez veía más parecido con un niño; los bracitos y piernas, la cabeza ligeramente ladeada, y hasta los ojos, boca y nariz veía. En un arrebato le dijo que se lo llevaría en el bolsillo para que él también asistiera y poder comentarlo juntos después. Y como todo llega, el domingo apareció por la ventana tras su flamante sol; no llovería, cosa que temió por si suspendía la función; abrió los ojos y respiró aliviado. Tenía preparadas las dos sillas que se llevarían desde el mismo día en el que se enteró, casi ni comió, y la madre no pudo retenerlo más en casa que las cinco,

«Solo faltaban dos días para que llegara el domingo y el niño no paraba quieto, se lo contaba una y otra vez a su trocito de corteza a la que cada vez veía más parecido con un niño.»

así que una hora antes, allí estaban sentados en primera fila de nada, porque hasta las cinco y media no llegó el camión del que se bajaron tres hombres y unos bultos, que observaron armar; en un abrir y cerrar de ojos, con la maestría que da el haber hecho cientos de veces lo mismo, montaron un teatrillo y se parapetaron detrás de él.

Los demás fueron llegando, colocando las sillas a su alrededor. Tristán, inquieto, no dejaba de manosear a su muñeco que tenía asomado al bolsillo de la camisa de los domingos, la madre le dejaba hacer, le miraba con ternura y a veces, sus dedos se hablaban, pero poco; no quería echar a perder la excitación ante la novedad del pequeño.

A las seis en punto, uno de los hombres, vestido completamente de negro, salió de detrás del teatrillo y de la tela negra que habían colocado como fondo para comenzar a mover sus labios. Resumió lo que iban a ver, la historia de tres hermanos príncipes que se pelearían por el reino y la mano de una bella princesa, que terminaría prisionera de un mago malvado, y que solo uno de ellos lograría vencer. Y eso pasó, y mucho más.

El telón se levantó y unos muñecos delicados, vivos, se movieron ante los ojos de todos, obedientes a unos hilos casi invisibles, que les unían a unas cruces de madera que manejaban los hombres negros. Pero iban más allá, los gestos delicados, los movimientos de cabeza, manos, pies, las luchas y destrezas con espadas, los galopes a caballo, el temible mago que se convirtió en dragón, iban más allá de esos hilos; tenían vida propia.

Tristán observaba cómo se movían las manos de los hombres y algo muy profundo se le removió por dentro: es lo que quería hacer, era su lenguaje, el de los gestos, pero completo, los dedos hablaban más allá de las palabras: creaban vida, la que se movía bajo sus órdenes a través de los hilos; la que se debatía abajo, en el fantástico escenario, y con esos seres expresivos sin necesitar palabras dichas, solo gestos precisos y movimientos hermosos.

Él era un titiritero desde siempre.

Entonces sacó a su muñeco del bolsillo y supo que sería su primer títere, que lo trabajaría en madera hasta tener uno que pudiera expresarse a través de sus dedos, y a la vez de sí mismo. Esa simbiosis de voluntades era lo que veía ante él. Miró a su hombrecito de corteza y entendió lo que ahora le decía: sabía quién era y qué sería desde ese mismo momento. Irradiaba tanta luz que su madre se asustó un poquito, solo hasta que ella misma entendió el porqué de su emoción al ver a esos muñecos vivos: Miró a su hijo y no pudo evitar que sus ojos se humedecieran. Era uno de ellos.

© Eva Monzón

La autora:

Eva Monzón. Nacida en Santander, pasó su infancia en Palma de Mallorca, y actualmente vive en Valencia. Estudió música, idiomas y psicología. Trabajó como profesora de inglés durante varios años. Ahora ejerce en gabinete privado como psicóloga clínica. Ha publicado relatos cortos y poesía en diversas revistas. Y fue coguionista en un programa de radio durante dos años. Novelas: *Tiempo Muerto* (Bartleby, 2001); *Entreactos* (Algar, 2009), ganadora del certamen de Alfonso el Magnánimo de la ciudad de Valencia. Próximamente publicará con la Editorial Paréntesis la novela *Errantes*. Tiene inéditos una novela juvenil: *La cicatriz de Paula*, un libro de relatos cortos: *Retazos*, una colección de poemas: *Momentos*, y una obra de teatro: *Lo que no se quiere recordar*. Actualmente está escribiendo su cuarta novela: *El día a día*. Blog: <http://evamonzonj.blogspot.com/>

* * *

Relato

JUGANDO A COCINITAS

por José Vaccaro Ruiz

1

A Judith, de todos los juguetes que Papá Noel le trajo esa Navidad, entre ellos una muñeca que hacía pipí después de darle el biberón, un oso de peluche y un kit de peluquería, el que más le gustó fue una cocinita con una serie de ollas y platos con los cuales podía repetir el mismo ceremonial que su madre llevaba a cabo dos veces al día. No solamente imitar su trasiego con la batería de aluminio o los cubiertos sino, y eso era lo mejor, ronronear los monólogos que le escuchaba soltar mientras ponía y sacaba aquellos artilugios del fuego: que si se había quemado el sofrito, que si no se acordaba de haber echado sal en el cocido, que si la carne echaba agua al freírla. Esa joya de cocinita, que disponía incluso de una campana extractora de humos y una luz que se encendía al abrirse la tapa, se la trajo Papá Noel en casa de sus abuelos. Su madre colocó las pilas que obraban el milagro de iluminar el interior del horno, así como emitir un silbido cuando se depositaba algo encima de los cuatro fuegos. Mientras su progenitora se ocupaba de la electrónica, Judith dejaba en un montón arrugado el cartón y el celofán que envolvían aquellas miniaturas de plástico decoradas con flores y cenefas que completaban el lote y escuchaba de su *yaya* su nombre y para qué servían (rasera, cucharón, cacerola). Tras media hora abriendo y cerrando el horno y poniendo y sacando de la encimera ollas y sartenes ante la mirada divertida de los adultos y la total indiferencia por parte de su hermano pequeño, entretenido en montar un rompecabezas, quiso acarrear con todo el botín a casa de sus padres, pero su abuela María se negó en redondo.

–Se quedará aquí para cuando vengas, así tendrás interés en visitar a tu abuelo que está malito –le dijo.

Su *yayo* llevaba dos meses postrado en la cama y adoraba a sus nietos, pero ante su inmovilidad el interés de Judith por permanecer a la cabecera de su lecho estaba bajo mínimos. Aquel septiembre los dos abuelos habían visitado Sofia y Plovdiv en Bulgaria, y al poco de regresar su *yayo* Antonio enfermó, yendo a peor cada día que pasaba. Ya podía esforzarse el pobre hombre con su voz apagada en contarle cuentos e historias, que la niña, un terremoto en estado puro, aguantaba sentada sobre la col-

cha de la cama escasos minutos. Además últimamente, y en un par de ocasiones, el anciano cerró los ojos y se traspuso en lo más interesante de la narración, cuando la madrastra disfrazada de campesina le ofrecía a Blancanieves una manzana envenenada, y eso su nieta no se lo perdonaba.

Los médicos no sabían que enfermedad tenía el abuelo, pero lo cierto es que presentaba una desmejora cada día que pasaba. Un especialista de la Seguridad Social que le visitó una mañana dijo a la familia reunida que tal vez fuera astenia muscular visto el tono bajo de su cuerpo, incapaz como estaba de dar un paso. Y le recetó unas vitaminas y una tanda de inyecciones de calcio. Pero de eso hacía veinte días y ningún alivio se había notado, más bien al contrario.

Lucía y Sonia, las dos hijas del matrimonio, se turnaban para ayudar a su madre en los cuidados del enfermo. Cada mañana una u otra acudía a cambiarle los pañales, el hombre había perdido el control de sus esfínteres, y hacerle compañía mientras María iba al mercado para comprar aquello que luego prepararía.

El anciano tenía una televisión en la habitación permanentemente encendida, pero cada vez le hacía menos caso y si no le cambiaban el canal, él no tenía ningún interés en hacerlo. Igual le daba el Gran Hermano que el Telediario o los culebrones de TV3. Incluso, siendo hasta hacía poco un culé rematado, ahora se mostraba indiferente a Messi o Guardiola, cada vez hablaba menos, y su respiración día a día se volvía más débil. El marido de Lucía, Felipe, que era un forofó del RCD Espanyol, –una raza a extinguir– intentaba inútilmente polemizar con él, pero solo conseguía, como mucho, un leve incremento en el ritmo de su parpadeo cuando le hablaba del cinco a cero conseguido por su equipo contra el Barça cuando Franco era cabo, o le recordaba la sentencia del que fuera presidente del Real Madrid Santiago Bernabeu, referida al Espanyol: «lo mejor que tiene es llamarse como se llama en dónde se llama; es decir, en la ciudad de los culés».

«Su yayo llevaba dos meses postrado en la cama y adoraba a sus nietos, pero ante su inmovilidad el interés de Judith por permanecer a la cabecera de su lecho estaba bajo mínimos.»

–Se está apagando como una vela –les dijo María a sus hijas el día de Navidad cuando fueron a recoger los regalos de los niños. Ellas emitieron un sollozo y asintieron.

Aunque ese escenario de un viejo moribundo no era precisamente lo más estimulante para Judith de seis años, ni para su hermano Antoñito de cuatro, la presencia de la cocinita obró el milagro de que durante aquellas vacaciones de invierno la niña le pidiera a su madre que le dejara ir a casa de los yayos, y la mujer satisfacía ese deseo. Los días alternos que le tocaba la intendencia matinal de su padre se traía a sus dos hijos y los dejaba al cuidado de su abuela hasta que por la tarde los pasaba a recoger.

María, cuando regresaba del mercado, traía fresones, manzanas o cualquier cosa que permitiera a Judith la simulación de cocinarlos para, luego de varios meneos a los pedazos de fruta en la diminuta sartén, dárselos a comer a su hermano. Éste aguantaba, a ratos protestando y a ratos estoicamente ser el receptor de semejantes exquisiteces sobadas y resobadas por las manitas de Judith, mientras trajinaba subiendo o bajando el gas de los fogones dando «vuelta y vuelta» a lo que se suponía eran filetes o croquetas. La niña estaba atenta cuando salía Arguiñano por la televisión, y no perdía ripio de sus gestos y comentarios para repetirlos después hasta la saciedad, y preguntada que quería ser de mayor respondía con una palabra que para quien no estuviera en el ajo era inentendible: «ché-de-cocina».

De esa vocación de futura cocinera, lo que más le gustaba era cortar y despiezar cualquier cosa que caía en sus manos, antes de cocinarla. Quien la observara podía advertir la dureza de su mirada mientras el filo acerado de las tijeras o el cuchillo troceaban o sajaban, una mirada más propia de un mata-rife que de una aspirante a crear platos de diseño.

2

Ese día era la víspera de Reyes y Lucía tenía invitados por la noche, de manera que, tras la visita matinal para el cambio del dodot sobre el hule que protegía la sábana y el colchón, y el aseo de gato de su padre, peinarlo y rociarlo con medio litro de colonia para matar el olor a mierda y orines que por momentos se iba adueñando de la habitación, dejó a sus dos hijos al cuidado de su madre y salió a la carrera para comprar lo que le faltaba para la cena.

Antes de irse echó un vistazo a la habitación donde Judith estaba ocupada en alinear con esmero los platos de plástico por su tamaño, y Antoñito hacía torres con las piezas de un juego de arquitectura. Les soltó el consabido «que seáis buenos» y se despidió de su madre:

–Me voy, espero que no te den mucha guerra.

–Vete tranquila hija mía, son un cielo. Ya ves, –le sonrió– por lo que será Judith de mayor no tienes de que preocuparte: una Ruscalleda o una Maruja.

Lucía asintió, le dio un par de besos y la dejó con sus nietos.

María tomó el desayuno, lavó los platos de la cena y se cambió de ropa en su habitación. Allí dormía desde hacía doce años, cuando dejó de compartir lecho con su marido. Se abotonó la bata y se encaminó a ver al enfermo.

Desde el pasillo era audible el sonido de uno de los programas de televisión de la mañana en el cual y durante tres horas pasaba de todo: consultorio sentimental, reality show, pronóstico del tiempo y entrevistas a nindunguis. Antonio seguía lo que aparecía en el Sony con su misma atención de espécimen del reino mineral de siempre. En la penumbra de la habitación los colores de la pantalla se reflejaban en su rostro como sombras chinescas, y la voz en falsete de quien en aquel momento aparecía en el magazín rebotaba por las paredes de la alcoba con la misma indiferencia y fatalismo que una pelota en un frontón.

A continuación María se dirigió a la habitación donde sus dos nietos seguían jugando.

–Si bajo un momento al colmado a comprar aceite, ¿cuidarás de tu hermano? –le preguntó a Judith.

–Sí *yaya* –respondió de forma trascendente acucillada frente a la cocinita, la variedad de ollas y cazos extendida a su alrededor, y Antoñito enfrascado en encajar unos cubos de plástico.

La mujer sabía que cuando su nieta practicaba su vocación estaba horas entretenida en trasegar los pequeños adminículos teniendo a su *tete* de obediente y resignado pinche. Estimó que podía ausentarse. Como un premio por adelantado le estampó un beso en la frente al tiempo que le decía:

–Después te daré unas cosas para que las cocines –pensaba en un plátano y una naranja para que los troceara, algo que a los ojos de su nieta se convertiría en cualquier manjar, desde canalones a piernas de cordero.

«La mujer sabía que cuando su nieta practicaba su vocación estaba horas entretenida en trasegar los pequeños adminículos teniendo a su tete de obediente y resignado pinche.»

–Ahora vuelvo. ¿Seréis buenos, eh? Y sobre todo no abráis a nadie.

–Sí, *yaya* –respondió la niña sin dejar de atender a su quehacer.

La ausencia duró más de lo previsto. Se encontró a una vecina que tuvo un interés especial en deleitarle con la relación de todos sus achaques, análisis de sangre, radiografías y visitas al ambulatorio. En total fue más de media hora el tiempo que estuvo fuera. Abrió la puerta y al tiempo que sacaba la llave de la cerradura dirigió una voz hacia donde había dejado a sus dos nietos:

–¡Ya estoy aquí!

Al no recibir respuesta, y mientras cerraba la puerta, volvió a gritar:

–¡Judith!

–Sí *yaya*, ya te oigo –desde el cuarto de juegos.

–¿Y Antoñito?

–Está haciendo compañía al abuelo. Viendo la televisión.

Le extrañó aquello; a su nieto el hecho de permanecer al lado de un vegetal no era algo que le llamara la atención. Pero pensó que tal vez estaban haciendo algún programa de su gusto. Dibujos animados, quizá. En fin, la cuestión era que al parecer todo estaba controlado.

Se dirigió a la cocina y se dispuso a preparar la comida. Su hija le había traído dos lenguados para los pequeños, a los que tenía que añadir de complemento unas patatas fritas cortadas finas. «A Antoñito le

encantan», le dijo. Sacó un par y se dispuso a pelarlas. Les daría de comer y después prepararía la ingesta para su marido.

Media hora más tarde, y no sin que en una ocasión hubiera dado otra voz desde la cocina preguntando a su nieta si todo estaba en orden, respondida con un «¡sí, yaya, sí!», tenía ya los lenguados y las patatas cocinados, había sacado las espinas del pescado y dispuesto todo para ser comido.

Iba a buscar a sus dos nietos cuando llamaron a la puerta. Observó por la mirilla y vio el rostro de su hija. Corrió el cerrojo, el mes pasado habían robado en uno de los pisos de la escalera y desde entonces tenía la precaución de dar dos vueltas a la llave y echar la balda.

—¿No me has dicho que no volverías hasta la tarde? —le preguntó a Lucía.

—Sí mamá, pero he acabado antes —llevaba una bolsa—. Mira, ya tengo los espárragos y el embutido para los entrantes comprados. Así que voy a descargarte de tus nietos.

—Hija mía, sabes que no me molestan. Si son un cielo, toda la mañana entretenidos jugando, es como si no estuvieran. Pero, mira, aun no han comido, ahora mismo iba a llamarlos.

—Pues vamos, te ayudo.

—Ve a buscarlos, yo preparo la mesa de la cocina. Judith está en el cuarto de los juguetes y Antoñito con su abuelo.

Los tacones de Lucía resonaron pasillo adelante. Mientras María regresaba a la cocina escuchaba las voces de su hija interesándose por las exquisiteces que había estado cocinando Judith, al tiempo que la urgía para que acudiera con su abuela.

—Tu hermano está con el *yayo*, ¿no?

—Sí mamá, pero no sé si tendrá ganas de comer. Les he preparado una sopita esta mañana a él y al *yayo* y se la han acabado toda, ¿qué te parece lo tragones que son?

Lucía cabeceó:

—Muy bien mi vida, pero ya verás como sí, cariño. La abuela os ha hecho un pescadito con patatas buenísimo. Anda, ve con ella.

Tras comprobar que su hija hacía lo que le mandaba, se encaminó a la alcoba de su padre en busca de Antoñito. Como siempre la televisión sonando a todo taco.

En el mismo instante que María giraba la cabeza para comprobar cómo su nieta hacía su entrada en la cocina y se dirigía a ocupar una de las sillas dispuestas frente a los dos platos con los lenguados troceados, un grito llegó a sus oídos:

—¡Hijo, hijo mío, despierta, despierta! —para a continuación—: ¡No respira, no respira!, ¡está muerto!
¡Mamá, mamá!

María echó a correr hacia la habitación de su marido. Su hija sostenía en brazos a Antoñito meciéndole, sus labios pegados a la frente del pequeño y sus ojos desorbitados.

—¡Está frío!, ¡mi niño está muerto!

María desvió la mirada hacia el bulto de su marido del que solamente el rostro sobresalía de la manta que le cubría. Tampoco él daba señales de respirar, una inmovilidad absoluta presidía su pecho, la boca abierta y los ojos fijos en la pantalla de la televisión.

3

Judith estaba sentada entre su padre y su madre. La jueza que instruía el sumario accedió a desplazarse hasta el domicilio para proceder a su interrogatorio. La reunión, instalados alrededor de la mesa del comedor, la completaba el secretario del juzgado con un ordenador portátil, una asistente social municipal, la fiscal y el abogado de la familia. Los tres últimos habían acordado que por tratarse de una menor fuera la magistrada quien formulara las preguntas. Para una mayor fidelidad en recoger todo lo

«María echó a correr hacia la habitación de su marido. Su hija sostenía en brazos a Antoñito meciéndole, sus labios pegados a la frente del pequeño y sus ojos desorbitados.»

que se dijera una grabadora estaba dispuesta para el momento que se diera orden de ponerla en marcha.

Lucía tenía el brazo pasado por el hombro de su hija, y tras comprobar que la niña se había acabado el zumo de uva y que aunque con expresión seria parecía tranquila, hizo un leve gesto de asentimiento acompañado de un suspiro de resignación. Mirada conminatoria de la jueza hacia su asistente, chasquido de la grabadora y colocación de los dedos del funcionario sobre las teclas del Toshiba.

–Hola Judith, ¿estás bien? –dijo la magistrada, contestado por un movimiento de cabeza de la niña–. Voy a hacerte unas cuantas preguntas. Me han dicho que eres una chica muy lista y que no dices nunca mentiras. Siempre hay que decir la verdad, ¿lo sabes, no?

–Sí, es una niña muy buena –intervino Lucía. Su Señoría le dirigió una mirada admonitoria para indicarle que cuanto menos interviniera, mejor. Dejó pasar unos segundos para plantearle la primera cuestión:

–Hace algo más de una semana, diez días exactamente, tu madre os dejó a tu hermano y a ti en casa de tus abuelos. ¿Lo recuerdas, no?

Judith asintió.

La magistrada forzó una sonrisa:

–¿Se te ha comido la lengua un gato?

La niña sonrió y con una vocecilla apenas audible se la oyó decir:

–No.

–¡Ah bueno, menos mal! ¿Ese gesto con la cabecita quiere decir que contestas un sí o un no?

<i>«Judith estaba sentada entre su padre y su madre. La jueza que instruía el sumario accedió a desplazarse hasta el domicilio para proceder a su interrogatorio.»</i>	–Un sí. Judith miró a su madre y sonrió con timidez. La jueza entró en materia. –Ese día tú, ¿jugaste mucho? –Sí. –¿A qué jugaste? –A cocinitas. –¿Qué hiciste? Anda, explícamelo, tengo curiosidad por saberlo.
--	--

Su Señoría iba con un cuidado exquisito para no forzar ninguna respuesta. Tenía la certeza de lo que había ocurrido, pero era la niña quien debía declararlo de forma espontánea.

Judith, sin que nadie la interrumpiera se estuvo explayando en los antecedentes que a la magistrada no le interesaban en absoluto, pero que se sentía obligada a oír para generarle confianza. Contó cómo Antoñito estuvo montando una casa con las piezas del lego cuando su *yaya* les dijo que se ausentaba un momento y que no abrieran a nadie, y contó también la visita que hizo a la habitación de su abuelo para preguntarle si tenía hambre sin obtener respuesta. Hasta llegar a la parte crucial del relato:

–Les hice una sopita a mi *tete* y a mi *yayo*. Quería que se pusiera bueno. Mi mamá dice que cuando estás enfermo hay que comer mucho.

Lucía hizo ademán de acariciar la cabeza de su hija pero la mirada de la letrada se lo impidió. Ésta preguntó:

–¿Una sopita?, ¿y de qué era la sopita?

La niña se giró hacia su madre. Algo de lo que hizo ese día no estuvo bien y necesitaba su apoyo para saber que decirlo no le traería consecuencias negativas. Lucía dirigió una mirada a la jueza que asintió.

–Di la verdad Judith, no tengas miedo, tranquila, no te pasará nada.

La pequeña pareció meditar cómo ordenar en su cabeza lo que iba a explicar, y tras unos segundos

musitó:

–La *yaya*, cuando preparaba la comida del *yayo* siempre le ponía unas gotas de una botella que guardaba en un mueble de la cocina. Vi cómo lo hacía.

–¿Qué creías que era eso?

–No me lo dijo, pero pensé que era su medicina.

La magistrada sacó de un portafolio dos fotografías y se las mostró:

–¿Es ésta la botella?

–Sí –dijo al momento Judith.

–¿Estás completamente segura?

–Sí. La guardaba detrás de las sartenes y del pote de la miel.

Su Señoría dirigió una mirada al secretario para que realizara la correspondiente anotación en el acta de presencia: «a la testigo se le muestra y reconoce las dos imágenes de la botella de raticida encontrada en el armario de la cocina de la acusada».

–¿Y tú, qué hiciste?

–Llené con eso –señaló las fotografías– una de las ollas y la puse en el fuego –nuevo silencio.

–¿En tu cocinita? –La letrada quería que cualquier detalle quedara claro.

–Sí.

–¿Y qué ocurrió después?

–Se la di a probar a Antoñito. Pero no le gustó –hizo un mohín–. Me dijo que era amarga.

–¿Y qué más?, ¿qué sucedió a continuación?

–Le puse dos cucharadas de azúcar y lo revolví bien. Entonces sí me dijo el *tete* que le gustaba. Se la tomó toda.

«Le puse dos cucharadas de azúcar y lo revolví bien. Entonces sí me dijo el tete que le gustaba. Se la tomó toda.»

–¿Dónde estaba el azúcar?

–Encima del mármol de la cocina. –Nueva muestra de la imagen de un recipiente de porcelana y confirmación por parte de Judith de ser el azucarero cuyo contenido le sirvió para endulzar la sopita.

–¿Y después?

–Cociné otra sopa y se la di al *yayo*. También a él le gustó.

–¿Y qué hizo Antoñito, tu hermano?

–Dijo que tenía sueño y se estiró en la cama con el *yayo*. Se quedaron dormidos los dos. Yo los dejé allí y me fui al cuarto a jugar.

–Y tú, ¿no probaste esa sopa que preparaste?

–No. Entonces oí que llegaba mi abuela de la calle –bajó la mirada.

–¿Te dijo algo ella?

–No, porque no vio lo que había cocinado. Pensé que si se enteraba se enfadaría. Siempre me decía que solo cocinara las cosas que ella me daba.

–Una última cosa y habremos acabado. –Le hizo un gesto al secretario, señalando la gruesa cartera que había sobre la mesa. El funcionario sacó una bolsa transparente sellada conteniendo una pequeña olla, dos platillos y unas cucharillas de plástico en su interior.

–¿Son estos los objetos que utilizaste para preparar y darles la sopita?

–Sí. Son los platos hondos, son para la sopa. –Manifestó Judith con expresión seria.

Nueva mirada de la jueza al secretario para que hiciera constar aquel reconocimiento de forma manifiesta.

–Muy bien, Judith, has sido una niña muy buena –la expresión de la magistrada se torció al decir aquello–. ¿Ves si ha sido fácil?, ya hemos acabado –e hizo un gesto al funcionario para que pusiera punto y final al acta, añadiendo la antefirma de los presentes, incluyendo a los padres.

Momentos más tarde la comitiva se disponía a abandonar el domicilio dejando solo al matrimonio con su hija. Su Señoría hizo un aparte con Lucía y le dijo:

–Su madre está internada en la enfermería de la cárcel. Aunque he decretado el secreto del sumario, la prensa como usted sabe ya ha empezado a airear el doble homicidio. La enfermería es el sitio más seguro de la cárcel, pero aun así su madre es una presa apetecible para las reclusas.

Lucía asintió.

–¿Y Judith?

–No creo que haya ningún hijo de puta de periodista que se atreva a poner su nombre en los papeles al tratarse de una menor. Pero si lo hace se le va a caer el pelo. Eso sí, es mejor que durante unas semanas la pequeña permanezca en casa, que no hable con nadie. Si hay alguna novedad, no dude en llamarme.

«Muy bien, Judith, has sido una niña muy buena –la expresión de la magistrada se torció al decir aquello.»

–¿Habrá juicio?

–Es inevitable, –se vio obligada a añadir–: pero estén tranquilos por su hija.

–¿Y mi madre?

–El jurado decidirá, pero las pruebas contra ellas son concluyentes para acusarla de intento de homicidio. –Estuvo a punto de añadir que el cargo no era de asesinato porque el crimen lo cometió Judith, pero se contuvo a tiempo–. Sus huellas se encontraron en el tarro junto a las de Judith y ella fue quien compró el veneno dosificándolo en la comida que preparaba para su marido. El testimonio de su hija que la vio hacerlo será fundamental, al igual que el resultado de la autopsia.

La jueza dio media vuelta y acompañada de los demás abandonó el domicilio. Contuvo su deseo de acariciar el rostro ojeroso de la madre de Judith, sabía que cualquier cosa que hiciera sería inútil ante la mezcla de dolor y odio que sentía la mujer, y no sabía en cual de las mejillas estaba la pena para consolarla y en cual el odio.

Lucía, mientras veía la espalda de la magistrada que cerraba la comitiva dirigirse hacia la puerta, recordó las veces que tuvo que reñir a Judith desde que nació Antoñito por cómo trataba a su hermano cuando estaban los dos a solas, sin que sirvieran de nada los azotes ni los castigos que le imponía. La había sorprendido intentando tirarlo de la cuna, golpeándolo o rompiendo sus juguetes. Incluso en cierta ocasión la detuvo a tiempo cuando estaba a punto de golpearle con una piedra en la cabeza.

Felipe aguardó a que la comitiva se metiera en el ascensor y desapareciera del rellano para cerrar la puerta del piso y girarse hacia donde estaban su mujer y su hija, ésta pegada a su madre.

Judith sonrió, y tironeando la mano de Lucía levantó la mirada hacia ella y le preguntó:

–¿Estás contenta?, ¿lo he hecho bien, mamá?

La mujer observó la ansiedad de aquellos ojos y fue incapaz de responderle.

© José Vaccaro Ruiz

El autor:

José Vaccaro Ruiz. Arquitecto y Abogado, ha ejercido como profesional liberal, y durante un tiempo en la Administración Pública. En el terreno de la narrativa ha publicado las novelas *Los Ángeles Negros* (Atlantis, 2009), *La Vía Láctea* (Neverland, 2010) y *La granja* (Atlantis, 2011). La editorial Delakort Publisher publicó el pasado mes agosto en Bulgaria la novela *La Vía Láctea*. Y este mismo mes de octubre Neverland Ediciones publicará *Catalonia Paradis*, su cuarta novela, que desarrolla una trama criminal de corrupción urbanística.

HERMANDAD

por Gilda Manso

No era un perro, eran cientos. Llegaban de golpe, con pasos tranquilos, y se instalaban en la calle como si alguien les hubiera avisado que ahí serían bienvenidos, aunque en realidad no fueran bienvenidos en ningún sitio. Falta espacio o sobran perros callejeros, nunca nadie supo bien.

Había perros de los más variados tamaños, colores, pelajes y temperamentos, pero todos coincidían en tres cosas: la mirada honda, como de muy atrás, mezcla de resignación y cemento; la costra de mugre que les cubría el cuerpo hasta formar rastas rígidas y eternas; y un extraño porte, un extraño andar que imponía respeto a quien se detuviera a observarlos, como si de adentro de ese combo de miseria, hambre y apaleamientos que era la vida hubieran logrado rescatar, vaya uno a saber cómo, una dignidad que estaba más allá de todo.

El barrio era demasiado básico; no había belleza en ningún rincón. Todo tierra, madera vencida y enfermedades. Los chicos jugaban en la vereda hora tras hora, y seguramente ése sería el mejor recuerdo que habrían de tener años más tarde, cuando la adultez los sorprendiera por siempre pobres, todo tierra, todo madera vencida, todo jirones. Los perros se tiraban al sol con actitud de nada, como esos viejos que sacan la silla a la puerta sólo porque no hay mucho más para hacer, o seguían a los chicos del barrio en sus juegos interminables, pelota, escondida, rayuela, mancha estatua, como espíritus guardianes, como compañeros de lo que no hay. Y cuando el Cocho Requena salía a la calle, los niños huían hacia sus casas y los perros se quedaban donde estaban, porque no tenían dónde ir.

El Cocho Requena había sido comisario mucho tiempo atrás, en épocas más férreas, y lo fue hasta que alguien le puso punto final a su manía de derrochar balas sobre cuanto cuerpo vivo se le cruzara; el Cocho Requena era un cocorito que llamaba la atención, y eso no es bueno en un círculo en donde lo que vale es la sutileza con la que se atropella a los menos afortunados. El Cocho Requena era un peligro de soberbia, gritos y vanidad fálica, y en un parpadeo lo dejaron sin comisaría y con una villa a su disposición, para que descargara allí (allí y en ningún otro lugar) su furia de erróneo ex dios descendido a mortal.

«El Cocho Requena había sido comisario mucho tiempo atrás, en épocas más férreas, y lo fue hasta que alguien le puso punto final a su manía de derrochar balas sobre cuanto cuerpo vivo se le cruzara.»

El entretenimiento preferido del Cocho Requena eran los perros. Alguna que otra vez se dio el gusto de pegarle a los pibes que jugaban en su vereda hasta, en ocasiones, dejarlos inconscientes, incluso un viernes de marzo le disparó a uno, pero a la gente no le gustaba eso, y cada vez que un pibe llegaba a su rancho llorando porque el Cocho le había pegado un botellazo en la cabeza o una piña en el estómago, todo el barrio se rebelaba y le arrojaba llantas prendidas fuego por la ventana de su casa. Entonces decidió jugar con los perros, ya que no eran de nadie y nadie se atrevería a dar la cara por ellos, porque la gente pone su vida en peligro con tal de defender a sus hijos, pero nadie se va a arriesgar a interponerse entre el Cocho Requena y un perro callejero.

Los perros sabían que si el Cocho Requena aparecía, alguno iba a ligar algo malo: patadas, palazos, botellazos; el que más caro la había pagado había sido el marroncito, un perro que era rengo desde que el Cocho Requena le había baleado una pata. Los perros se escondían uno detrás de otro, ladraban, a veces uno se animaba e intentaba morder el tobillo del ex comisario hasta que entendía que eso sólo le haría ganar un golpe extra, y no podían hacer nada más. La gente miraba desde adentro de sus casas, los pibes lloraban, y ahí terminaba el juego. Así era dos o tres veces por semana.

Se ve que ese día el Cocho Requena estaba especialmente rabioso por algún motivo desconocido porque, cuando salió a la calle, llevaba en sus manos un bidón de gasolina. Los perros se escondieron donde pudieron, pero uno viejo, blanco con manchas negras, uno de los perros más antiguos del barrio, no se despertó a tiempo de su siesta de anciano al sol, y sólo abrió los ojos cuando sintió el líquido en su cuerpo, y nadie sabe qué horrores vivió cuando el Cocho Requena tiró el fósforo encendido sobre la gasolina que lo empapaba. Cuando llega la muerte uno ya debería estar muerto; pero el perro estaba vivo y tardó demasiados minutos en morir quemado.

El barrio quedó inmovilizado. La cara de los pibes era puro terror, y la cara de los grandes era impotencia, dolor, angustia e indefensión. Como siempre pero peor, porque esta vez hubo fuego, y aullidos, y mucho olor a gasolina, a pelo chamuscado, a perro quemado vivo.

Y esta vez y como si alguien les hubiera dado la orden de ataque que estuvo dormida toda la vida, los perros, los muchísimos perros, se abalanzaron sobre el Cocho Requena con la furia de todos los animales del mundo y no le dejaron espacio para la huida; eran perros pero también fueron leones, tigres, jabalíes, hienas, elefantes, buitres y toros, y voltearon al Cocho Requena y le arrancaron la piel y le arrancaron los ojos y le desfiguraron la cara y le masticaron las piernas y le masticaron los brazos y le hicieron todo lo que se le puede hacer a un hombre hasta que éste muere. Y no descansaron hasta que no quedó nada entero en el cuerpo del Cocho Requena, y no descansaron hasta que no quedó nada vivo en el cuerpo del Cocho Requena.

Luego, agotados, se tiraron al sol. Estaban exhaustos.

Entonces la gente salió de sus casas, de a poco, con tachos de agua y restos de comida.

Había que alimentar a los perros.

© Gilda Manso

La autora:

Gilda Manso. Nació el 23 de abril de 1983 en Buenos Aires, Argentina. Es escritora y periodista. Se desempeñó como redactora, correctora y cronista en medios gráficos y digitales. Publicó los libros de cuentos *Primitivo ramo de orquídeas* (Libros En Red, 2008) y *Matrioska* (Malas Palabras BUks, 2010). "Hermandad" obtuvo el 2º puesto en el XVII Concurso de Cuentos Leopoldo Marechal (Argentina, 2010), e integra *Matrioska*, libro de relatos breves publicado por Malas Palabras Buks (Argentina, 2010). Sitio web de Gilda Manso: <http://about.me/GildaManso>

* * *

Relato

MICRORRELATOS

por Rosana Alonso

UNIFORMEMENTE ACELERADOS

Después de una breve pausa, en la que ambos adivinaron sus figuras en la lejanía, siguieron caminando por la acera. Él, aunque no podía ver sus rasgos, decidió que era bonita; ella, por su parte, supo que era un buen hombre. Era verano y el sol volvía todo blanco, deslumbrante. Al principio iban ligeros, con el corazón marcando el ritmo de sus pasos, luego más despacio porque ella llevaba aquel carrito

de bebé y él sujetaba la mano de una niña que se paraba a mirar cada hoja caída de los árboles; el hombre observaba inquieto los remolinos que formaba el viento con aquellas hojas marrones y amarillas.

Como en un sueño, avanzaban sin moverse apenas y hasta el bebé y la niña crecieron, y les decían adiós mientras se alejaban. De repente hacía frío, porque ella ahora llevaba un abrigo gris que ocultaba su silueta y él un gorro, unos guantes y la mirada baja para no encarar el viento helado. Pero ya estaban cerca, muy cerca. Sin embargo sus cuerpos les parecían pequeños y encorvados como si estuvieran lejos, muy lejos. Y se tomaron del brazo, juntos, temblando en la luz pálida de un sol de marzo. Y el mundo giraba como un carrusel roto, y tuvieron vértigo y miedo porque ya no podían parar.

* * *

ORNITOMANCIA

Yaguatí los había conducido hasta ese rincón oculto de la selva, a salvo de aquellos hombres, voraces y blancos como las termitas. Todos juraron no salir de la zona que él había marcado como segura. Yaguatí podía entender el lenguaje secreto de las aves. Los sonidos de los guacamayos, el vuelo del tucán, el rítmico golpeteo del trepatroncos. Veía señales en el vuelo de los colibríes. Incluso un súbito aleteo, o un círculo trazado al amanecer por las cotingas le indicaban los caminos y encrucijadas del futuro. A veces se alejaba de la aldea para comprobar los avances del vacío, trepaba a un árbol y comprobaba que seguía moviéndose, aunque muy lentamente. Un día le sorprendió la visión de taguato ruvichá, el águila tímida que nunca se deja ver. Sobrevolaba su cabeza una y otra vez, tan cerca que al levantar la mano rozó una de sus alas. Luego se elevó y se perdió entre los árboles. Yaguatí siguió con la mirada su vuelo y entonces la vio. Una nave flotante, como un enorme pájaro gris, brillando al sol. Se movía despacio allá tan lejos y emitía un sonido ronroneante, pero Yaguatí no entendía lo que decía. Por un momento tapó el sol y entonces le pareció un ave monstruosa.

Esa noche Yaguatí los reunió a todos, debían partir al amanecer, buscar otro lugar. No les dijo que ya no había futuro, tan sólo ese vacío que devoraba la selva.

* * *

EGO, TE ABSOLVO

Desde que han retirado a los mendigos de la calle, don Prudencio no duerme bien, apenas come y ya le da igual ganar o perder en la partida de ajedrez que juega en el casino. Echa de menos a los pobres en general, pero sobre todo al que se apostaba en la entrada de la iglesia los domingos. Con qué naturalidad aceptaba la moneda de dos euros que dejaba caer en la caja de latón al salir de misa con su familia, cargado de buenas intenciones, confesado y arrepentido. Con qué gratitud le miraban sus ojos acuosos y cruzados de venillas rojas otorgándole un alivio placentero.

Ahora lleva tres semanas sin verle, y ni los rezos, ni los golpes de pecho aplacan su angustia. Por eso hoy, al encontrar un indigente fugado durante su paseo vespertino, pone en su mano un billete de cien euros. La sensación de sosiego es inmediata. Se pone de rodillas y le ruega que vaya a la misa de doce, que sea su mendigo siempre, siempre.

© Rosana Alonso

La autora:

Rosana Alonso. Como casi todo el mundo, en realidad llevo dos vidas (hay quien lleva tres o cuatro con soltura de malabarista). Por la mañana trabajo en el laboratorio de biología molecular de un hospital de Madrid. Por las tardes, además de los menesteres más prosaicos, leo y escribo (no necesariamente en ese orden). He realizado cursos de escritura creativa, he ganado algún premio, he sido finalista en varios y perdedora en muchos. Pero lo apasionante es inventar ficciones, poder vivir realidades alternativas a través de la escritura; el momento de la idea, la tarea de intentar reflejarla (casi siempre es un reflejo) y la labor final (la más dura) de pulir y cercenar lo que sobra. En la actualidad anda ocupada intentando armar un libro de microrrelatos. Blog: <http://ralon0.wordpress.com>

HERALDOS QUE LA MUERTE MANDA

por Jorge Castelli

Certeza de muerte. Lo repetiré una vez, ahora en voz alta: *certeza de muerte.* Soy una mujer de vocabulario amplio y nada pierdo al admitir que jamás he tenido dificultades con las palabras; mi profesión, por otro lado, siempre ha realizado genuinos aportes. Pero lo cierto es que no encuentro ningún otro modo valedero de explicar esto que siento desde la mañana, desde el momento mismo en que puse un pie fuera de la cama y me dispuse a comenzar el día: certeza de muerte. La siento, la olfateo, la percibo en las yemas de los dedos con una seguridad que asusta.

No hubo un sueño o una pesadilla, en lo absoluto; fue una convicción que llegó desde el centro de la nada justo un minuto después de abrir los ojos y de arrojar un manotazo sobre el botoncito dorado del reloj despertador.

¿Qué hacer con esta certidumbre que no sabe encaminarse? ¿Seguir con ella, como si nada? ¿Seguir la vida así, sencillamente? ¿Decirse y repetirse lo obvio hasta el hartazgo, ya que, en efecto, nada justificado hay entre mis manos que sirva como sello, como sentencia para una idea tan abrupta y descabellada? Cumpló hoy treinta y ocho años, y quiero dejar debidamente asentado que no es ésta, precisamente, mi fantasía sobre un buen comienzo de festejos.

Insistiré en algo: si la certeza pudiese ser anulada como cualquier otro pensamiento estúpido de los varios que cruzan mi cabeza diariamente, entonces sí, todo sería fácil, todo resuelto con el desayuno, por ejemplo: café bien negro y mucho apuro y una tostada de pan de centeno a medio masticar; salir entonces, casi correr hacia el colegio como todos los días, seguir siendo una vez más la profesora Cristina Schusterheld, licenciada en letras recibida en la Universidad de Buenos Aires, cabello castaño claro, un metro sesenta y siete de estatura, simpática, mujer aún bastante apetecible, en fin, si es que vamos a decidir que resulta posible hablar con total honestidad.

«El andén es largo y el pitido del guarda perturba como un latigazo. Certeza de muerte; honda, incalificable, casi conmovedora certeza de muerte.»

Pienso ahora, y no sé por qué razón, en Vallejo. *Serán tal vez los potros de bárbaros atilas; o los heraldos negros que nos manda la muerte.* ¿Por qué razón pienso ahora en Vallejo? Mis alumnos nunca piensan en Vallejo; de hecho, mis alumnos no podrían diferenciarlo de Lope de Vega, de Nicolás Guillén o de Quevedo. Porque mis alumnos detestan la literatura y, sobre todo, detestan la poesía. Vaya usted y regádeles un poco de Metallica, de Ramones, de Megadeath... vaya usted y verá, pues, con qué facilidad se abren las puertas de la otra galaxia.

Yo, entonces, Cristina Schusterheld, no debo morir; yo, entonces, Cristina Schusterheld, no puedo morir. ¿Quién, de otro modo, intentará traer un poco a esta galaxia a todas esas chicas y a todos esos muchachos? Suena a omnipotencia, pero es estricto terror.

Serán tal vez los potros de bárbaros atilas; o los heraldos negros que nos manda la muerte. No. No es el momento adecuado para pensar en Vallejo, ni es el momento adecuado para seguir rumiando alrededor de la certeza: éste es, ni más ni menos, el adecuado momento en que no hay que morir.

Claro que si todo funcionara de una manera tan sencilla, si sólo bastara con alejar a Vallejo y a los malos presagios, entonces no sería para nada necesario recurrir a esta batería de veloces e insensatas decisiones: escapar del departamento, salir a la calle, detener el primer taxi, decirle al chofer como en un sueño: *A la estación Constitución.*

A Constitución, caramba. ¿Y por qué no al Obelisco, a la Plaza Irlanda, o a algún barcito perdido en la zona de Puerto Madero? ¿Por qué a la estación Constitución?

Serán tal vez los potros de bárbaros atilas.

–Todo esto no tiene la menor lógica –pienso ahora frente a la ventanilla de la ampulosa estación de trenes, mientras compro un boleto que me llevará a cualquier parte del sur del Gran Buenos Aires, sabiendo sin embargo que todo, sí, tiene una lógica de hierro que no puedo explicar.

El andén es largo y el pitido del guarda perturba como un latigazo. Certeza de muerte; honda, incalificable, casi conmovedora certeza de muerte.

Ése es el tren, me digo.

La sensación transita ahora mi estómago y allí queda instalada, adormilándose, gato indeseable que no tiene intenciones de moverse.

El último tren, me digo.

«Debo frenar el paso,
ya no hay remedio,
hay que caminar de
a poco, cada vez
más despacio, cada
vez más lentamente,
para recuperar aire.»

Entonces corro, corro como nunca, dentro de esta extraña y novedosa forma de festejar un cumpleaños; corro porque en cualquier momento se sellarán las puertas automáticas, el tren comenzará a moverse lentamente y todo eso significará un final de chance, un túnel cerrado, un punto para la única posibilidad de seguir viva.

O los heraldos negros que nos manda la muerte.

¿Qué pueden importar, pues, los pulmones a punto de estallar, el corazón hirviente o el tirón en la pierna derecha (desacostumbrada a tales rigores) si las puertas se han cerrado con un golpe dictatorial, la formación se ha puesto en marcha y el último vagón, que estaba ahí, ahí nomás, a tan pocos metros, está ahora escapando, está ahora yéndose como una fiesta que llega a su fin, como un fuego que declina, como un día que resbala hacia la noche?

Debo frenar el paso, ya no hay remedio, hay que caminar de a poco, cada vez más despacio, cada vez más lentamente, para recuperar aire. El tren es ahora casi un recuerdo, absolutamente inabordable, yéndose... yéndose... solamente el silencio abarcándolo todo.

Sin embargo, y después de parpadear dos o tres veces, comienzo a sospechar que toda la escena, bien mirada, podría resultar algo hasta con cierto perfil gracioso: yo, la adusta profesora de chicos que ignoran a Vallejo, aquí, ahora, de pie, cara de imbécil en un andén desolado, respirando con agitación después de haber perdido un tren, un simple tren... Porque, hablemos con franqueza, Cristina, vamos: ¿puede existir alguien que se halle en condiciones de explicarte seriamente qué estás haciendo aquí?

Y ya casi estoy a punto de sonreír, de maldecir en voz bajita a César Vallejo y de emprender el regreso a casa, cuando advierto la mano apoyándose desde atrás en mi hombro, y la voz, femenina e intensa, diciendo:

–No se preocupe por la pérdida del tren, licenciada; alcanzarlo hubiese sido igualmente inútil.

Y entonces no necesito girar para comprender.

© Jorge Castelli

El autor:

Jorge Castelli (Buenos Aires, 1956). Es poeta, cuentista, novelista y dramaturgo. Coordina talleres literarios. Ha obtenido múltiples premios nacionales e internacionales, destacándose el Premio La Nación de Novela y el Premio de Narrativa "Ciudad de Alcalá". Es autor de los libros de cuentos *El lugar de Fanny* y *Aquella flor en el centro del caos*, y de las novelas *El delicado umbral de la tempestad* y *Las campanas de la revolución*. En 2008 su obra teatral *Whitlocke, un general inglés*, fue estrenada en el **Teatro Nacional Cervantes** de Buenos Aires, con gran recepción por parte de público y de crítica. En abril de 2011, **Editorial Sudamericana** pondrá en vidrieras su novela *El purpurado cuello* en 2012.

SOLES ROTOS

por Ana Busquets

El muchacho camina de prisa por el espigón. Aunque alto para su edad, podría tener nueve o diez años. Su única vestimenta es un pantalón recortado a la altura de la rodilla. El pelo, amarillento por el sol, le cubre un poco la frente y enmarca unos ojos vivaces.

Cuando llega al extremo del espigón se lanza de cabeza al mar. Baja con movimientos rápidos, siempre pegado al farallón, porque precisamente allí, junto a la vieja pared de hormigón cubierta por el musgo y los mejillones, están los caracoles reinas, que tanto le gustan a su madre. Toma uno de los grandes, con vetas anaranjadas, y sube con rapidez en busca del preciado oxígeno. Lanza el caracol sobre el espigón y con las dos manos impulsa su cuerpo hasta salir completamente del agua. Recoge el ansiado tesoro y corre descalzo por la ancha cinta de cemento, rumbo a la casa. De haber mirado hacia atrás, habría visto la aleta oscura cortando veloz la superficie. Pero esta vez, el tiburón ha perdido su presa.

El hombre se balancea pausadamente en el viejo sillón en el portal, envuelto por los olores persistentes del comino y la cebolla, que llegan desde la cocina, en un afán efímero de mezclarse con los del salitre y el pescado, provenientes del mar. Se adormece un rato y escucha el sonido de las olas lamiendo el antiguo espigón cuyo cuerpo, maltratado por el salitre y los años, se introduce un buen tramo en el agua. De niño iba allí a bucear, en busca de caracoles. Conserva aun el recuerdo del día en que se lanzó a buscar el caracol preferido por su madre. Lo hizo a escondidas de todos, porque en esos días los habitantes del lugar habían divisado tiburones hambrientos fuera de su territorio. No vio tiburones aquel día, pero en cambio pudo llevarle a su madre el caracol como regalo de cumpleaños.

Se deja llevar por los recuerdos. El viaje con su padre por las costas de África fue su primer contacto con la mar que, asegura, lo marcó para siempre, como marca el primer amor.

Hace mucho tiempo que no navega en el yate con nombre de mujer, propiedad del americano. Pero, hubo una época en la que salían de la bahía de Cojimar justo antes del amanecer, y la proa del yate, tan marinero, partía en dos la mar. Cayo Romano era a menudo su destino. Cientos de cocoteros, bandadas de rosados flamencos y mucha, muchísima uva caleta. El hombre se conocía la ruta de memoria. Hubiera podido cerrar los ojos y dejar que el yate, con su andar majestuoso sobre las aguas, los llevara por los Jardines del Rey hasta recalar en algún cayo. O tal vez esperar la llegada del pez aguja para meterse de lleno en la corriente del Golfo.

«Abre los ojos. No corre nada de brisa y unas gotas de sudor se deslizan por su cuello. A esta hora es como si el sol se adueñara de todo, en tanto el mar brilla como plata en la lejanía.»

Abre los ojos. No corre nada de brisa y unas gotas de sudor se deslizan por su cuello. A esta hora es como si el sol se adueñara de todo, en tanto el mar brilla como plata en la lejanía.

Desde hace algún tiempo el viejo sueña casi a diario con aquellos viajes. Los cayos, los submarinos alemanes, la guerra, y la voz de tonos graves del americano contando aquellas anécdotas que a él le parecían películas. Corridas de toros y encierros en Pamplona, safaris en África, pesquerías interminables y mujeres espléndidas, el americano solía hablar de mujeres reales y hermosas, que el marino solo había visto en revistas. Pero le gustaba ir de un lado para otro, ajustando todo en el yate, mientras escuchaba la voz del americano contando alguna de aquellas insólitas aventuras. Ahora soñaba mucho con aquellos días aunque siempre, y sin poder evitarlo por más que se esforzara en despertarse antes, siempre lo sobresaltaba el tronar de un disparo de escopeta al que no le encontraba explicación.

Al americano le gustaba el billar que se jugaba en la taberna del Tuerto. La carambola. Dos bolas blancas y una roja. Golpeabas con la bola en juego a las otras dos. Si hacías carambola continuabas jugando. El americano raras veces perdía, pero las ganancias iban a parar a la barra en la que el Tuerto se esforzaba por servir con diligencia, de manera que no hubiera nunca ni un solo vaso vacío.

–No sé si te acuerdas de aquellos días, Gregorine –le oye decir.

Se sobresalta el viejo. Ha escuchado la voz con claridad, y abre los ojos.

Atardece en Cojimar. Una leve claridad rojiza se cuela por entre las ramas del árbol que, desde siempre, escolta la casa y ofrece alguna sombra al portal donde el viejo suele dormir. Contempla las vetas rojizas del cielo y escucha atento el ruido de los pájaros que, día tras día, se cobijan entre las ramas al atardecer. Esos atardeceres que tanto gustaban al americano. Cierra otra vez los ojos y vuelve a dejarse mecer por los recuerdos. Siente el oleaje como si estuviera de nuevo, como antes y siempre, en la corriente del Golfo.

Recuerda al hombre, el rostro encendido inclinado sobre el verde tapete, analizando la jugada. El taco impulsaba la bola, chocando con aquel sonido tan peculiar que dibujaba una sonrisa en la cara regordeta cercada por la barba. El americano se estiraba, tomaba la tiza y la pasaba con fuerza por la punta del taco mientras gritaba en un español muy peculiar:

–Tuerto, pon la siguiente ronda, que esto se está acabando –y el marinero sonreía con la misma alegría del ganador al ver la bola golpear las tres bandas y completar la carambola.

La luz rojiza va dando paso a la oscuridad mientras el viejo se balancea despacio, con los ojos muy abiertos, recordando aquel sueño que una vez le contara el americano, mientras se ocupaban en lanzar las cañas desde la cubierta del *Pilar*. La sabana africana, reverberante al sol, y él persiguiendo leones. De pronto se ve cercado por dos machos hambrientos, de enormes fauces y oscuras melenas. Y en su escopeta un único cartucho.

–¿Y qué crees que hago entonces, Gregorine? Pues esa, la última bala la reservo para mí. No me voy a dejar matar por un león. ¡Pum! La bala entra en mi cráneo y veo mil soles rotos, pero en ese instante, jadeando, me despierto en el cuarto del hotel, sudando como un condenado por el calor de la Habana Vieja, ¿te imaginas?

El viejo sonrío, recordando el sueño del americano, y vuelve a cerrar los ojos.

–La última bala –se le oye murmurar despacio–, aquella debe haber sido la última bala de su fusil.

© Ana Busquets

La autora:

Ana Busquets Fariña (Manzanillo, Cuba, 1951). Licenciada en Lengua y Literatura Inglesas por la Universidad de La Habana. Especialista en Información Cinematográfica. Ha publicado varias traducciones de novelas, además de cuentos y trabajos cinematográficos. Sus relatos han aparecido en *Letralia*, *Tierra de Letras*. Su relato titulado "Voces" fue incluido en el libro "Poética del Reflejo". Es miembro de la Asociación Cubana de la Crítica Cinematográfica y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

* * *

Relato

UN SUICIDIO SOCIAL

por **David Bombai**

El hielo se les estaba acabando. Laura tuvo que poner la cubitera en el congelador, tirándola dentro con gran estruendo y desgana. ¡Qué mala cabeza! Su marido tenía que haberlo previsto. Ahora ya era demasiado tarde. Todos sus invitados eran amigos íntimos, pero mañana la ciudad entera hablaría de lo mala anfitriona que era. Charly se había alejado tanto durante las últimas semanas que a su mujer no

debería de haberle extrañado semejante descuido.

Sebastián llegó caprichosamente tarde y con ínfulas de irse. Amenazaba con la invitación a una fiesta en la sierra que le estaba aguardando con ansiedad furiosa. Una cena en casa de su prima era un trámite soporífero por el que no quería pasar. Pero estaba obligado: la elite debía apoyarse.

Se quitó la chaqueta e hizo ademán de subir las escaleras para ir a dejarla. Laura corrió solícita a ayudarlo.

–Ya me encargo yo.

–¿Qué pasa prima? Todavía puedo estar a solas en una habitación sin aprovechar el momento para meterme una raya.

–No es eso, Sebastián –se excusó la mujer–. Lo que pasa es que tú no sabes dónde guardamos ahora las chaquetas.

–Ah, sí. Olvidaba que en esta casa, *todo* tiene un sitio.

–Lo dices como si fuera algo malo –Laura dobló la chaqueta sobre su brazo y subió las escaleras, perdiéndose en la oscuridad del segundo piso.

Sebastián la siguió con la mirada hasta que estuvo lo suficientemente alejada como para no percatarse de que se encerraba en el lavabo para disfrutar de un momento bien aprovechado.

«La primera botella de vino se evaporó a sorbitos ridículos pero constantes antes de cenar. Que nadie pueda decir nunca que un rico no sabe beber.»

La primera botella de vino se evaporó a sorbitos ridículos pero constantes antes de cenar. Que nadie pueda decir nunca que un rico no sabe beber. La segunda, acompañó el solomillo de ternera con foie y reducción de Pedro Ximénez.

Eran siete, tres mujeres y cuatro hombres. Uno de ellos era Víctor, antiguo socio de Charly y armador amateur de adjetivos y metáforas.

–Yo debería dejar el *cloud computing* y dedicarme a la literatura –anunció Víctor regalándose otra copa de *merlot* y dos generosas pasadas sobre el escote de Laura–. El dinero no es lo único importante.

–¿Podrías vivir como un escritor? No me lo creo –aseguró Martina, mientras se acariciaba indiferente un gemelo dolorido a causa de tres entrenamientos rigurosos a puerta cerrada.

–Sí, Víctor, yo estoy contigo –aseguró Álex, revisando en el móvil la fluctuación a la baja del mercado inmobiliario.

Daniel se levantó para fumar un cigarrillo rápido en la cocina. Toda la tarde en la sala de montaje le había producido un dolor de cabeza desconsiderado y terrible. Con seguridad, las escenas inconexas de las que era responsable no le iban a propiciar ningún premio de la Academia. Desde la cocina, apesadumbrado y nervioso, tuvo que levantar la voz para hacerse escuchar:

–¡Eres un hipócrita! Me gustaría verte con una mano delante y otra detrás.

–Bueno, quizás como escritor corriera igual suerte y no tuviera problemas de dinero –quiso aclarar Víctor–. Sólo digo que todos deberíamos dejarnos llevar por nuestras pasiones.

–Vaya. ¿Te parece bonito? –le recriminó Sara, la esposa de Daniel, que daba clases de *coaching* empresarial; con ellas ponía a punto a asalariados soñadores que querían dar el salto hacia una vida desgraciada de trabajo sin horario.

–¿Qué? ¿Qué he dicho? –miró a Laura y cayó en la cuenta–. Hum... Lo siento.

Laura se levantó de la mesa y fue a la cocina; muchos dirían que ultrajada, y tal vez lo estuviera un poco, pero lo que en realidad esperaba era que Daniel le invitara a un cigarrillo.

–¿Te ha molestado? –preguntó sacando el paquete de su bolsillo.

–Qué más quisiera él –respondió Laura, muy digna, cogiendo un pitillo y encendiéndolo con parsimonia cerca de la ventana.

–Hemos acabado con casi toda la comida. ¿A qué hora vuelve Charly?

–Charly no vendrá hoy –respondió la mujer.

–¿Charly no viene? ¿Pasa algo? –se extrañó el cineasta.

–Pasan muchas cosas, bien lo sabes –Laura no quiso extenderse, no era necesario; Daniel comprendía por lo que estaba pasando y tampoco se animó a seguir preguntando.

Víctor vino a buscar a Laura. Con el rostro compungido, la invitó de nuevo a unirse al grupo. Tanto ella como Daniel volvieron al salón, en donde continuaba la animada conversación.

–Me parece de mal gusto hablar de dinero en estos momentos tan críticos –denunció Sara, realmente molesta–. Tenemos suerte con la vida que nos ha tocado vivir.

–Con más motivo podemos especular –defendió Álex–. Sin la mente obnubilada por las deudas, pensamos más fríamente.

–¿Lo dices en serio? No puedo creer que estés hablando en serio –Sara no podía creer que estuviera hablando en serio.

–No dejo de ver cierta nobleza en lo que pretende hacer Charly –aseguró Sebastián, aunque comenzaba a ser un milagro que a estas alturas de la noche fuera capaz de ver algo.

–¿Ah, sí? –el comentario de su primo había acabado de sacar a Laura de sus casillas–. ¿Y en qué según tú reside esa nobleza que dices? ¿En regalar a los pobres el dinero que deberían heredar sus hijos?

–Si tuvierais hijos... –apuntó Martina.

–¡Eso es lo de menos! ¡No voy a permitirlo! –chilló Laura fuera de sí, levantándose para recorrer el salón en círculos frenéticos que querían desintegrar el suelo de cerámica.

–Estás sacando las cosas de quicio –apuntó Daniel, temiendo seriamente por la salud mental de su querida amiga.

–No. Ella tiene razón. Hay un status que hay que mantener –se contradijo Sebastián.

–Hace un minuto pensabas lo contrario –le recriminó Martina.

–Hace un minuto mi prima no había realizado una disertación tan acertada sobre la situación.

–Ya no sé quién es el más cínico de todos –confesó Sara–. Necesito una copa.

Sara se levantó para servirse un trago, pasando cerca de una Laura fuera de sí, que aún humeaba la habitación con sus idas y venidas. Martina se acercó sigilosamente a Álex para que le explicara exactamente cuál era la situación: dos torneos en Leipzig y Melbourne la habían tenido preocupantemente desinformada sobre la vida de sus amigos.

–Charly quiere donar los beneficios del año pasado a una fundación de pedigüños –confirmó Álex.

–Vaya. No sé qué me sorprende más, la conversión de Charly o que la empresa de agendas siga dando beneficios –dijo Martina mientras comprobaba que la segunda botella de vino había respirado durante más tiempo, con la consecuente mejoría en el gusto.

–Un donativo es lícito hacerlo, siempre que no tenga la más mínima repercusión –sentenció Víctor.

–¿Qué es para ti un donativo sin repercusión? –quiso saber Daniel, disgustado por el comentario. La pregunta molestó a Víctor, lo suficiente como para responderla todo lo desagradablemente que pudo.

–Para empezar, no tiene que hacer infeliz a tu esposa. ¿No te parece razón suficiente?

–*Para empezar*, un donativo no debería ser motivo de discusión –apuntó Sara, saliendo en defensa de su marido.

–¿Os estáis riendo de mí? ¿Acaso estáis hablando de mí a mis espaldas delante de mí? –se exaltó Laura, abalanzándose sobre sus invitados.

–Deberías calmarte, Laura –dijo Sara mientras la sujetaba por los brazos, intentando conseguir que entrara en razón, y procurando evitar que no se le escapara una risita histórica–. Charly quiere hacer algo noble. Tú no estás de acuerdo, perfecto. Pero deberías entender sus motivos.

–¿Y mis motivos? ¿Mis motivos qué? ¿Acaso no cuentan? ¡Soy una mujer desgraciada a la que su marido quiere desahuciar! –chilló Laura.

–Laura... creo que no sabes lo que estás diciendo –Daniel comenzó a sentir vergüenza ajena–. Cálmate, por favor. Si te tranquilizas, seguiremos hablando de todo esto sosegadamente...

–¡No me digas que me calme! ¡Estoy bajo mucha presión! Pero te digo una cosa: nadie me quitará mi dinero. ¡Ese dinero me corresponde! Al menos, la mitad... ¡Que con su mitad haga lo que le dé la gana! ¡Pero la mía no se toca!

–Yo creo que Charly simplemente trata de hacer algo bueno... –Martina quiso aportar su granito de arena.

–A propósito, ¿dónde está? –preguntó Sebastián, al que la nariz le picaba de nuevo.

Laura volvió a su rincón del cuadrilátero, con la cabeza entre las manos, desgastando el suelo bajo sus zapatos con el peso de sus argumentos. Sus invitados sintieron que el primer asalto les había noqueado. Daniel y Sara tuvieron que servirse sendas copas de vino para que pasara el mal trago. Las cogieron y se ocultaron de nuevo en la cocina.

–Dame un cigarrillo, cariño. Necesito fumar o gritaré como Laura –aseguró Sara, apoyándose en el mármol.

–Quizás debiéramos ponernos en su lugar –dijo Daniel, tan nervioso como su esposa–. ¿Qué pensarías tú si yo quisiera hacer lo mismo que Charly?

–No tenemos que preocuparnos por eso.

–Bueno, ¿pero y si quisiera?

–Cuando tus películas den dinero, hablaremos. Mientras, seguiremos viviendo de la pensión que nos pasa mi padre, ¿te parece? –dijo Sara dando caladas cortas pero intensas a su pitillo–. Y más te vale no regalar su dinero si no quieres tener que buscarte un trabajo de verdad.

«Cuando tus películas den dinero, hablaremos. Mientras, seguiremos viviendo de la pensión que nos pasa mi padre, ¿te parece? –dijo Sara dando caladas cortas pero intensas a su pitillo.»

–Pensaba que estabas del lado de Charly –le reprochó Daniel, decepcionado con la actitud de su mujer.

–Yo no estoy del lado de nadie. Creo que Laura desvaría y que Charly debería haberlo consultado con ella.

–Él aún no ha hecho nada. Se le está juzgando de mala manera –aclaró Daniel apurando su cigarrillo y tirando la colilla por la ventana de la cocina.

En el salón, Víctor se acercó a Laura, más por interés propio que por compasión.

–Esta tarde prometiste que me llamarías, y no lo has hecho –se quejó el chico.

–Tenía cosas que hacer.

–¿Qué cosas?

–Cosas que no te incumben –respondió Laura secamente, incómoda y aún afectada.

–Puedo entender que estés enfadada con Charly, pero no lo pagues conmigo. Me estás haciendo daño.

–Ahora no, por favor, Víctor. No es el momento –rogó la mujer, agobiada y molesta, con los ojos empañados en lágrimas.

Álex y Sebastián observaban a los amantes con una media sonrisa en los labios característica de la clase adinerada.

–Seguro que Charly quiere dejarle el dinero a la beneficencia antes de que se lo quede ese tarado –predijo Álex.

–Un pajarito me ha dicho que su empresa hace aguas por todos lados; Charly hizo bien desentendiéndose –aseguró Sebastián, emocionado por la noticia.

–Te lo dije yo la semana pasada, imbécil.

–¿Cómo?

–El pajarito soy yo. Te lo dije en la fiesta en casa de Martina.

–¿Una fiesta en mi casa? –preguntó la chica.

–Sí. Tú estabas en Australia.

–Ah... Gracias por avisar...

–Pues yo no me acuerdo de nada –el cerebro de Sebastián corría el serio peligro de comenzar a echar humo.

–Claro, si no te metieras tanta cocaína, a lo mejor te acordarías de las cosas.

–Yo ya no me meto cocaína. Eso está pasadísimo de moda.

Víctor volvió a la mesa: había dado por imposible su oferta de entendimiento con Laura. Los demás afrontaron su vuelta con jocosa ironía.

–¿Y cuándo vas a dejarlo todo para dedicarte a la literatura? –preguntó Álex mientras se servía un pedazo generoso de tiramisú.

–¿Es casero? –Martina se relamió con el postre, seguramente porque su estricta dieta claramente se lo prohibía. Los demás la compadecieron por su confianza en la destreza culinaria de Laura.

–Tu sarcasmo me cansa, Álex. Déjame en paz –Víctor, de no ser un cobarde, le habría atizado un buen rechazazo en toda la cara. En su lugar, se sirvió otra copa de vino para acabar con los restos del solomillo.

–Que no aguantes una broma es de tener muy poca clase –aseguró Sebastián. Pero Víctor no respondió: su fingido decoro le pareció razón suficiente para seguir comiendo.

Daniel y Sara salieron de la cocina y volvieron a unirse al grupo.

–¿Ya hemos abandonado los buenos modales? –dijo Daniel, alertado por la crispación creciente.

Sara se sentó a la mesa, mirando de reojo a Laura, que seguía lamentándose en su esquina, y se sirvió una copa de licor.

–Comienzo a estar cansada... –dijo con tristeza.

–Sólo son las once y media –replicó Álex.

Sara consideró que no valía la pena responderle.

–¿Pero dónde está Charly? –Sebastián seguía sin aceptar el hecho de que la figura más controvertida del grupo no fuera a hacer acto de presencia.

–Charly no vendrá –dijo Laura tajantemente.

El tono debió de ser alarmanamente lúgubre porque Sara creyó intuir una segunda intención en sus palabras.

–¿Cómo que no vendrá? ¿Por qué no vendrá? Esta es su fiesta...

–¡Esta no es *su* fiesta! –avisó a voz en grito la mujer–. Esta cena la he montado *yo*. Él nunca quiere hacer nada. ¡Él nunca quiere veros! No soporta vuestra compañía.

Los demás necesitaron unos minutos para asimilar la noticia. Al fin, de entre todos ellos, Álex fue el que pudo reaccionar:

–¡Menudo *snob*! ¡Cómo que no nos soporta! ¿Es que no somos de su agrado?

–No, claro. Nosotros somos escoria –añadió Sebastián–. Los *pobres* son los únicos que merecen su respeto.

–No me esperaba esto de Charly –reconoció Sara, muy sorprendida, y defraudada también–. Es decir, no es que seamos las personas más admirables del planeta, ni las más delicadas tampoco... Pero, ¡diantre!, somos sus amigos, ¿no?

–Sí. Y lo mínimo que podemos pedir a cambio es un poco de respeto –añadió Martina, quien hasta ahora había conseguido mantener a raya su nivel de indignación.

–No me lo puedo creer... –Daniel pensó que se trataba de una treta de Laura para que todos la compadecieran–. Te lo estás inventando. Charly nunca pensaría eso de nosotros.

–¿Yo nunca pensaría *qué*? –la voz retumbó en las paredes mientras Charly bajaba las escaleras tranquilamente.

En un acto reflejo, los invitados giraron la cabeza buscando a Laura, después de comprobar que en efecto Charly se había materializado.

–Pensábamos que no estabas... –dijo Daniel, pálido como el yeso.

–Pues ya ves. ¿Está bueno el solomillo? –se interesó Charly–. Me consta que es de la mejor calidad.

–¿De dónde sales? –preguntó Sebastián.

–Estaba arriba –se apresuró a responder Laura.

–Sí, arriba... ¿Queda comida? –Charly se sentó a la mesa, aunque en realidad no tenía apetito.

–¿Has escuchado nuestra conversación? –no es que a Álex le importara mucho ser descubierta, pero le picaba la curiosidad.

–No he oído ni una sola palabra. Aunque ya me imagino de lo que estaríais hablando.

Laura salió de su rincón y se acercó a los demás.

*«No me lo puedo creer...
–Daniel pensó que se
trataba de una treta de
Laura para que todos
la compadecieran–. Te
lo estás inventando.
Charly nunca pensaría
eso de nosotros.»*

–No esperaba que volvieras... –dijo entristecida la mujer. Cogió del bolsillo de la chaqueta de Daniel el paquete de tabaco y se procuró un cigarrillo con los últimos restos de elegancia que aún conservaba.

–Lo habías dejado, cariño. Ya sabes lo que opino de eso –Charly no esperaba convencerla de lo contrario, pero le apetecía hurgar en la herida–. Pero me hago cargo: se debe sin duda a un hondo pesar.

–Sí, Charly. ¿Es cierto lo que nos cuenta Laura? –quiso saber un quisquilloso Sebastián, cuyo ánimo hacía veinte minutos que necesitaba ser recargado.

–Eso depende de lo que os haya contado mi querida esposa.

Víctor salió en defensa de su amada:

–Nos gustaría oír tu versión.

–¿Cómo voy a saber de qué tengo que defenderme si no me decís cuáles son los cargos?

–Esto no es ningún juicio, Charly –Daniel quiso poner paz.

–Pues no lo parece... Pero en fin, decidme de qué tengo que excusarme.

–Laura nos ha dicho que piensas darle tu dinero a los pobres –dijo Martina, realizando una interpretación bastante simplista de la situación.

–Eso no es cierto. ¿Eso os lo ha dicho Laura? No me lo creo.

–Su ánimo no le ha dejado explicarse con claridad –saltó un irónico Álex–, pero básicamente eso es lo que nos ha dicho.

–No todo tu dinero. Sólo los beneficios del año pasado –aclaró Sara, para quitarle hierro al asunto.

–¡Ah, bien! Eso es otra cosa. A eso puedo responder: pues sí, he encontrado una utilidad mucho más loable a mis ingresos que el simple hecho de engordar mis ya rebosantes arcas.

–¡Por fin! ¡Lo admites! ¡Lo admites! –gritó Laura, señalando a su marido, implorando la comprensión de sus convidados–. Pero no es demasiado tarde. Todavía no.

–Te equivocas: esta misma tarde he hablado con mis abogados... –Charly se sintió contrariado–. ¿No te lo había dicho ya?

–Charly, eso es muy egoísta por tu parte –le recriminó Álex.

–Al contrario: ¡pero si estamos hablando de compartir! –se defendió.

–No puedes compartir lo que no es tuyo, Charly –Sara se sorprendió al decirlo. Le apenó pensar que quizás ella fuera tan hipócrita como todos los demás. Se mordió la lengua y se prometió no volver a abrir la boca.

–¡Todo el mundo se cree con derecho a decirme qué puedo y qué no puedo hacer con *mi* dinero!

–¡No es *tu* dinero! –chilló Laura.

–¡Yo lo he ganado! ¿Qué has hecho tú?

–Está bien. Vamos a calmarnos, por favor –Daniel no soportaba las situaciones violentas. Le pasaba mucho en los rodajes, y siempre se escabullía cuando era el momento de enfrentarse a alguien. Con el tiempo, debería asumir que jamás sería un buen director de cine. Hasta ahora, ese momento aún no había llegado–. Charly, ¿por qué haces esto?

–Comienzo a estar muy harto de que me tratéis como a un asesino o como a un ladrón. ¡Por el amor de Dios, estoy haciendo una obra de caridad!

Laura se acercó a las botellas de licor y se sirvió un trago. Estaba más calmada, o lo aparentaba. Debió de acordarse de algo que al parecer sólo ella sabía. Había entrado casi en un estado de sedación.

–No va a pasar. No pasará –el whisky vertido se escapó con violencia del vaso, salpicando la exquisita mantelería.

–Charly, hombre. Sé razonable. ¿No ves que le estás haciendo daño a tu mujer? –dijo Martina.

–¡Nadie me dice lo que puedo o no hacer con mi dinero! ¡Y menos vosotros!

–O sea, que es cierto, ¿no? ¡No nos soportas! –un ofendido Sebastián se encaró con Charly, enajenado y rabioso, defensor de las clases altas.

–¡Déjame en paz! –Charly lo apartó de un manotazo y se dirigió igual que su esposa hacia el carrito de los licores. Se sirvió una copa, para darse cuenta después de que realmente no le apetecía. Se quedó mirando el vaso, como embobado, hasta que Laura le sacó de su letargo.

–¿Te crees una gran persona, verdad? No atiendes a razones. No respondes ante nadie. Ya ni respetas las leyes de la física.

–¡Estás desvariando! ¡Estás loca! –no tenía por qué haberlo dicho, pero Charly quiso que se conociera su disgusto. Laura no era la mujer con la que un día se había casado.

–¡No le insultes! –gritó Víctor, alzándose con ira, echando por tierra catorce años de compañerismo y negocios frustrados.

Charly se sentó en el sofá, visiblemente abatido, acarreado sobre sus debilitados hombros el estupor de los invitados.

–No sé qué más queréis que os diga. No me siento culpable de nada.

–Lo nuestro se ha acabado –sentenció Laura.

–Un momento... Creo que no deberías precipitarte –Daniel necesitaba que no se produjera ninguna escisión en su círculo de amigos. Odiaba los cambios, le ponían nervioso y muy triste.

–Me da igual. Es algo que tengo que hacer –Charly se pasó nerviosamente la mano por el pelo, para descubrir que un mechón copioso y lacio se desprendía sin que él pudiera evitarlo. Se lo quedó mirando, sosteniéndolo renqueante, temeroso de lo que eso significaba.

–Ya ves. Las cosas ahora están así –el tono de Laura sonó a victoria.

Daniel y Sara, incómodos, repiqueteaban los dedos sin parar sobre la mesa de caoba; Víctor y Martina

*«¡Estás desvariando!
¡Estás loca! –no tenía
por qué haberlo dicho,
pero Charly quiso que
se conociera su
disgusto. Laura no
era la mujer con la
que un día se había
casado.»*

recorrieron el salón a zancadas largas y desacompañadas. Sebastián, por su parte, huyó al lavabo para regalarse unos minutos de evasión. Ninguno de ellos había venido a esta cena para presenciar una batalla campal entre marido y mujer. No era su intención. Y, además, representaba una afrenta de muy mal gusto contra el decoro y los buenos modales.

Álex era el único que permanecía impertérrito ante tales acontecimientos, lo que le permitía pensar más fríamente:

–Charly, tu decisión carece totalmente de sentido. Si continúas con tu obstinación, ya sabes lo que eso significará –después de unos minutos de suspense, continuó con su argumentación–: nosotros no tenemos por qué arreglar los problemas de la gente. No tenemos culpa. Yo personalmente no me considero responsable. Nadie de esta habitación lo es. Y Laura, por supuesto, tampoco. Pero tú quieres hacernos creer que somos unos hipócritas, restregándonos por la cara tus *buenas acciones*.

–¡A mí me da igual lo que penséis!... No lo hago con esa intención.

–¡Tus motivos no nos importan! Si nos das la espalda, seremos implacables. ¿Vale la pena suicidarte socialmente por una ofrenda que no solucionará absolutamente nada? Sólo conseguirás recoger desgracias. No es un acto de compasión, Charly: el tuyo es un acto de completo y total egoísmo.

Álex se levantó de su silla, airado, con intención de marcharse. Encarando la puerta de salida, no quiso esfumarse sin decir una última palabra:

–Por lo que a mí respecta, ya no te conozco –Álex dio por concluida su presencia en la cena. Charly no respondió al reproche: él tampoco recordaba ya quién era ese hombre. A decir verdad, el recuerdo de todos los invitados se iba haciendo cada vez más difuso y distante. Como si rápidamente se alejaran rebozados de una espesa bruma en mitad de la noche. O quizás fuera él quien estaba desapareciendo...

Sebastián salió del lavabo al oír la puerta cerrarse. Contó a los invitados y aunque en un principio le costó entender lo que pasaba, finalmente comprendió que el número se había reducido sensiblemente:

–Yo también me voy. Me esperan en la sierra. Prima, ¿me das mi chaqueta?

–Sí, yo también. Mañana me levanto temprano... –se sumó a ello una Martina todavía perpleja.

Daniel y Sara se situaron junto a los demás invitados, mirando a Laura, pidiendo sus abrigos sin pedirlos. Víctor hizo lo mismo, implorando callado el fin de una noche horrible en la que había perdido a una amante y a unos cuantos amigos.

Laura se acercó ceremoniosamente a Charly, arrodillándose ante él, colocando sus manos sobre las rodillas de éste. Con expresión de alivio, le habló a su marido:

–Ayúdame a bajar las cosas, por favor.

Los dos subieron hacia el segundo piso, fundiéndose con las sombras al final de la escalera, avanzando de la mano como dos condenados hacia el cadalso. Llegaron al cuarto que hizo de guardarropa por esa noche, con la puerta entornada y la luz de la mesita de noche débilmente encendida. Entraron en él y allí descubrió Charly su cadáver yacente sobre la cama, oculto bajo los abrigos, abandonado a su suerte en el Más Allá. Era el monstruoso resultado de una discusión peligrosamente acalorada y de un matrimonio definitivamente acabado. Palpó el cuerpo frío como el hielo que se olvidó de preparar, grisáceo incluso, y acarició con tristeza el cuchillo de cocina que le atravesaba el tórax.

¿Un *suicidio social*? –Laura no respondió, no estaba orgullosa, pero era la única responsable–. Yo más bien diría un *asesinato*.

© David Bombai

El autor:

David Bombai (Mataró, Barcelona, 1978). Periodista, guionista y humorista gráfico. Ha realizado guiones y co-dirigido varios cortometrajes, y es guionista también del largometraje *El cura y el veneno*, en fase de postproducción. Ha publicado relatos en varias revistas, como Quimera y Un dels Nostres. Fue Co-Director y editor del diario online de humor El Muñeco Whisky y Co-Director y editor de la revista online Acapulco66. Sobre su trabajo gráfico, mantiene el blog <http://www.gatosperiquitos.wordpress.com> junto con con Adrián Crespo.

EL BAILE DE LOS FACONES

por Daniel Antokoletz

Como cada noche, sentada en el tocón de los amantes junto al claro del monte, Mariel espía desde el romanticismo de sus doce años la eterna pelea a cuchillo.

Puede ver cómo los duelistas clavan una mirada fiera uno en el otro. Enrollado en el brazo de Rosendo, el poncho es una serpiente raída. El facón, en su otra mano, espande a la luz de la luna. Sus botas de potro apenas rozan la hojarasca.

No hay miedo en los ojos del gaucho, como tampoco lo hay en los de su rival. ¡Guay! Salta hacia atrás Rosendo esquivando apenas el puntazo de Venancio. Su brazo protegido desvía el filo que trató de tajarlo agregándole otra herida al viejo poncho. Tira a fondo su arma pero hiende el aire precisamente en el lugar donde, segundos antes, estaba el cuello enemigo. Las miradas enganchadas una en la otra tratan de anticipar los movimientos, las artimañas letales. Avanzan, retroceden, giran y vuelven a avanzar respondiendo a la música de los facones.

La luna teje sombras en el monte, hace brillar el chambergo de Rosendo que cuelga de una rama. Las fantasmagóricas imágenes de la arboleda tratan de capturar a los contrincantes que se buscan fundas para sus armas. En el claro, hecho de una luz espectral, los hombres se enfrentan. ¿Cuántos duelos han atestiguado esos árboles? ¿Cuántos sablazos errados marcan sus cortezas? Los girones de niebla se condensan por la brisa.

Los gauchos se observan, se miden, buscan una flaqueza en la defensa enemiga. Rosendo tira una «Dios te guarde», bien pero bien de arriba abajo. Una finta de Venancio y salto atrás, revuelo de poncho y parada... Se escucha el batir de los cuchillos y algunas chispas compiten con las estrellas. Retrocede y avanza Rosendo, las monedas de su rastra evitan un seguro tajo. Su poncho envuelve diestro el filo, y una puñalada a fondo entra en las costillas de Venancio.

La mirada glacial se pierde en las tinieblas. El rebenque le cuelga flojo al vencido, que cae clavando su facón entre las hojas.

Rosendo observa el cadáver a sus pies, y suelta el acero manchado.

Cuando se vuelve hacia el monte, Mariel lo mira, lo mira. Y cuanto más lo mira, más se aterra.

—¿Qué hacé acá, niña? El monte es muy peligroso pa' que ande sola.

Ella lo observa sin siquiera un parpadeo. Sólo tiembla, su ropa al viento.

El hombre se agacha y envaina su arma. Quita dos monedas de su cinturón, las deja sobre los ojos de Venancio. Se sienta en un tronco caído, mira el monte y se cubre la cara en un llanto sin lágrimas.

—¡Mariel! —la llama la hueca voz de su abuela—. ¡Marielita!

La niña sale corriendo dejando sombras en el claro: un hombre y un cadáver.

A la noche siguiente, algunas nubes cubren el monte. Escondida detrás de un coihue, Mariel ve a Rosendo esperar en silencio la llegada de Venancio. El hombre ajusta sus botas de potro y cuelga su chambergo de una rama. Besa un gastado pañuelo blanco, lo ata alrededor de su cabeza y se apoya en uno de los árboles a esperar. En la lejanía, hacia el sur, se oyen ladridos.

Ya viene: unas hojas crujen, y el hacendado —lo parece por la finura de su ropa— se acerca desafiante. No es muy viejo, pero sí más corpulento que Rosendo.

«Los gauchos se observan, se miden, buscan una flaqueza en la defensa enemiga.»

–No creas que tendrás a la Julieta –empuja a Rosendo–. ¡Ella es mía! Y no podrás hacer nada para cambiarlo...

–Ella ya decidió –responde esquivando un rebencazo–. No la molestés más. Sabés que ella no te quiere ni ver.

–Eso es porque la engualichaste, Rosendo, pero tu muerte la libraré –pela rápido su facón y se alista para el combate–. Yo te voy a despenar, y la Julieta se vuelve conmigo: ya arreglé con su tata el casamiento, y ella deberá respetarlo.

Rosendo retrocede y revolea diestro el poncho envolviéndose el brazo. La punta del arma de Venancio brilla bajo la luna. Agazapados, con las piernas abiertas, estudiándose, orbitan alrededor de un punto común. Giran en una lenta danza de muerte.

Venancio salta hacia adelante, y su facón busca las costillas de Rosendo, que rueda y lo esquiva. Es un combate entre su juventud y la experiencia de Venancio.

Los músculos tensos se mueven con precisión. Mariel puede ver los nudillos blancos de esas manos que aferran los cuchillos. En el silencio del monte oye los bufidos de los contrincantes, el batir de los metales. Se atacan, se golpean y se alejan midiéndose, tomándose un respiro.

Mariel se acerca al claro, y el crujir de una rama hace que los hombres se vuelvan. Ellos la miran sin dejar de forcejear: Rosendo retiene la mano armada de Venancio, y Venancio retiene la mano armada de Rosendo.

Tal como en la noche anterior, Mariel los observa.

–¿Qué hacé acá, niña? –le dice Rosendo–. El monte es muy peligroso para que andes sola.

«Mariel se acerca al claro, y el crujir de una rama hace que los hombres se vuelvan. Ellos la miran sin dejar de forcejear.»

La chica, interesada como la noche anterior, mira a Rosendo sin contestarle. Luego, a Venancio.

–¿Por qué lo mataste ayer? –pregunta señalándolo.

Los gauchos se sorprenden. Ella se acerca y la observan extrañados.

–¿Por qué lo mataste anoche? –insiste Mariel.

–¿A quién? –Rosendo se acerca a la muchacha–. ¿A quién maté yo? –hinca una rodilla en la hojarasca para estar a la altura de sus ojos.

–A él –Mariel apunta con el dedo a Venancio.

Los hombres ríen, aunque se nota el nervio en la risa de Venancio. Se acercan hacia la jovencita, pero ella da un paso atrás rozando con los dedos su crucifijo de plata.

–Mi abuela me dijo que los fantasmas no pueden hacernos daño, pero mejor que no se acerquen. ¿Por qué peleaban?

–No somos fantasmas –dice Venancio–, y no peleábamos. Sólo practicamos nomás.

–Mentira –dice la niña–. Mentira las dos cosas.

Los gauchos la miran con compasión. Venancio hace un gesto inconfundible: o está loca o es muy fantasiosa. Rosendo acomoda su rastra y se incorpora. Vistea a su contrincante, y al ver ha enfundado su arma, se acerca a él.

–¡Marielita! –se escucha la voz hueca de su abuela– ¿cuántas veces te dije que no te adentres de noche en el monte?

Torpe se aproxima la vieja, una de sus manos apoyada en un tronco; la otra tanteando delante con su bastón blanco.

–Pero, abu... Estoy hablando con los fantasmas que te conté ayer.

La mujer se acerca a su nieta. Enarbolado, su palo amenaza el claro del monte. La niña ve la cara de los gauchos cuando se topan con los ojos de la anciana: se quedan pasmados.

–Ahí están... –Mariel le dice a la abuela–. Junto a ese árbol.

La anciana escruta las sombras, pero no ve a nadie: desde hace años que apenas ve bultos. Aguza su oído y trata de percibir. Los gauchos la observan sin hacer ruido.

–No me gusta que mientas, nena. Y andá para la casa, que ya es tarde y se levanta el frío.

–Yo no miento, abue –responde ofendida–. Mirá... El más joven es alto, está un poco sucio y tiene esa ropa de gaucho de las películas. Y tiene un cinturón con muchas monedas pegadas. Tiene el pelo oscuro con un mechón totalmente blanco atado con un pañuelo blanco...

–Vamos hija... – la anciana, nerviosa, da la espalda al claro y se pierde entre los árboles.

–¡El otro señor está vestido igualito! –dice fuerte la pequeña para que su abuela la escuche–. Lo único que es... es viejo. Y lleva bigotes claros.

Apenas se van las mujeres, los hombres se separan como dos gatos y las armas relucen en rápidos movimientos. El poncho vuelve a cubrir el brazo, el rebenque dibuja un arco hacia la cara del muchacho: los puntazos buscan los cuerpos. Rosendo salta con su facón al frente, Venancio rueda y lo esquiva. Avanzan, retroceden, giran en malambo infernal. Tajos en la cara, en los hombros, en el pecho... Con un pase certero, el facón de Venancio traza una sonrisa granate en la garganta de Rosendo. Cae el pendejo...

«Apenas se van las mujeres, los hombres se separan como dos gatos y las armas relucen en rápidos movimientos.»

...Y en el último estertor los dos recuerdan, comprenden: una y otra vez arden, agonizan en un círculo infernal. Y aceptan. Aceptan esa eternidad de lucha con la resignación de los condenados.

Un duelo infinito.

Anochecer del día siguiente. Perfilada junto a la tranquera, contemplando cómo el sol se enreda entre los árboles, la niña pregunta, desafiante:

–¿Por qué te fuiste ayer, abuela Julieta?

–¡Velay, m'hijita! –las manos de la vieja se retuercen, y sus ojos de ciega se pierden en ese monte que se oscurece con rapidez–. ¡Jamás te me acerqués a ese lugar! No es juego, Marielita. Es... Es peligroso.

–Pero... vos me dijiste que los fantasmas no me pueden hacer daño.

–El claro que me describ...

–... ¿el tocón de los amantes?

–En ese claro –murmura apenas la vieja–, en ese claro se enfrentaron Venancio, el estanciero al que me prometió mi padre, y Rosendo... mi amado Rosendo.

Mariela cree intuir la verdad.

–¿Y esos...? –arriesga–. ¿Esos son los gauchos que vi peleando anoche?

–No puede ser... Ellos murieron hace muchos años. No pueden seguir persiguiéndome. Es culpa mía. Es mi maldita culpa.

–Te dije que eran almas en pena, abue.

–Son almas en pena, sí. Y lo son por culpa mía. Por culpa mía. –Y agrega, rasguñándose la cara–: ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Cuando las dos llegan al claro, los hombres ya combatían bajo la eterna luna llena. Y la niña se sienta al borde y los observa. El chirriar de los cuchillos chispeando resuena en el monte.

–Ya están peleando, abu...

–¡No! ¡Hay que detenerlos!

No bien las mujeres entran en el claro los gauchos bajan sus armas.

–No deberían estar acá –dice Rosendo–. El monte es lugar peligroso para una doña y una niña.

La anciana tropieza, y el muchacho intenta impedir su caída. Pero la mano de ella atraviesa la suya como a una nube. Rosendo salta hacia atrás espantado. Venancio se persigna y tira de su contrincante para alejarlo de la aparición.

–Ahí están, abu, igual que ayer: en el borde del claro.

–¿Es verdad que están ahí?

Mariela asiente.

–La anciana es ciega –afirma el gaucho joven.

–Sí –responde la niña.

–¿Cómo «igual que ayer»? –pregunta Venancio.

Los hombres se miran extrañados, como si ya hubiesen vivido la situación. La anciana tiene un aire tan familiar para ellos... No pueden dejar de mirarla, en especial esos ojos negros que los años y la ceguera no pudieron afean.

La mujer se sienta en un tocón, esforzándose por percibir las presencias.

_____ –¿Ellos pueden escucharme? –pregunta la vieja.

*«La anciana
tropieza, y el
muchacho intenta
impedir su caída.
Pero la mano de
ella atraviesa la
suya como a una
nube.»*

–Por las caras, sí.

–Cada noche los recuerdo a los dos –dice la anciana–. Tu sonrisa socarrona, Rosendo, tus caricias –se enjuga las lágrimas–. No puedo olvidar esa horrible noche, cuando mis dos enamorados me disputaron a punta de facón. A partir de ese momento no he visto nunca nada más. ¡Ciega quedé!

–¡Julieta! –dice Venancio.

–Siempre te llevaste al mundo por delante, Venancio. Recibiste una puñalada en el pecho. Y vos, mi adorado y dulce Rosendo, te desangraste por ese horrible corte en el cuello –se cubre la cara–. Todo por mi culpa... Yo no quería jugar con ustedes. Estaba confundida. Y la sangre que no paraba. Llegué tarde y se me morían. ¡Cómo los maldije una y otra vez!

Venancio retrocede y queda atravesado por la etérea rama de un árbol. Los gauchos, aterrados, advierten que no es la rama la incorpórea: podía verse la sólida madera adentrándose en el transparente cuerpo de Venancio.

–¿Qué clase de bruja e' usté? –grita Venancio.

–Y si siguen enfrentándose como fantasmas –dice Julieta, ignorándolo– es porque yo te maldije... Yo los maldije a los dos sobre sus huesos, y ahora debo pagar... Sin duda que tengo que pagar con mi alma –dice extrayendo de su chal un facón.

Rosendo soltó su arma: ¡era la misma que sostenía la mujer!

La niña ve a Venancio mirar con asco a la anciana. Tal vez piensa que ya no es aquella mujer hermosa con la que quería casarse. Envaina su puñal, pega media vuelta y se esfuma entre los árboles como deshilachándose.

Ña Julieta sigue murmurando, Rosendo se acerca a ella. Cuando le acaricia el cabello con su mano fantasmal, un escalofrío la sacude: la mujer levanta los ojos hacia la sombra, y él la puede ver tan bella como en su juventud. Rosendo trata de arrebatárle el facón, pero su mano atraviesa el cabo de asta y la mano rugosa que lo empuña. Las ráfagas sacuden la fronda: una hoja olvidada cae sobre

Rosendo y lo atraviesa, directo a pudrirse en la tierra.

–¿Algún día podrás perdonarme? –dice Julieta, entre sollozos–. ¿Podrá mi maldición perder su efecto? –lento levanta el facón, cierra con fuerza el puño–. ¿Podré liberar sus almas de las cadenas que yo misma les puse? –aún siente la sangre caliente de su amado escurriéndosele entre los dedos. Escucha su propio grito pidiendo ayuda: la vida de su Rosendo se le va, y ella no puede evitarlo. Su ceguera vuelve más y más, todo el pasado se va diluyendo.

Una última sonrisa, y él articula con los labios un «Te amo» que sólo ella puede ver, ahora borroso... borroso casi... hasta que también se diluye la última imagen de su hombre, el hombre que no pudo ser.

–¡Malayyaaaaa! –aúlla de impotencia. Y un pensamiento termina por ganarla: quizá su propia muerte pueda deshacer el daño; sí, sí, es preciso que ella los siga.

Una vieja menos, piensa. Una vieja menos para estorbar en el mundo.

Con la otra mano guía esa hoja hacia su pecho y la clava entre sus costillas. En su agonía, la vista vuelve: puede ver al Rosendo sosteniéndola.

Y le escucha decir:

–Te perdono, amada mía.

El fantasma retrocede con un grito. Cuando mira la herida de su amada, no ve sangre. De pronto, recuerda las mil muertes que se inflingieron Venancio y él. ¿Cuántas veces lo ha matado? ¿Cuántas ha muerto él mismo? Recuerda los terribles dolores de cada una de sus propias agonías. Recuerda como, salvo la vez original, nunca más sangraron ni él ni Venancio.

*«Con la otra mano
guía esa hoja hacia
su pecho y la clava
entre sus costillas.
En su agonía, la
vista vuelve: puede
ver al Rosendo
sosteniéndola.»*

La piel de la anciana se endurece con rapidez y se deshace, convirtiéndose en una arena gris. El viento la dispersa, dejando los huesos limpios sobre el tocón donde murió la mujer.

Aterrado, tratando de retener el polvo de su amada, Rosendo mira a la niña. Y siente cómo se le endurece la piel: puede verla descamarse, volar con el viento.

–¿Qué... qué le sucedió a mi Julieta? –apenas puede decir–. ¿Qué me está pasando, Jesús, María y José?

–Que tu alma ha sido liberada –dice la niña–. Hace tres años, Julieta, mi abuela, se suicidó en el mismo lugar en donde encontraron tu cuerpo. Justo sobre ese tocón.

Rosendo ya apenas la oye: todo él se sigue haciendo polvo, el esqueleto empieza a despuntar.

–Cuando se mató, esperaba tu perdón. Y por eso, todas las noches, su espíritu volvía a este tocón y repetía su martirio. Ahora, ahora los tres son libres... que en paz descansen.

La niña se alejó, bajo la noche. La luna ponía luz a sus lágrimas.

Detrás quedaban los huesos. Sobre el tocón de los amantes.

© Daniel Antokoletz

El autor:

Daniel Antokoletz (Buenos Aires, 1964). Comenzó a escribir desde muy joven y ha obtenido varios galardones tanto a nivel local como nacional. Entre los principales se encuentran el Primer Premio del certamen "Cuentos para Niños", del Consejo Argentino de Mujeres Israelitas de la Argentina, en 1993, y, en ese mismo año, la Primera Mención del Premio "Más Allá" del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía por su cuento breve "La sentencia". Sus narraciones fantásticas y de terror se han publicado en diversos diarios, revistas y antologías, entre los que debe señalarse el que fue seleccionado para Cuentos de la Abadía de Carfax, historias contemporáneas de horror y fantasía (2005). Para fin de éste año, principios del año que viene, la editorial Andrómeda publicará la novela *Contrafuturo*, de su autoría. Actualmente está trabajando en una segunda novela.

PROSAS BREVES

por Sergio Borao Llop

MOEBIANA ¹

Para verificar que venía siguiéndome, ensayé itinerarios imposibles. Así, ejecutamos con precisión idénticos vaivenes, idénticas elipses, recortes y tirabuzones. Recorrimos extraños vericuetos, laberintos y desiertos. Inventamos rutas, estaciones y nombres de ciudades.

Como era previsible, nos perdimos; y lo que es peor: Después de tantas vueltas inútiles ya ni siquiera sabemos quién es el perseguido y quién el perseguidor, ni qué motivó esta situación, ni adónde nos dirigimos.

* * *

HUMO

Escuchó la fuga de un eco en su memoria. Supo entonces que todo lo ocurrido después no merecía la pena. No fueron más que puñetazos al aire, bocanadas de humo sin cigarrillo, reflejos de un eclipse.

¿Quién iba a recordar ahora si las libélulas emigraron en noviembre o de qué fuentes manó la sangre de los parias? ¿Con qué ojos mirar hacia el ocaso sin evocar la precisa sentencia del olvido? ¿A quién iba a importarle si el norte es el oeste o si el este termina por devorarse a sí mismo como un intemporal Ourobouros? (El sur no, el sur es siempre el mismo resplandor crucificado).

Y esa persistente voz preguntando una y otra vez cuándo terminó exactamente la película; esa voz queriendo averiguar (¡como si eso fuese a cambiar algo!) cuánto tiempo llevaba presionando inútilmente los botones del telemando y recibiendo por única respuesta una pantalla negra que grita «Nevermore!».

* * *

VENENO

Creedme: Es en verdad un mal valle, ése de la tristeza, para quedarse a vivir en él.

No hay, oídmelo bien, ni un solo árbol verdadero, ni un pájaro cuyo canto consiga despertar un destello de magia, ni siquiera un arroyo de aguas transparentes junto al que detener un momento nuestro arduo peregrinaje. Sólo encontraréis allí un exiguo manantial que destila un veneno lento, lentísimo, que el tiempo va inoculando gota a gota en las venas. Lo malo es cuando (a veces pasa, hay gente que le pasa, no pueden evitarlo, les pasa y es casi inconcebible y ojalá que nunca nunca nunca sepamos que se siente) el veneno se convierte en droga y te engancha y comprendes de repente que ya no hay vuelta atrás, y sientes que te estás muriendo –que eso te está matando– y al mismo tiempo sabes que tampoco podrías vivir fuera de ese lugar, porque en el exterior no existe nada respirable.

Yo conocí una mujer que contrajo esa enfermedad; estuve cerca, muy cerca de ella, tan cerca que fue imposible (lo supe desde el primer momento) evitar el contagio, imposible permanecer inmune a ese veneno, y también, –¡cómo olvidarlo!– imposible no amarla sin palabras, no morir un poco en cada lágrima que manaba de sus ojos, no irse olvidando, poco a poco, de los caminos de retorno, de la posibilidad de retornar a cualquier parte, de la mera existencia de otro sitio que no fuera ese valle donde hasta el rumor del viento es una ausencia.

* * *

¹ Moebiana. De Moebius. La banda o anillo de Moebius es una superficie de un sólo lado, donde envés y revés son la misma cosa

ANTES DEL FIN 2.0 ²

Cuando subía por última vez la cuesta en dirección al Puente de Piedra, me abordó una jovencita. Explicó que su moto la había dejado tirada y necesitaba un euro para gasolina. Conté lo que llevaba en mis bolsillos: Dos euros y algunos céntimos. Se lo di todo. Ella protestó. Yo insistí. Finalmente aceptó y se fue cuesta abajo, balanceando un pequeño bidón de plástico y canturreando algo que no supe identificar. La miré mientras se alejaba. Un par de veces se volvió, agitando la mano libre en señal de despedida. Parecía feliz. Su horizonte era el lugar donde su moto la pudiese llevar con ese euro de gasolina. Sentí que el escenario había cambiado, que ya no podía hacer aquello para lo que había venido hasta el río. Que no tenía derecho mientras esa mujer siguiese caminando por el mundo con su bidoncito para gasolina y esa tonta canción germinando obstinada entre sus labios.

* * *

CUANDO DIGO PARÍS

Cuando digo París no estoy hablando de las fotos que duermen en los álbumes del sótano, aunque tras las persianas del recuerdo naveguen los colores de la noche como cristales que lentamente se van deshilachando sobre un cojín de nostalgia bordado con caricias y notas musicales.

Cuando digo París no hablo de pasos misteriosos y prófugos resonando a una orilla de la calle, ni de la sombra añil que deja una lágrima rodante, ni del labio-trasluz detenido en el tiempo por el furtivo impacto de unos besos cuyos ecos van rebotando y multiplicando su reflejo por todas las esquinas en penumbra.

(Sé que cuando tú dices París es la voz de una melodía no inventada, es el empedrado irregular y las riberas del Sena, es el amanecer en plena noche y la risa, la colosal estatura de los edificios, la insólita música de las piedras, la fuente helada de Versalles, la verificación de un sueño...)

Pero si yo digo París te estoy nombrando. Cuando digo París hablo de ti y de los puentes, sobre todo de ti y de los puentes y de una isla; y en esa isla, unos pies parados en el infinito, allí parados y mirando eternamente hacia la mole indescriptible, hacia las torres que esperan, hacia la inmensa soledad de un reloj que nunca se detiene.

* * *

CONJUGACIÓN

Alguien debió entrar durante la noche y dinamitó el verbo.

Por fortuna, según se desveló en un primer comunicado, no se trataba de uno de los verbos mayores, como poseer, dominar o triunfar. Era más bien un verbo cortito, chico, casi insignificante; obsoleto. Pero así y todo, quizá por pura rutina, a la mañana siguiente acudieron los académicos, con sus potentes linternas y sus PDA subvencionadas, para censar los destrozos, tomar las oportunas notas y emitir el dictamen correspondiente.

La fachada no había sufrido grandes daños, por lo que la preocupación inicial se disipó en parte, dejando paso a una disimulada indiferencia.

El interior, sin embargo, estaba en ruinas.

El presente de indicativo, en especial la primera persona, sólo podía conjugarse maquillándolo con abundantes adverbios y adjetivos, lo cual no impedía que se tambalease, pero le daba una apariencia aceptable, aun cuando a pesar del camuflaje resultara evidente su decadencia.

Todos los pretéritos –salvo el perfecto de indicativo, repentinamente convertido en imperfecto– habían desaparecido. A primera vista, no podía descartarse la hipótesis del secuestro, pero todo apuntaba a su total aniquilación. Gerundio y participio lloriqueaban en un rincón, despojados de toda dignidad. Estaba claro que habían sido objeto de algún tipo de violencia. Más inquietante resultaba el estado del

² Todas las versiones de “Antes del fin” en: <http://convozpropiaenlared.blogspot.com/2010/11/sergio-borao-llop.html>

infinitivo, cáscara hueca sin signos vitales, almacén inútil cuyo devenir ningún experto se atrevió a pronosticar.

El rostro del futuro había sido deformado de tal modo que ahora no era más que una máscara horrible: La mueca del tramposo sorprendido en el instante exacto de seducir a su víctima.

Evaluados los daños, y puesto que la reconstrucción no parecía posible (y, según el parecer de los eminentes sabios, tampoco merecía la pena) se acordó de forma unánime que lo mejor sería dar unas manos de pintura y elaborar un concienzudo manifiesto para evitar cualquier reacción adversa de la opinión pública, reacción que, por otra parte, se valoró como improbable. En poco tiempo –comentó alguien en voz baja– ya nadie se acordará.

Una vez que todos hubieron pronunciado sus solemnes frases ante las cámaras de televisión, cuando el tumulto de barbas, voces graves, preguntas y sentencias fue dejando paso a la tranquilidad, cuando hasta los últimos curiosos abandonaron la escena, cuando el silencio se extendió finalmente por la estancia, se escuchó un levísimo sonido lastimero: Bajo los escombros, herido, magullado, alicortado, sangrante y olvidado, resonaba, como una flamígera esperanza, el presente de subjuntivo.

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta. Nacido en Mallén (Zaragoza, España) en 1960. Miembro de Poetas del Mundo, del directorio REMES, del movimiento internacional Los Puños de la Paloma y del Club de Cronopios. Colaborador habitual o esporádico en varias revistas y boletines electrónicos (Inventiva social, Narrativas, IslaNegra, Gaceta Virtual, Con voz propia...). Presente en diversas webs de contenido literario (Letralia, EOM, Almiar Margen Cero, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes...) así como en algunos programas radiofónicos. Fue finalista en los certámenes de poesía y relatos Ciudad de Zaragoza (1990) y durante un tiempo administró el blog *Al_Andar*, homenaje a las voces clásicas y muestra de algunas de las voces de hoy. Actualmente se le puede seguir en el blog *DESIERTOS QUE HABITÉ, OASIS QUE ENTREVÍ* (<http://sergioborao2011.blogspot.com/>) y también en Facebook: <http://www.facebook.com/Sergio.Borao.Llop>.

* * *

Relato

AMBULANCIAS

por Francisco Díaz

Sus dedos tamborileaban sobre el colchón de la cama. Sus ojos estaban fijos en el constante goteo de aquella última dosis de antibiótico. La última. Soltó un largo suspiro y miró a su alrededor. Aquellas cuatro paredes de hospital empapeladas de azul claro habían sido su mundo por dos semanas. No las extrañaría en absoluto.

Al contrario, se veía feliz al despedirse de ellas. Aquél empapelado azul claro había sido un mudo testigo de todas las penurias y silenciosas agonías por las que había pasado. Y lo había hecho. Hacía unos minutos, su doctor había dejado la habitación luego de decirle que le daría el alta, que no precisaría más estar ahí. Qué felicidad.

Justo cuando la última gota de la última dosis de antibiótico había caído, irrumpió en la habitación una enfermera con las recetas de las pastillas que el doctor le había indicado que tomara, y un certi-

ficado que tendría que entregar a los de la ambulancia que venía en camino, que lo llevaría a su casa. Cuando la enfermera se retiró, suspiró aliviado. Se iría, por fin. Volvió a mirar alrededor, ahora sí despidiéndose de la habitación que había sido su mundo. Solo restaba esperar.

Y esperó. Y tamborileó con los dedos la superficie del colchón. Y miró a su alrededor despidiéndose una vez más de aquél empapelado azul claro. Pero la ambulancia no llegaba.

Finalmente, luego de media hora que se hizo siglos, irrumpieron en la habitación dos jóvenes entre risas, con olor a tabaco en el uniforme blanco, y con una camilla. Los jóvenes siguieron bromeándose entre ellos y sin detenerse casi en su presencia, se colocaron uno a cada lado de su cama. Sin dirigirle una palabra, contaron hasta tres y lo arrastraron con sábana y todo hasta la camilla, que se encontraba al mismo nivel que la cama. Se iba, ahora sí, adiós habitación empapelada.

Mientras uno de los jóvenes mantenía la puerta abierta, el otro empujó la camilla hasta el pasillo del hospital. Una alegría tremenda lo invadió mientras iban quedando detrás de él las puertas de las habitaciones a medida que avanzaban por el pasillo. Con una gran sonrisa en la cara, se despedía de las enfermeras mientras los camilleros volvían a bromear entre ellos. Entraron a un ascensor y descendieron varios niveles.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, ante ellos apareció un largo pasillo totalmente blanco. Al final, había una puerta de vidrio, y más allá de la puerta, una ambulancia rojiblanca, la que lo llevaría a su casa de vuelta, a su dulce hogar. Los jóvenes camilleros lo subieron a la ambulancia, y por primera vez en el día le dirigieron la palabra, preguntándole donde quedaba su casa. Les dijo la dirección, y sin responderle cerraron de un golpe la puerta de la ambulancia y pusieron en marcha el motor.

La ambulancia comenzó a circular por las calles de la ciudad mientras él veía desde la camilla, azorado, las casas y los árboles. ¡Qué gratificante era volver a un mundo que no fuesen las cuatro paredes azul claro! ¡Qué maravilloso era volver a ver esas calles que tantas veces había recorrido y que ya había olvidado cómo eran! Las casas se sucedían rápidamente, acompañadas por las risas de los camilleros que conducían la ambulancia. El motor rugía, y cada vez era más corto el instante que tenía para apreciar cada casa, cada vez avanzaban más rápido. Los jóvenes reían. Las cuerdas se sucedían velozmente, las esquinas eran fugaces y apenas distinguibles. De repente, escuchó un estruendo que silenció las risas y silenció el motor. Todo se oscureció y sólo oía golpes secos, estallidos acompañados por movimientos bruscos y luego, el silencio. Silencio solamente roto por algún joven quejido, ninguna risa. No olía a tabaco, sino a nafta derramada, y cada uno de sus huesos trataba de aullar de dolor, pero no podía moverse, no podía ver, y sólo restaba esperar, esperar a que aquél interminable goteo cesara, a que el antibiótico dejara de pasar y, por fin, dejar ese lugar, esas cuatro paredes empapeladas de azul claro que habían sido su mundo mientras él, con el cuerpo casi totalmente enyesado, agonizaba en voz baja. Pero todo eso terminaría ya, se acababa de ir la enfermera que la había dado las recetas y el papel que le entregaría, no a los mismos pobres jóvenes camilleros, a otros, que lo llevarían a su casa, porque el doctor le había dicho que, pese a los yesos, podría irse a su casa, a continuar con la quietud en un ambiente más cálido. Con la mano que no tenía enyesada, tamborileó la cama mientras esperaba. Miró a su alrededor despidiéndose de la habitación. En cualquier momento lo vendrían a buscar, por fin se iría...

«Todo se oscureció y sólo oía golpes secos, estallidos acompañados por movimientos bruscos y luego, el silencio.»

© Francisco Díaz

El autor:

Francisco Díaz (Paysandú, 1993). Es un joven uruguayo de 17 años que disfruta de escribir desde que tiene 6 (edad en la que ganó su primer concurso literario con la historia de un dragón que no tenía flama). A los 15 años participó en el concurso Ruta Quetzal BBVA en el rubro literario, con un cuento sobre la vida de Pablo Neruda. La obtención del primer premio en ese concurso le dio una plaza en la Expedición Ruta Quetzal 2009 que recorrió España y Chile. A los 16 años fue seleccionado por el Comité UWC Uruguay para hacer usufructo de la beca asignada para Uruguay en el United World College of the Adriatic en Trieste, Italia. Actualmente está cursando su segundo y último año en el Colegio, conviviendo con 190 jóvenes de 80 países diferentes y estudiando el programa pre-universitario International Beaccalaureate.

UNA PAUSA EN LA ESTACIÓN

por Alejandra Darriulat

A Mónica no le extrañó que los trenes no funcionaran aquella mañana.

La nieve cubría toda la estación de Berlín; ni siquiera las vías se veían bajo aquel manto blanco.

«No hay trenes hasta nuevo aviso», habían anunciado en la estación. Y la gente se alborotó como si hubiera explotado una bomba.

Mónica no se hizo ningún problema. Había una cafetería y allí se instaló, casi como en su casa. En la valija tenía todo lo que necesitaba. Si tenía que esperar (no importaba dónde) no se preocupaba en absoluto; sacaba su cuaderno y se ponía a escribir. Además, era tan pequeña que no ocupaba demasiado lugar. Ya en la adolescencia había desarrollado esa «manía» de escribir en todas partes. Si su madre estaba presente, le decía moviendo la cabeza, «guardá ese cuaderno, chiquilina, por favor, hay mucha gente y no queda lindo»... Pero ella lo guardaba cinco minutos y luego lo volvía a sacar. A veces, se pasaba horas en la sala de espera del dentista; ya se había acostumbrado a llenar ese espacio vacío con una lapicera y un papel. En su país de origen había sido siempre así; las largas esperas formaban parte de la vida cotidiana y la puntualidad era la excepción; el polo opuesto a Alemania. Mónica se esforzaba muchísimo para acostumbrarse a ser puntual en un país donde la impuntualidad se podía tomar casi como un insulto. Si las clases en la universidad empezaban a las nueve de la mañana, llegaba transpirando nueve menos cinco, mientras que sus compañeros ya estaban desde las nueve menos veinte prontos para entrar al aula. Al principio, la miraban un poco extrañados, pero se los fue conquistando con su natural simpatía hasta que también se acostumbraron a ella. Inclusive, uno llegó hasta ofrecerse para ir a buscar en auto a la estación, cuando lloviera o nevara demasiado. Claro que después, Mónica tuvo que transpirar (de todos modos) para llegar en hora y no hacer esperar a su compañero.

«Ya en la adolescencia había desarrollado esa “manía” de escribir en todas partes. Si su madre estaba presente, le decía moviendo la cabeza, “guardá ese cuaderno, chiquilina, por favor, hay mucha gente y no queda lindo”... Pero ella lo guardaba cinco minutos y luego lo volvía a sacar.»

Los horarios la tenían anonadada; si un tren llegaba a las 7:41, a las 7:43, ya partía. Esa mínima diferencia horaria en su cultura no se tenía en cuenta.

Cuando anunciaron que no habría trenes hasta nuevo aviso, el tiempo se detuvo en aquella estación y Mónica sintió que regresaba al estado «normal» de la existencia. Algo se había desajustado en aquel país que pretendía ser «perfecto». La caída del muro de Berlín, un año atrás del viaje de Mónica, y la crisis en la que se encontraba Alemania del este, les había derrumbado toda imagen de perfeccionismo generando sentimientos contradictorios en muchos alemanes.

Viajar en tren durante largos trayectos era todo un acontecimiento. En ese momento empezaban las vacaciones para Mónica. Le fascinaban los paisajes del otro lado de la ventanilla; «se mueven como en el cine», pensaba cada vez, y enseguida sacaba su cuaderno y se ponía a escribir.

En aquel viaje de Essen a Berlín, una anciana le había contado historias de la época en que recién se había levantado el muro. Y ella había sacado algún apunte.

En la cafetería de la estación, Mónica pidió un capuchino y contempló a su alrededor. Un hombre calvo y robusto ya tomaba una cerveza a las diez de la mañana y miraba por la ventana con desprecio. La nieve aumentaba el silencio de aquel lugar y a Mónica le encantaba observarla tras la luz

pálida del sol oculto en la neblina. Una mujer, extremadamente delgada, fumaba un cigarrillo con la mirada perdida en la pared de enfrente, como si en ese muro despojado buscara alguna respuesta. A Mónica le había llamado la atención su vestimenta; un vestido negro ajustado, un par de zapatos rojos de tacos altos, y un collar de perlas que la mujer tocaba cada tanto moviendo los labios como si pensara en voz alta.

Mónica escribió y escribió hasta perder la noción del tiempo; de repente, tuvo la sensación de que el tren ya había arrancado pero al levantar la vista se dio cuenta de que aún se encontraba en el mismo sitio; vio a un muchacho rubio que medía como dos metros y se había instalado con su gran mochila frente a ella; parecía llamarle la atención el cabello de Mónica, tan enrulado.

La cafetería se había llenado de gente. Entonces, la muchacha se acordó de que todavía no se había subido a ningún tren y aún no habían dado señal de que funcionaran otra vez. Le sonrió al joven que se había sentado en su mesa, sin que ella lo notara, y él le respondió con un leve movimiento de cejas. Mónica se pidió otro capuchino y siguió escribiendo hasta que él la interrumpió con las clásicas preguntas de un primer encuentro. Se había acostumbrado a que le notaran su acento extranjero y enseguida le preguntasen de dónde venía.

–Aus Uruguay –decía, cada vez.

–¿Uruguay? –solían responderle con asombro, como si se tratara del fin del mundo.

«La cafetería se había llenado de gente. Entonces, la muchacha se acordó de que todavía no se había subido a ningún tren y aún no habían dado señal de que funcionaran otra vez.»

Cuando Mónica le preguntó qué pensaba sobre la caída del muro, el muchacho se puso colorado y le respondió que prefería hablar de cualquier otra cosa menos de la inmundicia de su país con la cuál tenía que cargar por culpa de sus abuelos, y que los franceses se la recordaban cada vez que intentaba comunicarse en su modesto inglés, con su inevitable acento alemán, cuando se iba de vacaciones al sur de Francia. La muchacha intentó consolarlo diciéndole que las nuevas generaciones no tenían la culpa... y que además, no era justo cargar sólo a Alemania con ese fardo, cuando hubo colaboracionistas de los nazis en toda Europa... pero que tampoco era bueno olvidar lo que había pasado. Por otra parte, la

historia alemana no se ceñía sólo a la segunda guerra mundial; aquel país (al igual que cada lugar en el mundo) había dado muchas otras cosas, no solamente guerras. Si recordamos la Bauhaus o la pintura expresionista, o si pensamos en el Museo Folkwang, o la danza de Pina Bausch y la de Susanne Linke, o el cine de Wim Wenders (por nombrar sólo algunos de los tantos aportes de aquel país). Él la escuchaba con una mirada respetuosa, aunque todos aquellos nombres no le decían nada; como si no pertenecieran a la tierra de donde venía. Había nacido en Wuppertal y también se había criado allí pero jamás se había interesado por nada de lo que Mónica le comentaba. Ella lo notó enseguida y con el mismo respeto con el que él la había estado escuchando, cambió de tema, y pasaron a hablar de otras cosas... Por ejemplo, de lo traumática que había sido la infancia de aquel joven alemán llamado Thomas.

Cuando Mónica se dio cuenta de que la charla iba a durar su tiempito, cerró su cuaderno, y lo guardó en la valija.

© Alejandra Darriulat

La autora:

Alejandra Darriulat (1971). Soy uruguaya y hace un tiempo que resido en Holanda. En el año 2000 gané una mención en el M.E.C (Ministerio de Educación y Cultura) por un volumen de relatos, *Secretos del viento*. En 2002 ingresé al I.P.A (Instituto de profesores Artigas-Montevideo-Uruguay) donde estudié literatura durante tres años. En 2005 publiqué mi primera novela corta, *La derrota*, en editorial Artefato de Montevideo (Uruguay). Acabo de terminar mi segunda novela, aún inédita. Asimismo escribo apuntes de viajes, recorridos cotidianos y relatos de ficción en mi blog personal: <http://lupadelviajero.blogspot.com>

¿TIENE TARJETA DE SOCIO?

por Jorge Decarlini

Juan vivía sólo en un tercero sin ascensor. En el cartel ponía que era el cuarto piso, pero contaba como planta baja los locales comerciales que daban a la calle. De cualquier manera, encima de su casa únicamente estaba la azotea. Para pagar el alquiler, Juan escribía cosas que le gustaban y hacía cosas que no le gustaban tanto. En realidad, la renta siempre salía de las segundas. Y le alcanzaba para comer, beber y permitirse algún que otro dispendio idiota de vez en cuando. Pero no muchos. Ingresaba poco, pero también era poco lo que gastaba. Llevaba la vida que siempre supo que iba a llevar.

Era jueves al mediodía y la nevera sólo la ocupaban salchichas y huevos. Eso serviría para el almuerzo. De beber no había nada, así que fue al supermercado que estaba en la planta baja a por cerveza. Le gustaban más las latas de 50 cl. que los litros porque casi costaban igual y tardaban menos en enfriarse y más en calentarse. Cogió un paquete de seis y resultó estar de oferta 3x2. Le encantaba que rebajaran cosas que iba a comprar de todas formas. Como el supermercado cerraba para comer, había una gran cola de gente apurando hasta el último minuto. La empleada encargada de la panadería abandonó su puesto y abrió la caja contigua a la masificada.

–Vayan pasando por aquí en el mismo orden, por favor –dijo.

Juan conocía bien a esa cajera. Era morena, delgada y de estatura media. Un aire lúgubre invadía su rostro si atendía al público. No debía gustarle su trabajo. Su sonrisa para saludar era incluso más forzada que la de las demás. Pasaba los productos y decía cuánto era con aspecto robótico. Según rezaba el cartelito que portaba en el pecho, se llamaba Mehdiá. Juan supuso que, como el resto de compañeras, se vería mejor sin ese uniforme rayado. Las conocía a todas, porque había días en los que iba tres veces al supermercado. No acostumbraba hacer grandes compras, sino que bajaba cuando se acordaba de algo. O cuando lo necesitaba. Y así, con tantas visitas, tenía fichado a todo el personal. Los de carnicería y pescadería eran los únicos que no rotaban, pero el resto lo mismo reponía los estantes que fregaba el suelo cuando un niño rompía una frasco de setas. Eso sí, de las cajas registradoras sólo se ocupaban las mujeres. Cuando pasaron tres viejas, llegó el turno de Juan.

«Juan conocía bien a esa cajera. Era morena, delgada y de estatura media. Un aire lúgubre invadía su rostro si atendía al público.»

–Hola –dijo Mehdiá, esforzándose por sonreír.

–Buenas –saludó Juan.

Ella pasó el paquete de seis cervezas por el lector del código de barras mientras miraba el reloj de la pared. Mientras, el encargado le decía a un tipo que pretendía entrar que ya estaban cerrando. Luego suspiró.

–¿Tiene tarjeta de socio? –preguntó.

–No –contestó él.

–Son 2,80.

Juan le dio el dinero exacto, cogió una bolsa de plástico, se mojó con saliva la punta de los dedos y la abrió. Guardó las cervezas en ella y dejó el ticket donde la cajera lo había puesto.

–Hasta luego –dijo.

–Gracias –respondió Mehdiá.

Él subió a su piso, metió cinco latas en el congelador y se abrió la que restaba. Echó unas gotas de aceite en la sartén e hizo las salchichas y los huevos mientras daba grandes sorbos a la cerveza caliente. Le había dicho a un tipo que conocía que se acercaría a una lectura poética en un bar que le

pillaba cerca. No sabía cómo se había metido en aquel compromiso, aunque lo hacía con frecuencia. Y con frecuencia no asistía. Pero no le apetecía quedarse toda la tarde en casa, así que decidió prepararse para el acto. Salvo valiosas excepciones, la mayoría consistía en aguantar a aspirantes a poeta diciendo lo buenos que eran, lo incomprensidos que se sentían y lo malos que eran los demás. Mientras, un puñado de aduladores todavía más torpes que ellos les daban la razón. Juan únicamente conocía una forma de tolerar esas reuniones: acudir completamente borracho. Y menos mal que siempre se celebraban en bares y podía mantener el nivel.

Comió, bebió algunas latas más y se vistió. En menos de diez minutos estaba en el bar. Llegó de los primeros. Así era más divertido, podía verlos interactuar al encontrarse. Juan pensó que él tenía que tener muy mala suerte porque casi todos los actos a los que le invitaban eran un bodrio. En cambio, había ido por su cuenta a varios que no estuvieron mal. Y algunos fueron geniales. Pero ese no iba a ser el caso, lo tenía claro. Conocía a unos cuantos de los que fueron entrando, pero actuaba como si no. Le encantaba ver su camaradería fingida y su creencia autoimpuesta de que, cuantas más cosas raras hiciesen, mejores eran sus versos. Luego se ponían a hablar de alcohol, pero no bebían. Si acaso, dos cervezas. La segunda solía durar toda la noche. Se calentaba en sus vasos. Pero seguían hablando de alcohol. Es mucho más sencillo hablar del sufrimiento cuando no eres tú el que tiene que sentirlo.

*«Los jueves y los
viernes el
supermercado
cerraba a las 21:00,
así que todavía le
daba tiempo a
comprar algo.»*

La cosa discurrió por los derroteros habituales. Algún verso medio bueno escondido en la maleza, pero discernirlos era un esfuerzo demasiado grande para tan poca recompensa. Y a Juan le costaba mucho esforzarse por algo. Las salchichas y los huevos ya debieron haber pasado a mejor vida, porque empezaba a tener hambre. Y en el bar la cocina consistía en algo de embutido y latas de conservas. Juan pensó que mejor comía en casa. Cuando el último tipo recitaba algo sobre la savia de los bosques y los pájaros que anidan en las ramas, supo que había llegado a su límite y se fue de allí por donde había venido.

Los jueves y los viernes el supermercado cerraba a las 21:00, así que todavía le daba tiempo a comprar algo. Cogió un cesto rojo. Siempre le tocaba uno con la rueda izquierda trasera rota. Quizás todos eran así, quizás él cogía el mismo sin saberlo. No pensaba averiguarlo. Fue cogiendo un paquete de pasta, otro de queso parmesano rallado y una zanahoria. En el piso tenía los demás ingredientes. Para beber eligió tres botellas de tinto. Siempre era mejor que sobrara a que faltara. Encaró la recta hacia la caja y se alegró de que no hubiese nadie haciendo cola. La cajera era la misma.

–Hola –dijeron Mehdiá y su simulada simpatía.

–Buenas.

–¿Tiene tarjeta de socio?

–No, no me la he hecho desde el mediodía.

La cajera miró a Juan y esbozó lo que parecía la primera sonrisa verdadera que desde que compraba allí. Acabó de pasar todos los artículos por el lector y dijo la frase más larga que él le recordaba:

–Anda que he tenido un día como para quedarme con todas las caras que atiendo. Qué tortura, a ver si se pasan rápidos los veinte minutos que faltan.

–Bueno, con alguna te habrás tenido que quedar.

–No te creas –dijo, sin borrar del todo la alegría de su boca–. Son 7,16.

–Ahí llevas diez –contestó Juan–. Dame una bolsa si puedes.

–¿Y qué das una fiesta o algo? –preguntó Mehdiá.

–¿Cómo?

–No sé, las cervezas de esta mañana, el vino de hoy, y ayer creo que también te llevaste algo.

–Menos mal que no te quedabas con las caras.

–Con algunas sí.

–Bueno, lo de la fiesta –empezó a decir Juan.

–Ya no me interesa –le interrumpió Mehdiá.

–Bueno, si te interesara, hay una, sí. Todos los días puede haberla. Yo soy el único invitado. Se celebra arriba, en el cuarto piso, o en el tercero, según desde donde empieces a contar. La puerta de la derecha. El menú ya lo podrás averiguar con lo que estás viendo.

–Te he dicho que no me interesa –dijo la cajera–. Toma tu cambio.

–Hasta luego –dijo él.

–Hasta mañana.

Juan subió a su piso dándole vueltas a la conversación que acababa de tener. No era capaz de establecer en qué momento se había torcido todo. Quizás ella nunca tuvo intenciones reales más allá de la de charlar un poco. La pobre había estado a turno completo, eso debía ser agotador. Metió el vino en la nevera y encendió el ordenador. Le apetecía escuchar algo de música. Recordó que todavía le quedaba alguna lata de medio litro y se la abrió. Puso una lista de reproducción de diez canciones. Subió el volumen de los altavoces y fue a la cocina a empezar a preparar los ingredientes. Sacó una cebolla para picarla y puso a calentar a fuego lento un bote de tomate triturado. Estaba pelando la zanahoria cuando sonó el timbre. Eran las 21:05. Se dijo que no podía ser. Bajó la música y fue a abrir con la zanahoria todavía en la mano.

–Hola –dijo Juan, antes incluso que la puerta se abriera del todo.

–Hola, niño –respondió una anciana.

Era la vecina de abajo. Debía rondar los setenta y cinco años. Tenía una gran relación con los arrendadores del piso, y desde el primer día, creyó que podría hacerse extensiva al arrendatario. Como si fuese una cláusula del contrato. A Juan no le caía mal del todo, pero había aprendido a ponerle límites a su confianza.

«Juan subió a su piso dándole vueltas a la conversación que acababa de tener. No era capaz de establecer en qué momento se había torcido todo.»

–Mira, acabo de recoger mi ropa de la azotea –dijo la vecina–. Y he visto que tú tienes cosas tendidas.

–Sí, ya las recogeré, gracias –dijo Juan, casi cerrando.

–Te lo decía porque mañana han dado lluvia y es una lástima que se te moje todo si no lo quitas ahora.

–Bueno, gracias, a ver si voy luego.

–Ea, pues sólo era eso. ¿Qué estás cocinando? –preguntó al reparar en la zanahoria–. ¿Quieres que te ayude?

–No, gracias, ya me apaño yo.

–Bueno, pues hasta luego niño. No se te olvide la ropa.

–No, no. Gracias otra vez.

Juan volvió a poner la música alta y se fue a la cocina. Terminó de picarlo todo y puso el agua a hervir. Apuró la cerveza y abrió otra. Buscó la sartén y le echó aceite. La colocó en otro fuego, que no encendería hasta que los espaguetis estuvieran a medio cocer. La lista de reproducción finalizó. Estaba poniéndola otra vez cuando volvió sonó el timbre. Volvió a decirse que no podía ser. Ya eran las 21:25. Se quedó paralizado y pensó que, si aquello fuese una película mala, tendría que imaginar que sería de nuevo la vieja para que, de repente, apareciese la cajera. Sumido en semejante idiotez percibió unos pasos que bajaban la escalera. Corrió a abrir.

–Oye –gritó Juan.

–Creí que se había cancelado la fiesta –dijo Mehdiá desde el descansillo.

Vestía unos vaqueros y una camiseta marrón con un bolsillo abotonado en la manga derecha. Eso, unido a que se había soltado el pelo negro, hacía de su imagen algo poco habitual. Llevaba una mochila al hombro. También se le veía un poco más bajita. En el trabajo debían obligarle a llevar tacones.

Estaba lo más guapa que podía estar.

–Entra, entra –dijo él–.

–Sale vapor desde la cocina.

–Sí, eso debe ser el agua de la pasta. ¿Te gusta a la napolitana?

–No como nada desde el yogur de hace cuatro horas. Creo que eso debería responder a tu pregunta.

Ella puso la mochila cuidadosamente en una silla y echó una ojeada a la disposición de los ingredientes. Agarró la lata de cerveza y le dio un sorbo. Preguntó por el vino y Juan respondió que estaba enfriándose.

–Me gusta cocinar con cerveza –comentó él–. Bebiéndola, quiero decir.

–Espero que sepas lo que haces. Tienes los ojos brillosos.

–Tú tranquila. ¿Qué llevas ahí? –preguntó mirando a la silla.

–El uniforme. No pensarías que me iba a presentar con el disfraz de preso.

–Bueno, esto ya está. Saca el vino y ábrelo. Haz los honores. Yo voy a poner la mesa.

Cenaron con la música puesta y casi sin hablar. Había pasta de sobra y los dos repitieron. Ella pidió algo de postre y él sólo pudo ofrecerle unas natillas con galleta compradas en su supermercado y que estaban a punto de caducar. Por el camino cayeron dos botellas de vino, bebidas a partes iguales.

–Tengo una sorpresa –dijo Mehdiá.

–¿Cómo? –preguntó él.

–Una sorpresa. No hay fiesta sin sorpresa. No es gran cosa, pero algo es algo.

Fue a por su mochila y, tras retirar la camisa rayada, sacó dos botellas de vino. De vino caro, dijo. Nunca aclaró si las había pagado, si tenían una cantidad mensual de euros a su disposición por ser empleada o si, directamente, las había robado. Juan fue a ponerlas en frío y, cuando regresó, se la encontró sentada en el sofá.

«Fue a por su mochila y, tras retirar la camisa rayada, sacó dos botellas de vino. De vino caro, dijo. Nunca aclaró si las había pagado »

–Ya quitarás la mesa luego –dijo ella.

–Vale, no hay prisa –respondió él–. Bueno, pues cuéntame. Ni siquiera nos hemos dicho nuestros nombres, aunque yo el tuyo sí lo sé.

–Y yo el tuyo –repuso ella–. Yo tendré un cartelito en el uniforme, pero tú me das tu DNI cada vez que pagas con tarjeta. Te gano por goleada, Juan.

–No había caído, Mehdiá. Entonces cuéntame algo más, a ver si por lo menos empato. ¿Cuál es tu historia?

–No hay historia. No esperes un relato dramático de una chica rumana que tuvo que huir de su país y ahora anda en busca y captura por las mafias de la prostitución. No hay nada de eso. Soy una tía normal que llegó aquí siendo casi un bebé con sus padres y que ahora no quiere saber nada de ellos y se gana la vida de cajera en un supermercado. No creo que dé para una novela.

–¿Pero es algo temporal? –preguntó él.

–Claro, eso es lo que piensas siempre, lo que te ayuda a levantarte cada mañana. Pero, con el vino suficiente en el cuerpo, quizás pueda decir que lo dudo mucho. Ojalá, porque sé hacer otras cosas, pero nadie anda ofreciendo trabajo por ahí en estos tiempos.

–Podrías intentarlo –dijo Juan, apurando los dos últimos sorbos de vino que le quedaban a la botella.

–Sí, claro –repuso Mehdiá–. Bueno, ¿qué hay de ti?

–Poca cosa. Voy haciendo cosas para pagar el alquiler y tengo una vida tranquila. Lo tuyo es un best seller comparado con lo mío. Voy a por más vino.

–Yo no debería beber mucho más– dijo ella al verlo aparecer con la botella–. Mañana también tengo medio turno de mañana.

–¿Otra vez?

–Es que le he cambiado el día a una compañera, así estoy libre el viernes por la tarde y todo el sábado.

–¿Tienes planes para el fin de semana? –preguntó Juan.

–Nada en especial. Y, si los tuviera, no son de tu incumbencia –contestó Mehdiá sonriendo.

–Sonríes muy mal cuando atiendes a los clientes.

–Y tu firma es horrorosa cuando pagas con tarjeta. Parece la de un niño de cinco años.

–Bueno, en realidad es horrorosa siempre –repuso Juan–. Eso de escribir a mano nunca se me dio demasiado bien.

Siguieron hablando apenas media botella más. Ella ya estaba colorada. El empezaba a dirigirse a un punto de no retorno por la travesía del alcohol que únicamente podría detenerse con un beso. Y eso es lo que hizo. Mehdiá dejó su copa sobre la mesa y le siguió la corriente. En menos de dos minutos ya estaban sin camiseta. Él quizás tenía algún kilo de más, casi los mismos que ella de menos. Juan comenzó a jugar con las pequeñas tetas de Mehdiá. Ella pasó a la acción y se la sacó de los pantalones. Estuvo entretenida un buen rato con eso hasta que Juan le quitó los vaqueros. Desnudos, fueron hasta la habitación y se tiraron en la cama. Acabaron lo que habían empezado en el sofá. Dos veces. Apenas si hablaron. Juan vio sonreír a Mehdiá como ya no la veía nunca más. Luego se taparon con la sábana y se durmieron. Él pensó que aquel había sido un buen día. Bebida, comida, mierda literaria y polvo con la cajera. No pedía más. Ella necesitaba una noche así y la consiguió de una manera tan mala como otra cualquiera.

Al día siguiente, él se despertó solo. Miró el reloj. Las 12:10. Se levantó y se dio una ducha. No le dolía la cabeza, ni nada que se pareciese a la resaca le pateaba el culo. Tenía hambre. De camino a la cocina se encontró con su ropa y con los platos de la noche anterior. Todavía olían bien. Abrió la nevera y comprobó que seguía vacía. Se llevó la alegre sorpresa del vino caro, pero aun así faltaba comida. Y algo de alcohol para más tarde, que era sábado y los bares estaban llenos de gente inaguantable. Decidió bajar al comprar, pero antes subió a recoger la ropa. No tenía ganas de escuchar a la vieja otra vez.

«Mehdiá dejó su copa sobre la mesa y le siguió la corriente. En menos de dos minutos ya estaban sin camiseta.»

Cuando entró en el supermercado, Mehdiá estaba en la caja. Atendía a unos clientes y reparó en él. Juan compró un plato preparado de pescado para descongelar en el microondas y un paquete de cervezas. Por primera vez encaró la recta hacia la caja con un leve cosquilleo en el estómago. Había una señora delante de él. La cajera estaba atareada pasando artículos por el lector. No le miraba. Por fin llegó su turno.

–Hola –se adelantó Juan.

–Hola –respondió ella, con su sonrisa fingida.

–¿Qué tal? –preguntó él, sin avanzar.

El tipo que estaba en la cola carraspeó. Los clientes seguían entrando como siempre. La cajera de al lado pidió a alguien ininteligible que acudiera a recepción. Juan seguía esperando respuesta. Mehdiá lo miró fijamente a los ojos.

–¿Tiene tarjeta de socio? –preguntó.

© Jorge Decarlini

El autor:

Jorge Decarlini. Tengo 24 años, nací en Cádiz y crecí en El Puerto de Santa María. Viví cinco años en Sevilla, donde cursé la carrera de Periodismo. Escribo poesía y narrativa. He sido publicado en otras revistas como Cuadernos del matemático o La Bolsa de Pipas.

CUATRO RELATOS

por Patricia Ramírez

LA ESPERA

Fumaba, fumaba mucho pero muy pocas veces saboreaba realmente un cigarrillo. Decía que de veinte, sólo uno era perfecto. El sabor, el momento. Intentó dejarlo varias veces. Entonces sólo fumaba la mitad de uno, como todo aquel que pretende dejar el vicio.

Solía sentarse en el Café Libertad quince minutos antes que ella llegara. Así le daba tiempo de fumarse por lo menos uno en soledad. Se quedaba mirando a los otros clientes del lugar inventando historias sobre ellos. Los mesoneros del café no dejaban que aspirara el último trozo del cigarro cuando ya estaban retirándole el cenicero y eso le molestaba. Muchas veces quiso pelearse con ellos, pero sería absurdo.

Esta vez la espera fue más larga de lo acostumbrado. Empezó a pensar en ella mientras prendía otro cigarro. La amaba, no había duda. La había memorizado completamente. Era alta y delgada. Su cabello largo era marrón claro, muy claro. «Castaño claro» siempre le corregía ella, sin saber que los hombres no tienen tantas gamas de colores como las mujeres. Sus ojos eran también marrones, cubiertos por unas largas pestañas que lo enloquecían. De su rostro sobresalían sus pómulos y su boca. Le encantaban los huesos de sus caderas, y sus piernas, delgadas pero firmes. Era joven, aunque no mucho más que él, pero mentía sobre su edad. Odiaba tomarse fotografías. «Siempre hay que reírse... aunque uno no quiera», decía y detestaba su sonrisa, más aún si era falsa.

Desde la primera vez que estuvieron juntos en una cama, ella enlazó los dedos de su mano con los de él, como para no soltarlo, para no perderlo. Él dormía boca arriba mientras ella apoyaba la cabeza sobre su hombro. A él le gustaba tenerla tan cerca, así podía tener en los labios el suave roce de su cabello. Tiempo después notó que mientras estuviera sola en la cama, ella se acostaba boca abajo. Sabía de sus insomnios pero nunca los vio, con él, no los tuvo. Despertaba siempre antes que ella y la veía dormir tranquilamente. Le acariciaba el cabello, tocaba su rostro con el dorso de la mano, marcaba un camino en su cuerpo con la yema de sus dedos, la besaba toda y ella no abría los ojos.

Sus ojos. En ellos se perdía. Desde que los vio, se hizo la promesa de no dejar de mirarlos. Cuando ella lo miraba, le daba vida y al mismo tiempo lo mataba. Al besarla, ella abría los ojos, como diciéndole «estás ahí para mí y por mí». A través de sus ojos, ella lo volvía tangible. La mirada de Mónica lo creaba, pero sólo para ella. Lo disolvía, difuminando su ser. Dejaba de ser él para ser de ella.

Mónica también fumaba y, como él, a veces por automatismo. Para ellos, los cigarros perfectos eran después del sexo o en los velorios. La muerte y el sexo tenían la tensión necesaria para ser aliviada con un cigarrillo. La muerte es el fin de la vida, con ella se siente rabia, impotencia, dolor, nostalgia por lo perdido. Una vez terminado el sexo, se añora al otro, se sufre por la ausencia de alguien que está ahí, una añoranza en presencia del ser amado...

La conocía perfectamente, cada detalle, cada pasado. Para algunas personas, saber todo de sus parejas es monotonía. Mientras él conociera más de ella, mientras pudiera predecir lo que iba a hacer o a decir, más se enamoraba.

El que alguien la conociera tanto como Santiago era para ella una razón suficiente para dejarse llevar, para amar. Ella también lo conocía, aunque él ignoraba hasta qué punto. Desde la primera vez que lo vio, le impactó su mirada. Tenía unas ojeras naturales que enmarcaban unos ojos profundos. Fue en el funeral de Noelia cuando lo vio por primera vez. Estaba parada en la puerta de la sala velatoria, fumando, sola. Tenía los ojos fijos en el féretro. Santiago estaba en la misma funeraria, en la sala contigua, aunque no por la misma persona. Su padre había muerto. Desde la puerta, lo veía llorar y sentía una inmensa envidia mezclada con nostalgia por no poder hacer lo mismo. Observaba como sus lágrimas caían por sus mejillas y como él trataba de detenerlas cuando llegaban a la barbilla. Él miraba detenidamente el ataúd donde estaba el cuerpo de su padre, esperando que se levantara como siempre

lo hacía a pesar de su enfermedad. Estaba rodeado por viejos amigos. Ningún familiar, o por lo menos así parecía. Su madre había muerto también hacía seis meses de un infarto. Desde entonces, la enfermedad de su padre dejó de llamarse cáncer. Después de treinta y tres años de matrimonio no sabía cómo vivir sin ella, estaba solo.

Cansado de esperar un abrazo, alguien que pudiera ofrecerle un consuelo, salió de la sala y notó que ella lo observaba. Se encontraron frente a frente con la muerte como anfitriona. Él se quedó inmóvil. Ella no dudó... y lo abrazó. Una completa desconocida le ofreció lo que buscaba, un hombro mudo donde dejar las lágrimas. Ella lo acogió y al mismo tiempo, aunque no supiera exactamente porqué, también se refugió en él. Luego de un largo momento, se apartaron. Él le invitó un café y salieron de la funeraria para alejarse de todo aquello. Fueron al Café Libertad. Empezaron hablando de sus respectivos muertos, reconfortándose el uno al otro, y terminaron riéndose de sus situaciones más embarazosas. Amanecieron allí, con el cenicero repleto. A las siete de la mañana regresaron juntos a la funeraria. Antes de despedirse, se abrazaron como si nunca volvieran a verse. Se quedaron tomados de las manos frente a frente, cómo diciéndose «adiós» sólo con los ojos.

No pasó más de una semana cuando él la llamó para otro café en el mismo lugar. Ella no había dejado de esperarlo.

Se disculpó por la tardanza. Ya había ordenado para ella. Había planeado todo el camino la excusa perfecta, pero cuando estuvo frente a él no pudo mentirle. Él ya sabía la verdad. Se sentó a su lado y lo besó.

* * *

UNA NOCHE

Estaban uno frente al otro, mirándose, analizando cada centímetro del cuerpo del otro. Mónica llevaba un vestido blanco, casi transparente. Descalza, sin maquillaje, el cabello suelto cubriéndole la espalda. Él aún tenía puesta toda la ropa. Ella le fue desabotonando la camisa sin dejar de mirarlo. La retiró apenas rozando con sus dedos los hombros de él. Bajó los ojos cuando cayó al suelo. Él le tomó la barbilla suavemente con la mano y volvió a colocarle la mirada a su altura. Ella misma se quitó los tirantes del vestido. Dejó que cayera lentamente y cuando llegó a sus pies sólo los levantó para terminar de retirarla. Estaba parada frente a él, sólo con su piel como vestimenta. Nunca se sintió cómoda con su cuerpo. Encontraba defectos en cada parte. Lo odiaba... su cuerpo le recordaba todo aquello que quería olvidar.

Pero esta noche, su cuerpo era su victimario. Ella miraba al hombre que tenía en frente buscando despertar en sus ojos el deseo de poseerla. Él ya lo tenía desde antes de ver su desnudez. Iba detallando cada parte de su cuerpo, veía su rostro limpio, su boca entreabierta, su cuello... como el de «La Madonna del cuello largo» de Parmigianino. En la universidad había visto esa imagen, una diapositiva de ese cuadro, en la clase de arte. Todos criticaban la postura de la Virgen, mientras él sólo veía la gracia y la elegancia de esa mujer. Su cuello de cisne, sus dedos largos y delicados. Así era Mónica... Era bella, no había duda, pero no perfecta y eso la hacía aún más bella.

Sus ojos siguieron bajando. Su cintura delgada señalaba el camino. Volvió a subir la mirada y sonrió. Estaba desnuda ante él, sin máscara alguna, desprotegida, indefensa, sin poder salir corriendo. Ella pareció escuchar sus pensamientos, se sonrojó y bajó la mirada. Él volvió a buscar con su mano el rostro pero ella volteó para evitarlo. Él agarró con fuerza el mentón. Mónica se asustó por un momento pero se dio cuenta que esa violencia era miedo a perderla. Él se disculpó con un suave beso en los labios.

Sólo él cerró los ojos. Mónica siempre abría los ojos al besar. Es casi un decreto que se deben cerrar los ojos ante un beso. Creía que era una forma de distanciarse del otro, de perderse en la oscuridad y ella le tenía miedo. Al besar, Mónica abría los ojos por lo menos tres veces. La primera, para ver y conocer a quién estaba frente a ella. La segunda, para ver si el otro los abría. Mónica necesitaba la mirada del otro para sentirse amada. La tercera, para no olvidar ese instante.

Siguieron besándose. Él la cargó sin ningún esfuerzo y la llevó hasta la cama.

Ella despertó y le reprochó a la noche su final. La mañana le indicaba que todo acababa.

* * *

VIOLETA

Soda con limón, el trago de siempre. Cuarenta minutos y ocho cigarrillos. Era un libro de cuentos. Una y otra vez leía el mismo. Quería ser parte de esa historia, de otra que no fuera la de ella.

Diego nunca solía ir a ese lugar. Pasó por allí buscando cigarrillos y la vio. Mónica estaba sentada con las piernas cruzadas, el libro sobre ellas y una mano sosteniéndolo. Vestía sandalias negras, unos jeans viejos y una franela negra con escote, que dejaba su espalda y su cuello al descubierto. Su cabello largo caía suelto sobre sus hombros. Una delgada cinta color violeta a manera de cintillo. Sus dedos amarillos iban pasando las páginas del libro.

Había olvidado comprar fósforos. Se acercó a ella para pedirle fuego. Ni siquiera levantó la mirada, extendió su brazo y le dio el encendedor.

–¿Está ocupado? –preguntó él, tratando de llamar su atención.

–No –contestó ella.

Aún no alzaba los ojos para ver quién era ese extraño que se había sentado en su mesa.

–Disculpa el atrevimiento pero ¿estás esperando a alguien?

–No...

–Y puedo preguntar ¿porqué lees en un café como este donde hay tanto ruido?

–El ruido no me molesta... me acompaña.

Diego no supo que decir luego de esa respuesta. Decidió irse para no molestarla. Mónica finalmente lo vio. Se volvió para buscarlo.

–Disculpa... no quise ser grosera.

–No te preocupes. No quise molestarte.

–No te había visto por aquí.

–Primera vez que entro ¿Y tú?

–Desde hace como año y medio.

–Siempre paso pero nunca me quedo.

–¿Y esta vez fue por...?

–Por ti...

–Hombres... no pueden ver sola a una mujer porque inmediatamente deciden atacarla –dijo mientras reía.

–No, no fue eso.

–¿Entonces?

–Eras la única que estaba fumando en el lugar y yo no tenía fósforos.

–Entonces fue por necesidad.

–Sí...

Mónica parecía sacada de contexto. Entre tanta gente tomando, hablando, riendo, ella estaba allí leyendo. Rodeada de gente y completamente sola. Eso lo cautivó. Sintió la necesidad de estar con ella, de disipar su soledad aunque fuera por un instante.

Estuvieron hablando de cosas triviales hasta que oscureció. Muchas cosas fueron cambiando con el paso de las horas. La mirada de Mónica detallaba el rostro de Diego. El libro estaba olvidado al borde

de la mesa. Las sandalias negras acariciaban la pierna de Diego, por debajo de la mesa.

Cuando ya no había más de que hablar, ella lo tomó de la mano y lo condujo hasta su casa. Esa tarde, Mónica no pretendía conseguir nada. Tal vez un poco de placer. Diego buscaba un lugar donde comprar cigarrillos sin saber que terminaría con otro vicio.

Abrió la puerta con lentitud. Guió a Diego entre las sombras. Él se dejó llevar por esa extraña. Sus manos estaban frías. La casa era pequeña, pintada de azul en distintos tonos; libros apilados en piso, muebles vacíos, un radio viejo.

Lo sentó en el sofá. Él abrazó su cintura tratando de acercarla. Empezó a besarle el vientre mirándola a los ojos. Mónica le acariciaba el cabello pero se mantenía distante. Diego se levantó y quedó inmóvil frente a ella. Retrocedió un poco. Un mechón de cabello se había liberado de la cinta color violeta. Lo tomó con su mano, tratando de enrollarlo entre sus dedos. Ella le sujetó la muñeca para interrumpirlo. Se acercó lentamente, cerrando los ojos y sin aviso, lo besó. Ahora, sin que ella lo detuviera, jugaba con su cabello. Bajó por la espalda descubierta. Llegó hasta sus piernas y la levantó contra él. La llevó cargada hasta el cuarto mientras ella entrelazaba sus piernas en su espalda. La colocó sobre las sábanas blancas y fue acostándola con delicadeza. Empezó a besarle el cuello, bajó hasta su vientre y retiró con su boca la franela negra. Con ambas manos, le sujetaba las muñecas con fuerza para besarla. Mónica no oponía ninguna resistencia. Ella se dejó acariciar, en silencio y a oscuras. Su cuerpo inerte sabía que cualquier movimiento podía remover los recuerdos y echarlo todo a perder. Él era un hombre como todos, un amante casual que conoció en la tarde.

La fue desnudando lentamente. De rodillas, sobre ella, la miró por largo rato. El lienzo blanco de las sábanas enmarcaba su cuerpo despojado de todo. Lo único que le dejó puesto fue la cinta violeta en el cabello.

La oscuridad se desvaneció. Allí estaba ella, en la cama junto a él, mirando cada parte de su rostro, detallando cada poro, cada parte de ese hombre que estaba dormido a su lado. Pensó en vestirse y decirle adiós, antes que su memoria empezara a sacudirse. Quiso explicarle que esa noche no iba a ser el principio de un nuevo amor, ni siquiera de una pasión fugaz, era sólo un instante de placer, y que dentro de poco se iría; debió decirle que no habría más nada para ellos, que no vagarían juntos otra vez de la mano por las calles, ni compartirían juegos de amantes, pero no pudo hablar. Lo vio vulnerable y quiso ser su amiga, tal vez amante casual, algunos ratos de ocio, sin exigencias ni compromisos, para no estar sola y para lidiar con el miedo. Sintió pena por él. Las lágrimas empezaron a quemarle los ojos. Sabía que Diego no pensaba lo mismo. Desde que salieron del café, había entrelazado su mano con la de ella, y hasta ahora, no la había soltado.

Rozaba su rostro con lástima, pidiéndole perdón con las caricias de sus manos. Diego abrió los ojos. No dudó en besarla.

—¿No has dormido nada?

—Un poco —le mintió.

* * *

LA MUJER QUE NUNCA CONOCÍ

Esa mujer no es muy alta, tiene el cabello negro y ondulado, ojos marrones muy oscuros y grandes pestañas. Estudió Derecho y se casó a los veinticinco con un hombre que conoció una tarde cualquiera mientras deambulaba por librerías.

El día de su boda, fue el más feliz de su vida y el más triste de la mía. El vestido blanco iluminaba su rostro y las flores en su mano evitaban que las lágrimas llegaran al suelo. Al final del pasillo estaba él, embelesado por esa mujer que iba hacia él y que se quedaría a su lado «en la salud y en la enfermedad». Durante la marcha nupcial yo sólo tenía ojos para la novia. En el altar estaban los dos hombres que me la quitarían. Durante toda la ceremonia no pude dejar de verla y ella sólo lo miraba a él. Finalmente, «los declaro marido y mujer», los aplausos, el arroz, los esposos.

Cuando nació su hija, no estuve con ella. El hombre alto fue quien sujetó su mano y besó su frente, quien sostuvo a la pequeña entre sus brazos para llevarla al lado de su madre. La llamaron Isabel,

como la abuela... como mi madre.

La pequeña Isabel ya no es tan pequeña, se está graduando y su madre llora porque falta poco para que deje de estar a su lado, y que recorra esos mundos que alguna vez pintaron juntas. El hombre alto está a su lado, sostiene su mano, le limpia el rostro con delicadeza.

Nunca le dije cuánto la amaba. Ahora, sentado en el estudio de esta casa tan grande, tan vacía, veo su retrato. Me arden los ojos porque no la llevé de mi brazo el día de su boda, porque no pude decirle que ese hombre alto la haría feliz y que eso bastaba para mí, porque no tuve a su hija entre mis brazos.

Hace una hora fue su entierro, hace una hora colocaron la lápida en su tumba, hace una hora sepulté a mi hija de dieciséis años... la mujer que nunca conocí.

© Patricia Ramírez

La autora:

Patricia Ramírez (1982) es limeña de nacimiento pero caraqueña de corazón. Reside en Mérida, ciudad donde recibió su licenciatura en Letras mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana, y donde actualmente realiza estudios en Medios Audiovisuales en la Universidad de Los Andes. Ha realizado diversos trabajos audiovisuales, algunos de su autoría, en los que se ha desempeñado como guionista, directora y/o productora. Ha publicado los relatos "La mujer que nunca conocí" en el diario Nueva Prensa de Oriente de Venezuela, y los cuentos "La espera", "Violeta", "La mujer que nunca conocí" y "Una noche" en la Revista Letralia. Actualmente está dedicada a la realización de un documental personal, que puede seguirse en el blog "Manolo, Bitácora epistolar...": <http://traslascartasdemitio.blogspot.com/>

* * *

Relato

PENSAR CON LA PANZA LLENA DE GATOS

por Jesús Baldovinos Romero

Pensar con gatos en la panza es pensar poco.

Alberto Ruy Sánchez

Demasiado ruido, demasiado. La madrugada para Rodrigo era un calvario. Maullidos, gruñidos, rasguños, dolores, todo, en un solo sitio y en un solo momento. Durmió muy poco, casi nada. Las cosas no parecían tan claras ni para él mismo. Afuera, la ciudad también se llenó de gatos mucho antes que a él lo empezaran a invadir. Primero, habían cerrado el circuito principal con autobuses incendiados, luego, despojaron a los ciudadanos de sus autos y los colocaron como valla en la avenida central. Su auto había sido uno de ellos. Nadie dijo nada en las noticias, nadie dijo nada en la combi en que regresaban a sus casas, asustados, con el miedo acompañado por un frío mucho más fuerte que el acostumbrado en este mes.

La casa lucía sombría y acogedora al mismo tiempo. Si alguien la hubiera visto desde afuera, podría crearse una escena triste de una película de culto. Nadie la podría ver a esa hora de la noche, y menos con semejante caos emocional en cada uno de los refugios. Quiso dormir un rato y no pudo. Quiso leer algo y no pudo. Quiso comer algo y no solo no pudo, sino que vomitó un sándwich que había comido en la escuela, un café a la carrera antes de marcharse, un café a mediodía para calmar el hambre, y sobre todo, una bilis amarillenta que le quemaba y el amargaba aún más su situación. En medio de aquel incipiente vómito, una bola de pelos negros. Pelos de gato. Se dio cuenta entonces que los gatos vivían en su panza. Supo entonces que no lo dejarían dormir. Aún así se metió a la cama tembloroso.

Pensó, pensó y pensó. Y aunque la cama dio vueltas una y otra vez, se le atravesaban las imágenes de su auto, de la sangre de los que fueron agredidos, de los autobuses incendiados, y los gatos le roían las tripas, le rasgaban la piel. Como su cuerpo, y por tanto, su estómago no era muy grande, la lucha por ocupar más espacio no se dejó esperar. La madrugada se hizo más larga que de costumbre. A eso de las cinco de la mañana, a la hora en que hace ruido su vecino el pollero, Rodrigo empezó a parpadear.

Los gatos dentro del refrigerador, los gatos en la lavadora, los gatos en la licuadora, los gatos encima del estéreo heredado por su abuelo, los gatos en la taza de baño. Todo el lugar lleno de gatos. Y de sus inmundicias, y sus maullidos y sus rituales de cortejo y desapareamiento. Rodrigo pensó entonces que tenía que comer algo más que lo del día anterior. Por hambre y pensando que tal vez de esa manera no entrarían más a su estómago. Qué equivocado estaba. Tan pronto el primer bocado entró, aquellos animales brincaron y entraron a su boca, tirándolo al piso y haciendo fila india para poder llegar a su antiguo refugio. Una vez que todos entraron, esperaron a que cayeran los otros bocados, que Rodrigo ya no apetecía, pero que entre el estómago y los gatos pedían, a gritos.

El recorrido, ahora en combi, hasta la escuela, transcurrió sin muchas diferencias a cuando no tenía auto. La gente no recordaba, al parecer, lo ocurrido la noche anterior. ¿Por qué yo sí? Se preguntaba. Y ante la mirada vacía de los demás, optó por callar. En la medida de lo posible, porque el pleito entre gatos continuaba allá en su panza, y de vez en cuando, soltaban un gemido. En la escuela, la rutina lo alejó un tanto de sus penas gatunas. Al salir, parecía que se habían reconciliado entre ellos. Al llegar a la oficina donde debería de recuperar su auto, los gatos estallaron de nueva cuenta en una algarabía que no permitía escuchar lo que el uniformado decía

«Los gatos dentro del refrigerador, los gatos en la lavadora, los gatos en la licuadora, los gatos encima del estéreo heredado por su abuelo, los gatos en la taza de baño. Todo el lugar lleno de gatos.»

Cansado, con hambre nuevamente, con sed y con ganas de ver a Lolita, Rodrigo encaminó sus pasos a la única zona arbolada de la ciudad.

Apenas había caminado unos pasos, los gatos parecieron encontrar varios recovecos en el cuerpo de Rodrigo, de tal manera que lo arrastraron de los brazos, de las piernas, de la panza, hasta un enorme árbol; intentaron subir uno por uno, luego todos al mismo tiempo, sin lograrlo. Rodrigo, deforme y adolorido, se recargó en el grueso tronco. Con palabras melosas trataba de calmarlos. Luego de un buen rato, los gatos decidieron hacer caso, o aburrirse, y seguramente se durmieron.

A Lolita no le agradó el aspecto de Rodrigo. Acostumbrada a verlo vestido, si no elegante, al menos cuidado, aquella visión le pareció que atentaba contra su buen gusto.

Pero mira nada más cómo vienes... qué fue lo que te pasó...

Nada, casi nada, luego te cuento...

Nada de luego, a ver, qué te pasó...

Es culpa de los gatos, los gatos que arañan todo y saltan sobre todo...

Cuáles gatos Rodrigo, no entiendo

Ves, por eso te dije que luego te contaba...

No, ahora me dices bien las cosas...

No entenderías....

Lolita, como era costumbre cada vez que se enojaba, paraba la trompa, sacaba el poco busto que tenía, sumía la panza, sus abundantes nalgas se erguían también, daba media vuelta y entraba a su casa, sin decir nada más. Rodrigo aprovechó para dar un golpe seco a uno de los gatos que buscaba salirse por su brazo derecho. Siguió, con paso de gato, a Lolita. Hasta la recámara, porque esa era otra de las cosas que había quedado claro desde el inicio de la relación: nada de arrumacos cursis, a lo que uno va... y efectivamente, a la habitación de Lolita.

Una cama blanda, adornada con muñecas vestidas de rosa, ositos, corazones, globos blancos y rojos, entre otras cosas. Muy bien cuidada, al sentarse no hacía ruido. Cómoda, como a ella le gustaba casi

todo.

Preocupado, Rodrigo tomó una botella de una mesita de noche. Sirvió en una copa hasta casi el borde y de un golpe, metió aquel líquido a su cuerpo. Los gatos que habían permanecido durmiendo, o al menos tranquilos, despertaron y comenzaron su rítmico tormento. Lolita volvió su rostro para ver a Rodrigo, que en afán de acallar el ruido, se había lanzado hacia ella imitando a los animales que desde adentro lo atormentaban. Lolita, sorprendida y agradecida por que aquel flacucho amante se hubiera convertido en un animal salvaje, no reparó en los rasguños que le marcaban la piel, en las mordidas que dejaban huella, y mucho menos puso objeción a la hora del orgasmo. Sus gritos fueron mucho más ruidosos que en otras ocasiones y que el de los propios gatos, de modo que se sintieron apabullados y con miedo permanecieron al acecho hasta que Rodrigo abandonó la casa.

De nueva cuenta, la noche y la madrugada fueron un martirio. El café pone nerviosos también a los gatos. El ruido y el dolor se potencializaron. El sufrimiento no le permitía siquiera escribir. Por la mañana vomitó sangre. Los gatos habían hecho fiesta. Pensó, si es que podía pensar, en acudir a un médico... qué van a saber esos pendejos se dijo a si mismo. Una yerbera del mercadito, me va a enyerbar y de seguro no saca a los pinches gatos, se volvió a contestar. Dio varias vueltas en torno a su único sillón para finalmente dejarse caer en él. A mi amigo Iván, al cabo es psiquiatra tal vez le interese el caso.

Tomó el teléfono y marcó. Una voz dormilona contestó del otro lado. Después de media hora y de varias voces dormilonas, por fin reconoció la voz.

–Dr. Iván Sánchez Perales, desde el Servicio Mental Juárez, para servirle.

–Iván, Iván, soy Rodrigo, escúchame, no me vayas a colgar o te vayas a reír...

«Preocupado, Rodrigo tomó una botella de una mesita de noche. Sirvió en una copa hasta casi el borde y de un golpe, metió aquel líquido a su cuerpo.»

–¿Rodrigo? ¿Cuál Rodrigo?

–Ay cabrón, ahora resulta que no me conoces...

–Es que aquí habla cada loco, necesito que se identifique...

–Rodrigo Peña, tu rival en frontón... que siempre te...

–Ah, Rodrigo... digo, ese Rodrigo...

–Pues ¿cuál otro?

–¿Cómo que cuál? Hay un chingo...

–Ya Iván...

–Dr. Iván Sánchez Perales...

–Está bien, Dr. Iván Sánchez Perales, tengo un problema: mi panza se ha llenado de gatos...

–¿De cuáles gatos? Hidráulicos, mininos o criados...

–No puede ser... Iván...

–Dr. Iván...

–Ya sé, Dr. Iván Sánchez Pérez. Mi panza está llena de gatos.

–Sacúdaselos.

–Dentro de mi panza.

–Ah, ya entiendo... dice usted que su panza está llena de gatos.

–Así es

–¿Y cómo le hace para alimentarlos, o cómo le hace para limpiar sus inmundicias?

–Ay, ay, ay

–Qué le duele, no que era una cuestión de gatos. De cualquier manera...

Rodrigo colgó el teléfono, más que enojado, sintiendo pena ajena. Vergüenza. Cómo le había pasado a él semejante cosa. Y lo que más pena le dio fue haber perdido el tiempo.

Las noticias de la mañana encontraron a los gatos tranquilos. Rodrigo luchó contras sus ganas por un café. En la pantalla de la sala, el locutor seguía preguntando por la muerte de una chica en el bosque, y de unas mantas en el puente hacia la salida oriente de la ciudad. Pensó en su auto y la dificultad que tendría para recuperarlo. La chica le parecía conocida. Una breve nota sobre los incendios, con un lenguaje que parecía que había ocurrido en otro país y en otro tiempo. Rodrigo decidió salir al mercadito, a ver a la yerbera. Ya había perdido tanto. Su auto, su tranquilidad, había dejado de ir a la escuela. Era tiempo de sacar a los gatos. Descartó otras posibilidades, la yerbera sería la indicada.

En el local no había nadie esperando –lo que le llenó de gusto. Los gatos se habían acostumbrado a él o él a los gatos. En esa concordancia, se sentó en una banca de madera, entre aromas a yerbas. Desde el fondo una voz rasposa, añejada le indicó:

–Pasa muchacho, pasa...

–Buenos días, vengo a...

–Gatos, de seguro...

–¿Cómo sabe?

–El ruidito que haces al respirar, mijo... y de seguro no te dejan dormir.

–Sí, no, bueno, no me dejan dormir... y ya...

–Te vas a tomar estas ramitas en agua hirviendo, lo más caliente que puedas... no se te van a salir, pero se van a tranquilizar...

–Ya andan tranquilos...

–Entonces para qué viniste...

–Discúlpeme, es que no puedo más...

–Ten cuidado con lo que haces, con lo que dices y a dónde vas...

Rodrigo tembló antes de contestar.

–Cómo, por qué...

–No preguntes, haz lo que te digo...

Quiso estrechar la mano de la anciana, quien le contestó con un brinco hacia atrás. Ya en la puerta, lo tomó de un brazo y lo acercó para susurrar algo al oído. Rodrigo, de nuevo tembló.

Más abatido que en un inicio, Rodrigo se sentó en el sillón de la sala, encendió el televisor, las noticias hicieron acto de presencia después de un largo rato de comerciales. No le extrañó verse en la pantalla, ver el cuerpo de Lolita, ver su auto incendiado, ver cómo su mano lanzaba una botella de cristal con un mechero encendido hacia un autobús con pasajeros. No le extrañó para nada el griterío de los gatos, ni cómo la bebida los iba calmando.

Vio el rostro de la anciana, de nueva cuenta el aroma a viejo y a yerbas penetró su nariz. Escuchó la voz rasposa repetirle: unos con gatos, otros con ratones, otros con perros... cada quien tiene que vivir con su cada cual...

Rodrigo recibió la oscuridad con una tranquilidad que ya extrañaba. Mañana sería otro día, y tendría que salir a la calle de nuevo, a enfrentarse a otros como él.

© Jesús Baldovinos Romero

El autor:

Jesús Baldovinos Romero. Mexicano. Escritor y promotor cultural. Fundador del Encuentro Literario Pacífico Lázaro Cárdenas y del grupo Sueño Colectivo. Autor de Recuentos y de varios cuadernos de poesía y cuento.

RELATOS *

por Jesús Esnaola

CONFIT DE PATO

T recibe al comensal, habla con él y asiente comprensivo, con esa sonrisa medida que nada tiene de divertida y de ningún modo podría ofender a nadie. T es un profesional y hace honor a ello recogiendo la cajita que el comensal le ofrece sin demostrar ningún tipo de sorpresa, ni hacer juicio de valor alguno que pudiera enturbiar su relación. Conoce su trabajo y se dispone a realizarlo. Antes de retirarse a la cocina deja al cliente en manos del jefe de sala que lo acompaña a la mesa, a la única mesa que hay en el restaurante de T. Ya en la cocina, T habla con su equipo, angustia, les dice y la creatividad de T les inspira, la cocinaremos con un confit de pato, una salsa de ciruelas y gelificación de setas. La angustia queda muy bien con el confit, contrarresta el salado propio. Y el mecanismo gastronómico se pone en marcha. T supervisa la preparación del pato, en su punto; prueba una gota de la salsa de ciruelas, cuidado con el dulce o la angustia destacará por contraste; se ocupa personalmente de la gelificación de setas que prepara con la angustia líquida que el cliente ha traído en la cajita ad hoc. Durante el tiempo que dura el proceso de preparación del plato, el comensal realiza una cata de aceites de oliva virgen que, además de estar deliciosos, contribuyen a engrasar los intestinos y facilitan la digestión. T no descansa hasta que ve al cliente salir relajado del restaurante tras comerse su angustia con el confit de pato. Sólo falta una buena digestión para lo que el restaurante dispone de una sala de descanso. El cliente no siempre quiere hacer uso de ella y, a veces, prefiere irse a casa dando un paseo. En estos casos, T no puede hacerse responsable de los posibles efectos secundarios.

* * *

OLVIDO

Hace veinte años que salí del pueblo. Al principio regresaba por ver a papá y mamá, al primo Abelardo antes de que la vaca pegona lo dejara tonto y a algunos amigos. Hace tiempo ya de esto. Cada año me digo a mí mismo que ya es hora de vender la casa, que al final no me da más que problemas, pero acabo regresando al pueblo y saludo a Blas cuando éste se dirige a la huerta y él me devuelve un gesto desmemoriado con la cabeza, más de duda que de saludo; me cruzo con la Rosario que, como si sólo recordara esa frase, siempre me pregunta de quién soy y observa lo que he crecido; y me encuentro con que los caminos ya no llevan a los mismos lugares, ni está junto al cucharano la encina arregada a la que trepábamos de niños. Y la casa vacía. Regreso a la ciudad y ésta ha mudado sus gentes, como si fuera un árbol de hoja caduca. Vuelvo a cruzarme con caras iguales como recuerdos borrosos. Más de una vez me vuelvo, cuando creo oír que alguien dice mi nombre.

* * *

ELLAS

Tal vez si hubiera preguntado dónde las habías visto te habría creído. Hubiera podido comprobarlo. Pero preferí pensar que estabas loca, que la cordura te había abandonado y firmé los papeles, dejé que te encerraran en aquel lugar lleno de blancos, de vacíos y de rumores y gritos. En aquel momento me convencí de que era lo mejor para ti, que allí te ayudarían a curarte, a volver a ser la que eras, a olvidar los días en que todo ocurrió.

Hace una semana que no me atrevo a salir de casa. Pronto me llevarán a tu lado. Yo también he empezado a verlas.

* Estos relatos pertenecen al libro *Los años de lluvia*, de próxima publicación por Paréntesis Editorial.

* * *

DUVÚ

Miro a ambos lados de la calle, al balcón del segundo también, cojo la bolsa y regreso a casa a toda prisa. Ha sido un milagro que los haya visto al abrir el contenedor para tirar la basura.

Entro en la habitación de Carolina, que ya se ha ido al cole, y vacío su casa de muñecas, sólo dejo las camas y las mesas, sobra todo lo demás. Me siento en el suelo y comienzo a sacarlos con cuidado y a acostarlos. Algunos están muy mal, con varios alfileres clavados que les extraigo, intentando no empeorar sus heridas. Palpitan sobre mi mano como órganos extraídos de un cuerpo aún caliente. El que más me preocupa es uno que trae una pierna colgando. Pese a que no soy muy hábil con la aguja, le hago un zurcido de emergencia y lo tumbo sobre la cama que parece más cómoda. Me quedo mirándolos, impotente, ignoro si el daño es reversible.

Sólo queda esperar.

* * *

DEJA VU

La pequeña se nos extremó el sábado. Era algo que temíamos que ocurriera desde hacía tiempo pero, pese a todo, nos cogió de sorpresa. El alarido de la peque nos hizo dar un respingo, crucé con Carla una mirada rápida de reproche y salimos corriendo hacia el salón, mi mente galopaba a toda velocidad, casi deseaba que sólo se hubiera hecho daño, que el sillón le hubiera mordido la manita que ella acostumbraba a tener metida entre los cojines. Aunque en realidad sabía lo que ocurría. La peque gritaba, un grito agudo, desmesurado, sostenido, y se tiraba de los pelos. Marga la abrazó, yo apagué el televisor sin entender cómo habría descifrado el código de encendido y me quedé mirándolas a las dos con una descorazonadora sensación de deja vu. Después descolgué el teléfono y llamé al correcional para que vinieran a buscarla mientras aguantaba la mirada a Carla, pidiéndole perdón. Por las noches, Carla se despierta y se incorpora en la cama. Le pido que esté tranquila, que piense que la peque no está sola, que pedí que la pusieran con sus dos hermanas y ellas cuidarían de ella. Y le digo también que si quiere podemos volver a intentarlo, pero ella se acuesta de nuevo y me da la espalda.

* * *

ESCALOFRÍO

Este gordo ocupa mucho lugar, dice Jimmy encaramado a la rama del árbol y, sin darme casi tiempo a reaccionar, agarra al petirrojo y lo lanza al aire, riéndose de la torpeza del animal, de su batir de alas inútil. Consigo recogerlo con mi propia camiseta, una camiseta que como casi todo lo que tengo, la ropa, los juguetes, los libros del colegio pintarrajeados, he heredado de Jimmy. Vuelvo la vista hacia arriba y deseo que resbale y se caiga antes de colocar el petardo en el nido. Con tantas fuerzas lo deseo que, sin querer, aplasto al pajarillo entre mis manos.

* * *

LA TILDE

Aún acostados, los primeros rayos de sol los sorprenden. León se levanta. Inspira con fuerza y se deja acariciar por la luz, por el aire de la mañana. Graciela, ágil, oscura, brillante, abandona la sabana y se coloca a su lado, roza las nalgas de León con los dedos. Mira hacia el sol también, mira también al cielo azul y se estremece levemente. León entrecierra los ojos, hace visera sobre su frente para protegerlos, para atisbar el horizonte y, aun así, acaba volviendo la cabeza, ronroneando. Graciela, sin embargo, desconfiada, le aguanta al sol la mirada.

* * *

RECLAMACIÓN

Vigila la cafetería desde hace unos minutos. Lleva días estudiando las rutinas de su objetivo y, cuando éste salga, va a abordarlo. Da un sorbo a su café. La puerta de la cafetería gime al abrirse. El objetivo sale despacio, con un maletín negro en su mano izquierda. El acechador sale tras él.

El acechador no corre, pero el paso es ligero, decidido, doble en frecuencia que el del hombre del maletín. No es tiempo de pensar, sólo de actuar. El acechador lleva la mano derecha dentro del bolsillo del gabán. Cinco metros detrás del objetivo, tres metros, un metro, la mano derecha que sale del bolsillo con una pistola, la coloca a centímetros de la nuca de él, dispara, sigue caminando hasta la esquina sin detenerse mientras el del maletín se derrumba como una torre demolida. El acechador dobla la esquina, se acerca a un coche, sube, desaparecen.

El hombre del maletín se incorpora airado, ensangrentado, ante la sorpresa de los ciudadanos que se han detenido a ayudarlo.

–¿Y la sorpresa? –me espeta– ¿dónde está la sorpresa? –Lo siento –le contesto–. Hoy toca realidad.

* * *

POLÍTICA

Lo cierto es que ninguno esperábamos ya que El Regidor del vertedero cumpliera con nada de lo que había prometido durante las revueltas de febrero para aplacar los ánimos de sus súbditos, así que la separación, reciclaje y amontonamiento de los juguetes en cuatro puntos estratégicos vigilados hicieron que la semana blanca transcurriera sin problemas y, sobre todo, que papá y mamá pudieran seguir rebuscando en la basura sin que nada los interrumpiera.

* * *

LAS HORMIGAS

El arcén es ancho, el tráfico escaso y la distancia que deben recorrer es corta así que la monitora organiza a los niños por parejas, cogidos de la mano. Los instruye para que no se suelten, no rompan la fila y no arrastren los pies por la calzada de tierra. No quiere quejas de los padres por devolver a los niños cubiertos de polvo.

Marcos y Ana son los últimos de la fila. A Marcos le gusta chincar y hacer rabiar a Ana. Le dice «Ana marrana» siempre que puede para molestarla. Aun así obedecen y van de la mano sin chistar. Cuando han recorrido unos cien metros Marcos ve en el suelo una hilera de hormigas. Se pone de cuclillas y las mira, curioso. Ana se vuelve hacia atrás y tira de él para que siga andando, pero Marcos la ignora y ella se zafa de la mano del niño y corre hacia el grupo. Marcos coge un palito y, con él, rompe la hilera de hormigas lo que hace que éstas se desorganicen y comiencen a trazar círculos sin sentido. Sonríe. No se da cuenta de que a su lado ha parado una furgoneta blanca con la puerta corredera abierta.

© Jesús Esnaola

El autor:

Jesús Esnaola (Donostia, 1966), vive en Barcelona desde 2004. Finalista de Relatos en Cadena dos de los tres últimos años. En 2011 su blog "El doctor Frankenstein, supongo" fue nominado a mejor blog nacional de creación literaria en los premios Revista de Letras. En otoño participará en la antología *Mar de pirañas* coordinada por Gemma Pellicer y Fernando Valls. Estos microrrelatos forman parte de su primer libro *Los años de lluvia* que publicará la editorial sevillana Paréntesis el mes de octubre de este año. Blog: <http://frankensteinsupongo.blogspot.com>

UN HOMBRE CON UN OJO ENTRECERRADO Y UN BRAZO EN CABESTRILLO

por Roberto Gutiérrez Alcalá

Lo primero que se percibía al cruzar la puerta era el aroma levemente putrefacto de unos nardos distribuidos en cuatro grandes floreros blancos que descansaban en cada esquina de la sala. También hacía mucho calor, y un murmullo sordo, emitido por un centenar de personas, cuando menos, crepitaba constantemente en el aire.

Laura y Sonia avanzaban con lentitud delante de mí, en medio del gentío. De repente se detuvieron, y mi esposa estrechó la mano de una mujer que le devolvió una mirada tristísima. Al fondo de la sala, unos empleados colocaron unos arreglos florales al pie de una pequeña tarima.

—Allá están Lilí y Vero. Voy con ellas —dijo Sonia, y se desvió a la derecha.

—Está bien —dije.

Laura saludó con un ligero movimiento de cabeza a otras dos mujeres con las que se topó en su camino. Yo la seguía de cerca, con una mano en su hombro derecho. Nos detuvimos junto a una ventana que daba a la avenida por donde habíamos llegado, nos miramos un instante a los ojos y permanecemos callados, a la espera de no sé qué.

Un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, mediana estatura, robusto, con un ojo entrecerrado y un brazo en cabestrillo, se levantó de un sillón con la ayuda de quienes estaban a su lado, caminó hacia la tarima —debajo de la cual los mismos empleados de antes acababan de acomodar otros arreglos florales— y subió a ella, ahora con la ayuda de éstos. El pertinaz murmullo de la gente se fue apagando poco a poco hasta convertirse en un silencio absoluto y expectante.

«Laura saludó con un ligero movimiento de cabeza a otras dos mujeres con las que se topó en su camino. Yo la seguía de cerca, con una mano en su hombro derecho.»

—Martha, los muchachos y yo ya íbamos de regreso a Cancún —empezó a decir con una voz potente y clara; luego hizo una breve pausa para toser, y continuó—: Habíamos estado en Chichen Itzá desde el mediodía. Los muchachos venían dormidos en el asiento de atrás de la camioneta. Martha venía junto a mí, en el asiento del copiloto. A esa hora de la tarde-noche, la carretera estaba prácticamente vacía. Salí de una curva y tomé una recta muy prolongada. Aceleré un poco más, no mucho. Cuando intenté destapar una botella de agua que Martha me había pasado, oí un fuerte estallido y, después, un gran estruendo de cristales rotos. Parecía un sueño... Me sentía muy aturdido, no sabía dónde estaba. Me quité el cinturón de seguridad, salí de la camioneta y fui a sentarme junto a la carretera. Entonces vi a Martha dentro de la camioneta y la ayudé a salir —El hombre hizo una mueca debido, seguramente, al intenso dolor que experimentaba en el brazo y se pasó la mano derecha por la frente—. Regresé a la camioneta y me asomé a la parte de atrás, pero no vi a los muchachos... Como no llevaban puestos sus cinturones de seguridad, salieron despedidos por las ventanas y quedaron tirados sobre el pavimento de la carretera, como a cincuenta o sesenta metros de donde estábamos nosotros. —El hombre carraspeó. Desde donde yo me encontraba, creí notar que el párpado sano le temblaba ligeramente—. Luis murió ahí mismo; a Julio lo recogió la ambulancia aún con vida, pero murió también antes de llegar al hospital, según me informaron los camilleros. Luis tenía diecisiete años, Julio estaba por cumplir quince. Tenían toda la vida por delante y se murieron... —Volvió a callar y se tocó el brazo herido con la mano derecha—. Martha se fracturó una clavícula y sufrió varios golpes en el rostro, pero está fuera de peligro. Ella se quedó en Cancún para recibir los cadáveres y traerlos a la ciudad. No debe tardar... Yo me adelanté para arreglar lo del velorio y el sepelio, que será mañana en el Panteón Francés, a las once. Les agradezco su presencia... Sé que mis mucha-

chos tenían muchos amigos, y que eran muy queridos por todos ustedes –añadió mientras volteaba a ver a unos veinte o veinticinco adolescentes que se habían reunido a un lado de la tarima, y entre los cuales estaba Sonia–. Les agradezco su presencia, a todos. Gracias, gracias, gracias...

El hombre bajó de la tarima. Una mujer le tendió la mano y lo condujo al sillón del que se había levantado hacía un rato.

No dejaba de llegar gente a la sala. El olor de los nardos y el calor cada vez más intenso creaban un ambiente irrespirable. Me asomé a la ventana para tomar un poco de aire fresco; luego le dije a Laura:

–Creo que tengo que salir un momento.

–Sí –dijo ella, y se recargó contra la pared–. Aquí te espero.

Me abrí paso entre la multitud, crucé la puerta y me dirigí al baño. Oriné, me eché agua en la cara y me acomodé el cabello. El baño de aquella funeraria lucía impecable, como el de un restaurante o un hotel de lujo. Salí al recibidor. Individuos de traje y corbata negra, mujeres con anteojos negros,

«En el momento en que me acercaba otra vez a la ventana, me percaté de que el hombre con el ojo entrecerrado y el brazo en cabestrillo se ponía de pie y caminaba nuevamente hacia la tarima. Estiré el cuello para verlo mejor.»

jóvenes llorosos seguían arribando al lugar. A lo lejos vi a unos conocidos. Eran los papás de unos compañeros de mi hija con los que había cruzado algunas palabras en distintas ocasiones: mientras hacíamos cola para pagar la colegiatura, durante una ceremonia de fin de cursos... Sin embargo, no hice ningún intento de saludarlos. Entré otra vez en la sala. Llegué con dificultades hasta donde estaba Laura. Dije:

–Ya no cabemos aquí.

–Todo esto es terrible –dijo Laura.

Miré mi reloj: eran las nueve y cuarto. Recordé que estaba citado a una junta el día siguiente, muy temprano. Demasiado temprano. Eso no me gustó nada. Voltee a ver a Laura. Movía los labios en silencio. Sin duda estaba rezando.

Los nardos, el calor y la cercanía de tantos cuerpos sudorosos habían generado ya un vaporcillo nauseabundo que impregnaba mi nariz. En el momento en que me acercaba otra vez a la ventana, me percaté de que el hombre con el ojo entrecerrado y el brazo en cabestrillo se ponía de pie y caminaba nuevamente hacia la tarima. Estiré el cuello para verlo mejor.

El hombre se subió a la tarima, se plantó frente a la multitud y empezó a decir:

–Martha, los muchachos y yo ya íbamos de regreso a Cancún. Habíamos estado en Chichen Itzá desde el mediodía. Los muchachos venían dormidos en el asiento de atrás de la camioneta...

Me concentré en él, en sus facciones, en sus gestos, en sus movimientos, pero sobre todo en sus palabras, en el modo de pronunciarlas una tras otra con el mismo tono de voz potente y claro de la primera vez (o por lo menos, de lo que yo pensaba que había sido la primera vez).

Pronto me di cuenta de que lo que decía no lo decía tanto para la gente presente en esa sala atestada como para él mismo. De alguna manera se puede decir que lo que decía –lo que repetía– lo decía –lo repetía– para tratar de entender lo que había sucedido, lo que estaba sucediendo, lo que sucedería de ahora en adelante.

–Oh, Dios... –dijo Laura, y me abrazó.

© Roberto Gutiérrez Alcalá

El autor:

Roberto Gutiérrez Alcalá (31 de octubre de 1961, ciudad de México). Tiene un libro publicado: *La vida y sus razones* (Editorial Aldus, 1994), y otras dos obras aún inéditas: *El corrector de estilo* e *Inventiones a dos manos*.

CIEN DONCELLAS

por Federico Rodríguez Sluismans

Recordad, señores, que hubo tiempos no muy lejanos en los que el oro andalusí brillaba al sol menos que su cultura... Recordad, nobles cristianos, que nuestra medicina ha sanado sus dolencias mejor que vuestros oscuros remedios fermentados. ¿Y qué me decís sobre la matemática, la astronomía, sobre el conocimiento profundo de las leyes del universo?

Poco podéis responder, vosotros, que todavía creéis que el cielo caerá sobre vuestras mezquinas testuces con los primeros truenos de una tormenta. Vosotros, que hacéis del sudor un aroma de seducción; que vestís con tanto cuero remachado que, de tirar de un carromato, se os confundiría con bestias de carga; que construís moradas de piedra, tan oscuras y angostas, como cuevas... ¿Creéis realmente que vuestras doncellas no apreciarán nuestro refinamiento, nuestro gusto exquisito por vivir?

Si hasta nuestras armas son diferentes, ligeras y afiladas alfanjes frente a grandes mandobles cristianos, ¿por qué no habría de serlo también el trato hacia la fragilidad de la mujer? El galanteo andalusí, señores, no fuerza el amor... A diferencia del cristiano, que tras la primera prenda ofrecida galopa por desiertos de pasión, el caballero andalusí crea oasis que explora sin prisas, en los que disfruta contemplar el reflejo de su rostro, y hasta el de las mismas estrellas del cielo, en la superficie de sus aguas. Decidme, pues, ¿quién son los bárbaros?

Contestad ahora, ¿qué os impidió cumplir con el tributo? Si nuestros antecesores confiaban en el honor mutuo, y Abderramán I ayudó a Mauregato a tomar la corona del reino de Asturias, no podéis culparnos de que sus propios vasallos acabaran con su vida cinco años después... porque la deuda permanece, pero no así vuestro honor. Nunca entregaron las cien doncellas como pago a nuestros servicios. Cien jóvenes cristianas que Bermudo I postergó pagando con oro, y después Alfonso II, que negó todo tributo...

«Si hasta nuestras armas son diferentes, ligeras y afiladas alfanjes frente a grandes mandobles cristianos, ¿por qué no habría de serlo también el trato hacia la fragilidad de la mujer?»

Recordad que el califato de Córdoba es el reino más poderoso de toda la península, que las razias que asolan vuestras aldeas en cada verano son poca cosa comparadas con una conquista. Y un reino bien vale cien doncellas, que ni siquiera deben ser todas de ilustre cuna; pues nuestro Emir Abu l-Mutarráf Abd ar-Rahmán ibn al-Hakam, Abderramán II como vosotros le llamáis, se contenta con cincuenta nobles y otras cincuenta plebeyas. ¿Por qué vuestro rey Ramiro persiste en agotar la paciencia y generosidad de aquel que Alá escogió para llevarnos a la gloria?

¿Acaso no sabéis que las doncellas de Simancas satisfacen su destino? Y aunque pretendan hacernos creer que fueron atacadas por unos bandidos, y que escandalizados de que pudieran acariciar a nobles moriscos les cortaron las manos; nosotros no ignoramos la ferocidad del cristiano, que son crueles incluso con los de su sangre.

¿Dónde se perdió vuestro dios, que os abandona a la inconsciencia del instinto? Descubro, maravillado, cuánto significado tiene nuestra guerra santa contra el infiel. ¡Estas tierras necesitan tanto de nosotros! Pues, ¿qué queda de venerable en vuestras vidas? Nada, no hay pureza ni santidad. No tenéis luz ni conocimiento, ni poesía, ni ninguna otra disciplina que os guíe hacia la felicidad...

¿Pero por qué no dejáis de reír? ¿Acaso podréis mantener la burla cuando vuestras cabezas descansen ensartadas en estacas?

Sois tan predecibles, siempre embistiendo de frente, en un solo grupo, para que el ataque no pierda contundencia. Creéis que la victoria se gana por número de jinetes, sin tener en cuenta que nuestros caballos son mejores, que en todo el mundo no los hay más ágiles y veloces. Y presumís que las batallas se ganan por la fuerza de los brazos, y no con un poco de astucia y estrategia.

Y ahora que estáis atacando descubris con estupor que no somos tan pocos como os han informado. Sí, soy capaz de sentir vuestro miedo. Ahora que veis una polvareda que se levanta por cada flanco, que vuela hacia vosotros con la ira de Alá; decidme... ¿es como un frío que se enrosca en la espalda?

Sin duda, os habréis dado cuenta de que no es una opción la idea de dar media vuelta y buscar refugio en lo alto de la colina que vosotros llamáis Laturce. Por más atractivo que parezca lo contrario, es más honroso morir en combate que diezmado en retirada. Bien, bien. No esperaba menos de un séquito real.

No habrá clemencia. En el tiempo que se tomen cualquiera de vuestros valientes en alzar la espada, tres de mis mártires le habrán desmembrado de toda extremidad superior. Porque sin brazos y sin cabeza es como realmente deberíais estar, para ser justos con vuestra auténtica naturaleza.

¡Oh, pero qué es lo que veo! Un jinete solitario galopa hacia la batalla... Umh... No han comprendido todavía el significado de mártir. Únicamente les supondrá una muerte más, sin rendimiento ni beneficio. En mi tierra, la carrera de ese caballero cristiano se tacharía de estupidez. ¿De dónde habrá venido, por qué nadie le ha visto llegar?

«¡Oh, pero qué es lo que veo! Un jinete solitario galopa hacia la batalla... Umh... No han comprendido todavía el significado de mártir. Únicamente les supondrá una muerte más, sin rendimiento ni beneficio.»

No es del ejército, pues cabalga en un magnífico corcel blanco y no viste uniforme, y el pendón que luce en su lanza, una cruz roja, tampoco es el emblema del rey Ramiro. ¿Por qué no lleva ninguna protección? Es como si no tuviera miedo a morir, como si creyera que no puede morir. ¡Y cómo corre! Parece volar sobre una nube.

Veamos cómo acaba. Puede que sorprenda a unos pocos, pero sin duda caerá ante las armas de mis leales. No... no lo entiendo, el corcel parece encabritado, relincha sobre sus cuartos traseros, pero no veo caer al caballero. Mis hombres sucumben

bajo el resplandor de esa espada maldita... Va dejando un reguero de sangre a su paso, y amenaza, él solito..., con acabar con todo el flanco izquierdo de mis tropas.

¿Pero es que no tengo lanceros? Sí, pero están combatiendo en primera línea contra las fuerzas cristianas... ¿Pero es que mis capitanes no se están dando cuenta... de que están siendo exterminados... por... ¡un solo hombre!? Si no alcanzan al caballero cristiano... ¡que ataquen al caballo! Ya desmontado no tendrá ni tanta fuerza ni tanta arrogancia... Voy a empezar a gritar en cualquier momento... Bffff.

—¡Señor, señor! ¡Noticias del campo de batalla! Al grito cristiano de «Santiago y cierra España» ha surgido un demonio de rostro muy dulce que nos bendice antes de matar... Los cristianos no dejan de gritar su nombre y nuestros hombres no paran de morir...

¿Todo esto por cien doncellas?

—¿Señor, señor?

...Por cien vírgenes, que tampoco importaba demasiado que no lo fueran...

—¿Qué hacemos, señor?

© Federico Rodríguez Sluismans

El autor:

Federico Rodríguez Sluismans. (Asunción, Paraguay, 1969). Ha escrito unos 70 cuentos, de temática y extensión variada, y 2 novelas (una de fantasía y otra histórica). Todo inédito. <http://federos1969.blogspot.com>

RONALDO *

por Salvador Alario Bataller

Ronaldo Jiménez, de nombre de guerra *Rony*, se levantó tarde, pasadas las dos, como todos los días. Todavía en la inopia se fue al cuarto de baño, si bien comenzaba a anticipar, con cierta fruición, el fin de semana que tenía por delante.

Se lavó la cara mientras recordaba con disgusto la semana que acababa de finalizar y maldijo, como de costumbre, los cuatro despojos que constituían el naufragio de su vida, una situación penosa que temía no fuera a cambiar: odiaba aquel trabajo de mensajero, las cuatro perras que ganaba, odiaba a su jefe que era un hijo de puta, que le ponía taquicárdico y ante el cual se quedaba en blanco, sudándole las manos y sin apenas salirle la voz como una nenaza; odiaba a las tías y a los tíos, que eran basura, a la sociedad que era una mierda y a sus padres que eran unos putos rancios. Lo odiaba todo y le importaba un comino que el mundo se fuera al garete. También se odiaba a sí mismo, sentimiento que trataba de sobrellevar con farlopa, pastillamen y cubatas: era un don nadie, un pringado, que había venido a este mundo para que le dieran por el saco, para andar siempre jodido. No obstante, había cierta vidilla en los sábados y se alegraba de que ese día mismo lo fuera, porque los fines de semana representaban los únicos momentos llevaderos de su vida mala, sobre todo si conseguía pegar un casquete. A veces la cosa se mediaba en las discotecas, pero ya no era el de antes, se encontraba hecho polvo y la herramienta no le respondía como debiera. Como último recurso siempre estaban las guarrindongas. Pero ahí también comenzaba a tener dificultades. Con unas cosas y otras, la verga se le estaba muriendo. Ni el viagra le servía.

No pudo evitar cierto desagrado por su imagen ante el espejo: aquel rostro seco, aquellos ojitos de ratón que apenas brillaban en el fondo de unas cuencas demasiado grandes y alteradas por el vicio, aquella nariz de monigote, aquella boca de pez, sin labios casi y, sobre todo, aquel pelo crespo y rojo, le dijeron la amarga verdad de que el reflejo era más un caricatura que un hombre. Tanto le fastidiaba aquella mata rubicunda e hirsuta, que había pensado en raparse la pelota. Ni siquiera tenía una buena polla. Eso también se lo debía a los viejos, era cosa de genética, toda esa mierda de la que ahora se hablaba tanto por la televisión, lo de las ovejas, las enfermedades hereditarias, el genoma y la madre que lo parió.

«Se lavó la cara mientras recordaba con disgusto la semana que acababa de finalizar y maldijo, como de costumbre, los cuatro despojos que constituían el naufragio de su vida, una situación penosa que temía no fuera a cambiar.»

Se duchó, sintiendo que el agua tibia le relajaba y atemperaba su malcontento. Después se peinó cuidadosamente, utilizando gomina, hacia atrás, a fin de aplacar el brío de la masa estropajosa y pincha. Afeitó los cuatro pelos de su barba lampiña y, ahora, un nuevo examen de su «look» le disgustó menos, si bien no le dispensó un veredicto favorable: de todos modos lo que allí veía era un tío de mierda, un piltrafilla.

Enfundado en su albornoz salió al comedor y se comió, refunfuñando y cagándose en todo, las lentejas que su madre dejara para él. Los viejos habían salido, como todos los sábados por la tarde, a casa de sus tíos. Valían lo que su pensión, parte de la cual «secuestraba» (le gustaba la palabra) para sus vicios. Al fin de cuentas su padre era funcionario del estado, se había pasado la vida chupando del bote, tocándose los huevos, y ahora le correspondía a él amorrarse a la teta. Los tenía bien enseñados, apenas protestaban ya, porque sabían que tenía muy mala leche y que, con un cabreo de los suyos, podía romper toda la casa. Ya lo hizo una vez y fue suficiente. También les había levantado la mano y el dejarla caer podía llegar cualquier día. Desde entonces le entregaban religiosamente

* Salvador Alario Bataller (2001): *Historias de amor, dolor y sexroll (cinco historias de sexo avieso)*, Lulu.com, Raleigh, USA

setenta talegos. Ellos con la otra mitad tenían más que suficiente porque, al fin y al cabo, no hacían más que comer, dormir, cagar, pasear y visitar religiosamente todas las semanas a aquellos tíos que él hacía años que no veía. Comiendo se tomó dos tercios y después se fumó un porrito. Eso le relajaba un poco. Fue a su habitación, abrió el armario y se puso unos pantalones lavados y botas de deporte. Se colgó una camiseta roja, encima de la cual dejó caer la chupa de cuero. Así vestido, tenía un pase. Incluso su pelo engominado lucía aceptable y para sentirse más tolerable se tomó dos coñacs dobles con el café que calentó en el microondas.

Sintió nuevamente aquella punzada de soledad. Cuando era un muchachito al menos tenía amigos, con los que fumaba cigarrillos americanos en las sombras del parque. Después vendría el costo, la farlopa y el caballo. Con ellos tomó el primer trago en la taberna de Santi; además, se pajeaban en el cine, engullidos por la oscuridad del gallinero, ante cualquier imagen femenina que escupiese la pantalla y cuando había ocasión se ocultaban entre en los árboles del parque, espiando a los afortunados que se pegaban el lote. Normalmente no veían más que bultos confusos y oían, a veces, susurros imprecisos y algún chillido arrancado al placer, algún gemido o una palabra sucia, suficiente para meneársela como monos. Era una pasada.

Todos sus amigos habían muerto por las drogas o por el SIDA. En la actualidad solamente tenía compañeros de trabajo o esporádicos colegas de farra. Sin quererlo pensó nuevamente en el trabajo, al que volvería el lunes inevitablemente, y sintió un subidón de angustia. Aquello no era normal puesto que no se consideraba un cobarde, sino que algo no funcionaba bien en su cabeza. Ya de niño tartamudeaba en el colegio y recibía las burlas de sus compañeros, por lo que anduvo pronto escondiéndose, ocupando los recovecos más desoladores de la soledad y del anonimato. Eso era preferible al desprecio y al agujón del rechazo. Dos buenos tragos y un par de rayas le quitarían aquella mierda de la chola. Sacó una papelina y después se tomó otro coñac.

«Recordó, joder, la primera vez que se vino abajo... De eso hacía más de seis meses. Entonces pensó que se trataba de algo pasajero, algo que le podía suceder a cualquiera y que, poco a poco, se recuperaría.»

Recordó con tristeza su pasada sexualidad, era un atleta del sexo. Ahora estaba quemado e iba claramente de capa caída. Entonces estaba más fresco, menos hecho polvo por la mala vida. Sin embargo, aún no tenía los cuarenta, era un poco carroza, pero la edad no justificaba aquel bajón exagerado. Sí, estaba haciendo perla con tanta droga. Ni las putas pastillitas azules conseguían animarle.

Recordó, joder, la primera vez que se vino abajo... De eso hacía más de seis meses. Entonces pensó que se trataba de algo pasajero, algo que le podía suceder a cualquiera y que, poco a poco,

se recuperaría. Antes era una máquina, siempre dispuesto, cayese lo que cayese; lo importante era el higo no la higuera. Un hombre cabal debía estar siempre dispuesto, trempar rápido y cabalgar como los garañones. Aquella noche funesta había comido como un puerco, bebido más que un pirata y llevaba no se acordaba cuantas pastillas en la barriga. También estaba muy estresado por el curro y se sentía más débil y cansado de lo normal. Pensó entonces que el problema podría deberse a la falta de vitaminas (eso se lo dijo un colega). La cosa fue que, por mucho que lo desease, no se empalmaba y sus amigos, afuera en el coche, viéndole encima de aquella chica fea, se reían y él se ponía cada vez nervioso. Después intentó justificarse diciéndoles que la guarra era un callo, que no se sentía motivado, pero la realidad fue que no pudo. Posteriormente evitó las pocas ocasiones que se le presentaron. Estaba demasiado ansioso y no quiso meterse en camisa de once varas. Posteriormente alguna vez le salió bien, pero ya no tenía la seguridad de antes. Continuaba pensando que las vitaminas andaban por medio, decidiendo ir a la farmacia y comprar algún complejo vitamínico. Aunque se tomó quilos de las malditas vitaminas, nada se modificó. Siguió sintiéndose igual de inseguro y los gatillazos se multiplicaron.

Cogió el ascensor y después de atravesar el patio sórdido y mal iluminado de la finca en que vivía, empujó la puerta de entrada y salió a la calle. Se cruzó con un vecino al que no devolvió el saludo. Bajo un soportal una pareja se magreaba y él sintió ganas de vomitar. Todas las tías eran unas guarrras. Sintió vértigo, las sienas le hervían. Le pasaba siempre lo mismo cuando veía a gente feliz, lo

que él no tenía. Se sentía rabioso y después deseaba hacer daño, matar a alguien. No obstante le faltaban arrestos para dar ese paso. Tenía muchos sueños relativos, pero carecía de redaños.

No podía arrancarse de la cabeza el deterioro de su virilidad. Se estaba quedando impotente, ya no funcionaba ni con las putas. Le había ocurrido dos veces en el último mes. Se agobiaba e inmediatamente se le arrugaba, pegando el gatillazo. Siempre que iba a hacerlo pensaba en lo mismo y lo mismo acababa produciéndose. Estaba convencido de que, en cada ocasión, el fracaso volvería a repetirse. Experimentaba tanta ansiedad que últimamente evitaba hasta mirar a las chicas. Igual tendría que decir adiós al sexo, pero con ello no le quedaría apenas nada en la vida. Bueno sí, las pajas, pero incluso eso se estaba cargando de angustia.

Ya casi no servía para nada. En realidad era un fracasado desde hacía mucho tiempo. En su momento, sus padres le instaron a que estudiase una carrera. No se sintió capaz, pero ante todo era vago. Ahora, ni tan siquiera tenía un trabajo estable. Entre el paro y algún contrato basura, más la «colaboración» del viejo, y algo de camelleo, podía ir tirando por lo menos durante el tiempo en que los carcamales vivieran. Después ya se vería.

Se fue alejando cada vez más de su barrio, acelerando el paso. Su rumbo era un lugar cualquiera, donde nadie le conociera. Tomaría un lingotazo en algún bareto y después improvisaría cualquier cosa para proseguir la noche.

Pasó por la zona residencial, donde había jardines frondosos y cuidados, hermosas arboledas y grandes edificios con porteros en los patios, tiendas de ropa cara, con grandes escaparates, placas en las paredes anunciando médicos, arquitectos y abogados, y se sintió todavía más abrumado e ínfimo.

Había magníficas cafeterías, donde la gente tomaba copas o merendaba, tipos henchidos de soberbia y de dinero. Aquellos puercos se atiboraban en restaurantes de lujo, algo que a él le estaba vetado. Se hundió más aún en su poquedad.

Albergaba un doble sentimiento, le maravillaba estar en los barrios opulentos (oliendo el aroma de una vida prohibida e inalcanzable) y le perturbaba a un tiempo. Ese mismo sentimiento de inadecuación y zozobra le empujaba a salir de allí, para buscar un barrio más en consonancia, pero también le daba ganas de beber. Había una cafetería, cerca, a mano, con una gran puerta de cristal, encuadrada en dos columnas clásicas. Arriba, en un lujoso letrero, se leía Don Jaque. Tenía que beber algo contundente, que le animase un tanto, sin demorarle en aquel sitio donde no cuadraba.

«Ya casi no servía para nada. En realidad era un fracasado desde hacía mucho tiempo. En su momento, sus padres le instaron a que estudiase una carrera. No se sintió capaz, pero ante todo era vago.»

Entró, pidió un chupito de *Ballantines* y se lo tomó de golpe, porque tenía la impresión de que toda aquella gente elegante le observaba y el hombre que le había servido, un camarero pulcro, con pajarita, de aspecto relamido, lo había hecho mirándole de arriba abajo con un mohín displicente. Se apresuró a salir, la sangre hirviéndole en las venas, deseando que todo aquello saltase por los aires, que un incendio lo devastase todo.

En el campo de fútbol, sin embargo, se sintió bastante a gusto y, además, su equipo ganó. Era uno más entre la multitud, tenía una razón para estar allí, era un buen hinch, algo que le unía a toda aquella masa vociferante. Allí se sentía alguien, ni más ni menos que los otros; eran colegas.

Una hora después, la humillación y la rabia casi las había olvidado. Sin rumbo fijo fue paseando lentamente por la avenida, llena de gente a aquellas horas, en dirección norte, decidiendo qué hacer. No le apetecía ya ir a una discoteca, no se sentía bastante animado. Ni las tres rayas de coca que acababa de hacerse en un antro le estaban animando lo suficiente para arrancar. De todas formas, era siempre lo mismo. Tenía que hacer algo fuerte, pero no sabía qué. Entonces, ese vacío que sentía le trajo a la mente aquello con que se masturbaba desde hacía más de veinte años. Eso sí lo haría, si pudiese, pero no veía la ocasión.

Las fantasías secretas le empujaron calle abajo. Después de dos manzanas estaban los garitos de las putas. Sacó su cartera, le quedaban veinticinco mil pesetas, más que suficiente para pasar el resto de

la noche. Pero el recuerdo de la última vez le paralizó. Se sentó en un banco que tenía cerca y encendió un pitillo, considerando que lo mejor sería irse lejos y pasar el tiempo en otra cosa.

Cuando entró, la mujer estaba sentada al final de la barra e inmediatamente se acercó, sonriéndole. Le habló con gran desparpajo, como si le conociera de toda la vida. El tugurio estaba tan oscuro y solitario como aquella noche perra. A su izquierda, en un rincón, una guarra magreaba a un viejo obeso, con pinta de borracho empedernido.

Mientras la chica le calentaba el oído, no dejaba de pensar en sus dificultades eréctiles. Comenzó a abrumarse nuevamente. Tal vez ahora tampoco empalmase. Aquel peso en el pecho le estaba matando; comenzaba a marearse y se apresuró a pedir una copa. Ella apretó su cuerpo contra el suyo, diciéndole las mismas estupideces que contaría a cualquiera. Tenía el cuerpo duro, unas buenas tetas y en general estaba bastante buena. Le dijo que era muy callado, que todos los calladitos eran chicos malos, pero que eso le gustaba porque los tipos modosos resultaban después los más cachondos.

Ella le preguntó a que se dedicaba y él le dijo que era profesor, como su padre, pero dudaba que ella le hubiera creído. Era lo propio, tampoco la chica se llamaba Vanesa, pero eso no tenía ninguna importancia. Lo que buscaba era pasar un rato y ella hacer su servicio y cobrarlo.

Con la segunda copa Rony se fue animando y le invitó a ella un nuevo benjamín. El era quien pagaba, quien mandaba. Por eso, haría lo que le saliera del pijo. A la tercera copa, con la cartera bastante más vacía, no obstante se sintió completamente con el mando, pletórico de hombría.

Ella arrastraba las «eses» cuando pronunciaba su nombre, *Vanesssa*. Bajo la luz roja del club todo parecía diferente, se disimulaba. Tal vez se hubiese tragado aquello de que era profesor (la semipenumbra le disminuía el aspecto de «matao») y fuera un poco sincera al decir que tenía morbo.

Ella pegó fuertemente el bajo vientre a su cadera y él notó el coño aplastarse, ablandarse contra sus vaqueros y después le rozó levemente el paquete, de manera insinuante, con aquellas manos preciosas, ensortijadas, de largas uñas rojas. Le excitaban ese tipo de manos, algo fuertes, de dedos largos, de uñas largas y rojas.

«Con la segunda copa Rony se fue animando y le invitó a ella un nuevo benjamín. El era quien pagaba, quien mandaba. Por eso, haría lo que le saliera del pijo.»

Aunque se sentía mucho más relajado, tuvo un conato de duda cuando ella le dijo de subir. Presentía que lo mejor sería largarse, pero le encendía aquella cara de mamona, su boca grande y carnosa, que debería estar deliciosamente húmeda y caliente, como su lengua que a veces se insinuaba entre los dientes ebúrneos. Si se negaba, yéndose a otra parte, ella pensaría que era un cortado o un pampalinas o, peor todavía, un maricón, y esta posibilidad y el que Vanessa pareciera distinta de las demás, más amable, más cálida, hicieron que aceptase. Ya le enseñaría arriba lo que era un macho urbano.

La observó en silencio mientras se desnudaba. El cuarto no era más que un cuchitril con un catre de cuero granate que hacía de cama. La luz era también roja, pero más intensa que la del local, suficiente para permitir contemplar aquel culazo sobre las medias negras, los melones y la mata espesa y triangular de su sexo.

Tenía frío, de hecho hacía frío en aquella habitación, pero no dijo nada. Era raro, teniendo en cuenta el calentón que llevaba. Ella se magreaba los pechos y movía y removía la bocaza, sacando y moviendo la lengua roja, húmeda y grande, paseándola a derecha e izquierda entre los morrazos mamaros. Rony hizo un movimiento con el índice, indicando que se acercase. Ella lo hizo, sin dejar de lengüetear. Estaba potente con aquellas medias negras, con aquellos muslos preciosos, como torres sobre sus altos tacones. Le sacaba casi un palmo y eso le encantó; le ponían las tías grandes.

Eso, una buena mamada primero y después, al tajo. Ella engulló el miembro como el pez al gusano, todo, sin dificultad y Rony comenzó a agobiarse, a sentir una sensación rara, como un hormigueo, en el pene. Aquella boca era demasiado grande, demasiado cálida y jugosa, yendo y viniendo, pegándose a su cuerpo como si formara parte de él, succionando de maravilla, demasiado bien, demasiado rápido. En una nueva acometida se tragó las bolas y, un segundo después, se estaba yendo. No había durado nada, se había corrido con un quejido, sin tenerla dura del todo. Le derrotó pensar

además que ella pensaría que la tenía pequeña. El orgasmo, tal como estaba, a parir, fue flojo, aunque sí notó la eyaculación. Ella se había quedado arrodillada, escupiendo el semen en un clínex y él, sin esperar a que dijese algo, se subió la cremallera y salió precipitadamente.

En la calle caminó un buen rato, hasta que se detuvo en la oscuridad de un soportal. Se sentía de pena y se hubiese pegado un tiro si hubiese tenido una pipa a mano. Ya casi no era un hombre. Decidió ir a una zona más iluminada, aquel barrio viejo y sombrío le aplastaba por entero.

Mientras avanzaba, a través de una zona populosa y respetable, tenía todavía la cara ardiendo, temiendo que el cuerpo se le fuese a desmadejar a causa del tembleque. Cuando sintió que no podía más se detuvo y se apoyó en una pared, tratando de respirar hondo y lento.

–Qué, ¿dando una vuelta?

Rony titubeó intentando hacerse con la situación.

–Vas muy arreglado tú, seguro que andas de picos pardos.

Una risita de niña ¿Qué era aquello?

Movió la cabeza en dirección al lugar de donde provenía la voz y miró con ojos lelos. Apenas se había repuesto de la conmoción cuando aquella voz conocida le devolvió a la realidad. Se le nublabla la vista, la sangre le golpeaba en las sienes y tenía la boca seca, como un estropajo. Estaba convencido que no podría hablar.

Su hermana continuaba hablándole que le agradecería enormemente cierto favor que podría hacerle. El, sin enterarse de la misa a la mitad, abatido y más allá que acá, no respondió, aunque ya podía tragar saliva.

–Si te quedas esta noche con la niña, yo podría salir con un hombre que he conocido. Bueno, podemos decir que es mi novio. Venga, Rony, hazme ese favor, haz eso por mí.

El dejó caer la cabeza exhausto. Todavía no sabía ni dónde estaba ni qué hora era, pero la angustia iba cediendo. Pensó que en casa de su hermana podría tomar unos tragos y se sentiría mejor. Después notó que una mano le jalaba y le hacía caminar, que la voz de su hermana le preguntaba si estaba bien y que él asentía.

«Su hermana continuaba hablándole que le agradecería enormemente cierto favor que podría hacerle. El, sin enterarse de la misa a la mitad, abatido y más allá que acá, no respondió, aunque ya podía tragar saliva.»

–Claro, te habrás pasado con los porros. Ahora en casa cenas algo y te acuestas. Eso te dejará como nuevo. Yo volveré a la mañana siguiente.

Le atormentó los oídos con una retahíla de la que entendió la mitad, aunque el paseo y el fresco de la noche le fueron aclarando la cabeza. Se sentía un tanto mejor, aunque no dijo nada, dejándose llevar por su hermana.

Ahora ella le decía que le daría un tranquilizante y que, después de acostar a la niña, lo mejor que podría hacer era lo mismo, eso sí, tomándose aquella pastillita que era mano de santo.

–Dale un vaso de leche con cola-caó y galletas, y que se acueste en seguida. Yo tengo que salir. Es muy importante que salga hoy, a lo mejor consigo un trabajo. Mi novio trabaja en la radio y me ha prometido hacer algo. Es una bendición del cielo que te haya encontrado.

El pensó que también era una bendición comer algo y tomar una copa para acabar de relajarse. Aunque mejor, se sentía bastante mal todavía. Haría lo que su hermana sugería, pese a que quedarse solo con aquella cría le daba mala espina. Siempre le había dado mal rollo. No tenía dudas, la bicha era una guarrilla, como suelen serlo hoy en día, pues aprenden de sus madres, van demasiado sueltas, sobre todo niñas como aquella, de padres separados, que tienen madres cachondas, que ven demasiados fulanos dormir en su casa. Su hermana era una puta más del gran corral de cerdas que veía cada día con solo poner un pie en la calle. Odiaba al género humano, a las mujeres y, sobre todo, a los niños.

Hubo un tiempo en que no se la quitaba de encima, un año atrás aproximadamente, siempre le andaba sobando, hasta el punto que tuvo que reducir las visitas. La cosa le dio miedo. Pero ahora le importaba un bledo todo, porque ya no servía, más aún aquella noche en que se encontraba tan desalentado, tan deprimido.

Entraron en uno de esos ascensores antiguos, sin puerta de seguridad. La finca donde vivía Ana era una mierda, otra vez más en el conjunto de excrementos que contemplaba cada día, cajas de cerillas donde se hacinaba la basca. Ella pulso el piso séptimo. Después entraron en su apartamento ruinoso, que necesitaba una mano de pintura urgentemente, con sus muebles baratos y que, a lo sumo, tendría unos cincuenta metros cuadrados.

Al minuto de cerrar Ana la puerta a sus espaldas, aporrearon el timbre desde abajo. Ella corrió al telefonillo y estuvo hablando brevemente. Regresó diciendo que era el maromo, que tenía que irse.

–Ya sabes, hazle la leche a la cría y en mi mesita de noche encontraras pastillas para dormir.

–Yo no soy una cría –protestó su hija.

–También relajan... Ah, cielos, me voy. Besos. Gracias. Volveré mañana.

Muy acelerada cogió el bolso al vuelo y se precipitó puertas afuera. Cerró de un portazo y, a los segundos, se oyó, del otro lado, la llegada del ascensor.

Con desgana, Rony se fue a la habitación de su hermana. Sacó la cajetilla de hipnóticos y él, que no sabía mucho pero sí más que la guarra de su hermana, estaba informado de que los hipnóticos hacían dormir porque, en principio, tenían un efecto relajante.

«No recordaba qué edad tendría, nueve quizás ocho, diez como mucho, pero estaba mayor y muy bien formada; era guapa, la cochinita. Sí, lo había leído en alguna parte, hoy ya nacían putas.»

En la cocina llenó un vaso de agua y se tomó una. Al pasar por la salita comprobó que la niña estaba viendo una cinta de vídeo de dibujos animados. Debería ser eso, porque a aquellas horas no había programación infantil.

–Ahora te haré la leche.

–Vale –respondió ella sin apartar la vista del televisor.

La cocina era vieja y cochambrosa, de esas de pequeños ladrillos blancos, con pilas de piedra, profundas, en las que se podía casi meter medio brazo, con cañerías de plomo a la vista en las

paredes, cien veces remendadas. Entonces pensó en aquello y le apeteció mogollón beber algo. Del mueble bar sacó una botella de ginebra, la que mezcló con el contenido de un bote de coca-cola que sacó de la nevera. Mientras bebía el cubata, miraba de soslayo a la cría. Comenzó a sentirse raro. Aunque se encontraba un poco borracho, se le unía en el corazón la excitación, la vergüenza y el miedo. La excitación, sin embargo, comenzó a imponerse.

No recordaba qué edad tendría, nueve quizás ocho, diez como mucho, pero estaba mayor y muy bien formada; era guapa, la cochinita. Sí, lo había leído en alguna parte, hoy ya nacían putas. Eso lo llevaban dentro, era genético. Ya no era tan niña, sin embargo, si uno la miraba bien: los pequeños bultitos que marcaban en el pijama las incipientes tetillas, aquellas puntitas que le ponían tan cachondo; y tenía un buen culo para su edad, aunque el coño lo tuviera, de todo punto, pelón. Tenía el pelo largo y lacio, castaño claro, una cara de muñeca traviesa, con una boquita de piñón y aquella vocecita de mosquita muerta, como si nunca hubiera roto un plato. El la conocía bien, sabía que no era inocente.

Vertió la leche en el vaso, mezclándolo con el Colacao. Después dejó caer tres pastillas, removiéndolo todo cuidadosamente. Hecho esto, le llevó el vaso humeante, aconsejándole que removiera el contenido con la cucharilla de vez en cuando, para que se mezclase bien. Ella se lo fue tomando poco a poco y él se sentó a su lado, bebiendo la copa, sin decir nada, la mirada puesta en Dumbo, que era lo que daba el televisor. Ella mojaba galletas y, de vez en vez, bebía pequeños sorbos, removiendo también el contenido con la cucharilla. Bien, pensó él, aquello marchaba. Notaba que ella le miraba de reojo algunas veces, picaruela.

–Te lo acabas y a dormir –dijo él.

–Ay, calla, déjame terminar la peli.

Él no contestó. Encendió un pitillo, hirviéndole la imaginación. La golfilla aquella siempre le andaba provocando. Cuando su hermana se separó, a instancias de sus viejos, fue a pasar unos meses con ella, por aquello de apoyarla, de ayudarla a superar el trauma, a salir del bache. En aquellos tiempos su hermana salía mucho, más que ahora, se había soltado el pelo y se cepillaba a cuantos tíos le viniese en gana. Él se quedaba siempre a solas con aquella cría procaz. No podía ser de otra manera; uno es lo que mama y ella mamaba los gritos y los orgasmos en la habitación de al lado, en las juergas de su madre con sus sucesivos líos que llevaba a casa sin el menor pudor.

Al principio él, que pasaba de todo, se había sentido muy sorprendido. Ella le provocaba continuamente, yéndole detrás siempre que se iba a mear, mirándole la polla fijamente, hasta que se la enseñó erecta y escapó del cuarto de baño, entre grititos y risitas significativas. Después, entraba siempre que él se estaba duchando, sentándose en la tapa de la taza, demorándose en su rabo, mirándolo golosamente, como cuando jugaba al chupa-chup con su dedo, lo que le ponía a mil. Le decía siempre que quería algo más grande, pero él no se atrevió nunca a dar ese paso. Era demasiado fuerte. Luego comenzó a enseñarle el culín y el chochete. Pensó que aquello podría ser un juego normal de la edad, pero lo dudaba: estaba demasiado avanzada, había cosas demasiado claras, era demasiado descarada. Un día, así por las buenas, le metió mano e intentó bajarle la bragueta. Fue entonces cuando decidió huir, esa era la palabra precisa. Le dijo a su hermana que ya tenía bastantes tíos en casa, por lo cual él sobraba. Pero la verdad radicaba en que temía pasar el límite, perder el control. Sí, lo había leído en algún libro, hoy en día nacían zorras y si no, acababan aprendiéndolo pronto de sus madres.

Nada bueno podía salir de allí, con aquella madre que era una guarra, que perdía el culo por el primer mamarracho de turno, como aquella noche, cuando el tío aquel había llamado al timbre desde el portal. Se la follaría unas cuantas veces y la mandaría a tomar viento fresco. Su novio, le había dicho, menuda imbécil. Nada bueno podía generarse con dicho ejemplo: una vez vio a la bicha masturbarse, a sus siete años, y sabía perfectamente lo que se hacía y manifestaba tantas muestras de placer como una mujer hecha. Eso que los niños no tenían sexo, que eran angelitos, seres inocentes, era un bulo. Pensando en todo esto, asombrado, se dio cuenta que estaba empalmado como un caballo y que la niña comenzaba a cabecear en el sofá. La muy guarrilla le cayó sobre los muslos y él, la dejó dormir ahí, un cuarto de hora más.

«Lentamente, con cautela, tocó el culito por encima del pijama primero y, después, por debajo de la ropa. Era divina, nunca había sentido eso. Se sintió más excitado que nunca, como una moto; jamás antes había estado tan trempado.»

Lentamente, con cautela, tocó el culito por encima del pijama primero y, después, por debajo de la ropa. Era divina, nunca había sentido eso. Se sintió más excitado que nunca, como una moto; jamás antes había estado tan trempado. Se levantó, resoplando por la excitación y la dejó durmiendo boca abajo, todo lo larga que era, sobre el sofá. Fue a la cocina y se sirvió otra copa. Era un momento único, supremo: lo haría, al fin y al cabo era una golfilla y, además, nadie se iba a enterar. Seguía igual de erecto. Se la cogió fuerte, satisfecho, muy macho. El nabo le iba a reventar en los pantalones, joder. Tenía que aprovechar aquel momento alto.

Estaba verdaderamente alterado, pero ya no tenía casi miedo, ni mucho menos vergüenza; se hizo otro medio para empujarse y se sintió decidido. Había pasado la frontera y ahora se daría el gustazo. Era lo que más deseaba en el mundo, lo que había deseado siempre, aunque le costase reconocerlo.

Se sentó en el sofá y la llamó varias veces, bastante alto. Después la zarandeo. Ni se movió. Cojudo, estaba zombi. La tocó y ella no se agitó ni un ápice. Entonces la desnudó y estuvo unos minutos mirándola, toda, cada una de sus partes, con detenimiento. Estaba muy buena la muy puta, con aquel culo regordete y aquel chochito pelón, con su rajita rosada, como una línea perfecta casi entre los dos pequeños labios perfectos. Lo chupó enloquecido, suspirando, enajenándose por instantes ante aquel virginal sabor. Aquella carne suave, aquella piel tierna, le hacían resoplar como un toro. No se movía, ni pestañeaba apenas. A lo mejor se hacía la dormida, la muy guarra. Volvió a besar

aquellos sitios deliciosos, a chuparlos, a morderlos, a lamerlos, sobre todo el culito y aquel ojete pequeño que, sin embargo, se dilató sin ofrecer ninguna resistencia tragándose su dedo índice hasta los nudillos. Había lubricado el dedo con saliva, pero entraba y salía, como Pedro por su casa. Pensó que aquello entraba muy libre. Allí habían mojado antes. La muy puta. Ni se movió cuando le metió la polla, que penetró tan fácilmente como el dedo, pero se corrió apenas entró, eso sí, con un inmenso placer. Nunca antes había experimentado algo tan intenso, había sido la mejor corrida de su vida.

En aquellos momentos Rony no era plenamente consciente de su proceder; tal vez, tal como era, fuese refractario a obvias consideraciones morales y, en definitiva, pensó que aquella era una forma más de una de las leyes de la vida: las mujeres estaban, ante todo, para follar y seguro que a aquella guarrilla le habían dado por el culo; seguro que después sería más golfa que su madre, que para eso estaba. Él hacía lo que era natural y tal como lo hacía no causaba daño a nadie. Ella ni se había enterado y lo que no se siente no duele.

Después le puso el pijama y la acostó. Ni el mundo ni ella sabrían nada de su jodienda impune y enloquecedora. Después las cosas seguirían su curso, la vida no se detendría. Hubiese sido distinto de estar despierta y causarle perjuicio. Sin embargo, aunque todo siguiese igual, él retendría esa experiencia, la que no le abandonaría nunca.

«Nuevamente excitado, bajó el pantalón del pijama y se hundió una vez más en aquel agujerito maravilloso y se la metió hasta el fondo, reafirmando en que no era el primero que había estado allí, ni el segundo, ni tal vez el tercero...»

En su necedad casi absoluta y moral peculiar, no obstante Rony supo con certeza que solamente así podía ser un hombre, recuperar aquello tan importante y que parecía perdido, aunque fuera bajo la forma de una virilidad mutilada porque faltaba el consentimiento de la otra parte, la amante insomne, que nunca le vería como tal ni tendría una palabra de amor.

Nuevamente excitado, bajó el pantalón del pijama y se hundió una vez más en aquel agujerito maravilloso y se la metió hasta el fondo, reafirmando en que no era el primero que había estado allí, ni el segundo, ni tal vez el tercero... Le pegó unas buenas metidas, primero con delicadeza, después con arrebató. No se le movía ni una pestaña, pero a lo mejor se hacía la dormida,

la muy golfa. El éxtasis fue superior al primero, un orgasmo memorable. Fue consciente también de que en ello estribaba «su solución», que solamente así podía recuperar su virilidad y, en su parca inteligencia, comenzó a vislumbrar asimismo que tenía ante sí un camino difícil y posiblemente un gran problema.

Sin embargo, arrastrando aquel jadeo de satisfacción y la impregnación deliciosa que el orgasmo había dejado en todo su cuerpo, desde la cabeza a los pies, pero sobre todo en el bajo vientre, se acostó en su habitación, rememorando cada momento, cada centímetro de carne adorada, cada sensación turbadora, hasta que sorprendido vio que estaba erecto otra vez y no pudo evitar masturbarse. Aquello era demasiado, sin duda tendría que repetirlo.

A la mañana siguiente, desde la cama oyó a su hermana llegar y cómo entraba en la habitación de la cría. Estaba ya despierta y se la oía muy animada, muy contenta. Oyó claramente cómo le decía a su madre que había dormido de maravilla, como nunca.

Cuando se levantó y mientras estaba desayunando con ellas, hubiera jurado que la cerdita le miraba densamente y con arrebato... Sí, nacían putas.

© Salvador Alario Bataller

El autor:

Salvador Alario Bataller. El autor, de los diez finalistas del Premio Planeta de Novela de 1997 con *La conciencia de la bestia*, ha publicado más de una veintena de obras (novelas y cuentos) en Promolibro, Grafein Ediciones, Ediciones Lord Byron y lulu.com. Doctor en psicología por la Universidad de Valencia (España), de dedica a la clínica privada y, de vez en cuando, más por entretenimiento que por otra cosa, escribe. Blog: <http://salvadoralariobataller.blogspot.com>.

MAÑANA

por Lucía Lorenzo

Estos son los minutos. Los miran. Los cuentan. Los señalan. Traeme un libro. ¿Qué libro? Uno, el que sea. ¿Cualquiera? Sí. La espalda duda. Se mece frente a la biblioteca. Demora, se mece, demora. No hay libros, al parecer, en la biblioteca. Sólo estantes y minutos; estantes y minutos. Uno cualquiera, repite él. La mano choca contra uno. Lo elige por el color. Azul, ¿o rojo?, (recién era azul). Lo desempolva, lo refresca, le habla al oído, le da una orden mínima de consecución. Éste, dice y se lo entrega con cierta agonía, de la mano o del brazo, del centro cerebral que ya indica error (libro equivocado). Lo devolverá. Dirá que ya lo leyó. Que lo leyó ayer. ¿Ayer, martes? Sí, ayer martes. Pero si ayer fue lunes. Sólo ella va a reírse. Él la mirará de soslayo, odiándola un poco. Esa es la escena. Esos, los minutos.

La espalda ya está otra vez frente a la biblioteca. Demora, se mece, demora. Abrí la ventana, ordena él. Ella mira la ventana, a un costado, a quince pasos de donde está, y piensa en, precisamente, *ventanas*. La abre. Mira para afuera. Crecen los niños de golpe. Se estropean las cosas, los vestidos. Caen y se pudren los higos. El libro, dice él. Lo mira. Está acostado, tiene tres almohadas en la espalda, los brazos delgados, quietos, a los lados. Deja de mirarlo y vuelve a los estantes. Le da el azul (¿o el rojo?, ¿otra vez el rojo?). Lo hojea. Lo ve hojearlo. Pasar las páginas, olerlo, meter su nariz allí, sacar su nariz de allí, buscar el índice, pasar un dedo por encima, reprocharle al índice algo, abrirlo en cualquier parte, y fingir leer.

Ella vuelve a la ventana. Es más joven cuando vuelve a la ventana; tiene un trabajo mejor; cierta belleza; y los hombres que ella conoce son como espigas tiernas por las que ella avanza, acariciada, ida, vuelta de regreso de un sitio que. Tose. Lo oye toser. Entonces, morirá por el pulmón. Le pedirá agua, para distraerla. Le pedirá cosas, cualquier cosa, para distraerla. Deja de toser. Se pasa la mano por el pelo mohoso. La viscosa mano por el mohoso pelo. Esa es la imagen. Oye su respiración. Es tensa, abigarrada. La respiración de un hombre que está dormido, que ya está dormido. Lo mira. Finge que lee (¿o no todos fingen que leen?). Vuelve al afuera. Vuelan pequeñas cosas. Se agitan por segundos. No pesan nada. ¿Qué?, lo oye decir. Lo mira. Se miran.

–¿Qué pensás?

Ella duda (no sabe decirle la verdad).

–En el temporal –dice.

Él la mira, incómodo, la cabeza esforzándose por mantenerse de perfil, desacomodado.

–Dicen que va a haber un temporal.

Él continúa mirándola, esperando.

–En eso y en mañana –agrega ella.

–¿Mañana? –pregunta él, la cabeza en el aire ahora.

Ella sonrío, le sonrío.

–¿Quiere agua? –pregunta.

–Agua no –dice él, volviendo la cabeza a su lugar.

Un día entrará a la habitación y él estará muerto. Piensa eso mientras cierra la ventana y mira (amarillo, dice para sí, ya todo es amarillo). Él estará muerto y ella sin trabajo; despedida de la forma violenta de los que cuidan, de los que cuidaron algo, mucho, un día. Será vieja entonces, aunque no lo sea. Él pide que le acomode un poco las almohadas. Ya se hace la hora. El enfermero, un hombre grande, casi musculoso, llegará en un rato para hacerle la higiene. ¿Quién es, cómo se llama ese hombre?, le pregunta, para testear su memoria. Con R. Es con R. ¿Raúl? No. ¿Ricardo? No. Se llama Roberto, dice ella y le sonrío. Le sonrío, mirándolo y despidiéndose, ahora que ya casi está afuera, en la

calle, del otro lado de la ventana. Y en seguida se inclina para acomodarle las almohadas y él la mira acomodándole las almohadas. Y siente su olor básico, ajeno, su delicioso olor básico, ajeno. ¿Mañana?, le pregunta. ¿Mañana qué?, dice ella, olvidada ya del resto de aquella conversación. Mañana qué. Se sostiene eso en el aire. Ella sonrío. Mueve los brazos alrededor suyo y esparce su perfume personal. Amarillea. El libro, le dice después, y ella lo lleva y lo coloca en algún lugar de la biblioteca. ¿Otro? ¿Uno marrón? ¿Uno anaranjado? (si es que todos fingían leer). Él niega sin mirarla. Sabe que ya se va, que ya está afuera. Sabe que eso se termina. Sabe que se terminó.

© Lucía Lorenzo

La autora:

Lucía Lorenzo (Montevideo, Uruguay, 1973). Cuentos suyos han sido incluidos en la antología *El descontento y la promesa* (2008) y en la publicación colectiva de los Premios Paco Espínola (2007).

* * *

Relato

HISTORIAS DE OTROS (TESTAMENTO LITERARIO)

por Olivia Vicente Sanchez

El decálogo del buen escritor orienta (e incluso podríamos decir que obliga) a recurrir a ideas propias a la hora de componer historias. Relacionado con esto, en un apartado complementario, subraya la necesidad de evitar la realidad como materia argumentativa. Estos dos principios que componen, entre otros, una serie de normas subconscientes son los que, a mi parecer, me he encargado de cuestionarlos con total empeñamiento, puesto que confieso, en este testamento literario, que los he violado hasta el punto de que ninguna de mis historias famosas han sido fruto de mi imaginación ni de mi autoría.

Como consecuencia de esta muestra tardía de sinceridad me hallaré ante todo tipo de reacciones. Las de los críticos o las de mi fiel editorial (siempre ávida de ganancias sustanciosas) no me preocupan ni me interesan. Sin embargo, las posibles entre mis lectores son las que contribuyen, junto con mi edad, a quitarme el sueño cada noche. A estos les dedico este prólogo maldito que antecede a las narraciones de otros, aquellos que, sin saberlo, alimentaban una inspiración que se secó tras ganar el Premio Nacional de Jóvenes Escritores.

En esta antología recopilo, no sin cierto pudor, los relatos de esos autores anónimos. Espero que tanto ellos como ustedes, mis lectores, sepan entender la ceguera y la soberbia que producen los vapores del éxito. Si no es así, al menos les pido encarecidamente un poco de compasión hacia este viejo cuya gloria discurrió por los senderos de otros.

C. B. A.

Buenos Aires, 8 de marzo de 1999

© Olivia Vicente Sanchez

La autora:

Olivia Vicente Sanchez (1979, Zamora-España) cursó hasta la Secundaria en su ciudad natal; posteriormente, estudió Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca, donde también realizó los Cursos de Doctorado y presentó su tesina. Actualmente, imparte clases en un instituto. Compagina esta profesión con la escritura, como reflejan su blog (melibea-misletras.blogspot.com) así como varias publicaciones en distintos blogs (*Cuentos y cuentos*, *Químicamente impuro e ImaginARTE por un momento*), revistas (*Destiempos*, *Letralia*, *Narrativas*, *Pan de Trigo*, *Remolinos* y *Delirium Tremens...*) y en el libro *VI Cuaderno de Profesores Poetas*. Su e-mail de contacto es: oliviavsanchez@gmail.com

CIENCIA FICCIÓN

por Àlex José

EL HOMBRE TRANQUILO

Estamos en un local junto al mar. Lo veo detrás de la ventana abierta. Formo una especie de corro con otros hombres, al parecer marineros como yo. Cantamos canciones del mar y bebemos ron. Las mujeres, detrás de la barra, nos miran sin demasiado interés. Nos conocen. Alguien habla de un pescador que cayó al agua y al que rendimos un sentido homenaje. No sé cuánto tiempo permaneceré aquí. En este local, en esta región. En este mundo y en este cuerpo. Pueden ser años o quizás minutos. Automáticamente me doy cuenta de que son minutos. Todo ha cambiado. Estoy sentado en el suelo, frente a una chimenea, y soy muy mayor. Los recuerdos de toda una vida se ordenan en mi cerebro de una forma natural. He sido rico. Desde hace algún tiempo, abandonado por mi familia, sólo una anciana, pagada por mis hijos, me mantiene con vida. Entra corriendo porque me ve demasiado cerca del fuego. Me recrimina algo, pero apenas la oigo. No es que no me importe, es que sé, de nuevo, que esta vida, este ejemplo de yo que habito, va a durar unos minutos. No sé lo que pasará con ese anciano que soy. Puede que la escena se detenga en cuanto salte a otra realidad. Sólo sé, esto lo he experimentado muchas veces, infinitas veces, que la anciana que me cuida, como los marineros, dejarán de existir cuando yo lo haga. Por eso, con una emoción mecanizada, abro expectante una puerta de madera y entro en mi pequeña casa de barro, y acaricio el pelo de mis hijos, que salen a recibirme y me preguntan si traigo comida. Mi mujer está enferma. Los datos de mi vida anterior, junto a la chimenea, se desvanecen como los rastros de un sueño al despertar. De aquí a pocos minutos, aplastado por la realidad que habito y los datos que la componen, ese sueño apenas será una sensación indeterminada. Les digo a los niños que se sienten en la mesa y se preparen para comer. Ellos saltan de alegría. La pobreza tiene estas cosas, que se conforma con pequeños detalles. Comer, un techo, poco más. Mientras caliento agua en la olla los pequeños limpian de hollín el horno. Mi querida esposa, desde la cama, tose y sonríe. Está blanca como la cera de una vela. Me siento en el borde de la cama y le acaricio la pierna que le queda. Me dice que soy fuerte y extraordinario. Nada de eso. Me lo tomo con calma. Sé que me iré de repente, pero no como se van ellos, los demás. Todos, incluida mi preciosa mujer, tienen un compromiso que cumplir, tarde o temprano. Yo no. Esa es la diferencia. Ni triste ni contento, vivo y vuelvo a vivir, sin meta. Simplemente soy un hombre tranquilo.

* * *

LA DUDA DEL SUPERHÉROE

El Hombre Sol se levanta a las siete de la mañana para ir a trabajar. Mientras desayuna piensa en su traje de superhéroe: hoy hace un año que lo colgó en el armario.

Ese día, los políticos de la ciudad habían reunido al comité de superhéroes y a la jefatura de policía. Explicaron que la captura del Huracán Negro había sido un éxito, pero que su detención creaba más problemas que soluciones. Las empresas legales del villano daban trabajo a tres cuartas partes de la juventud local, y las consecuencias ante una quiebra podían ser imprevisibles. La realidad era que los políticos recibían mucho dinero de empresarios afines al Huracán a cambio de favores. Los policías protestaron: no querían poner en juego su credibilidad, y además no ganaban nada dejándole ir. Los políticos ofrecieron una campaña de lavado de imagen y fondos ilimitados para la rehabilitación de las viejas viviendas policiales. Además, habían pactado con el abogado del Huracán Negro la entrega del número dos de los villanos para calmar los ánimos. Eso daría oxígeno a todos, sin descartar la posibilidad de nuevas detenciones, siempre de villanos de segunda fila pero populares, al fin y al cabo. Después de muchas horas de deliberación, políticos y policías llegaron a un acuerdo que beneficiaba a ambas partes. Los superhéroes optaron por el silencio: no estaban a favor del acuerdo, pero la denuncia de esa operación podía desencadenar una protesta civil que desordenaría la estabilidad de la zona y su propio rol social.

Todo eso fue hace un año. Ahora el Hombre Sol, que cegaba a sus adversarios iluminando su cuerpo, recuerda cómo ese día, al volver a casa, colgó el traje y se retiró sin avisar a nadie. Buscó un trabajo en

el que realmente pudiera ayudar a los demás, hasta que encontró una vacante en un comedor social. Durante los primeros meses trabajó con ilusión, pero ahora ya no es lo mismo. Sirve platos a los vagabundos sin dejar de pensar en el contrabando de comida que presencia día a día. Todos callan, porque todos se llevan su parte. No sabe qué hacer. En el fondo de sus pensamientos reluce el traje del Hombre Sol. El admirado Hombre Sol, el superhéroe.

* * *

ADOLESCENCIA

Sonia nunca ha estado conforme con su edad. Se siente mayor. Las chicas de su clase le parecen todas unas petardas, y los chicos no le merecen un miserable comentario. Yo casi ni recuerdo qué es tener dieciocho años, así que le voy diciendo que sí y espero a que se le pasen las pataletas.

Esta falta de conexión con la gente de su edad la llevó, ayer, a una discusión en el bar de la universidad que acabó en pelea. Los motivos son lo de menos, tampoco importa que tuviera o no razón. Acabó a gritos y salió de allí indignada, y me llamó muy seria para explicármelo todo. Yo le dije que viniera a mi piso y así lo hablábamos con más calma. Cambié las sábanas a toda prisa y arreglé un poco la habitación. Cuando entró, lo hizo llorando.

Por suerte, las rabieta le duran poco. Basta acariciarle el pelo, hablarle en un tono sosegado y desabrocharle el sujetador. A los pocos minutos ya estábamos en la cama. Pero más tarde, viendo la tele, volvió a lo mismo: «Si fuera mayor de lo que soy no me pasarían estas cosas. A veces pienso que tengo una edad equivocada». Le dije que sí y le acaricié el pelo. Seguimos mirando el programa en silencio hasta que apagamos la luz y nos dormimos.

Esta mañana me he despertado y no estaba en la cama. Me ha extrañado, porque los sábados no suele tener obligaciones. Al salir al comedor la he visto frente al espejo, desnuda, sentada en una silla. Me he llevado las manos a la boca. Era ella, pero no lo era. Tenía los pechos arrugados y la piel de todo el cuerpo le colgaba como si se hubiera derretido. Su melena se había convertido en una especie de estropajo incoloro. Le temblaba la boca. Debería tener, al menos, ochenta años.

Llevamos todo el día teorizando sobre qué ha pasado. Ella dice que es una respuesta psicósomática a sus deseos de ser mayor, una respuesta un tanto excesiva, eso sí. Casi me convence, pero la verdad es que me parece una solución demasiado irreal, literaria. Tampoco tengo ninguna explicación alternativa que ofrecerle. Lo más importante ahora es enfocar bien la manera de explicárselo a sus padres. Le he propuesto ir a debatirlo al parque, ya que nunca va nadie por allí y nos vendrá bien un poco de aire fresco. Al principio se resistía, por la artrosis, pero he sacado la silla de ruedas de la tía Matilde y ha acabado aceptando.

Hace un día precioso para pasear.

* * *

CIENCIA FICCIÓN

Los extraterrestres me subieron a su nave con un arnés de luz. No sé quién me lo puso, si es que fue alguien, ni de dónde salió. Noté el arnés y de repente estaba adentro.

Me recibieron dos seres sin forma definida que se comunicaban telepáticamente. Sus pensamientos me llegaban traducidos gracias a algún tipo de mecanismo. Uno de ellos se dirigió a mí:

–Bienvenido a la nave principal. Si tienes algo que decirnos, utiliza la forma de expresión que llamáis pensamiento.

–Gracias –pensé, dije, yo–. ¿Qué queréis de mí? ¿Por qué estoy aquí? ¿He sido elegido para algo?

–¿Elegido? Llámalo así, si quieres... De momento hemos recogido a más de veinte mil unidades de vuestra especie, y les estamos procurando el peor castigo que puedas imaginar.

–¿Veinte mil? ¿Qué castigo? Por favor, explicadme.

La nave desapareció. Los dos entes y yo flotábamos ahora en un jardín gigantesco. La luz del sol

creaba reflejos entre los árboles. Había niños jugando por todos lados. Era muy bonito.

–Ya entiendo –dije–. Estamos acabando con la vida en nuestro planeta. Algún día tenía que pasar: una civilización avanzada nos hace pagar por nuestra soberbia. Sólo espero que el castigo no sea demasiado doloroso.

–¿Qué estás diciendo? –dijo uno de los entes–. Nos importa una mierda vuestro planeta. Sólo estamos aquí para castigaros de forma gratuita.

No daba crédito.

–¿Qué vais a hacer conmigo?

–Te vamos a transformar en un ser indefenso, el ser que eras en los primeros años de tu existencia. Pasarás el resto de tus días en este lugar, entre estas horribles unidades que llamáis árboles. ¡Sufrirás eternamente!

Una luz violeta me rodeó. Cerré los ojos. Al abrirlos estaba sentado en una pradera junto a otros niños. Rápidamente nos pusimos a jugar, no había mucho más que hacer. Los árboles mostraban frutas maduras y las abejas chupaban el néctar de las flores. Extraterrestres locos. Me habían alegrado el día.

© Àlex José

El autor:

Alex José (Barcelona, 1974) es un escritor y músico de formación autodidacta. Como escritor ha colaborado en diversos fanzines locales y escrito la fábula infantil para adultos *Lila* (<http://www.ebookation.com/lilibres/lila-de-alex-jose/>). Como músico forma parte de la banda Joe Moreno (www.myspace.com/joemorenogrup), encargándose de la composición musical y los textos de las canciones

* * *

Relato

EL ESCRITOR

por Miguel Sanfeliu

El escritor se sienta frente a la pantalla del ordenador dispuesto a renovar el género del relato corto. Algo innovador. Algo que no haya hecho nadie. Algo rompedor. El futuro de la narrativa breve. La pantalla parpadea. El escritor piensa. Tal vez narrar la historia al revés. O alternar voces narrativas. La primera y la tercera persona. El presente y el pasado. Quizá romper la estructura. Fragmentos desordenados. Mezcla de lenguaje científico y lenguaje literario. Metaficción. Personajes reales y personajes inventados. Biografía y fantasía. Mezcla de géneros. Western y Ciencia Ficción con unas gotas de terror gótico. Narrador omnisciente y monólogo interior. El escritor se desespera. Se levanta de la silla y da vueltas por el cuarto. Todo lo que se le ocurre parece haber sido ya hecho con anterioridad. ¡Maldito Cortázar! Inventar un lenguaje nuevo. Utilizar las abreviaturas de los mensajes electrónicos. Historia de amor en un chat. Golpea la mesa con furia. Y de pronto tiene una idea. Estira los dedos y comienza a teclear el principio: *Érase una vez...*

© Miguel Sanfeliu

El autor:

Miguel Sanfeliu. Nació en Santa Cruz de Tenerife (España) en 1962. Reside en Valencia. Ha publicado los libros de relatos *Anónimos* (Vagamundos, 2009) y *Los pequeños placeres* (Paréntesis Editorial, 2011). Ha colaborado en el monográfico que la revista *Batarro* le dedicó al escritor Medardo Fraile, en la antología de ciencia ficción *Visiones 2002*, en los libros colectivos *Las miradas de la noche. Cine y vampirismo*, (Ocho y Medio, 2005) y *En las ciudades*, (Notorious, 2009), en revistas literarias como *Clarín* y *Narrativas*, y en el suplemento cultural mexicano *Laberinto*, del diario Milenio Portal. Blog: **Cierta distancia**.

LA CITA ESTABA AGENDADA

por Pablo A. Roset

El mareo no le dejaba discernir qué era peor, los quince minutos de espera sobrevolando Ezeiza o haber iniciado finalmente el descenso. Desde que tenía uso de razón sentía pánico de los aterrizajes porque sabía que siempre están ahí, al final del viaje, cuando las ruedas tocan la pista y el avión se descontrola hasta terminar convertido en una bola de fuego. El vuelo desde Barajas había sido óptimo, y aunque no había podido pegar un ojo, Elena se sentía entera, incluso al punto de pensar en ir directamente a lo de Sardinero. Allí terminaría de editar el manuscrito de su primer libro, una selección de sus mejores cuentos cortos. Pero antes había que aterrizar, y por eso mantenía los ojos cerrados desde hacía, al menos, quince minutos. Cuando se escuchó el «ding» que instaba a abrocharse el cinturón, los abrió de par en par el tiempo justo para que, tal vez por obra del azar, su mirada se topara con la del muchacho de traje y barba entrecana. Cuatro butacas más allá, él levantaba su pulgar y enarcaba las cejas como preguntándole cuán bien o cuán mal se encontraba. Elena le contestó afablemente el gesto y volvió al resguardo de sus párpados cerrados. El Boeing aterrizó suavemente en Ezeiza.

¿Y vos?, le preguntó ese muchacho que andaría por los 50, que se llamaba Juan y que se había sentado a su lado en el micro que los transportaba al centro de Buenos Aires. Él le confesó que después de quince años en Sevilla aún seguía detestando a los porteños por ser tan cínicos de mantener mugrienta la ciudad y hacerle perder paulatinamente su distinguido *charme* europeo. No obstante, la vida había querido que sus dos hijos nacieran porteños, y por ellos era capaz de hacer la excepción de regresar un par de veces por año. ¿Yo?, respondió distraídamente Elena mientras fantaseaba con tener treinta años menos y cambiar a Sardinero por dos días de hotel con ese desconocido. Ahora, con cincuenta y cinco pirulos, sola después de varias parejas, se llevaba muy bien con varios amigos madrileños y veía con simpatía las redes sociales cuando la literatura se quedaba vacía de inspiración. Antes de responder, justo antes de bajar en el obelisco y despedirse de Juan con un hasta siempre, no pudo contener una andanada de recuerdos: aquellos días previos a escapar de Argentina, la mañana en la que dieguito, el riojano y el flaco levantaron la copa en Japón, cuando se llevaron a sus compañeros de Letras... Era el '79, imposible confundirse, el espanto recorría las calles y la militancia se había vuelto un suicidio consciente. Todo estaba tan jodido que ese día no entró a la Facultad ni volvió a su casa; ignoraba que no regresaría allí nunca más en la vida. Por fortuna, Sardinero, arrastrándola de un brazo y tapándole la boca para que no gritara, la metió en el baúl de su Dodge Polara y la escondió en un altillo del case-rón que poseía en Parque Chacabuco. A los otros cuatro los chuparon en la Facultad a pleno día y frente a todo el mundo. Una semana después, el profesor le entregó un pasaje de avión y la besó en la coronilla. Es por tu bien, le dijo, tarde o temprano te van a encontrar, como a tus amigos ¿viste? Hoy por hoy no existe un escondite seguro... Elena tuvo que morderse los labios para no insultar a quien le había salvado la vida. ¿Y qué voy a hacer allá, profesor? Quedarte y no volver, eso vas a hacer... Y escribí mucho, mirá que tenés pasta para eso, le dijo mientras cerraba la inmensa puerta de hierro, madera y cristal. Lloró diez minutos en la fuente del parque y luego emigró. Treinta y dos años en España... Si bien una carta manuscrita al año fue su único vínculo con Sardinero, debió de pasar mucho tiempo hasta que en 2010 se permitió preguntarle esa duda que llevaba como un cáncer dormido: ¿qué habría hecho él si los corruptos la hubieran encontrado? ¿La habría entregado así nomás o se habría jugado por esa estudiante a quien sólo quería porque redactaba mejor que el resto? Esa carta nunca tuvo respuesta. De los hombros de Juan colgaba una mochila amarilla y azul que le arrugaba el saco. Yo también vivo en Madrid, respondió ella, y segundos después, ya perdido él en la muchedumbre de Corrientes, agregó un nostálgico hasta siempre.

Vaya a saber qué la impulsó a cambiar de planes y caminar directamente hasta el hotel. No fue esa ligera molestia en la punta de la lengua, tampoco el cansancio ni la urgencia de cafeína en las venas, y mucho menos las ganas de beber un trago. Tenía el estómago revuelto y aún faltaban muchas horas antes de la cena. Maldijo. Las veredas de la calle Lima la acogieron como si nunca se hubiera ido, y eso la ayudó a olvidar que sus bártulos pesaban como los hubiera rellenado con barro. Además, había

tanta humedad en la atmósfera que el vapor de la transpiración se condensaba apenas abandonaba los poros. Así ingresó al hotel, empapada en sudor. «Bienvenida a Buenos Aires», la saludó un conserje parecido a alguien que no pudo precisar, y un botones ridículamente uniformado la guió hasta su habitación.

La ciudad está igual, dijo Elena al ver por la ventana los palos borrachos en flor; o mejor dicho, está irreconocible, se corrigió tras advertir el embotellamiento en la ancha avenida. Apoyó la nariz sobre la línea vertical del cristal biselado, cuidando de que a cada ojo le correspondiera una faz; así, como jugando, descubrió una baires fantasmal y rió cuando vio al Quijote y a Rocinante atrapados en una escultura inconclusa. Estaba sensible. Se preguntó hasta qué punto tenía sentido lo que estaba haciendo, eso de haber regresado para vera a Sardinero; había otros caminos, otras formas para ser escritora... En el cielo flotaba una nube. Necesitaba encontrar un punto de contacto entre esa ciudad irreal y la verdadera; seguramente existía, pero no era obvio. Los herrajes de bronce y la bañera de fundición demostraban que el hotel era de otra época, cuando los objetos se fabricaban para perdurar. Quizás algún huésped parado en este mismo lugar, imaginó Elena, haya visto los aviones sobre Plaza de Mayo durante la Revolución Libertadora. Ahora no eran aviones sino carteles de publicidad, cientos de ellos, erguidos sobre los edificios de la avenida cual guardianes de los cielos. Eran las 15:10 cuando notó que aquella inquietud en la lengua se había convertido en dolor. Espeleología, pensó. Llevaba horas insistiendo sobre una semillita de tomate trabada en el hueco de un molar. Juró no volver a dejarse estar. Un instante después, con la carpeta de cuentos abierta sobre el colchón de su pubis desnudo, Elena, recostada, semidespierta, pensaba que Buenos Aires siempre había sido (y seguía siendo) una ciudad indescifrable. Como las imágenes que atraviesan los cristales biselados.

La parada del colectivo era un fresno con una chapa oxidada que decía «126»; sin la ayuda de un kioskeró habría tardado muchísimo en descubrirla. Se resignó, ahora llegaría tarde a lo del profesor. Le pareció que no sería conveniente contarle el sueño que acababa de tener. Nunca había vuelto a usar los nombres de pila de sus compañeros, sólo eran el chino, el negro, la turca y la tana, gente excelente que admiraba al Ché y que estaba al tanto de lo que sucedía en el país. Gracias al negro tenían acceso a unas máquinas en un sótano, él les hacía el *service* y por eso entendía cómo funcionaban; allí imprimían los volantes que intercalaban en los apuntes, todo en un supuesto gran secreto. Ahora, los cuatro habían reaparecido para darle la bienvenida. Elena siempre los soñaba igualitos: llevaban las ropas de aquellos días, la turca estaba maquillada y el negro lucía su típica barba descuidada. No bien comenzó a insistirles con parar todo y rajar, sus amigos se convirtieron en sombras que la empujaban hacia un aula a oscuras en cuyo escritorio la esperaba Sardinero. Elena se despertó con el espíritu dolorido, lastimado por el ir y venir de ese rallador de queso que es la memoria. Y como no por nada había viajado a Buenos Aires decidió salir del hotel y tomar el 126 hasta Almagro, donde vivía Sardinero. Por cierto, Sardinero tampoco era el nombre real del profesor.

* * *

Qué semillita de porquería, masculló Elena al sentir su lengua al borde del infarto. Ubicó un asiento libre al fondo del colectivo. Allí notó que su bolso de mano llamaba demasiado la atención, no tanto por el color ni por el diseño, sino porque estaba hinchado de papeles, a saber: la carpeta con los cuentos y 31 cartas que tendría que haber dejado en Madrid. Una por año no es poco si no hay de qué escribir, reflexionó a la altura de Entre Ríos. Sin embargo, todas eran gruesas, llenas de consejos y citas literarias. Leerlas implicaba decodificar la letra ganchuda de Sardinero, quien por propia voluntad nunca se había subido al tren del email pero disfrutaba horrores a la hora de usar papel, tinta y estampillas. Treinta y una cartas... cualquiera podía deducir que la número 32 nunca había llegado a Madrid. Elena bajó una parada antes. Necesitaba tomar aire.

Almagro era lo más parecido a una patada en los dientes. Compararlo con Parque Chacabuco, antiguo amor del profesor, era una canallada que Elena no podía evitar. Frente a una puerta de madera sin molduras revisó una vez más la agenda, no fuera que por error... Mas no, la dirección era la correcta, Maza XXX. La fachada era tan horrible como el barrio. ¡Cuánto debió haber sufrido la mudanza! En un taller mecánico vecino escuchaban cumbia a un volumen altísimo aunque insuficiente para tapar el compresor y los escapes de los colectivos. Ajeno al averno de la calle, el timbre en el interior de la casa sonó con dulzura; Elena, aturdida, no podía saberlo. Tocó dos, tres, cuatro veces, golpeó fuerte

con los nudillos, esperó, y de no haber sido porque se dio media vuelta para retornar, seguramente nunca le habrían abierto. Ella era de creer en esas cosas. La voz de contralto que la invitó a pasar merecía provenir de un cuerpo masculino pero se trataba de una mujer, una enfermera corpulenta cuyo guardapolvo blanco era el contraste ideal para sus hermosos rasgos oscuros. La está esperando, dijo al atravesar un living diminuto con olor a sanatorio. Elena infirió que algo no andaba bien. El hombre tuvo un ACV hace cuatro meses; pero no vaya a creer, a veces se enchufa..., comentó animadamente la enfermera. Pero Elena hubiera preferido salir corriendo antes que entrevistarse con un viejo más muerto que vivo. En el cuarto halló una pasa de uva hundida en la cama, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. ¿Cómo es posible que «eso» esté esperándome?, preguntó. Es que usted está agendada desde hace como un año, respondió la enfermera mientras se echaba la cartera al hombro y se iba. La reemplazante llegaría pronto. Hasta entonces habrían de quedar a solas. Elena sintió que la desilusión se le hacía humedad en las mejillas.

¡Cuánto vaciló Elena antes de acercársele! No por temor a despertarlo, puesto que lo hubiera preferido vivaz como antes, sino por miedo a que estuviese realmente muerto. También imaginó que el viejo podía estar fingiendo y alerta; lo imaginó con el cañito de la enema entre los dientes, presto a saltarle encima no bien le diera la espalda. ¡Qué pavota!, eso únicamente sucede en los filmes de Hollywood, se reprochó mientras apoyaba el bolso abierto sobre las piernas de Sardinero. Era imposible que supiera cuán tarde llegaría la segunda enfermera a tomar la posta, por lo que muy de a poco la ansiedad le fue corroyendo las tripas. Muy pocas escritoras habrán pasado estas peripecias con su mentor, razonó; o no, quién sabe... al menos yo debería repensar eso de considerarme «escritora». Tomó delicadamente las muñecas del hombre y las levantó hasta que el manuscrito encarpetaado quedó asegurado contra su pecho. Tenía la esperanza de que pronto se enchufara, como dijera sin demasiada ciencia la enfermera. Ciertamente, odiaba que el viaje culminara de esa manera, mas poco se podía hacer salvo esperar que apareciera el reemplazo y rezar para que el viejo se despertara, si es que eso tenía alguna *chance* de ocurrir.

Como a menudo les sucede a los escritores noveles, Elena también tenía vicios profesionales desde antes de comenzar su carrera. Ejemplo de esto era su debilidad por las bibliotecas. Si contenían obras clásicas y ediciones lujosas, mejor, y si cubrían de punta a punta una pared, como la de Sardinero, la debilidad se convertía en fascinación. El estante superior estaba dominado por obras de Borges. Los tres estantes inmediatamente inferiores contenían literatura inglesa en inglés: desde Samuel Taylor Coleridge hasta Orwell, y ediciones comentadas de Marlowe, Kipling, Wilde, Melville y Chesterton. También encontró las obras completas de Stevenson, Dickens, Shelley y, obviamente, Shakespeare. Elena los conocía, aunque poco y nada había leído de ellos. Por último, los dos estantes más bajos contenían una miscelánea que no merecía ser comentada. Y más abajo, un majestuoso escritorio que parecía sostener la masa de libros como Atlas la bóveda celeste. El polvo que lo cubría no daba lugar a dudas: nadie lo había utilizado en mucho tiempo. En ese momento, Elena creyó que el viejo había despertado, pero se equivocaba, la traicionaban sus nervios. Pese a que se consideraba una persona menos curiosa que perspicaz, descubrió sobre el escritorio un área rectangular en la que la capa de polvillo era más delgada. Evidentemente, alguien había quitado el objeto sin molestarse luego en limpiar. Miró velozmente a su alrededor mas no halló en todo el cuarto ninguno que pudiera haber dejado esa marca. Debe haber sido un papel, dedujo Elena, y en ese caso, pensó, las dimensiones me resultan en extremo familiares. Una corazonada la impulsó a abrir el cajón principal, de cuyo interior escapó una ráfaga de aire frío. Había vuelto a presentir la mirada horizontal del viejo, quizás invocándola en silencio o, por el contrario, ignorando quién era esa extraña que husmeaba entre sus cosas. Elena sabía que ese frío no era sobrenatural. Dentro del cajón abierto, Elena había leído su seudónimo escrito con tinta negra en el anverso de un sobre cerrado y sin estampilla. No lo pensó dos veces: tomó la carta número 32 y se la guardó entre la ropa. Caminó hasta el borde de la cama como quien se aproxima por primera vez a la pecera de un ajolote. Ahora Sardinero la estaba observando con los ojos bien abiertos. Lejos de saludarla, o de alegrarse, o de pedirle su pluma fuente, el profesor estrujaba más y más la carpeta contra su cuerpo desgraciado. Ese inoportuno ACV lo había transformado en un niño caprichoso que se negaba a devolver un juguete ajeno. Contrariada, Elena insultó al maldito reemplazo que no terminaba de llegar, y al olor a medicamentos, y a la lengua inflamada de tanto lamer y empujar la semillita. Soy Elena, profesor, le avisó por fin, pero el viejo permaneció inmutable como el bronce.

SWITCH

por Luis Topogenario

Dile a la vida que viva

Alfredo Zitarrosa

En el asiento plástico, apartado de la nada, de la cuadrilla de arribos y partidas, un cuerpo viejo, reclinado contra una pared elegante, contando los segundos, las fracciones de partes de un instante que le separan de una puerta abierta, un counter de acceso, un andén solitario, un brazo telescópico, una larga habitación presurizada, un adiós en el aire lanzado a nadie, a los gusanos microscópicos, a los ácaros que devoraron sus mudas de piel en la alcoba de su pensión, entre lamparones de hongos y manchas de humedad. Allí se están los ácaros, el mejor amigo de la muda de piel. Allí se está él, frío, conversando con la temperatura ambiente. En el asiento la espalda cabecea, silencio, sensación, molestia, guiada por la columna espinal al resto del cuerpo, vestido y revestido con varias capas de ropas de pana, nadie vino a despedirlo. Alguna vez nació, se despidió del útero, éste no le hizo caso, lo abandonó, unilateralmente, junto a un cordón umbilical, violáceo, como la madre muerta con que se conectaba. Nadie llegó a recibirlo. Ahora ya no tiene importancia. Secretamente, una porción de café desea que se acerque hasta el dispensador de café, pretende observar su rostro, raspar su garganta, calentar su estómago. También el café, a su manera, sabe amar. En los asientos de plástico aledaños, vacíos, otros hombres parecen duplicarse de él, son sus sombras, echadas por focos vigorosos, y pantallas lustradas, las mismas sombras que hizo pasear en el codo de cada vida, de cada hombre que ensayó. Sólo quiere irse. Adónde y cómo y cuánto tiempo y para qué. Sus pensamientos le rodean, sin curvarse de verdad. Si tiene tristeza, no se derrumbará. La alegría está ardiendo en otro hombre. Eso calma. Eso prepara. No quedaba nada. Lo que habían sido sus palabras, se perdieron, cunetas abajo, apilándose en revoque y polvo, quedó reducido a vagabundeos, charlas de lúpulo, consigo mismo, o con pantallas, lustradas, servilletas, arrugadas, escribiendo en cada margen A partir de ahora, esquina de papel secante, Reduzco mi patria a mí, eso calma, cargando sólo unas maletas pequeñas con ropa vieja, eso prepara, quizá no tuvo tiempo de despedirse de sí mismo. Es que ya no quedaban palabras, proyectos de hombres, que despedir. Si abrió la boca para bostezarle al aeropuerto, desde su asiento, fue por una orden anatómica aberrante en su cuerpo, un error en los nervios. Tampoco quedaban cosas por las que bostezar. Se mecen, en ese asiento, entre azulejos pasteles, las espaldas, los hombros, la mole de hombros que alguna vez sostenía naciones, silencios sin usar, hombres vírgenes. Máquinas vigorosas. Pero ahora ya todo silencio está usado. Se dirigió al Baño, focos eléctricos de bajo consumo lo recibieron, destapó un inodoro, pensó utilizarlo, no lo utilizó, cruzó frente al espejo, no lo utilizó, regresó del Baño, ahora se toma su pausa para respirar desganado, invierte en una tos, en un pensamiento cortado en muñones, mira el mundo como si mirase el diccionario de una lengua muerta. Todo. En un momento todo está teñido así. Todo. Luego veremos. Nadie vino a despedirlo. Las diferentes parte de una casa te han olvidado. Los gérmenes tampoco te recuerdan. Te has arrimado hasta el hogar, has encendido los leños de la estufa, has contemplado la hoguera, has creído en las fluctuaciones del fuego, que es el lenguaje de los olvidados. Retornó al plástico del asiento, desechó la imagen de una casa, su casa, chequeó sus pequeñas maletas con ropa al borde de sus pies, sus perros obedientes permanecían en el sitio acostumbrado. Se activó un switch en algún lado de una inmensa red de parlantes, voz monótona anunciando horas y series numéricas, ¿Eso será el alma?, advertencias, a través de kilómetros de aeropuerto, venas de hormigón, millas de cables y pasillos, su rostro empezó a vibrar con baja intensidad, quedaban ya escasos momentos que aguardar en ese asiento plástico, ya tienes que irte. Ya tienes que irte. Su cuerpo, tener cuerpo, ¿Quién me recibirá?, se sentía como algo redundante. Si yo existiese, ¿qué intensidad desearía?, ¿qué voltaje? ¿Me atravesarán las respuestas rápidas? Cada asiento plástico aledaño también hizo una fuerza para expulsarlo. Si te quieren abortar es porque en algo fallaste como feto. Un feto viejo, muy viejo, que ya digirió su tiempo, se tragó su placenta, y ya se quedó sin nada. Y todavía no ha nacido. Ni siquiera su propia muerte le pertenece. Una vez se te expulsó y no dijiste

«Si abrió la boca para bostezarle al aeropuerto, desde su asiento, fue por una orden anatómica aberrante en su cuerpo, un error en los nervios.»

nada, Otra vez será. Otra vez será. Tosió, produjo su esputo, repetidas veces, deglutió una parte, expectoró parte de su rabia en un cenicero sin utilizar, Conque esto es el alma, pensó el exiliado, ya se utilizó, ya sobrenada su flema hemoptoica en el cenicero. No era rabia. Se palpó las sienas para apaciguar su jaqueca, no se le alivió. No era jaqueca. Permaneció sentado. Sin atreverse a enderezar la nave. Su cuerpo atacó su alma, y es de allí que nació la tristeza. No era ni cuerpo ni alma. Si yo existiese, ¿qué bando me cotizaría?, ¿a qué precio? Sus revoluciones, sus proyectos de gobierno, sus haciendas, sus hijos, sus libros llenos de cuentas de ubres y reses, sus colecciones de bastardos, de bolsas de botas y prendas íntimas, sus nietos, sus enemigos, sus traidores, sus comemierdas, su nombre caro como leche hervida dando nata en los periódicos cada cuarto de hora, todo, todas esas torres de naipes equilibrados sin orden, sin base real, todas esas promesas apagadas desde el mismo pesebre, enfriado en los caminos de regreso, Otra vez será. Aún no había partido, aún seguía en el aeropuerto, pero su mente, abandonándolo allí para protegerlo allá, ya estaba instalada en el exilio. No queda mucho más por decir. Todo. En un momento todo está bruñido así. Todo. Luego veremos. Sin rencores. Las mejores versiones de la vida se vencieron. Y no dijiste nada. Se concentró en su espuma de afeitar, ahora que ya no se afeitaba. Secretamente, una porción de café le observaba sin aspiraciones. La vida, según mis informes, es un error en los nervios. Un hombre, por casualidad, se sentó en el asiento plástico contiguo, extrajo un laptop y lo abrió sobre sus piernas. Su carátula de satisfacción en su rostro parecía puesta con cemento. La pantalla brilló, el hombre le sonrió al laptop, la pantalla cesó de brillar, el hombre siguió sonriendo, cerró el laptop, lo dejó reposando sobre sus piernas, su sonrisa lo fue embaazando mientras la fuente eléctrica del laptop se enfriaba. Un hombre, por casualidad, se levantó del asiento plástico contiguo y desapareció por uno de los pasillos del aeropuerto. Le observó mientras se

«Se concentró en su espuma de afeitar, ahora que ya no se afeitaba.

Secretamente, una porción de café le observaba sin aspiraciones.»

alejaba, Conque esto es el alma, pensó el exiliado. En la cuadrilla de Partidas tintineó un nombre, un número y un código de servicio que le acusaban directamente. Muchos hombres, duplicados de él, se levantaron al mismo tiempo que su cuerpo. Asió sus maletas contra su rodilla zurda, como aferrándose a un arnés de seguridad, a una ubre repleta de leche. La vida y yo nos merecemos. Avanzó por un pasillo, la boca de una manga telescópica le esperaba para masticarlo. Sospechó en cada pantalla, en cada azulejo elegante, en cada objeto inmóvil, una excusa agazapada que le acechaba con un zarpazo para ordenarle Quédate, ¿no entiendes? En una pausa para bostezar, La vida y yo nos merecemos, luego un gruñido rematando el bostezo. Un error nervioso. ¿No entiendes? No pretendes entender. Ya todo silencio está usado. Otra vez seremos. Repasó mentalmente sus datos impresos en la hebilla de su boleto de embarque, caminó hasta que de verdad avanzaba, repitió su domicilio escogido al azar, otros datos, apellidos, color de cabellos inexistentes. Himnos a la ausencia, tachados en un billete, agujereados por una perforadora, doblados en un bolsillo, pintando una cara infalsificable, Present passport, please. Una voz dulzona, de timbre aflautado, asoma la cabeza sobre los hombros, el cabello lacio sobre el tronco, eses itálicas de cabello caoba chorreando un hombro, la cara aplastada contra un counter, pómulos con carne y maquillaje, busto de aeromoza, Next, sir? Sir. Vaguedad, violencia, órganos, si el cuerpo se comunicase con todo su poder, ya nos habrías extinguido. Una orden anatómica en su cuerpo, movimiento de músculos faciales, buccinación, mueve, desplaza, orbicula, una carátula débil en el rostro, poco intenso, poco íntegro, ¿Tienen laptops a bordo?, se expresó, se cortó. Sonrió sin responder, imprecisa, dio sus espaldas, siguió sonriendo, mostrando sus caobas, siguió teniendo carne en los pómulos y ojos en el amplio busto. Su vejez se aceleró a toda máquina, nadie vino a despedirlo, ensayó un adiós a la ventanilla, lanzó un adiós a nadie, a los gusanos microscópicos, a los hermanos ácaros que devoraban sus células muertas, todavía tibias en el silencio. Observó las brumas pasajeras, las casitas como rúbricas del infortunio, la curvatura del mundo, como si observase el diccionario de una lengua muerta. Las varias capas de ropas de pana le incomodaron, Conque esto es el cuerpo, se amonestó. Si muere, se agazapará en un objeto, alistando la zarpa, Nos lo merecemos, dice, ya está todo listo. ¿No entiendes? Si vive, el horizonte se hará cargo de él. Rasgándolo, al perderse, en múltiples espejismos.

© Luis Topogenario

El autor:

Luis Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). e-mail: topogenario@gmail.com.

RELATOS

por Carlos Burgos

EL HOMBRE DE LA CASA

Antes de abandonarnos, mi padre golpeó a mi madre para que le soltase la pierna y, como no se la soltaba, la arrastró cojeando por el porche delante de todos los vecinos. Después mi madre se puso de rodillas delante de mí y me dijo llorando: «Ahora tú eres el hombre de la casa». En ese momento no se lo dije, porque sé que la hubiera rematado, pero a esa edad, pese a todo, yo ya tenía muy claro que quería ser mujer.

* * *

PESCA

Todos los jueves por la tarde hacía novillos con mi hermano e íbamos de pesca.

Una vez enganchó algo grande. Tan grande que le tiró de la barca.

No sé qué vería allá abajo para que desde esa tarde haya preferido estudiar.

* * *

FENÓMENO

Mi madre tiene barba y mi padre dos grandes tetas. Son la mujer barbuda y el hombre tetudo, respectivamente. Cuando era niño me daba mucho apuro tener unos padres así, y a papá lo llamaba mamá y viceversa, para disimular. Ellos también evitaban llamarme niño elefante fuera del espectáculo.

* * *

PONENETE

Me he comprado una barba postiza, porque me encanta mesármela. Cuando lo hago parece que estoy acunando un trabajo reflexivo portentoso. Ahora voy a empezar a ahorrar para poder comprarme unas gafas de pasta y puede que, si combino bien ambos accesorios, consiga que parezca que puedo dar una conferencia en cualquier momento.

* * *

HERMANOS UNIVERSALES

A mi hermano siempre le ha gustado volar cometas. Yo soy más de hacer agujeros negros

* * *

MOBILIARIO FAMILIAR

Cuando murió Tobi, mi padre nos dejó disecarlo a condición de que fuera útil; y, con la boca abierta, fue un paraguero servicial, incluso sonriente. Ahora que el abuelo está a punto de morir, no sé si podría pasar por un perchero aceptable.

* * *

AMOR ETERNO

Nos juramos amor eterno y alguien nos lo concedió. Ahora no dejan de enredarse nuestras tibias.

* * *

PREGUNTA

Ayer mi hijo me preguntó qué es el alma con tanta insistencia que tuve que reconocer que no lo sé.

Hoy me he quedado haciendo tiempo en la calle hasta que le acueste mi mujer, no sea que me pregunte por Dios.

* * *

DENTALIDAD

Al morir mi abuela, mi abuelo conservó como recuerdo su dentadura postiza. Es más, empezó a utilizarla en lugar de la suya. Ahora sus dientes son más pequeños, más discretos –como era la abuela–, incluso ha dejado de eructar después de las comidas. Pero lo preocupante es que cada noche, cuando la deja en el vasito con agua que hay en la mesilla, vuelve roncar como el abuelo.

* * *

CALAMAR

Estaba sentado junto al borde de la piscina amodorrado por el ruido los aspersores, cuando te vi aparecer con la cara enrojecida y con marcas de sábana bajo las gafas de sol. Te di los buenos días y me gruñiste mientras te rascabas los testículos; tu bañador seguía en el agua desde ayer. Después de beberte todo el zumo directamente de la jarra, corriste hacia el borde y te lanzaste de cabeza, y parte de las páginas de mis apuntes de química salieron volando; como si las hubieses espantado. A lo lejos, por encima de los abetos, un avión rompió la barrera del sonido y a la matraca de los aspersores se unió la de una chicharra. Como tardabas en salir, me asomé y pude apreciar como el azul del fondo se mezclaba con una nube púrpura, psicodélica, y supe que te habías convertido en un calamar para huir por fin con su tinta de los exámenes finales.

* * *

PORTAZAPATOS

Mi mujer se ha comprado un portazapatos (no sabía ni que eso existe) para llevarlo en el coche. Por lo visto, así puede cambiarse los zapatos en la oficina, o para conducir. Cada mañana alinea un montón de pares para ver quiénes serán los afortunados. Hoy, mientras me estaba afeitado, cuando ha creído que no miraba, ha metido unos rojos de tacón de aguja, y me he cortado cuando me ha dicho que no la esperase para cenar. Llevo toda la tarde repasando el corte con la uña y cada vez me escuece más.

* * *

ÚLTIMA ESTACIÓN

La estación de metro está desierta. Lo primero que he pensado es que era festivo (ya me ha pasado otras veces), pero no, ayer fue domingo, lo recuerdo perfectamente. Harto de esperar un tren, me he echado a andar por el túnel camino de mi oficina; no quiero llegar tarde el primer día.

* * *

HISTORIA SÍSMICA DE EL DECAPITADOR ANALÓGICO DE LA PLAZA DE ORIENTE

Aquella vez, aunque había ascensor, me dejé arrastrar por el brazo escaleras arriba; porque la chica me dijo que los escalones le venían bien a su culo. La verdad es que yo iba tras él un poco colocado, observando cómo sus nalgas se acomodaban a cada escalón, pero al pisar el último rellano, en el octavo piso, el colocón se me pasó de golpe.

Llegados a este punto, suele pasar que ellas pierden las ganas porque llevas unos calzoncillos horteras, o tienes pelo –o ausencia de tal– en una parte determinada; pero a mí lo que me hace caer en una grieta es que tengan la casa forrada con fotos tuyas: aquí estoy *yo* en París; esta soy *yo* melancólicamente atractiva con mi reproductor Mp3; mis pies y *yo* cualquier sábado por la mañana... No sólo en la puerta de la nevera, por todas partes, como si al entrar en su casa te recibiese una reproducción a escala de la ciudad San Francisco, con cientos de clones en miniatura asomados a sus ventanas. Y claro, yo con tanta expectación, no puedo. Se me hace tan cuesta arriba como si estuviera allí.

Siempre que esto ocurre me mareo, o me pongo a pensar en la deriva continental. A veces incluso puedo oír cómo se desplazan las placas tectónicas. A ésta, como a casi todas las que son adictas al autorretrato, le dije que no me encontraba bien, que me daba la sensación de que el suelo se estaba moviendo –cosa que no era del todo mentira– y me largué; aprovechando ese instante de desconcierto que se produce cuando no saben si estás de broma o improvisando una *performance* sexual.

No es que yo padezca ninguna disfunción de esa índole. Creo que se trata de una fobia telúrica por el autorretrato. Recuerdo que en la era analógica –en la que no había cámaras digitales–, me dedicaba a decapitar turistas en la Plaza de Oriente. Es cierto, me hacía el distraído hasta que alguien me rogaba que le hiciese una foto, y *zas*: una semana después, en una tienda de revelado en Zúrich, se cagaban en mi padre. «Mira, aquí estamos mi Señora y yo en la Plaza de Oriente... sin cabeza». Supongo que a más de uno le di motivos para que volviera a visitar Madrid.

Dándole vueltas a aquello, he pensado que quizá se deba a una reminiscencia de algo traumático acaecido en mi infancia. Puede que sea porque mi padre se compró una cámara con temporizador y, como nunca la supo manejar, me ordenaba que la programase para hacernos las fotos de familia.

Fotos en las que nunca llegué a salir, o salía movido –como coincidiendo con un seísmo– porque nunca conseguí que la cámara me diera el tiempo suficiente para incorporarme al resto. Así que en las fotos de familia soy un borrón, en el mejor de los casos, porque en las que faltó –que son la mayoría– todos salen sonriendo como si les diese lo mismo.

Quizá a mí también debería darme lo mismo, pero no he podido superarlo. Y cuando he conseguido arrastrar hasta mi casa a una mujer sísmica –aunque más tarde resultase ser una simple sismóloga–, me ha acabado preguntando por qué no tengo ni una sola foto mía. Yo siempre contesto que las tengo guardadas. Y cuando para calmarla le he enseñado alguna de mis viajes, me ha llamado mentiroso antes de marcharse, porque no salgo en ninguna: «mira, éste soy yo en medio de la Falla de San Andrés».

© Carlos Burgos

El autor:

Carlos Burgos (Madrid, 1974). Creativo e ilustrador freelance desde 1997, ha trabajado (entre otros) para El Instituto Cervantes. Ilustrador de la campaña Libros a la Calle. En 2007 la editorial Abecedario publica su primera novela (juvenil) en la colección Arco Iris: *El Cañón Tormenta*. Gana un accésit en el certamen internacional Les Filanderes, y es finalista en los premios Constantí. En 2008 es semifinlista en el "I Concurso de Relatos de Ciencia Ficción VI Jornadas de Jóvenes investigadores de Granada" y del concurso "Fernán Núñez de cartas de amor". En 2010, ha sido finalista del "Premio Hebe Plumier de Relato Corto" y del "Premio Cosecha Eñe 2010" de la editorial LA FÁBRICA. Ha publicado relatos en: la revista Narrativas, La Bella Varsovia, la revista Eñe, Dulce Arsénico (formato papel), la antología Historias Verdaderas (Silva), el recopilatorio de Les Filanderes... Algunas de sus viñetas y tiras han aparecido en El País y en MTV.es Actualmente publica microrrelatos todos los días en: <http://laleydeotros.wordpress.com> y es miembro del grupo literario El Club de la Serpiente.

CORRESPONDENCIA NICARAGÜENSE (X)

por Berenice Noir

Poesías de plantas. Poesías del agua. Poesías de lo que le pasó a un comal de moler maíz. Remedios caseros, hojitas de ruda hervida, funcionando en el cuerpo. Poesías para casas. Durante la mañana el cielo rubefaciente me vio caminar por el patio de la casa, desde donde se observa todo el pueblo. Poesías de pueblos. Yo también estuve observando. Pero el mundo no se modificó de una observación. El mundo se cambió de una ceguera.

Y poesías para ciegos...

Hermoso cantante, no voy a escribirte más poesías de observaciones. Voy a ser protagonista de quien me mira. Pero, amor, ¡no quiero cambiar el mundo!

¿Cómo hacemos para reventar?

A veces pienso que la noche me va a tragar, y yo no te escribí cuando me estaban tragando. Yo no te grité, amor. Yo no te grité.

Todo el día estuve en ese otro mundo, trabajando el agua, fregando, cocinando, comiendo, pensando en el hambre como pensando en una tarea digna puesta por mil docentes. Pero ya no es digna el hambre. También pensé en vos. Y mis pensamientos, esas pequeñas coces que te di, te avivaban.

Dos palabras se encuentran por primera vez en la puerta de mi boca, por ejemplo «la noche y mis bengalas / secas», ¿y ya eso es poesía? ¿De mi vida ya se puede hacer una canción? No, mi amor, no, apenas política. Apenas política.

Cosí ropa, tosté granos, colé tejidos, afilé cuchillos, miré a las otras mujeres, acaricié mis perros, sudé sobre una piedra de moler. Y sobre la piedra de moler yo estaba, mi cabello de color brea descansado sobre un hombro, las manos calientes y enrojecidas, moliendo, embarazándome con tus canciones. Otras mujeres observan.

Hay gente para las plantas, hay mujeres para el agua, hay facturas con RUC para los librillos de autoayuda. Para la poesía, deudas.

Convencieron a una doña muy vieja de que necesitaba un librito de autoayuda. Luego la convencieron de que debía comprarlo. Luego la convencieron de que le gustaba. Luego la convencieron de que le sirvió. Luego la convencieron de que lo olvidase rápidamente, hasta el próximo librito. Cuántos éxitos, mi amor. Cuántos discos de platino.

Aquí estamos escribiendo. En esta parte de la barbarie estamos escribiendo. Pequeñas piezas para bárbaros. Aquí hay otro mundo. Hay que denunciarlo. ¡Aquí hay otro mundo! La nación se está pensando. Y cuando la nación se piensa, a alguien están matando. ¿Y te acordás de la guerra, amor? ¿Te acordás de las guerrillas? ¡Cuántos pensamientos simultáneos!

Leí el último libro de Belli que me enviaste. Escribe como pegando las cosas con cinta adhesiva. Algunas palabras parecían ampolladas por el uso y la caminata. Pobres palabras. Si me preguntan, voy a decirles que allí no murió nadie.

Extraño tus cartas, cantante. Extraño que me arrinconaras, que me fusilaras con una advertencia, con un pensamiento, tus palabras sencillas, a veces palabras-pólvora, a veces nada, con algo de chingaste, punto y seguido, punto y aparte, corchetes, y es que aun si me enviaras un papel en blanco, cantante...

Si me enviaras un papel en blanco.

Besos, bengalas, perros.

© Berenice Noir

La autora:

Berenice Noir (Rivas, Nicaragua. 1975). Artesana, tatuadora y escritora nicaragüense. Constantemente viaja por Centroamérica. Todavía no tiene un nicho definido.

DOS RELATOS

por Julio César Toledo

TIRO DIRECTO

¿Cómo es posible que un penalti desbaga tantos sueños?
Joaquín Sabina

Tengo el balón entre mis manos. Lo hago girar antes de ponerlo sobre la marca blanca de penal, y al momento en que el esférico rosa el manchón, el mundo se detiene. Estoy sudando. Trato de escuchar al público que en las gradas convulsiona, chifla, mienta madres. Trato de concentrarme y traer a la memoria todo lo que sé sobre un tiro libre, todo lo que he aprendido sobre chutar. Es un segundo no más, pero pasa frente a mí toda mi historia en las canchas, desde niño. Cuando vas a morir, dicen, ves lo más importante de tu vida como en una película. Pues así yo, porque, ¿qué es un penal ¿acaso una especie de muerte anunciada?, un pararse ahí en el filo, estar en el paredón a punto de disparar o ser fusilado. De pronto, en mi cabeza veo a mi padre diciendo que arquee el pie, que de esa forma obtendré la fuerza y el control sobre el balón mejor que nadie. Pienso en mi primer entrenador gritándome groserías y manoteando, amenazando con los golpes en el vestidor si el balón no entra en la portería. Las gotas de sudor nublan, por momentos, mi vista. Y viene al pensamiento la tarde en la cancha de tierra cerca de mi casa (la del equipo cóndores) donde jugué mi primer partido bajo la lluvia. La misma cancha y la misma lluvia bajo la cual me quedé llorando solo con la sensación más horrible del mundo por haber fallado el penalti; y también fue donde conocí a Rosita que venía de otra colonia más arriba cuando pasó (quizá bajo esa misma lluvia) hermosamente mojada saludándome y con una sonrisa enorme y el corpiño transparentándosele a través de la playera. La misma Rosita que después del partido contra Vikingos me dio en la boca mi primer beso. Ella no sabía que había fallado el penalti esa tarde en que me conoció, a ella no le gustaba el fútbol, ni le importaba, pero sí creyó en mí y en mi sueño de ser profesional jugando. Todo eso pasa frente a mí como una escena de la matinée, es un segundo nada más, el sudor sigue cayendo. Me hago hacia atrás y miro el balón como quien mira a un hijo, a un dios o a un enemigo. Me trueno los dedos de las manos, más para hacer tiempo que por otra cosa. La gente ha dejado de gritar, todos están nerviosos. Mi cabeza se llena de recuerdos: mi madre grita desde su cocina que deje de jugar y me ponga a hacer la tarea. Hoy está orgullosa de mí, desde su anónima grada y portando con orgullo la camiseta de la selección, grita y vitorea por los goles de su hijo. Puedo oír mi corazón que se acelera. La vida misma, el orden natural, la especie humana, están cifrados en la distancia entre portero, balón y tirador; yo soy el héroe o puedo serlo. Puedo ser también el judas de la patria. Más valdrá colgarme de un árbol si fallo esta vez. Rosita, en su secreta afición a los partidos de mundial, estará sudando frente a la tele pensando en mí como se piensa en el amor sin condiciones; elevando su temperatura mientras decide consolarme con el fruto prohibido de su cuerpo si lo fallo –como el beso aquél bajo la lluvia–, o, si lo anoto y ganamos, con más ganas darme a probar esa piel que tanto añoro. Como un guerrero vencedor conduzco mi legión a sus posiciones: tú, atrás; tú, hasta la banda. Aguanten, Bravos, que este tiro nos lleva hasta la gloria. Todo sucede en cámara lenta. Mis pasos, el sonido, hasta la gente que no ve el partido reacciona a este letargo en que el mundo, complaciéndome un instante, se ha detenido. En un pueblo lejano, el campesino, solidario conmigo (tirador de la nación) se limpia el sudor e inhala el frescor de la tarde; la abuela arrulla a un niño con el himno de la porra, y hasta los asesinos hacen tregua con sus víctimas en aras de un magnífico, histórico y limpio gol. Me quito, otra vez, el sudor de la cara.

El instante previo terminó. Me veo con el arquero cara a cara. Sus ojos, que son fuego ardiendo en el infierno, se clavan en los míos, en mi pecho y en mi taco derecho que ya inicia su marcha hacia atrás, alistándose para la carrera definitiva. No quisiera estar en su lugar, a punto está de ser acribillado. Lo conozco, sé su nombre, incluso creo que ha mirado alguna vez a mi Rosita con lascivia, pero el plazo está a punto de cumplirse. Hoy es el Apocalipsis, el partido final, el Armagedón. De aquí en adelante es cuesta abajo, precisión, velocidad, honor y gloria. Ya me veo enaltecido por la historia. La tribuna coreará mi nombre. El amargo sabor de la derrota, esa hiel que probé bajo la lluvia aquella tarde, lle-

nará las comisuras de las bocas del rival. Pero no sólo eso, inundará sus gargantas, sus pechos, sus oídos. Un agrio veneno surtirá sus vidas y ha de crecerles un coraje en cada poro, en cada estúpido color de su uniforme. Morirán estando vivos los canallas. Y no tendrán mujeres que los besen y consuelen como a mí Rosita, que estará a mi lado cuando el gol caiga en la red. Voy, me toca, no huyo más al destino que me enfrenta con cara de portero de otro equipo. Alzo la mano y anuncio que estoy listo. Nada rompe el silencio en el que el mundo se ha volcado. Ni los relojes, ni la catedrales, nada suena, todo está suspendido. La última mirada a mis compañeros, y entonces, suena el silbato del árbitro, ya no hay tiempo; ninguna técnica sirve a partir de este momento. Sólo el corazón guía mi carrera: lo siento bombear, me prendo fuego, mi velocidad es descomunal, perfilo, pateo, le doy al esférico en el centro y ¡madres!

Big Bang.

El silencio se alarga otro segundo, y luego el ruido.

Todos gritan, otra vez la convulsión y las mentadas. El tiro salió fuera, no entró, pasó por encima del poste. La vergüenza. Antes que nada la vergüenza. El asombro después, la confusión: cómo habrá sido, todo estaba calculado y era fácil. El coraje también me llena el alma, no puede ser cierta esta tragedia. ¿Y Rosita? Qué va a pensar de mí, qué va a decirme. A quién va a regalarle ahora el tesoro escondido entre sus jeans? Yo la amaba. Yo quise conquistar para su gloria este partido. La deshonra total, el abucheo. Crece el abucheo en los laterales del campo; no tengo cara con qué ver a mis amigos, a mis fieles compañeros, les he fallado. Ahora el miedo, la tristeza, todo el peso de perder sobre mis hombros. Sí, estoy llorando. No lo puedo evitar, déjenme solo. No merezco compasión, a partir de este momento mi nombre no es Tomás sino derrota. Mi vista se nubla una vez más, pero ahora no es el sudor, son lágrimas amargas. Me lo digo en voz muy baja: lo fallé. Ya nada será igual, nunca. Aléjense de mí que estoy maldito, les digo al resto del equipo con la última fuerza de mi espíritu. Déjenme llorar, y sean felices ustedes sin mí, al fin, yo ya estoy muerto. Pero el futbol es también de caballeros. Y una mano cálida, un hermano, al tiempo que me habla, me da un zape:

Ya, no mames, Tomás. Nos toca invitar los chescos, ni modo. No llores carnal, no es para tanto; ni que fuera el mundial o la liguilla. Recoge las piedras de la portería y vámonos que no tarda en llover.

¡Viene coche!

Caray, y yo que había cifrado en ese tiro tantos sueños. Ahora, agarrar valor para invitar a Rosita a la fiesta de mi prima. Le voy hacer caso a mi mamá y mejor voy a estudiar para abogado. Ni una cascari-ta más en estas calles. A mí, esto, no me vuelve a pasar.

* * *

SUEÑO PROFUNDO

Cuando despertó seguía soñando. Soñaba lo mismo: que despertaba y se metía al baño y se sentaba en el excusado. Soñaba que despierto anhelaba soñar, seguir durmiendo. Sentado en la taza del baño dejaba salir de su cuerpo, junto con los fétidos desechos, el sueño de seguir soñando; la vigilia se apoderaba de él cada vez más. Soñaba que ya despierto se metía a bañar y se restregaba la cara con el zacate, se la restregaba tan fuerte que le ardía, sobre todo por el acné que ensombrecía lo que él creía un rostro de galán. El sueño seguía en que se cepillaba los dientes, mientras, frente al espejo se esforzaba por recordar algún sueño plácido. Una pausa mientras sus pupilas se iban de largo frente a sus pupilas. Escudriñando el rostro cansado del reflejo intentaba recordar o descubrir (como quien intenta avistar en el rostro ajeno del enemigo, la mentira) si recordaba un sueño digno de serlo, uno de esos donde uno vuela o derrota un monstruo salido de las ruinas de una iglesia. Quería encontrar en su memoria una ola ámbar y gigantesca o una hecatombe de palomas blancas saliendo de un volcán en plena avenida. Pero nada, soñaba consigo en la rutina matutina. Soñaba además que se vestía en una forma tan mecánica –incluso despierto no podría hacerlo con tanta precisión–: calzones, desodorante y después el pantalón. Calcetines combinados, zapatos, y al final la camisa; loción en el cuello antes de un último vistazo en el espejo. El sueño se prolongaba sin interrupciones, así, como los días lo hacen sin recato. Llegar al trabajo y hacer lo mismo de siempre, tonterías por las que pagan. Una canción en el radio que, aunque nueva, suena igual de viaje que el lanzamiento del viernes pasado. Probar la comida que

sabía a lo mismo que el desayuno, al almuerzo del domingo. El regreso inversamente idéntico al camino recorrido en la mañana. El sueño de estar despierto anhelando soñar otra cosa. Entonces la confusión, el miedo. El temor a no saber en qué lado de la línea estaba, a sentirse con ganas de despertar y equivocarse. Y le daba miedo que ese sueño necesariamente tuviera que ser soñado de golpe y completado en ese preciso momento. Era un miedo de esos que en otro tiempo venía de soñar bestias sanguinarias o madres descarnadas que se alimentaban de la carne de sus hijos. Pero, se decía en su propio sueño, este era peor. El miedo al extravío permanente era mayor y más certero. De pronto, abría los ojos. Aún con el corazón acelerado se decía, a manera de consuelo, que ya estaba despierto. Y así, recostado, con la luz todavía apagada, se iba haciendo a la idea de tener que levantarse. Entonces entraba al baño y se sentaba en el excusado, se metía a la regadera y se tallaba la cara con un jabón que le habían recomendado para desaparecer el acné. Se vestía meticulosamente pero sin lograr la perfección alcanzada en el sueño. Luego el espejo y su reflejo de pupilas que sólo arrojaba un espiral de sueños en donde, de ida y vuelta o en su condición de opuesto (como en la imagen que en ese instante veía) todo era siniestramente igual a sí mismo.

© Julio César Toledo

El autor:

Julio César Toledo (1977). Estudió Ciencias de la Cultura en el Claustro de Sor Juana, y teatro en el INBA. Master en literatura por la Universidad de Arhus, Dinamarca. Es egresado de la Escuela Dinámica de Escritores. Obtuvo el premio nacional de poesía "el búho"; el premio nacional de dramaturgia joven UDEM, la beca de la "Latin american artist foundation" en Nueva York y fue finalista del premio internacional de poesía joven LAGARUA 2007. También obtuvo mención honorífica en el premio internacional de poesía Desiderio Macías Silva en 2010. Tiene publicados los poemarios *Del silencio* (FRAF 2003) y *Quicio* (FETA 2008) así como *Suplencias para el nombre del padre* (Coneculta 2008) con el que obtuvo el premio Rodolfo Figueroa; y la obra de teatro *Hombre, mujer y perro* (Anónimo Drama 2004). Es co autor de *Owen, con una voz distinta en cada puerto* (FETA 2005). Cuentos y ensayos suyos aparecen regularmente en revistas de circulación nacional.

* * *

Relato

¡SACALO!

por Pablo Giordano

La pesada noche de verano nos dejaba sin aire. Bamboleantes, sumergidos en una realidad derretida. Veníamos de espiar por el tapial a la Crivelli. Los jueves bailaba con el novio en el patio, ponían la música al mango. Hubiésemos visto lo mejor a las cuatro de la mañana, pero volvimos al barrio a las dos, la triste hora en que los padres juntan las reposeras, entran el televisor bostezando y se preparan para dormir.

Las chicas jugaban al saltapié en la calle, y nos prendimos. Se levantó viento. La pelota mostró vuelos propios. En un esquite insulté a la Naty: el pelo era una molestia para todo, me ponía loco. No le gustó pero la dejó pasar. Después la pelota me dio en la cara.

–Boludo –largó.

–¡Chupame un huevo! –le contesté.

–Sacalo... –desafió, y todos enmudecieron.

En sexto grado fingíamos madurez. Una mueca de fastidio bastaba para controlar esos retruques. «Ser grande» era perdonar, evitar y dejar pasar las peleas y esas cosas. Como cuando el Nico le partió el ladrillo en la cabeza al Nata, y el Nata (lleno de sangre) lo miró de pies a cabeza y levantó las cejas; nada más. Pero la Naty nunca adhirió a ese estilo. Decir «Sacalo» era un compromiso.

–Ahora no –le dije–, estamos jugando.

–Cagón.

–No soy ningún cagón, ¿sabés?

–Bueno, dale, sacalo después del partido.

Los chicos miraban serios, sabían que si la Naty estaba involucrada no era joda. No hablé. En el fondo les gustaba que se armaran esas cosas.

–Después del partido lo saco, vas a ver.

Jugamos dos o tres puntos más, y ahí se vino el agua. Corrimos adentro, cada uno a su casa.

Por la ventanita del lavadero miré la luz tintineante de la vela en la ventanita del lavadero de la casa de la Naty. ¿Era ella, asomada también hacia la lluvia, intranquila? No, la Naty no pensaba mucho las cosas. En cambio yo sí pensaba. Pensaba demasiado.

Atrás de la casa de los Berrino, los rayos gigantes y afilados iluminaban de a ratos. El viento doblegaba los fresnos hasta lamer las baldosas entre gordas cortinas de agua. Un auto veloz por la esquina me encandiló. El conductor debe haber visto mi rostro asomado como si fuese un fantasma. Me quedé muchas horas en la ventanita, pensando. Amanecía, cantaban las ranas en los zanjones. Entonces dormí dos o tres horas, y sonó el despertador.

En el colegio venía con el pan de leche por el pasillo para comerlo en el refugio abajo del escenario, y me apareció en la mente la cara de la Naty diciendo «Sacalo».

Traté de frenar el miedo, se convertía en algo irracional. Seguro que nadie se acordaba. Pero la verdad no me daba la razón, la Naty no iba a olvidar. Una vez Pitito Vergara le dijo que bajara los pantalones a tomar agua, un chiste que usábamos si alguien tenía los pantalones muy cortos. Una semana después, en la pileta, adelante de todos, la Naty lo encaró y le dobló el dedo hasta hacerlo arrodillar. En otra ocasión el Loro la desafió, y ella le dijo «Venite». Y el Loro se cagó. ¡El Loro!

En el almuerzo ni probé los fideos. El temor no era sacárselo a la Naty (aunque sí, y mucho), sino que estuvieran los chicos, o las otras chicas. ¿Y si la tarada lo quería chupar?

A la siesta fui a la pileta temblando. A veces iban la Naty y el primo. Subí al trampolín y me senté en la tabla para poder verla venir.

A las siete empezaron a avanzar las nubes negras. Me tragué casi entero un pancho y volví a casa a planear algo. La hora de la cena llegó rápido, no me dio tiempo. Comimos pizza fría en el jardín. A eso de las diez salió Sarandieri y marcó con tiza en el pavimento la cancha de paddle y lo llamó al Lagarto para jugar. Al rato salieron las chicas. La Naty, no. Me tranquilicé. Se levantó viento.

Fui a buscar la paleta y jugué dos partidos. Perdí uno, al otro lo gané y pasé a la final.

Y ahí llegó la Naty.

El corazón fue a doscientos. Nadie habalaba. Peleábamos por los puntos o por si la pelota picaba en la línea dibujada torcida.

Entonces, de lo más bien, la Cintia dijo:

–Che, la Naty se lo tiene que chupar al Lelo. De anoche, ¿se acuerdan?

Y de nuevo el silencio de cuando nadie sabe qué decir.

No había otra, me hice el macho.

–Sí, Naty –le dije–, no te hagas la viva. Después el cagón soy yo.

–Bueno, dale, sacala.

–No, acá no.

–Bueno, crucémosnos al campito...

Nos cruzamos al campito.

Encontré un lugar de yuyos altos, capaces de tapar un poco. Tronaba fuerte ya.

La Naty, de frente y más alta que nunca, no descuidó un segundo su vista. Me bajé los pantalones de

un tirón. Miró abajo. Debe haber visto el racimito hirsuto y pobre, el colgajo insignificante y áspero, camuflado entre los arbustos como nido de curucucha.

–Bueno... –dijo, y pegó la vuelta y volvió con los chicos.

Mientras me subía los pantalones, la vi correr de espaldas: un trote largo, como si la tormenta pudiera alcanzarla.

© Pablo Giordano

El autor:

Pablo Giordano (Las Varillas, Argentina, 1977). Ha publicado en revistas de Argentina, México, Cuba, Estados Unidos, Portugal, Brasil, Perú, Serbia, Colombia, Venezuela y España, entre las que se destacan: Punto en línea (Universidad Nacional de México), Alex Lootz (Madrid) y Treći Trg (Belgrado). Ha integrado las antologías: *25 ciudades. Las mejores lecturas de verano de La Voz del Interior* (Universidad Católica de Córdoba, 2007) y *Es lo que Hay. Narrativa Jovén en Córdoba* (Babel Ediciones, 2009), entre otras. Ha publicado *La Felicidad es un Gordini* (Textos de Cartón, 2009) y *La Muerta* (La Propia, 2009). Sus textos han sido traducidos al inglés, portugués y serbio.

* * *

Relato

MICRORRELATOS

por Marina Montero

Tenía diez años cuando descubrió la existencia de su segunda abuela y ese fue el primer conocimiento que tuvo de su condición de ser humano perteneciente al género femenino y del animal instinto que ello acarrea: el ancestral odio a la suegra.

* * *

Llegó incluso a alegrarse de las chanzas de sus amigos por quedarse mirando embobado a unas quinceañeras que tomaban la clásica «foto tuenti» delante del monumento, porque así no se dieron cuenta de que lo que en realidad miraba embelesado era, un poco por detrás, a una niña todavía más pequeña que había desenterrado un pedazo de papel del bolsillo de los pantalones y que apuntaba algo con cara soñadora apoyada sobre el relevante muro. A ella sí que le habría gustado conocerla.

* * *

El chupete estaba allí, abandonado en la mesa mientras el diminuto hijo de sus amigos correteaba entre los columpios perseguido por ambos padres. Él se había quedado en la cafetería, vigilando los bolsos y la escena. Alargó lentamente la mano, lo cogió y lo sumergió en el azucarillo que venía con el café antes de colárselo rápidamente en la boca. No fue, en absoluto, decepcionante.

* * *

Le habría gustado saber qué de todo era lo que le había llamado la atención a la chica de él, si su pelo rubio algo largo y perfectamente despeinado, sus ojos profundos y azules o su cara redonda, imberbe y de suaves rasgos, todas cualidades ampliamente alabadas. Sin duda se habría sentido ofendido de haber sabido que ella sólo se le quedó observando fijamente el tiempo que necesitó para aclararse sobre si lo que tenía delante era un chico o una chica.

© Marina Montero

La autora:

Marina Montero, más conocida en el mundo literario como Mandarina (Burgos, 1990), compagina la creación literaria con una Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos. Escribe desde los seis o siete años y sus relatos han ganado varios premios literarios y han sido publicados en el Diario de Burgos, El País Semanal (microrrelatos de verano, Agosto 2011) y en revistas como Amateurs Hotel (#19). También puedes encontrarla en <http://aquindicestusecretodastulibertad.blogspot.com>

EN 99 PALABRAS

por Miguel Ángel Molina

RECUERDOS DE LA FERIA

Tras secarse el sudor tomó la escopeta, tragó saliva y apuntó. Sacó ligeramente la lengua, apretó el gatillo y rápidamente agotó los tres disparos que le correspondían. Separó la escopeta del rostro y vio que por primera vez en su vida había acertado. Entonces se acordó de su padre y de las muchas tardes que habían pasado en la feria intentando abatir aquellos muñecos que salían con una diana delante. Su cara se llenó de lágrimas cuando comprendió que su infancia ya había quedado muy atrás. Hoy los muñecos, al caer, dejaron la tapia del cementerio teñida de sangre.

* * *

BULTOS PERSONALES

Cuando Juan comprueba que Gema ha recogido todas sus pertenencias se recrudecen los reproches e insultos.

—¿De qué te quejas, desagradecida? Llegaste con dos bolsas escuálidas y un año después te largas con cuatro maletas repletas.

—Sí, me llevo más de lo que traje. Aquellas bolsas venían cargadas de sueños e ilusiones y hoy me llevo estas maletas rebosantes de mentiras, desengaños, traiciones y dolor.

Poco después se hace el silencio. Más tarde Gema carga seis maletas en su todoterreno. En casa Juan ya no protesta, de hecho nunca más lo hará. Dos maletas de más tienen la culpa.

* * *

PÓNTELO, PÓNSELO

Obsesionado por su salud cumplía a rajatabla todos los consejos nutricionales posibles para mantenerse sano. Le llamaban «el desgraciao» porque no podía tener otro apodo alguien que en el bar pedía un descafeinado con sacarina y leche desnatada. En su nevera todo estaba etiquetado como bajo en calorías o integral. No probaba la sal, tomaba alimentos hervidos o a la plancha y sólo bebía agua mineral y zumos naturales. Pese a sus obsesiones murió joven. Su pasión dietética era tan grande como la que sentía por las mujeres, y sin embargo con ellas nunca admitió ningún tipo de precaución.

* * *

EL HUERTO DE LOS SUEÑOS

Hastados de los frutos podridos que siempre recibían, y seguros de que la cosecha no mejoraría, despertaron de su letargo y decidieron que ellos mismos deberían sembrar si querían recoger. El terreno elegido era conocido como «Sol»: con ese nombre no podían fallar. Allí plantaron la semilla de los sueños, abonada por la ilusión de unos pocos. Según pasan los días van consiguiendo que comience a brotar. Así pronto podrán cosechar un poco de esperanza y solidaridad. Incluso una pizca de esa rareza llamada utopía, que contra todo pronóstico, continúa absorbiendo nutrientes en su afán de convertirse en realidad.

© Miguel Ángel Molina

El autor:

Miguel Ángel Molina (Madrid, 1969). Licenciado en Química pero me dedico a la enseñanza. Soy un recién llegado al mundo de los microrrelatos, pero por suerte algunos de mis relatos han aparecido en las revistas literarias *En sentido figurado* (julio 2010) y *A contrapalabra* (diciembre 2010). Acabo de autopublicar mi primer libro, *En 99 palabras*, en el que aparecen cien microrrelatos con una única cosa en común, como su nombre indica están contados en noventa y nueve palabras. Si os apetece leer alguno de mis textos podéis visitar mi blog: <http://en99palabras.blogspot.com>

CONCESIONES AL DEMONIO (Capítulo) *

por Óscar Sipán

FLOS PILAE AEGRAE – FLOR DE LAS COLUMNAS ENFERMAS

Como cada noche, soñó con la adrenalina de cruzar la meta en primer lugar: los brazos en alto, la cara desencajada, el acoso de los periodistas, la alegría de mecánicos y patrocinadores y los besos de las azafatas empapadas en champán. Se despertó con un gran sentimiento de culpa por no haber cogido la bicicleta ni un solo día en esa semana y con una gran erección. El amanecer se filtraba por las contraventanas, iluminando la travesía de las motas de polvo. Se dio la vuelta y levantó el camión de su mujer para jugar. La visión de la cicatriz de la cesárea, como una res marcada por el hierro familiar, mató su libido. Ella se esforzaba por recuperar la forma con tablas de gimnasia y dietas, natación y paseos, pero los destrozos parecían irreversibles. *Los hijos arrastran al nacer la juventud de sus padres*, pensó. Le dio un beso en la frente y se dirigió a la cuna. Después de una infernal noche de llanto y cólicos, el bebé dormía con la boca abierta, enroscado bajo la manta como un erizo. *Tu vida empieza ahora*, le decían sus amigos cuando se retiró del ciclismo profesional y abrió la tienda de bicicletas en una ciudad dormitorio donde siempre hacía mal tiempo. No se le ocurrió nada mejor y no tenía aptitudes para ejercer de comentarista o de comercial.

Ahora los días se repetían.

La sangre se estancaba.

La vida era lenta.

Encendió la cafetera y observó a la vecina del primero izquierda mientras tendía la ropa. Llevaba una camiseta de publicidad sin mangas, el pelo recogido en una gran cola y se inclinaba hacia el vacío con los párpados cerrados. La profundidad de sus pensamientos le deformaba la expresión y la hacían parecer mayor, infeliz, perdida, con esa soledad de la nevera a final de mes. En el momento en que el deshábille resbaló de la cuerda hacia el patio interior, maldijo con una rabia de varias generaciones. Tenía las manos de una masajista (le recordaban a las manos que le trataron un pinzamiento hacía varios meses: manos venosas acostumbradas a la carne espuria y solitaria, manos manchadas de Nivea y secretos).

Sin disimular, le miró un escote libre de ataduras. No era Gina Lollobrígida, pero eso no tenía la menor importancia. Todas le gustaban: las ordinarias y las excepcionales, las Amazonas y las camareras tristes, las amas de casa y las ejecutivas de multinacional.

A todas inventaba.

Desnudo, se contempló ante el espejo: incipiente barriga, ojeras y patas de gallo, canas, los párpados hinchados y la piel escamada, pérdida gradual del cabello y de la risa. Él, reconocido tumbalafiesta, un ganador que tuvo la eternidad al alcance de la mano, convertido en un simple mecánico y vendedor de bicicletas, padre, esposo, presidente de la comunidad de vecinos. ¿A dónde fue a parar el atleta que regresaba a casa, fibroso y curtido por el sol, después de una carrera de tres semanas? Se sentía atrapado en un nudo corredizo de tranquilidad. Se masturbó en la ducha pensando en una azafata mezuquina y pecosa del Tour de Francia y se vistió.

En el portal, el jubilado del segundo derecha le comentó el desgraciado accidente de un vecino. Según desgranaba la noticia del diario, había perdido el control del coche por la lluvia, atravesando la

«Desnudo, se contempló ante el espejo: incipiente barriga, ojeras y patas de gallo, canas, los párpados hinchados y la piel escamada, pérdida gradual del cabello y de la risa.»

* Capítulo perteneciente a la novela *Concesiones al Demonio*, recién publicada por Ediciones Nalvay.

mediana para volcar en un campo de viñas y fallecer en el acto. El jubilado lo describía, con pinceladas impresionistas, como un joven representante de joyería que siempre saludaba. Saludar no era precisamente un síntoma de inmortalidad ni un dato que engrandeciese su necrológica. En la última reunión de la comunidad de vecinos le pareció un hombre vulgar en el cuerpo de un dandi: un vendedor innato pero, a fin de cuentas, un vendedor (*De alguna manera, ¿no somos todos vendedores? ¿No es la venta la auténtica, la verdadera religión?*).

Un vehículo municipal limpiaba la calle dejando un brillo de baba de caracol. Los perros marcaban las farolas ante la atenta mirada de sus dueños, que dejarían a su paso por la existencia algunas tumbas de perros felices. Como cada mañana, soportó las palabras del quiosquero (*Buenos días, campeón, abrimos pronto el negocio, ¿eh?*), compró la prensa deportiva y levantó la persiana metálica. Ventiló el local, colocando una cuña de madera en la puerta, y esperó la llegada del primer cliente o del sordomudo que vendía estampitas y que siempre se quedaba como embobado mirando los pósters firmados por Miguel Induráin, Perico Delgado, Lance Armstrong o Alberto Contador, el maillot amarillo enmarcado y, sobre todo, una fotografía de gran tamaño en la que sostenía un ramo de flores y una copa brillante, mientras dos azafatas con el pelo a lo *garçon* le sostenían a él. A veces los recuerdos le sumían en un desconsuelo tan abrumador que cerraba la tienda, descolgaba el maillot de su urna de cristal, bisagra entre dos mundos, y se lo ponía sollozando. Deseaba con todas sus fuerzas que su hijo no heredase aquel dolor, aquella carga compuesta de humillación, gloria y días felices. ¿Cómo podía pensar en el futuro si vivía en una casa orientada al pasado?

«El ritual de levantarse al alba, hinchar las ruedas y engrasar la bicicleta en el cuarto trastero le había devuelto la mirada del hombre que fue. Un hombre que mantenía a raya la angustia y que no se dejaba asediar por el futuro.»

Arregló un pinchazo, cambio unos radios rotos y revisó el stock de la trastienda, anotando en rojo *una caja de sirgas de freno y cinco de cámaras de aire*. Pasó la escoba por la acera, atendió a dos señoras enojadas que recaudaban fondos para una reserva de osos panda autistas o algo por el estilo, limpió los cristales del escaparate, leyó el periódico y miró pasar a las colegialas de uniforme, aburrido, boqueando como en esos puertos de categoría especial, buscando el aire entre tanto tedio y tanta calma.

Al ordenar la caja registradora encontró un billete de diez euros con un nombre de mujer (*Tacha, ¿vendría de Natacha?*) y un número de teléfono de una población cercana. Tuvo un pálpito, una corazonada, una imposición del cuerpo frente al cerebro. Quiso sentir algo y se saltó las normas, como si la decisión la tomase el hombre de su pasado, el héroe, y no el hombre corriente, a rueda de los demás hombres corrientes. Marcó el número.

—¿Sí?

—¿Eres Tacha?

—Soy Tacha. ¿Y tú quién eres? —contraatacó una voz cálida y ligeramente afónica, no exenta de veneno. Buscó en su memoria sexual y llegó a la conclusión de que tenía el tono de voz de Janis Joplin, si ésta hubiese llegado a la treintena. La imaginó dejándose fotografiar desnuda, con su Leica de 35 milímetros, en una cama combada de pensión. La imaginó bebiendo daiquiri con el pelo suelto y un tirante del sujetador caído. La imaginó borracha y caliente en una hamaca con el océano Pacífico de fondo. Dos parpadeos más tarde, un hombre furioso comenzó a insultarle. En un acto de terror y contricción, colgó el teléfono. Se sintió como el niño que toca el timbre en los portales y sale corriendo. Se demoró unos segundos en disfrutar de una sonrisa, en paladear su atrevimiento, y entonces el teléfono comenzó a sonar. No tuvo que descolgarlo para saber quién era.

El número se había quedado grabado al otro lado.

Sobre la bicicleta, el mundo se le antojaba más amable. Por primera vez en mucho tiempo, se había levantado temprano y había rodado unos kilómetros por carreteras secundarias, concentrado en el horizonte y en la línea que delimitaba el arcén, degustando el sufrimiento de los músculos atrofiados, vaciándose en la máquina sin pensar. El ritual de levantarse al alba, hinchar las ruedas y engrasar la bicicleta en el cuarto trastero le había devuelto la mirada del hombre que fue. Un hombre que

mantenía a raya la angustia y que no se dejaba asediar por el futuro.

Merodeaba con un portafolios marrón delante de la tienda. Había ganado varios kilos y desbordaba el traje; el sudor le caía en torrente por las mejillas rechonchas. *¿Tienes cinco minutos?*, suplicó con los hombros moteados de caspa un ex ciclista, marcado por la sombra del dopaje, que vendía a comisión ropa deportiva. Levantó la persiana, apoyó la bicicleta y le invitó a pasar. No le dio la mano y escuchó sin interés las novedades de la próxima temporada. En el pelotón, al contrario que en la vida, no existían los parásitos: el que no pedaleaba, no llegaba a la meta. Y a los tramposos, con sus inyecciones indetectables, sus tratamientos de última generación y sus transfusiones de sangre, se les abandonaba a la intemperie, negándoles el auxilio y el saludo, perdiendo para siempre su condición de deportistas.

—¿Todavía puedes conseguir esas *medicinas* para combatir el cansancio? —comentó con socarronería, provocándole.

El hombre se ruborizó como un mormón en las rodillas de una madame.

No le compró nada, ni le acompañó a la puerta.

Acababa de tirar el catálogo a la papelera cuando el teléfono comenzó a sonar.

—¿No llamas hoy a mi mujer, hijo de puta?

Como todos los días, lo colgó con rabia y preocupación. Siempre a una hora imprevisible, siempre en el mismo tono de amenaza. La llamada le dejaba un cierto sabor a cobre en la garganta, inquieto y desorientado como un batería de jazz encerrado en una celda sin sus baquetas. Su paranoia se justificaba por las situaciones de tensión que había vivido en las últimas semanas. Las llamadas solían coincidir con una venta importante, la visita de un ex compañero de profesión o la de su suegra haciéndole arrumacos al bebé en la silla.

Y sin embargo no podía quitarse de la cabeza el billete y a Tacha.

El teléfono le devolvió a la realidad. Lo descolgó con una furia enajenada y violenta.

—Escucha, malnacido, esto tiene que terminar...

—Cariño... cariño, soy yo... ¿Qué pasa? Te has dejado la cartera en el recibidor —susurró su mujer—. ¿Se puede saber qué sucede?

Separó lentamente el auricular de la oreja y lo dejó caer sobre el mostrador.

«Forzó la reconciliación de la única forma que sabía. Al penetrar a su mujer, se sorprendió fantaseando con su cuñada.»

Forzó la reconciliación de la única forma que sabía. Al penetrar a su mujer, se sorprendió fantaseando con su cuñada. Menuda y socialmente invisible, irradiaba una obscenidad natural difícil de explicar: algo parecido a una perversión epidérmica. Durante la comida, habían intercambiado miradas y silencios en las mismas narices de su marido. Celebraban la apertura de una nueva ortopedia de dos plantas. Aquel ser anodino y sin aficiones conocidas había construido un imperio económico basado en las mutilaciones y en los defectos físicos; no podía imaginar nada más horrible. Era inquietantemente optimista, con esa paz artificial que irradian los tipos vulgares. De su boca salían oleadas de aburrimiento. Nunca había estado bajo los focos, ni había recibido los aplausos de una multitud. Nadie le había contemplado como a la reencarnación de Ulises regresando de la guerra de Troya.

Y ahora le refrotaba su éxito a todas horas.

Involuntariamente, en el momento del brindis, había acariciado el billete. Con él en el bolsillo se sentía como el presidente de Estados Unidos viajando por el mundo con bolsas de plasma ante la perspectiva de sufrir un atentado. Su mujer le devolvió a la realidad, susurrándole al oído obscenidades, acariciándole la nuca y arqueando la espalda. De un tiempo a esta parte parecía consentir las relaciones sexuales únicamente para buscar la parejita, como si una vez construido el nido la pasión se diluyera en olvido y desplacer. Estaba a punto de alcanzar el orgasmo cuando el teléfono, des-

viado de la tienda, comenzó a sonar.

En aquel momento tomó la decisión.

Había llegado con diez minutos de antelación a la cita. La estación de autobuses era un acuario de hierro y cristal con suelos de mármol poblados de hoscos magrebíes camuflándose en las paredes como insectos palo, militares aniñados sentados sobre sus petates de ropa sucia, vagabundos deformando las noticias a su manera y carne bautizada haciendo crucigramas. Olía a chocolate espeso, a subsidio de desempleo, a gofre recalentado. En cada asiento de plástico alguien había depositado un folleto de Alcohólicos Anónimos. Tomó un periódico abandonado y leyó la noticia del casamiento de una niña de doce años con un perro en el estado indio oriental de Jharkhand. Por lo visto, en la India se celebraban matrimonios entre hombres y animales o incluso árboles, ya que algunos astrólogos creían que ello liberaba a la persona contrayente de ciertas maldiciones o de la mala suerte que le habían asignado los astros. Un afamado paleontólogo enterraba sus propios descubrimientos para obtener becas y donaciones. Choi Yoon-Hee, best-seller coreana, autora de veinte libros sobre la felicidad y la esperanza, se había suicidado junto a su marido. *Tengo la horrible sensación de que a mi familia y a mí nos persiguen los tsunamis*, declaró un superviviente de las catástrofes de Japón y Thailandia.

«El mundo era tan extraño que las cajas negras de los aviones las pintaban de color naranja.»

El mundo era tan extraño que las cajas negras de los aviones las pintaban de color naranja.

Dejó el periódico y buscó la imagen mental que se había formado de la pareja, sin encontrar candidatas. Dos estudiantes discutían entre lágrimas junto a los baños. Un borracho gritaba tumbado en un banco: *todos los negros van juntos*. Una voz enlatada, con esa frialdad de las máquinas expendedores de tabaco, indicaba dárseles y destinos y los autobuses salían y llegaban, renovando los cuerpos y las caras, generando un efecto de fotografía velada.

Como si contemplase en la lejanía la polvareda del enemigo, nada más verla tuvo la certeza: Tacha. Llevaba una falda ceñida a las caderas, un suéter de cachemir, zapatos de tacón, las orejas desnudas, sin pendientes, y los párpados manchados de azul. Caminaba junto a un hombre de gran altura, sosteniendo un pequeño bolso con la elegancia de una condesa reconvertida en prostituta. Les hizo una señal para que se acercaran. Dudó si tenderles la mano y ofrecerles una copa en la cafetería. El hombre dio un paso al frente, con los brazos separados y las cejas amenazantes.

Y el silencio envolvió el triángulo.

–Lo siento –se disculpó el ciclista, en un ataque de timidez, entregándole el billete. Pero antes calibró con una última mirada el veneno de Tacha, el peligro y el placer que la envolvían, para abandonar a continuación la estación de autobuses, sintiendo un alivio solo comparable a cruzar la meta tras un día de caídas, lluvia y viento de costado.

Le vieron alejarse, atravesar la puerta de cristal y desaparecer entre la gente.

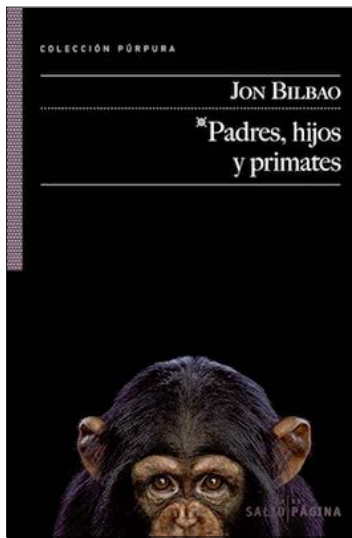
–Esta vez me gustaba de veras –dijo él.

–A mí también –respondió Tacha.

© Óscar Sipán

El autor:

Óscar Sipán (Huesca, 1974). Galardonado en numerosos certámenes literarios y autor de los libros *Rompiendo corazones con los dientes* (Premio de Narrativa *Odaluna* 1998, Edisena), *Pólvora Mojada* (XVII Premio de Narrativa *Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal* 2003, Diputación de Zaragoza), *Leyendario. Monstruos de agua* (2004, March Editor), *Escupir sobre París* (2005, March Editor), *Tornaviajes* (Premio Búho 2006, Tropo Editores), *Guía de hoteles inventados* (IX Premio de Libro Ilustrado 2007, Diputación de Badajoz), *Leyendario. Criaturas de agua* (Premio al libro mejor editado en Aragón 2007, Tropo Editores), *Avisos de derrota* (2008, Onagro Ediciones) y *Almanaque de los días felices* (2009, Instituto de Estudios Altoaragoneses). *Concesiones al demonio* es su primera novela.



PADRES, HIJOS Y PRIMATES, de Jon Bilbao

Editorial Salto de Página
Colección Púrpura 30
Fecha de publicación: 2011
176 páginas
ISBN 978-84-15065-06-7

* * *

Creo que existen pocos temas literarios tan atractivos como la venganza. En el interior de Joanes, protagonista de la segunda novela que Jon Bilbao publica en la editorial Salto de Página, la venganza habita desde hace mucho tiempo como un tumor dormido, como una bomba de relojería que, más tarde o más temprano, despertará, terminará activándose. Joanes es un buen tipo, un hombre civilizado que coge sin rechistar un vuelo transoceánico para asistir a la boda de su despreciable suegro, a pesar que lo mucho que lo detesta; un padre de familia que lucha por sacar adelante un nada boyante negocio de aire acondicionado y por mantener por sus propios medios a su mujer y a su hija, autora precoz de una novela de vampiros nihilistas. Pero, además de todas esas cosas, o quizás habría que decir antes que todas esas cosas, Joanes es una víctima que desea vengarse del hombre al que hace responsable del fracaso vital que le ronda desde que terminó sus estudios universitarios y todo comenzó a irle mal. Jon Bilbao consigue darle a esa venganza que vive en Joanes una dimensión total en su última y, desde luego, magnífica novela.

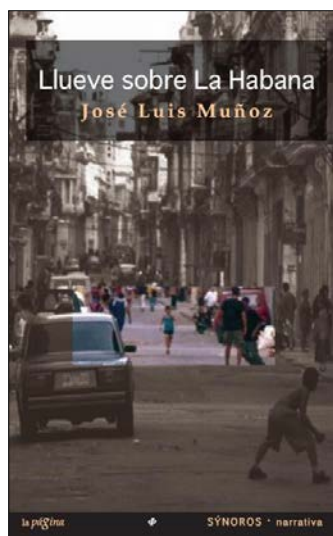
Padres, hijos y primates es la historia de una venganza que se intuye como amenaza desde las primeras páginas, que se va gestando como una fuerza cósmica, en paralelo al violento tornado que asola México durante el viaje de Joanes y su familia. El estilo seco, de frases cortas y poco dado a la adjetivación que Jon Bilbao ha convertido en uno de los rasgos más reconocibles de su escritura, es un afilado punzón con el que perfila una trama que va haciéndose más asfixiante párrafo a párrafo, que nos hace temer desde muy temprano lo peor, sin que acertemos a precisar qué es exactamente ese *lo peor*; intuir, en definitiva, que algo terrible está siempre a punto de pasar. Y esto, sin aspavientos ni efectismos, sirviéndose con sabiduría de una serie de elementos diseminados aquí y allá que parecen anticipar otros, fundamentales dentro del relato. Así, el tornado, una fuerza natural que desencadena el caos, precede simbólicamente a la violenta explosión emocional que amenaza con apoderarse del en apariencia inofensivo protagonista.

La figura masculina autoritaria del suegro, un macho alfa que siempre parece cuestionar la valía de su yerno y su capacidad para sacar adelante a su familia, podría interpretarse como sutil cartel anunciador de otro personaje, el profesor al que Joanes responsabiliza de todas las cosas que han ido saliendo mal en su vida desde que abandonó la universidad. El primer chimpancé que aparece en el tramo inicial de la novela, una simpática hembra con una pulserita de plástico en la muñeca, prefigura también a un segundo mono, trascendental en el desenlace que conocemos en la tercera y última parte. Por otro lado, Jon Bilbao hace que el paraíso amable del México de los resorts y los desayunos pantagruélicos vaya fundiéndose con un entorno más y más peligroso e ingobernable, cada vez. El hombre occidental que se siente a resguardo en su cómoda habitación de hotel cinco estrellas, armado con un teléfono móvil vía satélite, empieza a pisar un terreno movedizo cuando se aleja demasiado de esa seguridad en el fondo tan precaria y se adentra en una carretera mexicana caótica que parece no conducir a ninguna parte y donde, curiosamente, coincidirá con el hombre tan admirado y odiado que en su día, a muchos años y kilómetros de distancia, sentenció que su vida sea tal cual es.

Es admirable cómo en un espacio verdaderamente breve, apenas ciento cincuenta páginas, Jon Bilbao construye esta bajada a los infiernos de un hombre moderno, civilizado, amante de su familia y cortés con los desconocidos. Una bajada a los infiernos que se concreta en la tercera

sección de la novela, en el barracón siniestro, sin luz eléctrica, ni muebles, más parecido a una cueva prehistórica que a un refugio de viajeros perdidos al que van a parar Joanes, el viejo profesor y su esposa inválida. Para entonces, el clima asfixiante que el autor ha creado ya no afecta tan solo a sus criaturas de ficción, sino que cada lector es una víctima más de esa tensión insoportable, de la atmósfera de odio y de lucha a vida o muerte que se hace más intensa por momentos entre los personajes. Dentro del ruinoso barracón asistiremos, presas del terror y de la fascinación por el mal, como ellos mismos, a una serie de acontecimientos que se precipitan y suponen, sin duda, un paso atrás en la evolución de nuestra especie, una regresión a aquel pasado salvaje, primitivo, en el que el hombre y el mono eran todavía seres prácticamente idénticos.

© Patricia Esteban Erlés
<http://toditoslosdias.blogspot.com>



LLUEVE SOBRE LA HABANA, de José Luis Muñoz

La Página Ediciones
Colección: SýnoroS
Fecha de publicación: 2011
292 páginas
ISBN 978-84-938521-2-2

* * *

Llueve sobre la Habana es una bocanada de aire fresco dentro de la novela negra. Frente a tanto delito informático e investigadores de última generación, José Luis Muñoz nos traslada a aquello que él domina como pocos, a la vida en estado puro. En este caso con el dicharachero marco de una Habana repleta de jineteras que templan cosa mala, de huevones, bolaos, guarapitos, compays y sobre todo, sobre todo, de culos embutidos en pantalones de lycra cuya literaria y

literal descripción le hace a uno descruzar las piernas durante la lectura. Y el malo, como no podía ser de otra manera, es un gringo más malo que Satanás, y encima con la carita de pitiminí de George Clooney. No se puede pedir más.

El autor nos coge del cuello y nos sumerge de cabeza, advirtiéndonos antes que cojamos aire, en un mundo de supervivientes, tanto como lo son los Skodas, Cadillacs, Buicks y guaguas apedazados con esparadrapo a un paso de la recuperada tracción a pedales que circulan por las calles de La Habana. Y es que con la caída del muro, el maná del petróleo que llegaba de la Madre Rusia se acabó para los cubanitos y la isla se convirtió en ese lagarto de piel reseca cuya forma nos recuerda Cuba al verla en un mapa, con mucho verde, carne prieta y caña de azúcar en la superficie, pero con nada o muy poco de provecho en el subsuelo. Pero compay, no hay de qué preocuparse. Porque Cuba, mi amigo, tiene, además de al compañero Fidel para deleitarte con discursos de ocho horas que duermen hasta a los insomnes, ron, cohibas, sol, imaginación y ganas de jarana al arrullo de son y bolero.

Dejando aparte el lycra y su contenido –cosa difícil-, la verdadera protagonista de la novela de José Luis Muñoz es la mujer en estado puro. La hembra amante, romántica, sensual y sexual, sabia, matriarca dominadora en un mundo de hombres. Ella reina e impregna con su aroma dulce y andares de cabalgada las páginas de la historia, es el motor de pasiones, encuentros y desencuentros. ¿La moral?, parecen preguntarse la Bemba, la Angoleña, Leticia o la Lupe, eso es cosa de los yankees. Aquí lo propio, y siempre con el permiso de Federico, es cabalgar sin bridas y sin estribos.

Por encima y por debajo de Batista o Fidel, de Miami o de Moscú, de los gringos o los rusos, de la Dictadura del Proletariado o de la otra, los personajes de Llueve sobre la Habana tienen un Estado de Derecho propio y directo desde siempre y para siempre, una Ley de Talión cínica y escéptica que aplican a todo y con todo. La isla y lo que contiene está en venta, pero solo puedes comprarla

si pagas el precio. Un filete de vaca, un sicario, una templada, pero cuidado con los hijoeputa, a ésos ni agua.

A destacar un mensaje subliminal en la novela. Y es, cómo no, el Poder que tiene el fuerte sobre el débil. En la historia eso se lleva a sus últimas consecuencias hasta rozar la impunidad. Solamente ese espíritu de sobrevivencia de que he hablado antes, la primogenitura que Cuba tiene como heredera predilecta del Lazarillo de Tormes, y la superioridad en el regate corto que los latinos poseen sobre los anglosajones, permite salir a los cubanitos ganadores por goleada en esa lucha desigual contra cualquier vecino, en particular el del norte. Lluve sobre la Habana es la retransmisión de uno de esos combates.

Es tal la riqueza del vocabulario de giros, palabras y expresiones que contiene la novela de José Luis Muñoz que, debo confesarlo, hacia la mitad de la lectura me encontraba verbalizando frases como “qué bola con tu kay”, o “que he cogido un tremendo metió” al más puro estilo de La Vieja Trova Santiaguera.

Hay un ejercicio que, como lector, hago siempre al acabar un libro, y es ir al último párrafo o frase, allí donde el autor ha estampado su rúbrica. Y José Luis Muñoz, después de pasearse a sus anchas por las calles de La Habana, de describirnos crímenes, descuartizamientos y venganzas, como si todo hubiera vuelto a su cauce, o no hubiera pasado nada, o no importara, o qué se yo, concluye con un plácido: “El Caribe dormía tranquilo”.

© José Vaccaro Ruiz

<http://josevaccaro.conoceralautor.com/>



FRÍO DE MUERTE, de Manuel Nonidez

Editorial Rey Lear

Colección: Literatura Rey Lear

Fecha de publicación: 2010

368 páginas

ISBN 978-84-92403-49-3

III Premio García Pavón de Narrativa Policiaca

* * *

Es *Frío de muerte*, la excelente y muy recomendable novela de Manuel Nonidez que se alzara con el XIII Premio Francisco García Pavón de narrativa, un ejemplo del mestizaje de géneros que impregna la novela negra, un cajón literario tan amplio en el que caben propuestas tan originales como la que sale de la cabeza de este madrileño autor de *El aliento negro de Dios* o *El perfume del*

diablo, escritor que alterna la narrativa policial con la fantástica, el relato con la novela.

Frío de muerte es una novela policial que nos sumerge en nuestro pretérito, en el reinado de Isabel II, lo que le da pie al autor para recrear de forma brillante la sociedad madrileña de esa época caracterizada por la degradación monárquica, la corrupción política y la amenaza de revueltas y asonadas militares. Y en ese caldo de cultivo convulso tienen lugar una serie de asesinatos de niños que aparecen salvajemente mutilados y no escapan a la atención del comisario de barrio Isaac Arribas, un Sherlock Holmes castizo, que, a través de una ardua y concienzuda investigación, llegará hasta los culpables de esos crímenes atroces.

Nonidez arma una novela espléndida, construye sólidos personajes de ficción, definidos por diálogos perfectos que nunca son impostados, como el citado Arribas, que arrastra una situación familiar dramática sin que ello merme su profesionalidad policial, que se alternan con personajes literarios de la época como Larra o los hermanos Bécquer, lo que le da pie a introducir la propia literatura. Pero lo que más valoro de la novela, porque soy de los que opinan, no sé si con razón, que el escenario debe erigirse siempre como un personaje más de la narración, es la reconstrucción que Nonidez hace del Madrid de la época, lo que evidencia una ardua labor de documenta-

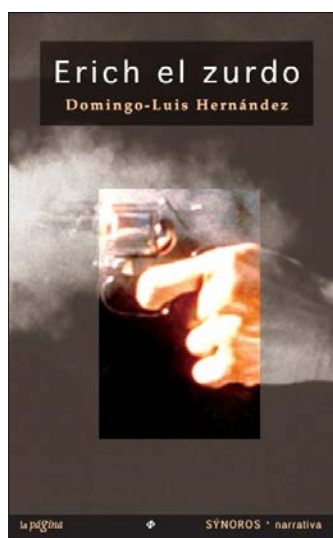
ción del autor además de un esfuerzo literario por clonar la forma de hablar de la época, y en ambos cometidos el madrileño saca nota muy alta porque con *Frío de muerte* el lector anda por calles empedradas y oscuras, huele la miseria de las pensiones y come en los figones de una ciudad que existe gracias al talento de Nonidez por resucitarla en papel.

Madrid es un monstruo donde doscientas mil almas abren los ojos cada mañana para que algún día se los cosa la amortajadora, donde miles de personas se levantan con lo justo para comer esa jornada, y el resto hace ayuno de cebolla y aguardiente, pero se juega a la lotería aunque no haya para garbanzos, o precisamente por eso, y, quien los tiene, empeña el colchón para ver a un Cúchares, fondón y rancio, hacer del toro un acerico... Y en medio del marasmo humano, uno o varios animales se dedican a asardinar muchachas...

Magnífico cruce de novela negra, histórica y social, extraordinariamente bien escrita, cuidada en todos sus detalles, que transporta al lector a una época de la que venimos y explica un poco esta. Excelente literatura, sin duda, que es lo que un lector, al margen de aficiones genéricas, espera encontrar en cuanto abre un libro, y éste, sin duda, merece entregar unas cuantas horas de nuestra vida que uno no da por malgastadas sino todo lo contrario.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledadadelcorredordefondo.blogspot.com>



***ERICH EL ZURDO*, de Domingo-Luis Hernández**

La Página Ediciones
Colección Sýnoros
Fecha de publicación: 2011
305 páginas
ISBN 978-84-938521-3-9

* * *

Es *Erich el zurdo* una novela difícil y, a pesar de ello, atrapa en su laberíntica trama. ¿Por qué? No se puede explicar: magia.

¿Género negro? Sin duda, porque los personajes que pululan por ella, que giran en torno a Teodoro Raúl Sosnowsky-Quintana Pérez Robayna, y él mismo, asesino fratricida, son los que se suelen encontrar en ese tipo de literatura: asesinos de crímenes salvajes, policías que investigan, misteriosas mujeres tan bellas como hieráticas...Novela de

paisajes múltiples – Canarias, Barcelona, Cuba -, de espejos que duplican imágenes, de impostores y, sobre todo, de indagación literaria. Un cóctel adictivo que emborracha según se avanza en su lectura, que funciona como una droga que metemos en vena.

Erich el zurdo, segunda novela del tangerino, profesor de literatura y agitador cultural canario Domingo-Luis Hernández, es cinematográfica en su esencia. Juega el autor con un crisol de imágenes que se mueven a su antojo formando vistosos calidoscopios en donde el lector se siente perdido como sus personajes. Novela en donde todos son perdedores y se centra en el fracaso vital absoluto.

La estancia se llenó de un extraño estupor. Teodoro Raúl hizo conjeturas sobre la muerte y se interesó por la duración del apagado del cerebro de un hombre. Se preguntó en voz si un moribundo distingue las luces que se apagan lentamente en su cerebro.

Tiene esta novela negra y ditirámica mucho que ver, en mi opinión, con el cine de Godard, el de Pierrot *Le fou*, con *La dama de Shangai* de Welles, por su juego de espejos, o con el Lars Von Trier hipnótico de *Europa*. Y es lo más parecido a una pieza de jazz de Charlie Parker, libérrima, bella, ensimismada en si misma.

Imposible tratar de caminar recto por una trama tortuosa en la que irremediamente nos perderemos, como sus personajes o el propio autor. Hay que dejarse llevar por una cascada de imágenes, sugeridas por prosa precisa, que siempre nos remiten a una literatura con mayúsculas. Me-

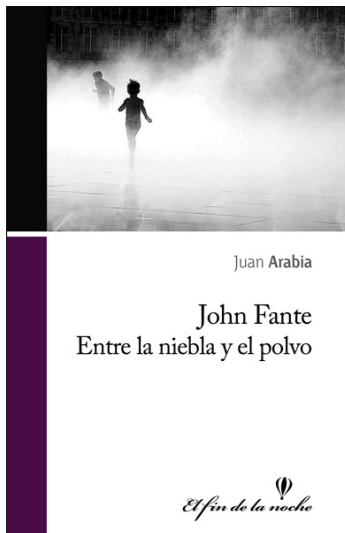
terse en sus círculos, girar dentro de ellos, morir, matar, soñar y amar.

La mujer hizo un ligero movimiento para ajustar la cabeza en el brazo del hombre y cerró los ojos. Teodoro Raúl giró el tronco y desde la ventana del vehículo vio dibujos en una ciudad que apretaba su espalda como el peso del mundo. Precisaba convencer a Ascirna de lo que debía convencerla. Punto y final.

Erich el zurdo es una novela inclasificable, osada, experimental y provocadora en una época en la que todo es sencillo, líneal y nada nos sorprende. Leer la novela de Domingo-Luis Hernández es participar en un excitante experimento literario que hace de su abstracción uno de sus principales *leit motifs*. El escritor tangerino/tinerfeño congela el tiempo, ralentiza la acción, mima el detalle, indaga dentro de la mente humana, habla de culpa y expiación y, sobre todo, recrea una atmósfera opresiva. En definitiva literatura en estado puro, destilada con suma lentitud, baile de palabras y deconstrucción de frases. Un ejemplo de todo lo que cabe en eso que llamamos género negro: todo.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



JOHN FANTE. ENTRE LA NIEBLA Y EL POLVO, de Juan Arabia ¹

Editorial El fin de la noche
Colección: Mapamundi
Fecha de publicación: 2011
92 páginas
ISBN 978-987-1491-34-6

* * *

La suerte que la posteridad le asigna a los autores es variada y a menudo, signada por razones francamente extraliterarias. Para la generalidad, esa suerte es el olvido tardío o temprano, según el caso, aunque también caben otras posibilidades. El marketing y sus interesadas veleidades pueden devolver a la lectura nombres y obras afines a la moda propia de algún período, aunque habitualmente su resurrección será efímera; en cuanto dejan de vender, vuelven a desaparecer: Antonin Artaud y Robert Musil conocieron esta condición y Sándor Márai la entenderá mañana. En otras ocasiones, lo que ha cambiado es la mirada estética del lector y ella devuelve a la vida textos y cosmogonías sepultados desde décadas atrás. Por dar ejemplos argentinos, ya que el libro que nos ocupa es de esa procedencia, tal fue lo que sucedió con la obra del gran narrador que fue Roberto Arlt, silenciado durante 20 años hasta ser exhumado por la generación de los sesenta y ser instalado –con toda justicia- entre los primeros nombres de la tradición literaria del país. Arlt, que tantos puntos afines tiene con John Fante, principalmente en lo que hace a la descripción de ambientes y personajes marginales y su torturada, desencantada y cruda visión del mundo.

Existe otra posibilidad, todavía: que un escritor notable reconozca su deuda con aquel maestro que le dio las claves que luego él llevaría a su manera personal. En Argentina, eso sucedió con la reelaboraciones del poeta Evaristo Carriego y el ¿pensador? ¿narrador? ¿ensayista? inclasificable Macedonio Fernández, realizadas por Jorge Luis Borges, quien exageró la nota –una de sus costumbres literarias- hasta convertirlos más en figuras borgeanas que en otra cosa más esperable.

Algo asimilable a esta última posibilidad resucitatoria sucedió con el narrador ítalo-norteamericano John Fante (1909-1983), rescatado del silencio donde estaba sumido por su autoconfesado disci-

¹ **Juan Arabia** (1983): Estudió Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña actualmente como investigador (UBACyT). Es fundador y director de la Revista Literaria Megafón, editada en Buenos Aires hasta el año 2009. Actualmente edita la revista de poesía Buenosairespoetry (www.buenosairespoetry.com).

pulo, el sí muy publicitado Charles Bukowski (1920-1994). Tal era el olvido con que la crítica y el público habían galardonado a Fante durante años y en vida todavía del homenajeado, que al referirse a él Bukowski, muchos presupusieron que no habían sido contemporáneos. El maestro, se supone, debe ser anterior a su discípulo.

Puede resultar llamativo, para el lector europeo, que este joven ensayista argentino, Juan Arabia, haya elegido para su debut editorial en el género a un narrador estadounidense y no –al menos todavía- a uno de aquellos señalados por la crítica como «de primera magnitud». Todavía más llamativo le resultará al lector, al recorrer las páginas de *John Fante. Entre la niebla y el polvo*, la madurez de juicio que exhibe Arabia al recorrer a un tiempo la vida y la obra de su biografiado. Al promediar la lectura, la segunda extrañeza se impondrá sobre la primera. Arabia ha elegido un objetivo bien difícil. Para una parte de la crítica, realizar este tipo de trabajo, donde la misma existencia del autor reseñado goza de un primer plano igual al de su obra, es hoy una labor casi imposible, sin caer en lo que, despectivamente, se rotula como remanencia. Es que la crítica se ha orientado, al gusto académico, más por una mirada atenta a los recursos técnicos, las posibles o imaginadas intertextualidades, las características asimilables a tales y cuales teorías previas de una obra, dejando de lado toda posible referencia al hombre vivo que ha creado esa obra. Ese es el texto al uso, lo correcto, lo esperado. En vez de ceñirse a esta exigencia tácita, Arabia eligió la posibilidad de concretar una panorámica de vida y obra admirablemente equilibrada, donde ambos universos, el textual y el vivido, se entrelazan de modo tal que es muy difícil discernir dónde comienza uno y donde termina el otro. El compacto ajuste de los cinco capítulos principales que conforman *John Fante. Entre la niebla y el polvo*, consolida la solidez de este ensayo, breve pero contundente, que al finalizar sus páginas deja en su lector la impresión de haber conocido efectivamente al biografiado y haber accedido el extracto más completo de sus trabajos. Menuda empresa la acometida por Arabia, tratándose de un autor como Fante, engañosamente sencillo en su expresión cuando, en realidad, posee una complejidad que este ensayo ayuda a revelar.

John Fante es, posiblemente, un resucitado destinado a perdurar, una vez que trabajos como los de Juan Arabia nos devuelven la posibilidad de asomarnos a sus obras y sus perplejidades. Personalmente, estimo las obras de Fante como superiores a las de su agradecido discípulo, Charles Bukowski: poseen una densidad y un *pathos* que este último nunca alcanzó, aunque seguramente haya sido ésa una de sus intenciones. Nadie elige por maestro a otro escritor sin proponerse –secreta o abiertamente- superarlo o al menos, igualarlo. Que uno sea hoy todavía famoso y el otro, en su originalidad, deba aún ser presentado al gran público por atentos lectores de su vida y sus obras como Juan Arabia, es apenas una más de las iniquidades temporarias de la literatura. Si existe algún orden en el universo, supondremos que la aparición de *John Fante. Entre la niebla y el polvo*; Juan Arabia, su autor, y la flamante colección de no ficción de la editorial El Fin de la Noche, que inaugura este título, entran en la categoría de agentes del destino. Probabilidad, casualidad o mero resultado del inescrutable juego de las causas y los efectos, lo cierto es que *John Fante. Entre la niebla y el polvo* se constituye en un referente obligatorio dentro de la todavía exigua cantidad de textos críticos disponibles en español sobre el narrador norteamericano y se establece como tal no sólo por esa falta que viene a compensar, sino por las calidades con las que se instala entre lo editado sobre Fante.

Un «bonus track» –si se me permite el uso de esta expresión, habida cuenta de que estamos hablando de un escritor estadounidense- es el reportaje, incluido en el libro, realizado por Arabia a Dan Fante (1944), hijo de John, él también narrador y recientemente editado en España por Sajalín Editores (*Chump Change*, 2011, trad. de Claudio Molinari). En este verdadero regalo que el ensayista Arabia le hace al lector de su *John Fante. Entre la niebla y el polvo*, directo y sin rodeos, como él es, Dan Fante responde, respecto de la obra de su padre: *Mi padre escribió siempre sobre lo que conocía. El escribió sobre su experiencia de vida*, confirmando así, sin saberlo previamente (Dan Fante no conocía todavía el texto del ensayo que Arabia estaba escribiendo sobre su padre) el acierto de Arabia al enfocar juntamente vida y obra del autor. Tal vez sobre otros que Fante, se puede –y se debe- escribir concentrándose solamente en la obra. Sobre Fante, no.

Una sola palabra alcanza para definir este ensayo de Juan Arabia: imprescindible.

© Luis Benítez
<http://es.wikipedia.org/wiki/Lui>



LA CHICA CON PIES DE CRISTAL, de Ali Shaw

Ediciones Salamandra
Fecha de publicación: 2011
352 páginas
ISBN 978-84-9838-347-8
Traducción: **Gemma Rovira Ortega**

* * *

Igual que las ramas de los árboles, que se doblaban con torpeza al agitarlas el viento, y las hojas, quebradizas, se rompían como el pergamino viejo. Igual que un halcón que Ida había visto volar sin gracia alguna, como mecánico batir de alas. Parecía que eso fuera lo que hiciera aquel archipiélago: agarrotar las cosas, agotar su vitalidad.

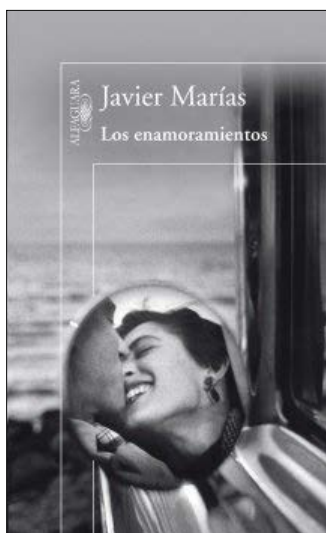
Realmente no es extraño que un lector impaciente y siempre ávido de historias que le lleguen al corazón, se sienta hechizado tras la lectura de esta novela. No es únicamente por la historia en sí de una innovación cautivadora, sino también –como siempre ocurre con las historias que perduran–, por la extraordinaria pericia a la hora de contarla. Resulta extraño que Ali Shaw, un autor tan joven y que todavía no cuenta con un elenco de obras que avalen su trayectoria, consiga una perfección tan sublime con su primera obra, hasta el punto de hacernos sentir en todo momento la subversión de un mundo que va desmoronándose mientras sus personajes se debaten entre la determinación y la abulia.

Ida Maclaird regresa al archipiélago de Saint Hauda, un microcosmos asfixiado por los ecos de sus propias historias; historias, personajes y paisaje se mimetizan hasta detenerte, hasta congelarse como el negativo de una fotografía. A ese lugar regresa la joven Ida, acuciada por la necesidad de encontrar soluciones a su extraña enfermedad: sus pies han adquirido la frágil consistencia del cristal; una mimesis que avanza inexorable, una parálisis dolorosa que presagia una muerte inminente.

Los personajes se confunden con un paisaje sobrecogido por una naturaleza salvaje, que acota los sucesos en un espacio melancólico, afín a esas historias mágicas y envolventes que nos hechizaban cuando éramos niños. Una marisma helada, unos animales que escapan al objetivo de la cámara, un bosque que parece embrujar a todos aquellos que se adentran en su espesura, un silencio cortante y doloroso que impide que avancen las palabras, que detiene la pulsión de los sueños y ahoga las emociones. Tanto Midas Crook, el joven fotógrafo con el que Ida mantiene una relación no exenta de fugas y retrocesos, como el resto de los personajes (Carl Maulsen, Emiliana, Henri Fuwa), se debaten en un mundo oscuro, atrapado en su propia desidia. Un mundo que no es más que una cárcel y dónde todos parecen alimentarse por el suero de una verdad que no quieren creerse, de los errores, las trampas y las dudas que los abalanzan una y otra vez a lo que ya se ha ido, y les impiden avanzar. Así le sucede a Midas, con el recuerdo de su padre, que se abalanza una y otra vez sobre su cuerpo, impidiéndole dirigir sus pasos hacia esa tenue luz iridiscente que es Ida, una luz sobrecogedora pero al mismo tiempo imprevisible y triste por su naturaleza enfermiza.

Es llamativo que el autor esté a la altura de la historia que plantea, que abra interrogantes, que juegue con el flashback o nos describa un espacio con tal luminosidad que casi nos obliga a tocarlo, el joven Pulgarcito le pisa los talones al gigante Andersen. La musicalidad, la perfecta adecuación entre el universo mágico y el abismo vivificante de la palabra consigue su objetivo. Una vez acabada la historia, los interrogantes son como llaves que nos son entregadas, teclas que deseamos volver a tocar. Apenas hemos cerrado el cofre del tesoro y ya deseamos introducir nuevamente la llave, queremos mimetizarnos, confundirnos con los personajes, plantar otros árboles, despejar las incógnitas, ¿y no es eso en definitiva lo que le pedimos al hacedor de historias, al narrador que nos cuenta su historia al oído?

© Mari Carmen Moreno Mozo
<http://elarlequindehielo.obolog.com>



LOS ENAMORAMIENTOS, de Javier Marías

Editorial Alfaguara
Colección: Hispánica
Fecha de publicación: 2011
460 páginas
ISBN 9788420407135

* * *

Una vez más, Javier Marías nos ofrece una novela monumental, incómoda y fascinante. La trama es muy sencilla, tanto que apenas podemos decir nada sobre ella para no desmontarla; pero a esa trama sencilla, verosímil y, por tanto, creíble, se le van sumando numerosas reflexiones en torno al título de la obra, en torno a ese ambiguo concepto que es el enamoramiento y que se observa desde todos los ángulos posibles: «Cuando alguien está enamorado, o más precisamente cuando lo está una mujer y además es al principio y el enamoramiento todavía posee el atractivo de la revelación, por lo general somos capaces de interesarnos por cualquier asunto que interese o del nos hable el que amamos»(177).

Además de este concepto, otros muchos se van examinando, como nuestro papel en este mundo y, sobre todo, la muerte.

La novela parte del violento fallecimiento de un empresario y de cómo una editora o ayudante de editor, la voz narrativa, María Lolz, se ve inmersa en la historia que hay detrás de esa muerte, que es una muerte provocada, como no podía ser de otra manera, por un enamoramiento: «De los más cercanos nos acordamos a diario, y aun nos entristecemos cada vez al pensar que no volveremos a verlos ni a oírlos ni a reír con ellos, o a besar a los que besábamos. Pero no hay muerte que no alivia algo en algún aspecto o que no ofrezca alguna ventaja. Una vez acaecida, claro está, de antemano no se quiere ninguna, probablemente ni la de los enemigos» (161).

María, se encuentra a menudo con el fallecido, aunque sea este un encuentro inconcluso, ya que nunca llegan a hablar. Fascinada con su imagen y con la de su mujer comienza un acercamiento a la viuda que se verá empañado por un enamoramiento con una persona de su entorno del que tenemos noticia muy pronto en la narración, ya que se nos anuncia con algunos saltos en el tiempo (prolepsis). Ello se convertirá en el punto central de la narración, junto con la posibilidad de traicionar esa sensación de enamoramiento —a veces confundida con el amor— y la revelación del terrible secreto que poco a poco va descubriendo.

La narración de Marías es pausada, pero a la vez incontenible, de ahí que al principio de estas líneas la haya tildado de incómoda. Y es que conforme avanza la historia, los personajes hablan, entre ellos y con ellos mismos, reflexionan sobre cada pequeño gesto de las personas que tienen ante ellos —el uso del monólogo interior es abundante y del todo justificado— y esas reflexiones llegan al lector como profundo y certero análisis de la existencia cotidiana, tanto que nos puede llegar a incomodar por la exactitud, casi por la adivinación. Recuerda este análisis de los modos de actuación del ser humano en muchas situaciones a la prosa de *La insoportable levedad del ser*, en el sentido de que cada una de las situaciones, de las conversaciones, es demasiado precisa para ser sólo ficción, ya que más bien, es el análisis de una parte del lector: «que yo no diera señales de vida no significaba que supiera nada de eso ni nada nuevo de él, mi silencio no me traicionaba, todo era como siempre durante nuestra breve frecuentación, dependía de que él sintiera vaga añoranza o se acordara de mí y me convocara a su alcoba, sólo entonces tendría que pensar cómo conducirme y qué hacer. El enamoramiento es insignificante, su espera en cambio es sustancial» (246).

Entre los pocos personajes de la obra, apenas cinco principales y otros tantos secundarios, tiene especial relevancia el mundo editorial, ya que la protagonista trabaja en una editorial, así que en no pocas ocasiones se critica este mundo, a menudo sin piedad y con algo de humor. Por otro lado, llama la atención la presencia secundaria del catedrático y académico Francisco Rico, que en una de las escenas compara una edición de *El Quijote* con la que realizara hace unos años: «quizá lo orientaba Rico, hombre de saber inmenso, aunque por lo que yo sé es tarea vana intentar a este desdeñoso erudito del Renacimiento y la Edad Media, ya que nada de lo habido y

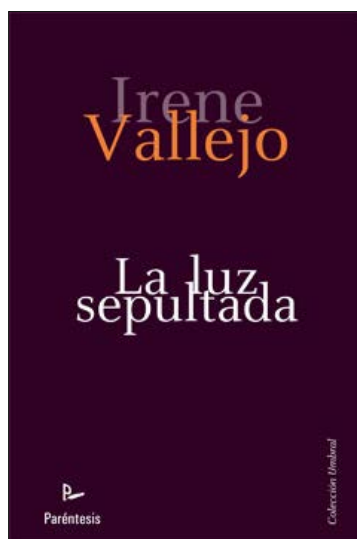
sucedido después de 1650 le merece por lo visto respeto, incluida su propia existencia» (154).

También tienen importancia los libros, sobre todo dos obras que sirven de compañía y de inspiración a los protagonistas, es el caso de *El coronel Chabert* de Balzac y *Los tres mosqueteros* de Dumas, de donde a menudo se extraen comparaciones y relaciones, produciéndose así un juego metaficcional muy interesante. En este juego hay también reflexión para la literatura: «Lo que pasó es lo de menos. Es una novela, y lo que ocurre en ellas da lo mismo y se olvida una vez terminadas. Lo interesante son las posibilidades e ideas que nos inoculan y traen a través de sus casos imaginarios, se nos quedan con mayor nitidez que los sucesos reales y los tenemos más en cuenta» (166).

En este caso, el final se puede borrar, pero todo lo que hemos ido arrastrando con la lectura, las ideas, los términos, el análisis, créanme, permanecen.

© Pablo Lorente Muñoz

<http://librorelatospablolorente.blogspot.com>



LA LUZ SEPULTADA, de Irene Vallejo

Paréntesis Editorial
Colección: Umbral
Fecha de publicación: 2011
264 páginas
ISBN 9788499191980

* * *

EL BRILLO COAGULADO DEL SOL

Y sentí, en una primera página demoledora, la mirada perdida en una habitación sucia, *iluminada por una luz reacia*, haber sido arrancado, expulsado, llevado sin saber por qué a un lugar extraño y *sin vuelta atrás*. Sentí, el dolor de lo que se ha perdido, lo que *no volverá a ser nunca más*. Sentí, golpeado por las palabras, *el poder del miedo*, su fuerza que provoca y deja traición, silencio, abandono, muerte. *El miedo es más fuerte, más auténtico que el amor*.

Y antes que el miedo fue la luz, la suave y limpia luz de junio. Luz de atardecer, luz de vida, trabajo, hogar y familia. Luz de presente, mañana, fin de curso, futuro y mayoría de edad. Luz cotidiana; tranquila y quieta luz. Tardes, días de sol y calor entrando por la ventana, pulverizando la ciudad, flotando dentro de la luz. *Luz que parecía el cemento que mantenía sujeto el cielo*. Luz masiva., indolente luz. Amigos, familia, vecinos, padres, música, hijos, nietos, libros, hermanos, joyas, mujeres y sonrisas. Luz absoluta, poderosa luz apoderándose de todo, dominándolo todo. *Sobre ellos gravitaba uno de esos inmensos cielos de final de junio*. Luz y un mar agitado, turbulento; tormenta larvada, superviviente y deseada luz.

Y llego julio y su luz quemaba. Luz preñada de ruidos y preguntas; luz marcial, inquieta luz. Luz violenta y armada, luz de silencio, siniestra luz. Llego julio y llegó la negación de uno mismo, la conversación y el temor, la renuncia a las creencias y las ideas que se convertían en marca y condenación. Llego julio, y llego el miedo, el disimulo, la delación; la noche y la muerte; dos ciudades dentro de una; una imponiéndose a la otra, aniquilándola, destruyéndola. Venganza, odio, río desbordado de aguas pútridas. Y llegó agosto y la luz era de verano y continuó quemando; ardiendo la hoguera. Pero es cuando *la luna hinchaba su luz en las paredes* cuando las sombras derriban puertas, entran en las casas, golpean con sus fusiles y arrestan a gritos; es en la noche en donde el terror y el pánico encuentran su cobijo. Llegó agosto y llegó el insomnio, y al amanecer había *grumos de sangre entre las nubes*. Llegaron días de lenta destilación del miedo. Miedo corpóreo, materia fría que se puede tocar. Llegó agosto y la cárcel, llegaron el ruego y la humillación, palabras amables que nada dicen, hermandad que de nada sirve ni salva; *futuro que se decidirá en algún lugar fuera de su alcance*. Luz trémula, asustada luz. Desafección, enemigos, depuración, listas, prisiones, sacas, tapias de cementerios, asesinatos, luz alterada, amputada luz. Y llegó septiembre y las cartas, septiembre y el fin, luz rota, muerte, sepultada luz. Llegó el final y la locura, la hipocresía y la resignación, la soledad. Llego octubre y su epílogo, la mudanza y el perder la vida inocente, la luz de junio, aquella segura, cobijada, recordada luz. Llegó el dolor

y el valor, la nueva vida, una nueva época, otro lugar: una débil luz. El miedo como introducción en una página demoledora, el miedo como herencia, como eco y la nueva luz sin encajar. Llama sin apagar, luz encendida, recuerdo, luz de ayer. Sombra que no ha de volver. Luz recuperada, luz pintada por Irene, palabras, deslumbrante y dolorosa luz.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



**AL OTRO LADO DEL ESPEJO. NARRANDO
CONTRACORRIENTE, VV.AA.**
(Selección a cargo de Gsús Bonilla)

Ediciones Escalera
Colección: Trayectos
Fecha de publicación: 2011
315 páginas
ISBN 978-84-938363-6-8

* * *

Ediciones Escalera nos ofrece una espectacular antología de relatos que tiene algunas condiciones especiales. La primera de ellas es que la obra aparece presidida por un manifiesto en favor del cuento y esto, que si bien puede resultar una mera curiosidad, parece relevante si tenemos en cuenta que el cuento está viviendo una etapa de apogeo. Ya hemos mencionado algo similar en este

mismo suplemento con respecto a las apariciones de diversas antologías de autores muy relevantes en el panorama nacional del cuento (Mateo Díez, Fernández Cubas etc.) y con respecto a otras antologías de diversos autores y con diversas temáticas.

El caso de este manifiesto es peculiar puesto que aborda la importancia del género y pide abiertamente que los medios de comunicación y, en concreto, los diarios se responsabilicen en parte de este género –como fue en el pasado– y ofrezcan los escritores un espacio habitual en sus medios de comunicación dedicado exclusivamente al cuento.

Por otro lado, el espíritu de la obra está impregnado por la esencia que rodea a la revista digital que tiene el mismo título del libro –nos lo explica el coordinador en un prólogo– y cuyo planteamiento fundamental son las reflexiones que podemos obtener de la obra de Carroll, *Alicia al otro lado del espejo*, que es, en sí misma, un alegato en favor de la ficción. Según se desprende de este prólogo, la selección de autores, está basada en las creaciones publicadas con anterioridad en la revista digital gratuita.

En las más de 300 páginas del volumen, observamos las voces de 50 autores que nos regalan su particular visión del cuento. La gran mayoría de ellos son autores ya consagrados (Hipólito G. Navarro, Lorenzo Silva, Marta Sanz...), aunque estas obras corales siempre tienen la magnífica virtud del darnos a conocer otras voces más jóvenes y menos difundidas, como es el caso de Pepe Perez, Olaia Ramos, Inma Luna, Carlos Frühbeck, Antonio Bordón y un largo etcétera que harán las delicias de cualquier curioso.

La línea estética de la obra está en cierto modo condicionada por la poesía y más en concreto, por el «realismo sucio», aunque esto sólo es una suposición mía, ya que encontramos nombres tradicionalmente asociados a este modo de concebir la creación poética, y cabría plantear si esta etiqueta es útil también para cierta clase de relato. Así, podemos mencionar los nombres de David González, Carlos Salem, Vicente Muñoz Álvarez o Patxi Irurzun. De igual modo, encontramos voces que conocíamos hasta ahora por su producción poética, como la de Debora Vukusic o Ana Pérez Cañamares.

En cualquier caso, la variedad de nombres y de estilos, hacen imposible una clara estructuración de esta obra y un análisis más en profundidad. Hay ciertas tendencias, como la profunda libertad a la hora de narrar y algo más importante, la certeza de que el futuro del cuento en España ha comenzado en estas páginas.

© Pablo Lorente Muñoz

<http://librorelatospablolorente.blogspot.com>



CONCESIONES AL DEMONIO, de Óscar Sipán

Ediciones Nalvay
Fecha de publicación: 2011
128 páginas
ISBN 978-84-937518-6-9

* * *

Se hace inevitable caer en el tópico. Lo siento. Pero es que nunca algo resultó más apropiado. Me refiero a esa maldita pregunta que le hacen siempre a todos los escritores de relatos: ¿Y para cuándo una novela? Como si escribir relatos fuera hacer guiones para episodios piloto, experimentos de quimicefa, correr la banda para calentar antes de jugar el partido de verdad. Pues bueno, para todos esos que no conceden el título de escritor serio sin haber pasado ese examen de reválida Óscar Sipán ha escrito su primera novela, y ya no tendrá que escuchar la odiosa pregunta que ponga en duda todo lo mucho, y muy bueno, que ha publicado hasta ahora.

Óscar ha aceptado el reto y ha elegido el arma que le daba ventaja en ese desafío. Ha saltado al ring disfrazado de su hermano gemelo y ha utilizado su sombra y un espejo para romper la maldición. Igual que un mago recurre a su mejor truco para hacer saltar la banca. Porque Óscar no ha escrito una novela sino seis cuentos entrelazados. Ha utilizado un bloque de viviendas para relacionar seis historias y siete personajes unidos por los elementos comunes y la ley de propiedad horizontal, la soledad y la mentira, la ambición y la muerte, la derrota y la nostalgia, el rencor y la decadencia, la envidia y la lucha, el odio y la atracción. Una *ecosfera*, un acuario, un mundo a escala real concentrado en seis relatos magistrales. Seis relatos que hacen una novela.

Algunos dirán que eso es hacer trampa. Que Óscar no ha hecho nada nuevo, que ha ido sobre seguro. Que no ha evolucionado, que se repite, que es más de lo mismo. Y tal vez con el escándalo me hagan dudar un momento, pero si esos reproches no son más que una discusión pseudo-académica sobre los aspectos formales de la novela no entraré al trapo. Y si tuviera que ponerme de parte de alguien, elegir bando en ese debate, me pondría del lado de Óscar. Porque yo nunca firmo manifiestos ni elaboro listas, pero si tuviera que hacer una con los cinco mejores narradores vivos de Aragón, Sipán estaría entre ellos.

Óscar es capaz de resumir una vida en un relato. *Microuniverso, cosmorama que contiene el mundo*. Un novelista cuenta una noche en trescientas páginas. Óscar va directo, sin concesiones ni rodeos; como ese artilugio de las ferias: un mazo, un golpe seco y el peso sube como un cohete hasta el máximo y hace sonar el timbre. El novelista prefiere los caballitos o la noria; por el mismo precio diez vueltas y un globo con forma de margarita. Óscar prefiere el salto del trapeceista y la retórica del cirujano y el radiólogo. El novelista un largo paseo por el campo y las curas de balneario. Óscar escribe como si el día que lo hiciera fuera el último. *Como si padeciera una enfermedad mortal*. El novelista siempre deja algo para mañana.

Óscar ha escrito una novela de seis relatos y nueve epílogos –algunos más logrados que otros– sobre unos personajes cruzados como *un dios voyeur espía a sus inquilinos*. Siete personajes de los que hace su currículum vitae, su retrato, su árbol genealógico *como trabajan los grandes publicistas: a frase ganadora*. Siete personajes unidos y separados, protagonistas, hormigas de esta ópera bufa en la que entre el pasado y el presente se espera la resurrección; se vive deprisa para morir joven y tener un bonito cadáver; se echa de menos la vida; se miente para espantar la soledad; se *busca el aire entre tanto tedio y tanta calma*; se escriben anónimos para mitigar el resentimiento, se busca oro en las bolsas de basura y en los buzones; se queman diarios y se oyen ruidos al otro lado del tabique.

Óscar es ladrón de secretos y pensamientos; inserta relatos dentro de los relatos como una transfusión de sangre y lágrimas, como un electroshock. La narrativa de Óscar es guerra de guerrillas; es estimulante, anfetamina legal. *No hay nada más desolador que levantarse en mitad de la madrugada y no tener una misión, ese es el verdadero santo y seña de la decadencia*. Su narrativa es humana entomología, mirada y olor, fogonazo, rabia, vida y herida, sabor y dolor. En sus relatos encontramos *el veneno de los buenos libros*. Y en estas *Concesiones al demonio* ha vuelto a hacerlo.

© Luis Borrás
<http://aragonliterario.blogspot.com>

Un incendio invisible

Sara Mesa

Fundación José Manuel Lara, 2011

Un incendio invisible cuenta la historia de los últimos días de una ciudad, Vado, que está siendo repentinamente abandonada por sus habitantes. El protagonista es un reconocido geriatra, el doctor Tejada, que llega a la ciudad a ocuparse de la residencia de ancianos New Life justo cuando todo el mundo se está marchando. Además de su atracción por los fenómenos asociados a la decadencia, Tejada busca el aislamiento, la soledad, un lugar en el que protegerse de sí mismo y de su turbio pasado: «Me gustan los finales dilatados. Me gusta ver cómo agonizan las cosas. Y dado que mi vida está en sus últimos estertores, nada mejor que sentarme a contemplarla desde una ciudad como esta».



Pájaro sin vuelo

Luis Mateo Díaz

Editorial Alfaguara, 2011

La historia de un hombre más que perdido, echado a perder. La mañana en que comprueba que no es capaz de hacerse el nudo de la corbata, Ismael Cieza toma conciencia de que su vida ha llegado a un límite cuyas consecuencias aún no es capaz de precisar. Ante él se presenta un día crucial en que deberá rendir cuentas con su pasado y consigo mismo. Mientras recorre la ciudad neblinosa en busca del hijo crápula del director de la oficina de seguros donde trabaja, Ismael repasa sus años como viajante, sus aventuras amorosas, su dolorosa separación matrimonial. En el cumplimiento de su encomienda se cruza con los personajes más variopintos y ha de cargar con un «mal del cuerpo» que le pesa tanto como ese lastre tejido de reproches antiguos, sueños recurrentes y una ineluctable sensación de pérdida. El retrato genial de un hombre sin voluntad que debe arrancarse de la dejadez en que ha convertido su vida para encarar una revelación sorprendente.

Los cuentos

Ramiro Pinilla

Tusquets Editores, 2011

Este libro reúne, revisados y en su edición definitiva, los dos únicos volúmenes de cuentos de Ramiro Pinilla, *Recuerda, oh, recuerda* y *Primeras historias de la guerra interminable*. Como en las leyendas fundacionales, los primeros relatos recrean un mundo primigenio y mítico (y no menos irónico) en el que una tribu originaria, los Baskardo, decide su nombre al oír el fragor de las olas contra los acantilados y se resiste al progreso y los inventos técnicos. Sus herederos protagonizan otras historias, de resonancias fabulosas, en las que trafican con ballenas varadas y descubren mujeres hermosas que parecen sirenas. O son testigos de hitos significativos en la historia de su pueblo, como la irrupción de un ejército de llamas traídas de América. Todo se detiene, en cambio, en la segunda parte, en las escenas de una «guerra interminable» donde domina el dolor y la represión, y en las que los niños asisten a la humillación de sus mayores, y los maestros e incluso los jugadores de fútbol sufren el descalabro de los vencidos.



El síndrome de albatros

Gonzalo Suárez

Editorial Seix Barral, 2011

Una investigación criminal y literaria cuyo primer objetivo es averiguar quiénes son unos personajes de ficción y qué papeles representan... en la realidad. Una viuda encuentra el manuscrito de una obra teatral obscena que su difunto marido había escrito en secreto. Intrigada por el hallazgo, contrata a un escritor para que investigue la posible existencia, más allá de la ficción, de uno de los personajes femeninos de la obra, una jovencita cuyo erotismo despierta la curiosidad y los celos de la viuda. Como si de un detective de novela negra se tratara, Ernesto Zóster acaba aceptando este insólito encargo, pero una sucesión de acontecimientos lo convertirán en sospechoso. ¿Es su implicación un delirio o ha caído en una trampa? Zóster nos cuenta su verdadera historia en *El síndrome de albatros*, una novela que transgrede la realidad mediante el humor y la sorpresa.

Viaje al corazón del día

Armonía Somers

Editorial El cuenco de plata, 2011

Esta novela de la ya legendaria Armonía Somers confirma las peculiaridades narrativas de su vasta obra, elaborada durante más de tres décadas e integrada por títulos tan contundentes como *La mujer por alacrán*. *Viaje al corazón del día* es una historia feroz y conmovedora de amores secretos y prohibidos, de indomables vivencias, una genealogía alucinante construida en la frontera de una portentosa imaginación y una memoria que no olvida. Compleja, laberíntica, demoledora de prejuicios y convencionalismos, su escritura ordena y codifica el esplendente caos de un mundo implacable, cuyos vericuetos son recorridos furtivamente hasta alcanzar los tramos más insondables de la experiencia humana.



Los fantasmas del masajista

Mario Bellatín

Editorial Eterna Cadencia, 2011

En una de sus visitas a una clínica de São Paulo especializada en el tratamiento de personas a las que les falta algún miembro, el narrador conoce la historia de su terapeuta y de su madre, una famosa declamadora que ve precipitarse el final de su carrera debido a una elección desacertada en su repertorio: una canción de Chico Buarque llena de matices que la desconciertan y que termina por lanzarla al vacío. Objeto extraño, multifacético, *Los fantasmas del masajista* es un relato que explora la relación entre cuerpo y mente, acercándonos primero un relato, luego una serie de fotografías que vuelven a contar la historia inicial, dotando de imagen aquello que antes era sólo discurso.

Alguien envenena a los pájaros

Joaquín Rubio Tovar

Ediciones de la discreta, 2011

Dos asesinatos brutales, misteriosos envenenamientos en los campos de La Mancha, una trama terrorista internacional, mundillo universitario, humor, melancolía, Londres, Madrid, Pinto, Campo de Criptana, personajes cervantinos, intriga policial, diálogos rápidos, vivos, lenguaje desenfadado y directo, sin adornos... Todo esto hay en *Alguien envenena a los pájaros* (aunque, como ocurre con la realidad, la novela sea algo más que la suma de sus partes). Y sobre todo hay diversión, mucha diversión, lo cual no impide que Carrasco, el reverso del tradicional detective duro (entre otras cosas, está lleno de achaques), reflexione, con naturalidad, sin énfasis, a lo largo de la novela, y nos haga una radiografía implacable del mundo moderno.



Una historia sencilla

Luis Velasco Blake

Editorial Caballo de Troya, 2011

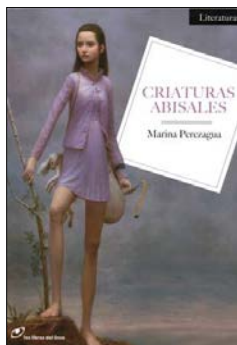
Argentina, siglo xx. Como telón de fondo el peronismo y el antiperonismo. Una historia de padres e hijos. Nos la cuenta Matías, el hermano pequeño. Una historia sencilla, es decir, a veces, pocas, feliz, a veces, bastantes, sorteando desgracias y atropellos de la realidad. Julián, el padre: simpático, atractivo y zascandil, eterno adolescente. Nelly, la madre, hija de emigrantes calvinistas con raíces británicas, rabiosamente antiperonistas, que se enamora para siempre de quien no debería, fiel y abnegada esposa. Y los hijos: Jorge, ocho años mayor que Matías, quien a finales de los sesenta entra en la universidad para estudiar filosofía: lecturas revolucionarias, vaqueros, pelo largo y el despertar de la conciencia política: juventudes peronistas, montonero decepcionado por el Perón que vuelve con Estela y su camarilla: «Qué boludos, votamos una muerta, una puta y un cornudo». Julia, cinco años mayor que Matías, de carácter fuerte e independiente, estudia económicas, quiere acabar con el capitalismo y milita en el trotskismo. Y Matías que crece y observa una realidad que se le viene encima mientras cumple con los ritos de iniciación de todo adolescente, y que muchos años después, recuerda y cuenta: «Entre sollozos me dijo: tu papá murió esta mañana, y un vacío oscuro se apoderó de mí. Entonces comprendí que cuando los padres se empiezan a morir es cuando nos vamos quedando solos de verdad».

El libro de las maravillas

Fernando Clemot

Editorial Barataria, 2011

El libro de las maravillas es la segunda novela de Fernando Clemot (Barcelona, 1970) tras la publicación de *El golfo de los poetas* (Barataria, 2009). Presintiendo ya cercano el final de su vida, el narrador, ingresado en una clínica de reposo, se ve obligado a hacer balance. Ante el convencimiento de que lo experimentado hasta entonces no ha valido gran cosa, decide elaborar una suerte de catálogo de vidas no vividas. Y entre estas vicisitudes y las de otros personajes –todos con su pasado a cuestas– que pueblan la clínica Dantas, va urdiendo una narración calidoscópica que le permite compensar carencias pretéritas. Con *El libro de las maravillas* Fernando Clemot logra un entramado de voces que van solapándose hasta dar cuerpo a una historia única e insólita, una novela de novelas que constituye una rotunda apuesta por el poder reparador de la palabra.



Criaturas abisales

Marina Perezagua

Los libros del Lince, 2011

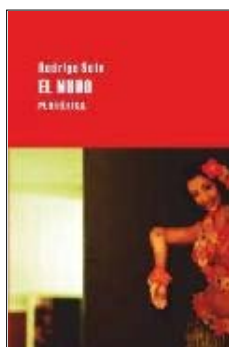
Pasen y vean a La Impenetrable, famosa artista cuyo número circense responde a su sobrenombre. Conozcan a la vieja dama digna que se convierte en la pesadilla de su familia. Viajen en avión con una joven y averigüen dónde terminará alojándose una lengua que flota en el espacio y se cuelga en la cabina. Vivan la historia de amor de una mujer capaz de meter a su amado en la cárcel para alejarle del mundo. Éstas son algunas de las *Criaturas abisales* que presenta el deslumbrante debut literario de Marina Perezagua. Una narradora que renueva el género fantástico desde su voz de mujer, y con una imaginación tan notable como su capacidad narrativa. Una creadora originalísima capaz de inventar nuevas historias que alcanzan la categoría de clásicas en el instante mismo de su nacimiento.

Miniaturas

Eugenia Gazmuri

Ediciones Carena, 2011

Al aumentar el espacio entre el objeto y el espectador, las miniaturas ritualizan el proceso de la mirada; lo que aparece radicalmente reducido de tamaño es, en cierto sentido, liberado de su significado inmediato, transformándose en imagen que fulgura, en objeto de ensueño, en un recurso de la fantasía en el que los valores se condensan, intensificándose. Como miniaturas que son, estos breves cuentos parece que alumbran por unos instantes extrañas habitaciones, el secreto de un secreto, un nuevo paisaje, un diálogo casual, y revelan la transparencia de la realidad cotidiana. Apelando al misterio y a la levedad de las palabras, la autora tantea, mediante estas historias, la naturaleza de una escritura que, llana, simple, directa, no exenta de poesía, busca provocar una apertura de lo pequeño hacia lo grande, iluminando el detalle, lo frágil, lo efímero, las tramas sensibles formadas por la relaciones entre las cosas. Son historias que contienen la tensión, el sentimiento de que algo va a ocurrir, la certeza de que las cosas están como dormidas y prestas a despertar a través del lenguaje.



El nudo

Rodrigo Soto

Editorial Periférica, 2011

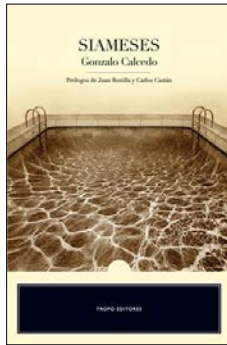
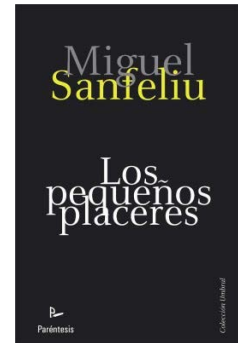
Una narración directa y sin barroquismos repasa aspectos de la adolescencia de los protagonistas de esta novela: las fiestas, la música, los amores imposibles, la amistad y su reverso. Y *El nudo* se convierte en homenaje a esa alianza rota entre la existencia y el sentido, entre el pasado ilusorio y el presente que debe ser aceptado como única base real de la vida cotidiana. Rodrigo Soto, uno de los más prestigiosos escritores de la literatura centroamericana, logra, por un lado, darnos una imagen total del mundo; por otro, involucrarnos en la vida *íntima* de cinco personajes cuyos hitos y fracasos están magistralmente hilvanados en un, por supuesto, nudo. O trama. Una novela, pues, sobre la construcción de lo real, clave de lectura que se nos revela desde la primera frase y no nos abandona hasta el final: «Aquí sucede solo lo que yo escribo, pero sin tu ayuda nunca llegaremos al final... Nada sucedería».

Los pequeños placeres

Miguel Sanfeliu

Paréntesis Editorial, 2011

La vida es demasiado breve, y uno siente que debe disfrutar de los pequeños placeres que ofrece. Sin embargo, no es tarea fácil, ya que resulta necesario ignorar las tragedias que suceden a nuestro alrededor, tragedias que podemos encontrar en nuestra pareja, en nuestro propio hijo, en un vecino, en un antiguo compañero de clase o incluso en un desconocido. Los relatos de *Los pequeños placeres* nos hablan de soledad, del fin de la inocencia, de la incomunicación, del dolor, el remordimiento y la violencia; pero, por encima de todo, nos hablan de seres humanos, gente corriente atrapada en la trampa de la vida, gente que intenta mantener el control cuando las cosas empiezan a distorsionarse.



Siameses

Gonzalo Calcedo

Tropo Editores, 2011

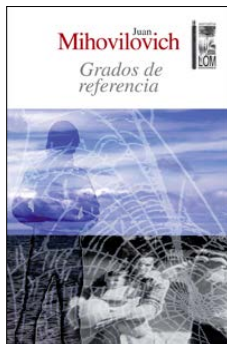
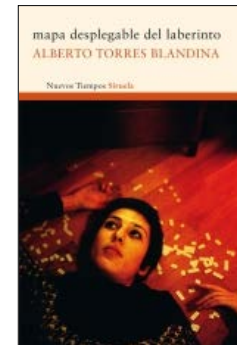
Siameses no es un título casual. En él se recogen dos libros de Gonzalo Calcedo, *Otras geografías* (Premio NH, 1996) y *Liturgia de los ahogados* (Premio Alfonso Grosso, 1997), que, con identidad plena e independiente, mantienen un nacimiento y un destino común. Juntos componen veintiuna historias compactas y coherentes donde los personajes luchan por encontrar un espacio propio y se rebelan contra la desolación que quiere regir sus vidas. Un mosaico de pasiones de uno de los cuentistas españoles más brillantes de las últimas décadas. Cada uno de los libros viene prologado por dos grandes escritores de la misma generación: Juan Bonilla y Carlos Castán.

Mapa desplegable del laberinto

Alberto Torres Blandina

Editorial Siruela, 2011

Jaime tiene una mujer hermosa, una tienda de fotografía y dos secretos: el primero es que guarda copias de las fotos eróticas de sus clientes; el segundo es que se ha enamorado de una desconocida a la que sólo ha visto en esas fotos. Alberto es un mujeriego que descubre, tras una traumática experiencia, qué monstruo se esconde realmente tras su ropa moderna, su pelo debidamente despeinado y la seguridad de sus gestos. Elisa es el último vértice de este triángulo que, sin ellos ser conscientes, se va configurando. La mujer que un día cualquiera, cansada de la vida y tentada cada noche por el bote de pastillas, decide huir con un desconocido y construir un mundo perfecto a base de mentiras compartidas. Una última oportunidad para ser feliz. Tres historias que son una. Tres voces que son también una. Porque, como ellos acaban descubriendo, tras los distintos nombres, rostros y recuerdos, todos somos la misma persona.



Grados de referencia

Juan Mihovilovich

Lom Ediciones, 2011

Narración en primera persona de un personaje que cuenta su supuesta autobiografía a un tercero, presumiblemente el lector, a quien se hace parte de lo narrado como sujeto cómplice, y que abarca un periodo histórico de nuestro país: desde el año 1973 hasta fines de 1995 cuando llega a un pueblo rural para asumir funciones profesionales. En dicho trayecto constata que todo individuo entreteje su destino pasando por el contacto primario con cuatro o cinco personas claves en su desarrollo. A través de ellas va surgiendo un entramado afectivo, metafísico, político, religioso e inclusive, esotérico, que lo sitúa en un universo siempre móvil, donde la realidad pasa a ser un

pretexto para que las situaciones también se entremezclen de un modo azaroso y sorprendente. En esa perspectiva la ficción cobra ribetes de realismo extremo. O a la inversa. Luego, el lector no puede menos que preguntarse si aquello que se narra verdaderamente ocurrió o es parte de una fantasía exacerbada que hace que los acontecimientos reales no parezcan tales.

Matrioska Gilda Manso

Editorial Eterna Cadencia, 2010

Matrioska recopila cuentos, minicuentos y microcuentos. Gilda Manso (Buenos Aires, 1983) cultiva la alegoría, el simbolismo y la literatura fantástica. Despliega una imaginación extraña, no convencional, como la de Julio Cortázar o la de Samanta Schweblin. Tiene la frescura que sólo se encuentra en las grutas. Tiene esa virtud sin la cual –decía Stevenson– todas las demás son inútiles: el encanto. Y sabe provocar pasmo en la última línea. Por cierto, no todas las imaginaciones son iguales, el profesor Daniel Link advierte que aún no se ha estudiado ni teorizado lo suficiente sobre la capacidad de los humanos de fantasear. Manso nos avisa sobre los riesgos de besar a un príncipe encantado con forma de sabandija o de tener sexo sin protección con un marciano. Nos habla de asesinos con remordimientos, chicas abusadas, maravillosos poderes. Nos previene que los coleccionistas son seres siniestros.



El espía Justo Navarro

Editorial Anagrama, 2011

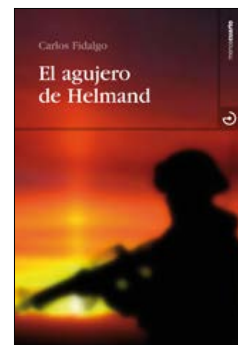
Italia, Segunda Guerra Mundial: el poeta americano Ezra Pound participa desde Radio Roma en la batalla de propaganda contra los aliados y contra los judíos. Pero el fervor nazifascista de Pound despierta las sospechas del contraespionaje italiano. ¿Transmiten los programas radiofónicos de Pound mensajes cifrados al enemigo? ¿Fue el genio de la literatura un agente doble o una simple y patética figura criminal? O quizá la realidad sea doble y ambigua. Ésta es la historia que el autor de novelas de misterio Carlo Trenti le cuenta por escrito a su amigo y traductor J. N., residente por casualidad en Pisa durante los mismos meses en que lo fue Pound, pero más de sesenta años

después. Y de repente el lector de la aventura de Pound se ve dentro de la historia: J. N. se encontrará con el autor, se cruzará con sus personajes, se evadirá de su propia vida guiado por el autor de novelas de misterio. Justo Navarro confirma en esta novela su bien ganado prestigio como uno de los mejores escritores españoles contemporáneos.

El agujero de Helmand Carlos Fidalgo

Editorial Menoscuarto, 2011

En la guerra de Afganistán que sucede a los atentados del 11 de septiembre, un grupo de marines se enfrenta al enemigo talibán y a una presencia ominosa mucho más terrible. *El agujero de Helmand*, novela ganadora del Premio Tristana 2010, es un convincente relato sobre la circularidad del tiempo. El jurado resaltó en esta obra «el clima de ansiedad, incertidumbre y terror», así como su «concisión, amenidad y eficacia narrativa». El autor engarza la historia antigua de la expedición de Alejandro Magno al centro de Asia con la palpitante actualidad del terrorismo islamista, para contar la pesadilla de unos soldados amenazados por la muerte y su eco en el paisaje. Polvo y viento. Y el río Helmand, que se retuerce a punto de morder.



Mi abuelo, el Premio Nobel José Julio Perlado

Editorial Funambulista, 2011

Contada por su nieto, en esta novela se narra la increíble historia del escritor Dante Darnius, incapaz de llevar sus creaciones al papel pero invadido siempre por prodigiosas ideas y maravillosas historias que cuenta a su familia conforme se le van ocurriendo. La potencia de su imaginación y su capacidad creadora no pasará inadvertida en Estocolmo, y se le concederá el Premio Nobel de Literatura al escritor que no ha escrito nada nunca pero que todo lo lleva en la cabeza, una mente repleta de historias y asombrosas fabulaciones. Se enlazan en este insólito libro episodios imaginativos con increíbles personajes que bullen en la cabeza del

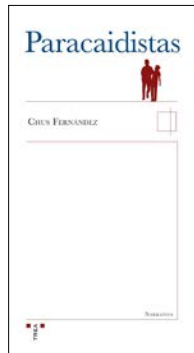
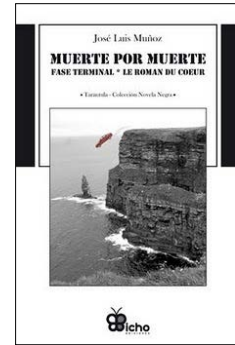
abuelo escritor, siempre bajo el signo de la poesía y el humor: páginas memorables que elevan la ficción hasta superar los límites de la realidad y la fantasía.

Muerte por muerte

José Luis Muñoz

Bicho Ediciones, 2011

El profesor Eduardo Bosch ejerce la docencia en la isla de Ibiza. Nada parece perturbar la vida de este chueta ilustrado, amante de la literatura y felizmente casado con su antigua alumna Berta Monjé, hasta que la casualidad hace que su camino se cruce con el de un pendenciero inglés que veranea en la isla. De ese encuentro asimétrico nace un siniestro acuerdo que liberará a Bosch de un problema engorroso que hace tiempo le quita el sueño. Se trata de encauzar la natural violencia de ese hijo de las Islas Británicas y darle un sentido práctico. Pero el resultado del encargo no se ajusta a lo pactado. Planteado como un cuento moral, *Muerte por muerte* es un thriller que reflexiona sobre la justificación del asesinato en casos extremos, algo, por otra parte, no nuevo en la literatura desde que Dostoievski escribiera *Crimen y castigo*. Y es que literatura, mucha reflexión literaria, hay en *Muerte por muerte*, narración en que ésta y la vida se cruzan constantemente porque Eduardo Bosch tiene rasgos de Raskolnikov y Humbert Humbert, el profesor de *Lolita* de Nabokov, y habla del *Ulises* de Joyce a sus alumnos.



Paracaidistas

Chus Fernández

Ediciones Trea, 2011

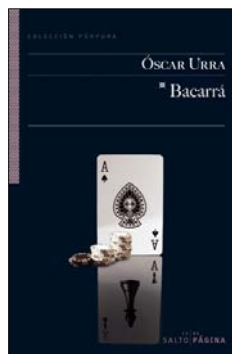
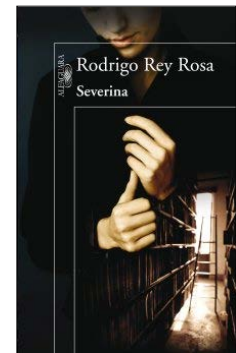
Todo niño es un extraño encerrado en un mundo que no entiende. Un mundo poblado por palabras cuyo significado desconoce y regido por una serie de reglas que nadie se ha detenido a explicarle. Un mundo en el que el instinto es la única herramienta para salir adelante y donde cada cual tiene que ingeniárselas y fabricar su propio paracaídas, por si algún día se ve obligado a saltar por la ventana de algún edificio en llamas para evitar verse arrastrado por el desastre. Chus Fernández (Oviedo, 1974) es autor de *Los tiempos que corren* (Premio Asturias Joven de Narrativa, 2001, Trabe, 2002) y *Defensa personal* (Premio Tiflos de Novela 2002, Castalia, 2003), y editor del fanzine *Material de Desecho*.

Severina

Rodrigo Rey Rosa

Editorial Alfaguara, 2011

Un delirio amoroso. Así define su autor esta novela, en la que la monótona existencia de un librero se ve conmocionada por la irrupción de una consumada ladrona de libros. Como en un sueño obsesivo en el que se difuminan las fronteras entre lo racional y lo irracional, el protagonista se va adentrando en las misteriosas circunstancias que rodean a Severina y en la equívoca relación que mantiene con su mentor, a quien presenta como su abuelo, al tiempo que alimenta la esperanza de que la lista de libros sustraídos lo ayudará a entender el enigma de su vida. Rodrigo Rey Rosa ha creado una novela perturbadora acerca del poder a la vez alienante y liberador del amor, que confirma su lugar de privilegio en la literatura contemporánea.



Bacarrá

Óscar Urrea

Editorial Salto de Página, 2011

Buscar a dos policías corruptos para vengar la muerte de su hermano, investigar la desaparición de unos guardaespaldas de elite y visitar garitos donde se juega al *Texas Hold'em* son los quehaceres que entretienen los días y las noches del detective Julio Cabria. Perdido en las calles del centro de Madrid, reclamado por el afilado Inspector Meléndez, perseguido por un cura visionario y acosado por una voraz jugadora de ajedrez, Cabria intentará terminar (casi) ileso esta peligrosa partida a varias bandas. Y, para no desentonar con sus rivales, lo hará con las cartas marcadas y una Glock en el bolsillo. Óscar Urrea remata con este relato la peculiar trilogía que comenzara con *A timba abierta* y continuara en *Impar y rojo*, y cierra así uno de los relatos más ágiles y desenfadados del reciente policial español.

Las cenizas de abril

Manuel Moya

Alianza Editorial, 2011

Sophia acaba de suicidarse en un hotel de París. Ha dejado a un amigo el encargo de rescatar su maleta donde se guardan ciertas claves que conciernen a sus vidas. Corren los tiempos previos a la Revolución de los Claveles cuando Sophia, una joven de familia acomodada, se enamora de Fernando, un idealista radical que transforma su percepción de la vida social y política portuguesa. Crecidos en una Angola azotada por las guerras coloniales, ambos se implican en la lucha contra la dictadura, formando un comando terrorista cuya misión será secuestrar a un agente de la PIDE, la temida policía política, que les anda siguiendo los pasos. Sin embargo, la información que obtienen de su secuestrado les revela no sólo sus métodos expeditivos, sino también una cuestión personal que alterará de forma irreversible sus existencias. *Las cenizas de abril*, inquietante novela de intriga, está narrada desde la perspectiva de un joven exiliado en París que se adentra en las peripecias, sueños y desencantos de cuatro personajes, víctimas de unos tiempos oscuros en los que aún cabe la esperanza de la revolución y el fin de la dictadura.



Otra vez esta noche

Adelaida Porras Medrano

Ediciones Alfar, 2011

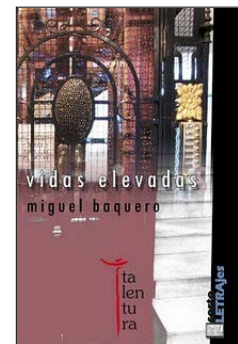
Otra vez esta noche transporta al lector al ambiente de la Andalucía rural de los años 20 del siglo pasado. El relato, que se encuentra a medio camino entre la novela costumbrista y la de misterio, gira en torno a un secreto familiar que la protagonista irá desvelando a medida que desgrana los recuerdos de su infancia. En este regreso al pasado, la narradora, recién llegada de Argentina para conocer a su familia materna, realiza un retrato de la sociedad de la época que le permitirá, al mismo tiempo, descubrirse a sí misma. Adelaida Porras Medrano, madrileña de nacimiento y sevillana de adopción, es profesora de literatura francesa en la Universidad de Sevilla desde el año 1987.

Vidas elevadas

Miguel Baquero

Editorial Talentura, 2011

En esta tumultuosa época entre milenios, tres poetas, cada uno de en su estilo, brujulean por el mundo literario en busca de su lugar al sol. Uno de ellos ya se ha convertido en famoso, el otro aspira a serlo, el tercero, simplemente, se conforma con vivir pobre, pero subvencionado. La repentina irrupción de una mujer en medio de este trío hará que se tambaleen sus creencias y, en algunos casos, queden al descubierto sus imposturas. Un espeluznante y nunca visto accidente de ascensor será la espoleta que haga estallar toda esta pólvora prensada. Escrita en clave de humor, *Vidas elevadas* puede marcar un antes y un después en la vida del lector.



Una mancha más

Alicia Plante

Adriana Hidalgo Editora, 2011

Alicia Plante propone en *Una mancha más* un juego deductivo que, a poco de entrarle a su historia, deja de serlo. Porque la trama que despliega supera los límites de la novela policial clásica y, de pronto, cuando el lector menos se lo espera, se encuentra atrapado en una intriga donde los escenarios de lo cotidiano, los gestos de la rutina, todo aquello que parece reconocible a primera vista se vuelve enigma y entonces surge, con violencia subterránea, densa, la tragedia de los chicos apropiados por la última dictadura. *Una mancha más* opera, en superficie, como una reivindicación de la novela deductiva. Homenaje, si se quiere, al primer Walsh, el cultor de la intriga cerebral. Pero también, y en lo profundo, homenaje al Walsh posterior que, más acá, aplicó todo su aprendizaje de la policial deductiva en la investigación de la violencia política. Sin desatender este anclaje literario, Plante emplea con inteligencia los recursos de la narración de suspenso y los instrumenta en una lectura de lo social: la clase media, su hipocresía, el autoritarismo y, en un subrayado de la historia, el robo de bebés, el borramiento de una identidad.

La mano invisible

Isaac Rosa

Editorial Seix Barral, 2011

No es habitual en la narrativa reciente y por eso lo advertimos: en esta novela los protagonistas trabajan. Mucho. De hecho, no hacen otra cosa. Y no precisamente de forma creativa o intelectual; no son cineastas ni investigadores ni mucho menos escritores. Algunos incluso trabajan con las manos. Y hasta sudan. Y por supuesto se cansan. Y enferman, se duelen, se aburren, se desesperan. Sienten cada mañana ese malestar común a tantos trabajadores que esperaban otra cosa del mundo laboral. En las páginas de *La mano invisible* encontrarán gente que pone ladrillos, monta piezas en cadena, corta carne, cose, friega, carga cajas. Pero no saben con qué finalidad. Sólo una cosa es segura: una mano mueve los hilos y puede convertir su jornada en una pesadilla. Mediante una historia llena de tensión y estupor, Isaac Rosa aborda uno de los grandes temas de nuestro tiempo, el mundo laboral y cómo nuestra percepción del trabajo ha ido cambiando desde dentro, desde el deterioro que sufren cada vez más trabajadores. Siempre innovador, pero preservando una voz inconfundible, Isaac Rosa abre progresivamente un punto de vista que dejará al descubierto su excepcional planteamiento y nuestro admirado asombro.



El amor, los orsinis y la muerte

Néstor Sánchez

Paradiso Ediciones, 2011

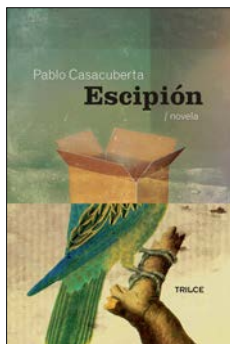
«De los posibles narrativos de *Siberia blues* –que en este caso figuran inversamente a lo «real» de la narración–, se genera la escritura de *El amor, los orsinis y la muerte*. Todo relato inaugura primariamente una propuesta de posibles narrativos que alcanzan su culminación en la última palabra del texto. A medida que las palabras se combinan, se derogan progresivamente las otras posibilidades para acabar sólo en una. *Siberia blues* invertía esta operatoria tradicional para proponerse como una eventualidad narrativa: su final era un interrogante que la escritura se planteaba a sí misma burlando a los lectores de la «trama». *El amor, los orsinis y la muerte* retoma esta propuesta para cumplirla acabadamente: un cierre total, una clausura absoluta.» (Nicolás Rosa).

La banda de los seguros (discreta geografía criminal)

Gabriela Urrutibehety

Editorial Ciccus, 2011

Cuatro hombres y una mujer fueron juzgados en la ciudad de Dolores en julio de 2003. Se los acusaba de contratar seguros de vida con documentación falsa y de asesinar al titular simulando un accidente, para luego cobrar la póliza que los tenía como beneficiarios. Gabriela Urrutibehety reescribe en clave ficcional esta «discreta geografía criminal» y logra capturar la atención del lector a lo largo de todas sus escenas. Ambientada en la provincia de Buenos Aires de fines de la década de los noventa, la historia emerge cuando los retazos de ciudades, de sitios, de nombres, de accidentados y muertos son hilvanados gracias a la intervención del fiscal de un juzgado pobre en un pueblo perdido. *La Banda de los Seguros* nació en un blog, por entregas semanales, todos los martes entre julio de 2009 y febrero de 2010. El trabajo posterior dio lugar a esta novela, en la que se conjugan la pintura de una realidad geográfica y social con la pregunta sobre la verdad y la posibilidad de probarla.



Escipión

Pablo Casacuberta

Ediciones Trilce, 2011

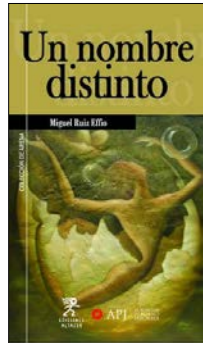
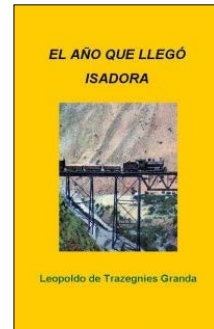
La siempre difícil relación entre padre e hijo: el peso de la herencia. Anibal, hijo descaído del historiador Brenner, desperdicia su vida en los arrabales del mundillo académico, con la única compañía del alcohol y sus frustraciones. Le pesa su compromiso con la verdad opaca, al contrario que al padre, que supo construir su fama de historiador mediático sobre verdades embellecidas. Ahora el padre ha muerto, y el hijo, para hacerse cargo de la herencia, se enfrenta a un requisito endemoniado: recibirá todo lo que esperaba y mucho más, pero sólo si cumple con una serie de tortuosas condiciones. ¿Ese legado es la última puñalada del padre, o es una mano tendida?

El año que llegó Isadora

Leopoldo de Trazegnies Granda

Bubok, 2011

Un hombre gris que vive en un pueblo sórdido y aburrido sueña con un idilio al estilo de Gary Cooper. «Voy a narrar lo sucedido aquel año, el año que llegó a Cucupitá Isadora Fernández Martín. (...) Debo decir que desde hace años soy un hombre solitario y melancólico, desde mucho antes de que ocurriera la tragedia de Cucupitá. Ni siquiera ahora, al final de mi vida, he podido averiguar el origen de mi depresión crónica, de mi tristeza biológica. La siento como la pulpa de un mango que se resistiera a ablandarse entre mis pulmones a la altura de mi arritmico corazón.»



Un nombre distinto

Miguel Ruiz Effio

Ediciones Altazor, 2011

«Con *Un nombre distinto*, el autor fue declarado ganador absoluto del VI Concurso Nacional de Cuento, Premio «José Watanabe Varas 2010», que organiza la Asociación Peruano Japonesa. En efecto, Ruiz Effio exhibe su eficacia verbal con una prosa simple pero virtuosa. Sus historias son al mismo tiempo emblemáticas y, casi, parábolas. ¿Qué ocurre al interior de sus cuentos? Pues sus personajes, de pronto, se ven obligados por circunstancias de la vida a reaccionar con sus primitivos instintos. A veces matan, otras veces apelan a la crueldad o al cinismo, o a la violencia, sin dejar de ser humanos y oscuros. Estamos aquí ante una reflexión y, de igual modo, ante una metáfora sobre la maldad y la defectividad del ser peruano.» (Augusto Higa Oshiro)

La trama del arquitecto

Juan José Delgado

Tropo Editores, 2011

Gedeón Bramante es el Presidente de la nación de Nubada que se halla amarrada a una dictadura inhumana y estafalaria, conducida por una corporación de consejeros, celosos por agrandar a su jefe y desconfiando unos de otros. Gedeón Bramante busca seguridad en un búnker al que sitúa en el paraje desolado de la Caldera de Cavernaria, un vasto espacio inhabitable, guardado por unos extraños, primitivos e inquietantes pobladores. Un arquitecto conduce la obra monumental del búnker con la pretensión de volverlo madriguera y reducto invulnerable. Todos los personajes que habitan la novela se sienten amenazados. Y se va creando un duro estado policial con el que se pretende descubrir y abortar las conspiraciones. Los conflictos civiles salen a la luz. El país se pudre. La solución para mantener y perpetuar el degradante estado de cosas es el de transferir las culpas a un enemigo exterior. Se declara la guerra al país más próximo. Llegan los tiempos de las calamidades y de muerte. Sólo a unos pocos se les prometerá la salida del grotesco encierro.



Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer

Maximiliano Barrientos

Editorial Periférica, 2011

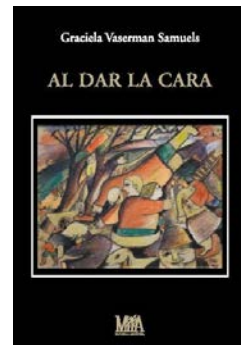
Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer trata sobre la pérdida y sobre todo aquello que rodea a la pérdida, ese proceso siempre de difícil reconstrucción que llega una vez que la vida que se quiso tener no fue posible. Estas hermosas y melancólicas historias conectadas entre sí tratan, a su manera, de todas las desilusiones sutiles –y las sorpresas– que implica dejar de ser joven y ser consciente al fin de que se está dejando de serlo. Trata de los amigos y de las relaciones de pareja, de la soledad que habita todos esos huecos. Trata de la memoria, de la forma en que vivimos con el pasado, trata de cómo éste se filtra y nos contamina con fantasmas y con lugares que dejamos y a los que no podemos volver. Los protagonistas de estos relatos son muy jóvenes al comienzo del libro. Pero van a conocer la vida y sus derrotas a lo largo de él... Casi forman parte de una única novela, puesto que todos ellos viven la misma historia: la universidad, el desencanto, los primeros golpes. Aspiran a ser médicos, abogados, pero también músicos de rock, y escuchan canciones que son banda sonora primero del amor y luego del desamor. Son fieles a sus deseos e infieles a quienes les resultan ya extraños.

Al dar la cara

Graciela Vaserman Samuels

Editorial Metáfora, 2011

Al dar la cara es un calidoscopio, cuyo centro es partir. La travesía de más de un siglo para hombres y mujeres expulsados de una Europa en llamas a una Argentina a ratos convulsa y otros, acogedora. Gabriela quiere mostrar a sus hijas la tierra que la vio nacer, pero el país se convierte en un mapa con banderillas clavadas en carne viva. Una puerta vaivén donde desfilan hitos históricos ante la mirada cándida de la niña, de la joven rebelde y de la mujer madura. *Al dar la Cara* es una catarsis para una madre que se refleja en las respuestas de sus hijas. Un texto vivo que se abre camino a través del desierto entre las generaciones.



Los que miran el frío

Francisco Onieva

Editorial Renacimiento, 2011

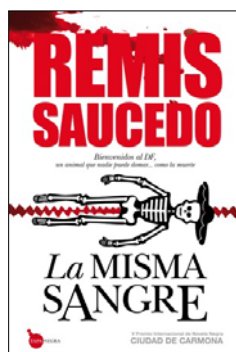
En tan solo 160 páginas, Onieva consigue forjar un espacio mítico, Retamal, un pequeño pueblo del norte de Córdoba que fue línea de frente durante toda la guerra civil, en el que se entretajan con sutileza diversas historias de supervivencia. Aparte de la honda humanidad de dichas historias, destaca el dominio del lenguaje, sobrio y sereno, capaz de emocionar al lector a través de la sugerencia y de la eficaz delineación de los personajes tanto reales (Miguel Hernández, el teniente coronel Pérez Salas, Miguel Ranchal, Pedro Garfias, el capitán Blanco) como inventados (Blas Mesa, María de Guía Benitez, Mark, José Alamillos o Germán Navas), con lo que se configura un universo particular donde realidad y ficción se funden sin estridencias. De este modo, el autor consigue dar al conjunto una gran verosimilitud, reforzada por el escrupuloso rigor histórico que sirve de marco a las historias de ficción. Onieva ha sabido crear literatura a partir de una profunda labor de documentación en tanto que hilvana la información como mejor interesa narrativamente.

El juego de los niños

Juan José Plans

La Página Ediciones, 2011

El juego de los niños es una novela sobrecogedora que nos sumerge en una inquietante y sorprendente pesadilla, en la más apocalíptica realidad que mente humana pueda concebir. Novela de culto e hito del género de terror, nos reencontramos con *El juego de los niños* 35 años después de su primera y única edición y continúa igual de viva. Juan José Plans (Gijón, 1943) es escritor, periodista y dibujante. Es uno de los principales representantes de la literatura fantástica y de ciencia ficción de España. Premio Nacional de Relatos de Ciencia Ficción por *El retorno*, ha destacado también en sus incursiones en otros géneros como el policiaco (*De noche, un sábado*), el ensayístico (*La literatura de ciencia ficción*)... Autor de más de cuarenta libros (*Crónicas fantásticas, Pasión de Drácula, Cromos de películas*...), ha adaptado la mayoría de sus relatos y novelas para la televisión y la radio. Fue Premio Nacional de Radio y Premio Ondas. Son de culto sus programas «Sobrenatural» e «Historias». En ellos ha incluido versiones radiofónicas de *El juego de los niños*, asimismo llevada al cine, como sus relatos *El cadáver* y *El velador*.



La misma sangre

Remis Saucedo

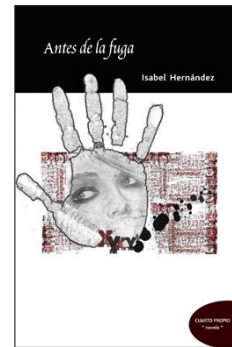
Editorial Almuzara, 2011

Félix Berdayes vive una reciente y bien ganada armonía vital en España cuando es llamado desde México para comparecer ante las autoridades de su país natal. El motivo, la horrenda masacre de los miembros más cercanos de su familia; un crimen que, por lo truculento y sanguinario, parece en primera instancia perpetrado por un comando del narcotráfico. Con el discurrir de la trama, el lector, acompañado en el trayecto por las voces de vivos y muertos, se irá adentrando en una saga familiar marcada por la amistad, la traición, la codicia o la venganza, en la que poner distancia de por medio no siempre significa borrar el pasado ni eludir con éxito los azares del destino. Novela ganadora de la V Edición del Premio Internacional de Novela Negra Ciudad de Carmona.

Antes de la fuga Isabel Hernández

Editorial Cuatro Propio, 2011

Antes de la fuga es una nouvelle, una narración desesperada que busca con intensidad el desenlace imprevisto, un final que corresponde menos a ficción que a nuestro pasado más reciente. Esta novela no es benevolente, no es una construcción idealizada de la relación de pareja. La protagonista, Laura Sandoval, es una escritora singular –inter-nada contra su voluntad en una clínica– que sabe hacerle frente a la soledad con misteriosa violencia. «Nuestro amor está regulado por un malentendido», así describe ella su relación con Andrés, su marido. «La alegría de lo fugaz, un demonio devastador capaz de producir cataclismos, incendiar los templos, destruir las brújulas», así define Laura la festiva pasión de su amante. Laura recuerda la frescura de las aguas salvadoras de un delta que en su juventud aprendió a amar y a describir, y en ese delta se reflejan las ilusiones acumuladas durante los años jóvenes. Sus relatos son polifónicos, son coros de voces antiguas, retazos de un tiempo que pasó y que se instaló para no abandonarla.



¡Oh, Janis, mi dulce y sucia Janis! Patxi Irurzun

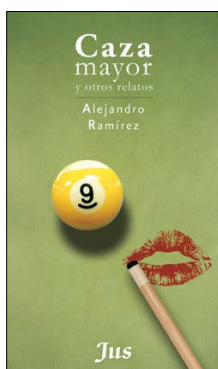
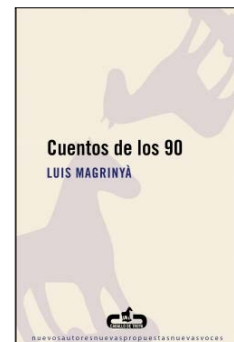
Editorial Eutelequia, 2011

En los años 80, Dick Grande, un barrendero *heavy* de Pamplona se convierte accidentalmente en estrella internacional del porno. ¿El secreto de su éxito? Su privilegiada herramienta de trabajo (la «blakandeker»), sí, pero sobre todo su aspecto de hombre vulgar: tirillas y difícil de ver, cuando aparece en sus películas haciendo el amor con las mujeres más hermosas del mundo, los hombres solos, tristes y rotos creen que pueden ser como él. Dick Grande recorre los santuarios secretos del porno *amateur* –La Habana, París, Bangkok, Manila, México DF...–, funda un movimiento musical (el porno-rock radical vasco), financia involuntariamente con sus películas una guerrilla maoísta... Pero él también es un hombre insatisfecho, que solo persigue desesperadamente el corazón de la mujer que le introdujo en el mundo del porno: la dulce y sucia Janis. Brutal y tierna, soez y poética, animal y, por ello, terriblemente humana, *¡Oh, Janis, mi dulce y sucia Janis!* se convierte, bajo la apariencia de una novela de género (erótico) en un pimpampum social que no deja títere con cabeza y un artefacto infalible para hacer reír a mandíbula batiente mientras una pantera resopla en nuestra entrepierna.

Cuentos de los 90 Luis Magrinyà

Editorial Caballo de Troya, 2011

A principio de los años noventa Magrinyà publicó en la editorial Debate sus dos primeros libros de relatos, *Los aéreos* y *Belinda y el monstruo*; fueron recibidos con entusiasmo por la crítica y situaron al autor en un lugar muy relevante dentro de su generación. Relatos en los que con una sintaxis compleja, aguda y llena de malicia se retrataban «las almas interiores» de personajes sometidos a las condiciones de una educación restrictiva y a un proyecto existencial predecible. El juego de rupturas y el agrietamiento de estas expectativas hacen de los relatos de Magrinyà una lectura repleta de inteligencia y atractivo. Este libro, además de los cuentos publicados en los dos volúmenes señalados, recoge cuatro piezas narrativas inéditas.



Caza mayor y otros relatos Alejandro Ramírez

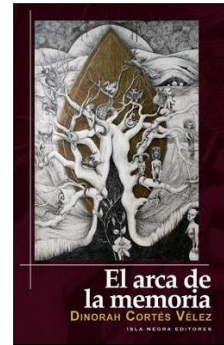
Editorial Jus, 2011

En torno de una mesa de billar, lo mismo que extraviados en la espesura silvestre, o en el laberinto de las convenciones sociales, o bajo el clima sobrenatural de los mitos, los personajes de Alejandro Ramírez están embarcados siempre en el mismo juego: cazar o ser cazados. Algunos de estos relatos son brutalmente explícitos, otros más aprovechan el peso de una tradición milenaria que nos ha hecho familiares a ciertos seres míticos... pero todos ellos son inteligentes, sorprendidos, bien armados... y necesitan la complicidad del lector. Alejandro Ramírez vive en la Ciudad de México con su esposa, sus tres hijos, un perro y dos gatas y cuando no está leyendo o escribiendo gusta de tirar con arco, una de las cosas que dice hace bien.

El arca de la memoria Dinorah Cortés Vélez

Isla Negra Editores, 2011

Una niña lucha por sobreponerse al trauma de un día familiar en la playa que culmina en tragedia. Con brevedad impresionista, la escritora puertorriqueña Dinorah Cortés Vélez ofrece, en ésta su primera novela, un relato de triunfo sobre la adversidad y de regeneración de la experiencia femenina. Unas veces, tiernos, y otras, desgarradores, los recuerdos extraídos al azar del arca de la memoria permiten al personaje principal reinventarse a sí misma, por medio de la creación de mitos matrilineales. Dinorah Cortés Vélez (1971), poeta y narradora puertorriqueña, ha publicado sus relatos en *Breves cuentos hispanos* (Prentice Hall, USA, 2008); *Estancias del sol* (Ediciones Sociodarte, República Dominicana, 2007); y *El rostro y la máscara: Antología alterna de cuentistas puertorriqueños contemporáneos* (Isla Negra Editores/Editorial UPR, 1995, San Juan, PR).



La razón de las piedras

Luis Béjar

El Aleph Editores, 2011

En un tiempo en el que algunos creían que cualquier sueño era susceptible de convertirse en realidad, Paula conoce a Álvaro y Germán, dos amigos que hasta entonces lo han compartido todo impulsados por un ardor juvenil tan exultante como limitado por el ambiente de la pequeña capital de provincias. Entre los tres se inicia una historia de amor que, aderezada por parecidas inquietudes artísticas y ambiciones, les conducirá a un estado de plenitud inigualable hasta que, comenzada la Guerra Civil, el rompecabezas de sus sentimientos empezará a descomponerse de tal manera que hasta la vida misma acabará por hacerse imposible. Construido a partir de los recuerdos de Álvaro, este relato nos va mostrando tanto los gozos como el tormento de unos personajes que, merced a la dimensión de los acontecimientos a los que tienen que enfrentarse, no hacen otra cosa en realidad que caminar hacia una derrota terrible. Y todo ello, enmarcado por un Toledo sumido en una decadencia interminable, pero en el que aún gravita de un modo casi insoportable el peso tanto de la historia como de la leyenda.

El amor según Sebastián Antezana

Editorial El Cuervo, 2011

Una mujer se ha perdido. Y su marido se hunde en una exploración obsesiva, enumerando los restos del naufragio en busca de una explicación. Eso es todo lo que ocurre en esta segunda novela de Sebastián Antezana, en la que se exploran las relaciones entre artificialidad, mecanicismo y vitalidad, y las consecuencias de empezar a vivir cuando se ha clausurado la ilusión de un posible comienzo. La peculiaridad del título hace pensar que es el lector quien deberá decidir cómo complementar ese «según» trunco, irresuelto, ambiguo, que enuncia un desafío desde la portada. En esa decisión se juega no sólo una posición de narrador, sino también una novela posible. En *El amor según*, la circularidad de la trama se abisma en una compulsión grafómana prolijamente sostenida a fuerza de ritmo y estilo.



Todos los cuentos Francisco Urondo

Adiaga Hidalgo Editora, 2011

Por primera vez, se publican los cuentos completos de Francisco Urondo. La presente edición reúne toda su narrativa breve, un conjunto de dieciocho relatos en los que episodios de las vidas de una serie de personajes constituyen una escritura de la experiencia que, al mismo tiempo que muestra una época y un imaginario situado en los años sesenta, sobrepasa estos parámetros en tanto recorre temas permanentes a través del recuento de deseos, frustraciones, amores y amistades. La maestría de Urondo se evidencia en estos textos donde los ámbitos en que se mueven los protagonistas, sus diálogos, las voces narrativas, construyen imágenes certeras, dotadas de esa especial sutileza y precisión que caracteriza su estilo.

Los recuerdos del porvenir

Elena Garro

451 Ediciones, 2011

Ixtepec, un pueblo escondido en el territorio mexicano, es quien nos cuenta la amarga historia de los hermanos Moncada. Durante un sangriento episodio de la guerra «cristera» el siniestro general Francisco Rosas se enamora de una bella y misteriosa mujer llamada Julia. Su obsesión crece cuando esta le abandona. Entonces Isabel Moncada se entrega a él presa del miedo y la admiración sin intuir el drama. La búsqueda del amor imposible y las ansias de libertad propician la tragedia. Elena Garro (México, 1916-1998) es una de las escritoras mexicanas más importantes del siglo XX.



La desaparición de Jane Montgomery

Hiram Lozada Pérez

Isla Negra Editores, 2011

En esta colección de veintidós relatos, el autor ofrece un amplio panorama del arte de contar un cuento. Son narraciones breves: algunos, de una sola oración y otros, con cierto apetito de novela. Todos capturan instantes mágicos y decisivos en la vida de sus personajes. El lector será «raptado» a desiertos y poblaciones de la antigüedad, a míticas ciudades, a urbanizaciones y mansiones encantadas y a espacios ordinarios transformados por momentos de sorpresa o espanto. En esos diversos escenarios se encontrará con ángeles y demonios, con «el Jesús de los milagros», con sacerdotes asesinos y con niños que construyen mundos. Fantasmas y ánimas en pena, un coleccionista de recuerdos, un detective atormentado y abogados golpeados por el éxito, completan este cruel caleidoscopio. En estos textos, la fantasía es una forma de la realidad, mientras que la realidad, fabricada por la imaginación, conspira con la fantasía. Los diversos horizontes que se exploran, descubren los imaginarios y las encrucijadas que hoy agobian, y retan, al pueblo puertorriqueño.

Siberia

Juan Soto Ivars

Editorial El Olivo Azul, 2011

Un escritor prometedor, a quien hace poco extirparon un tumor de la cabeza, ya no puede escribir; un hombre enamorado no logra seducir a quien debería ser su mujer; un hombre del subsuelo que se arrastra por la noche madrileña, rica en drogas y en podredumbre, comete, el lo así lo cree, una estúpida violación. *Siberia* es una región inmensa y alejada de las costas, una tierra de destierro y de condena. El protagonista de la novela vive en Madrid su Siberia personal, un territorio del que intentará, acaso en vano, escapar a toda costa. «Un escritor y uno que escribe tienen demasiadas cosas en común. Ese corte invisible que separa la mierda de lo que van a leerse varias generaciones se llama talento. Talento: una pestaña caída en la mejilla de uno que a otro siempre se le mete en el ojo. Por eso los que escriben leen a los genios y desean más que ninguna otra cosa imitarlos... Piensan que a escribir se aprende» (...) «Y Jonás está escribiendo. Siberia penetra en sus huesos, adentro, incolora, como el cáncer. Ésta es la sexta diferencia entre el escritor y el que escribe: el escritor da de beber a la palabra la sangre de su propia herida». (Juan Soto Ivars, *Siberia*).



Santa Compañía

Salvador Moreno Valencia

Editorial Casa Eolo, 2011

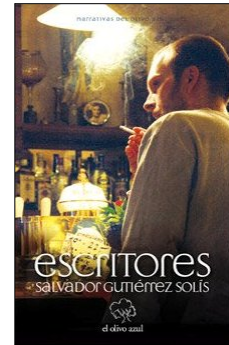
Santa Compañía nos presenta un juego ininteligible y apasionante, en el que nada es lo que parece y todo parece lo que no es, un lupanar literario en el que Dediegos, el escritor que protagoniza la historia, ha perdido el control sobre su vida, sobre sus personajes y sobre su obra en general, la cuál ha emigrado a otras firmas huyendo del fracaso recurrente que acompaña al escritor en su existencia. «Adentrarse en una novela de Salvador Moreno Valencia es penetrar en un universo de pasiones, sentimientos y sensaciones que trascienden las reglas establecidas y golpean al lector en las mismísimas entrañas, el cuál asiste extasiado al festín literario que le están ofreciendo» (Rubén Sancho).

Escritores

Salvador Gutiérrez Solís

Editorial El Olivo Azul, 2011

El novelista canibal, un narrador de un solo libro juvenil que sueña con la imposible redención de un nuevo comienzo, un torero fracasado que se convierte en escritor de enciclopedias, el melancólico destino de un detective poeta, impostores y energúmenos que se ganan la vida como poetas malditos. Escritores está compuesto por 17 relatos con un único y común eje vertebrador: la Literatura. A partir de ésta, o con el pretexto de ésta, Solís nos muestra un escaparate de todos los agentes y escenarios comunes sobre los que se proyecta el «hecho literario». Escritores es, igualmente, una reflexión, desde el humor, la ironía o el esperpento, del proceso literario, de los condicionantes y avatares que suelen envolver a los autores en su vida diaria y, por tanto, en su propia obra.



Fenómenos de circo

Ana María Shua

Editorial Páginas de Espuma, 2011

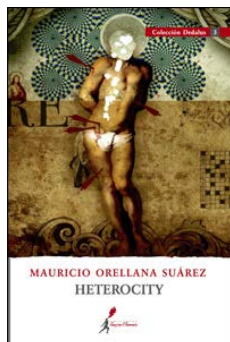
En este circo podrán contemplarse el extraño caso de la novela enana, acróbatas que dan saltos mortales fuera de la realidad, humanos amaestrados, malabaristas de verbos y un ángel trapecista. En este circo se verán seres mitológicos contratados a regañadientes y personajes que se equivocaron de género literario. Los lectores se morderán los labios con el difícil equilibrio del amor, el drama del payaso, el increíble origen de la vida y la espeluznante sociedad del espectáculo. Y no, no hará falta que «pasen y vean» porque ya sospecharan que la vida es circo. Ana María Shua cuestiona, una vez más, los límites convencionales de la narración en esta colección de microrrelatos que se articulan a través de la metáfora del circo, de sus oficios, sus monstruos, sus animales y su historia. La autora argentina, máxima exponente del género, presenta con sutil lirismo y punzante sentido del humor el destino del ser humano y nos permite mirar de frente, como en la arena circense, la desafiante y extraña realidad.

Como entonces

María Frisa

Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011

Cuidado porque los deseos pueden cumplirse. ¿Se puede olvidar el pasado?, ¿regresarías a la época en que casi todo estaba aún por suceder? Alicia soporta una rutina de insatisfacciones que cree inalterable. Sin embargo, un acontecimiento inesperado le concede la oportunidad de reencontrarse con su pasado. Haciendo uso de la ironía y el humor, la autora nos plantea la vida de un grupo de amigos que a los cuarenta años se preguntan por las decisiones que los han llevado allí adonde no querían ir. Primer Premio Narrativa. Universidad de Zaragoza 2010. María Frisa ha publicado también las novelas *Uno mismo y lo inesperado*, *Lo que nunca me dijiste*, *El resto de la vida*, *Breve lista de mis peores defectos* y *El cuarto círculo del infierno*.



Heterocity

Mauricio Orellana Suárez

Ediciones Lanzallamas, 2011

¿Debe legalizarse el matrimonio de parejas del mismo sexo? *Heterocity*, la monumental novela de Mauricio Orellana Suárez, se adentra violentamente en el tema con valor y amplia erudición desde espinosas perspectivas religiosas, políticas, sociales y personales. *Heterocity* obtuvo el Premio Centroamericano de Novela Mario Monteforte Toledo, en su edición de 2010. De esa forma, se reconoce en la obra de Orellana Suárez una enfática búsqueda más allá del terreno estrictamente literario: esta novela es un documento político de primer orden, un mosaico atrevido que, mediante los diversos registros en los que el autor se mueve –lo *queer*, lo religioso, lo político, lo cotidiano en interiores cargados de represión, lo aleccionador, lo académico, lo cómico y lo sórdido–, busca remover un estrato que pudiera estar cómodamente asentado en conciencias instaladas en el lado del poder, dentro un espacio social que se presume diseñado en exclusiva para heterosexuales.

Niños feroces

Lorenzo Silva

Ediciones Destino, 2011

Lázaro es un joven aprendiz de escritor que, en opinión de su maestro, es incapaz de escribir historias largas, a pesar de su talento, porque pertenece a la generación de lo fragmentario, del post bloguero, el mensaje de Facebook o Twitter y el vídeo de YouTube. Para Lázaro, el problema estriba en que no tiene argumentos, en que le falta una historia que contar. Su maestro le regala la de Jorge, un joven madrileño, como él, que setenta años atrás, el 13 de julio de 1941, salió con la primera expedición de la División Azul. Una peripecia pasmosa que le llevó a la batalla de Krasny Bor, en el frente de Leningrado, y después, en 1945, a defender Berlín con el uniforme de las Waffen-SS. Acompañado por las lecturas de Walter Benjamin, Jorge Semprún o Günter Grass, Lázaro escribe un relato vibrante que, enhebrando estampas del hoy, desde las guerras de Irak y Afganistán al 15-M, recorre los escenarios de una Europa en guerra, e, hijo de su tiempo, comprende que con esa suma de fragmentos, escenas, lugares e historias ha construido, finalmente, una novela.



Mi madre es un pez

VV.AA.

Editorial Libros del Silencio, 2011

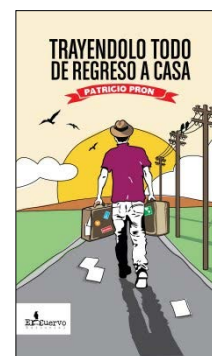
Reunimos los relatos acerca de la familia de 33 de los autores más destacados en lengua española, como Eduardo Mendoza, Rodrigo Fresán, Ricardo Menéndez Salmón, Alberto Olmos, Javier Calvo, Mercedes Cebrían o Jordi Soler. Con edición y prólogo de Sergi Bellver y Juan Soto Ivars. «Mi madre es un pez», decía Vardaman en una de las escenas culminantes de *Mientras agonizo*, novela en la que Faulkner llevaba al extremo las relaciones familiares. Ese tema preeminente en la literatura universal sirve de nexo para esta antología de cuentos con la que pretendemos hacer un retrato de familia del buen momento que vive la narrativa breve.

Trayéndolo todo de regreso a caza

Patricio Pron

Editorial El Cuervo, 2011

El escritor argentino Patricio Pron comenzó a escribir en 1990. Algo más de veinte años después, El Cuervo publica una selección personal de sus relatos a razón de uno por año de actividad. Veinte relatos publicados originalmente en ediciones minúsculas y ya agotados que documentan los primeros años de creación y de viajes, de desplazamientos y de literatura, de uno de los escritores más reconocibles de la literatura argentina contemporánea. Al igual que Bob Dylan, Patricio Pron trae de regreso sus relatos al sitio donde en alguna ocasión los concibió y a la que alguna vez fue su casa. «Los relatos de Patricio Pron pertenecen a esa tradición sin nombre que se propone referir lo asombroso como algo habitual, y cuyos mayores escritores en nuestra lengua son los uruguayos Feliberto Hernández y Mario Lebrero.» (Pablo de Santís)



Pañales y cerveza

Ángela Medina

Editorial Demipage, 2011

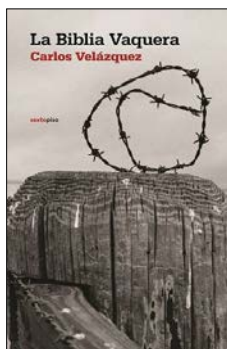
Pañales y cerveza es la historia de un abuelo que va a Ikea, de sus motivos, de sus planes y de cómo su pequeña aventura acaba cambiando la vida de todos los que le rodean. Que la historia empiece en Ikea, uno de los comercios más visitados por toda la población española, y los personajes se pasen el tiempo desempaquetando y montando muebles como en una mudanza eterna (estos últimos sí, con nombre propio en sueco, como corresponde a todos los objetos que se compran en este comercio), son el verosímil hilo conductor de todas y cada una de las pequeñas peripecias de sus anónimos personajes, escenas que, gracias a la maestría de Ángela Medina, parecen salir de nuestras propias vidas.

El tren de cristal

José María Pérez Collados

Editorial Renacimiento, 2011

Durante la década de los ochenta la Universidad española lleva a cabo su propia transición a la democracia. Una de las fórmulas que utilizó para superar los años de aislamiento, fue potenciar las estancias de investigación en el extranjero de los jóvenes profesores que, por entonces, comenzaban su carrera académica. Esta es la historia de uno de aquellos viajes. Viajes que tuvieron lugar en un mundo sin Internet, sin teléfonos móviles, un mundo en el que una conferencia telefónica sólo se hacía cuando se producía una inaplazable urgencia. Por eso estos eran viajes de verdad, porque sacaban al viajero del mundo que, hasta entonces, había sido el suyo, y le llevaban tan lejos que hasta le permitían reinventarse, nacer de nuevo, ser, quizás, ése que siempre hubiera querido ser. Pero, precisamente por ello, estos eran viajes de los que no era posible regresar. Esta es la historia de uno de aquellos viajes, y de su regreso imposible.



La biblia vaquera

Carlos Velázquez

Sexto Piso Editorial, 2011

PopSTock! es un territorio norteño regido por el «el triunfo del corrido sobre la lógica». Por lugares tan diversos como Monclouyork, San Pedroburgo y Gómez Pancracio se mueve con soltura *La Biblia Vaquera*, protagonista en todas sus encarnaciones de este singular volumen de relatos. *La Biblia Vaquera* es el talismán del Espanto Jr., «luchador diyeti santero fanático religioso y pintor» que se enfrasca en duelos musicales sobre el ring de las principales arenas de lucha libre; en su faceta de Country Bible gana un «reáliti chou» en el que los concursantes deben quemar discos piratas a toda velocidad; es también la codiciada piel de unas botas por las que el compositor

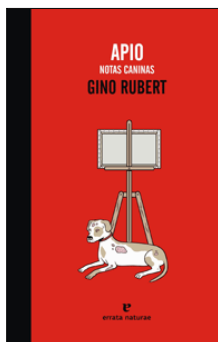
de corridos Paulino vende al diablo una noche con su mujer, causándole salvajes quemaduras en un baile; y al mismo tiempo es The Western Bible, una gorda descomunal que tiene la misión de devolver a un hombre el deseo sexual hacia su chamuscada esposa.

Cuentos reunidos

Amparo Dávila

Fondo de Cultura Económica, 2011

En *Cuentos reunidos*, Amparo Dávila, galardonada con el Premio Xavier Villaurrutia en 1977, suma a su enigmática y abundante narrativa, Con los ojos abiertos, libro inédito, con el que reafirma ese rigor en la prosa y el cuidado de la forma, atributos inseparables de su singular literatura. Casi de la mano de sus personajes, los lectores realizarán un viaje único, especial, inolvidable, gracias a la prodigiosa memoria de una de escritoras más peculiares. «Si la justicia literaria no se distrajera tan a menudo, Amparo Dávila tendría un lugar decoroso entre los más altos cuentistas de nuestra lengua.» (Javier Munguía)



Apio. Notas caninas

Gino Rubert

Editorial Errata Naturae, 2011

Usted, lector, que acaba de abalanzarse sobre la mesa de novedades de su librería favorita para levantar y descubrir el último libro de su editorial predilecta, ya sabe que éste se titula *Apio* y se subtitula *Notas caninas*. Lo que no sabe aún es que el autor y el editor de esta novela barajaron como frenéticos crupieres otros muchos subtítulos, entre ellos: *Una novelita canina*, *Una novelita de perros*, *Carta de amor canino*, *Piel de pollo*, *Un cuento de perro*, *Un perro de cuento*, *Un perro de cuento de miedo*, *Un perro de miedo*, *El perro y la madre*, *Un perro indeseable*, *El perro aborrecido*, *Las cosas reales*, *El perro ciego*, *La vida del artista*, *La nube romántica*, *Tres palomos*, *hormigas*, *moscas y un perro*, *La sonrisa triste*, *¿Hay vida sin perros?*